

Maribel Sölle

AMOR Y MUERTE VAN DE LA MANO



LA DINASTÍA
Románov

EL NACIMIENTO
DE LA
EMPERATRIZ

Contenido

[Prefacio](#)

[Epígrafe](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo final: El nacimiento de la emperatriz](#)

[Nota final de la autora](#)



El nacimiento de la emperatriz



Trilogía La Dinastía Románov



electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Siguietes del Código Penal). Obra registrada con todos los derechos reservados.

Primera edición en agosto, 2020

©2020, Maria Isabel Salsench Ollé

©2020, Diseño de cubierta: Les Germanactive

Para Jhasim, mi marido y mi verdadero apoyo en la vida.

Prefacio

El nacimiento de la emperatriz es la primera obra de la trilogía *La dinastía Románov*. Una historia que se desarrolla en tres partes y que verá su final definitivo en el último libro. No obstante, cada obra puede leerse de forma independiente si así se desea.

En esta ocasión, he decidido dar rienda suelta a mis deseos y escribir sobre Anastasia. Alejándome del romance histórico victoriano me he introducido de lleno en la ficción histórica donde combino hechos reales con ficticios.

No recomiendo esta lectura a románticos empedernidos y, dicho de paso, tampoco hay cabida para los arrebatos de honorabilidad. Esta novela es una cueva de infames donde la principal prioridad es ganar poder. Para ello, habrá intrigas, traiciones y muertes.

He hecho mi mayor esfuerzo para transmitir el ambiente de un palacio ruso en el año 1800. Para ello, me he documentado y he tratado de impregnar cada página con el misterio que caracteriza a los Románov. Al final de la novela encontraréis aquellos hechos históricos que son verídicos, en qué me he inspirado y curiosidades.

Solo me queda desearos que disfrutéis de la lectura y agradeceros vuestro tiempo en estas líneas escritas con tanto cariño.

Maribel.

Epígrafe

La sala del trono era majestuosamente grandiosa con doseles rojos y moquetas del mismo color. El oro cubría las paredes y los muebles con fastuosa pomposidad. En medio de tanta riqueza, Anastasia Románova se enfrentaba a uno de sus mayores opositores: Nicolás von Wittelsbach.

—Desde que nací tuve que luchar por mi vida, por mi honor y mi dignidad —dijo Anastasia con una voz fría, imperturbable y llena de fuerza—. Cientos de hombres se han acercado a mí por interés y media Rusia me detesta por mi condición femenina. No soportan ver a una mujer con tanto poder —rio sin reír verdaderamente, su risa asustaba a la persona más ingenua—. He hecho cosas de las que no estoy orgullosa. He matado, he ordenado que mataran y he manipulado a mi antojo a quien he querido hacerlo.

—Entonces, Gran Duquesa, lo admite: es usted una bruja —comentó el príncipe prusiano con ínfulas de grandeza mientras se estiraba los guantes negros de cuero que lo protegían del frío ártico.

—Si por bruja se refiere a que los hombres no pueden pensar con claridad cuando están a mi lado, entonces sí. Soy culpable —Estiró los brazos, ensanchando su voluminoso pecho. —Pero ¿qué culpa tengo yo de su debilidad masculina?

—¿Y por qué será que yo la veo tan común? No entiendo qué ven los hombres en usted, Anastasia —la desafió Nicolás, haciendo brillar sus ojos de serpiente maliciosa.

La futura emperatriz de Rusia miró a Nicolás con una expresión difícil de definir. Los ojos azules, casi transparentes, de Anastasia no eran conocidos por ser expresivos sino más bien por todo lo contrario. Eran fríos, inhumanos y los culpables de labrarse una innmerecida fama de hechicera.

—¿A qué ha venido príncipe? ¿Por qué ha solicitado una audiencia con su mayor enemiga? —preguntó, acercándose a él con pasos seguros y propios de un zorro astuto. Su encanto, su coqueteo y su atractivo eran inconscientes. Jamás había querido usar su cuerpo femenino para fines políticos, pero era inevitable que la gran mayoría de los mortales se viera impresionado ante su magnificencia y su belleza. La gran mayoría... menos Nicolás.

Nicolás era inmune a su atractivo. La despreciaba y la trataba como a una igual. Y, en parte, lo admiraba por ello. Por no ser débil.

—He venido a pedirle, amablemente, que desista en sus planes de coronarse como la emperatriz de Rusia —Nicolás colocó los brazos tras la espalda y la miró por debajo de las tupidas pestañas negras que cubrían sus ojos verdes. —Hasta ahora ha hecho y deshecho según los caprichos de una mujer ignorante y lujuriosa. Es hora de que un hombre coja las riendas de este poderoso país que no puede ser gobernado por una jovencita. ¿No tiene amigas? ¿No tiene un enamorado con el que fugarse? Dedíquese a hacer cosas de mujeres, busque ropa que le guste, encuentre un buen corsé y deje la política para los hombres.

La rabia invadió a Anastasia. El príncipe conseguía sacar lo peor de ella. Lo odiaba.

—¿Un buen corsé? —preguntó con ironía—. Creo que tengo el mejor del mercado —espetó, sacando rápidamente una daga de entre sus pechos para clavársela a Nicolás. Estaba dispuesta a asesinarlo, más tarde buscaría el modo de limpiarse las manos. Alguien a quién inculpar.

Pero no fue tan rápida como la mano de la serpiente prusiana que la detuvo con un golpe seco. Los años de entrenamiento en el convento no le habían servido de nada en contra de él.

Nicolás la paró y la cogió con determinación, inmovilizándola con su veneno invisible.

—No tiene nada que hacer en contra de mí, zarevna.^[1] Ya le he dicho que soy inmune a sus hechizos.

Una corriente candente corrió entre ambos dejándolos confundidos durante unos instantes. Nicolás la soltó y se apartó como si se hubiera quemado y Anastasia lo miró con los ojos entrecerrados.

—Estoy dispuesta a matarlo, príncipe.

—Y yo estoy dispuesto a matarla. ¿Quién cree que ganará la batalla? ¿El zorro o la serpiente?

Nicolás hizo una breve reverencia con una sonrisa maliciosa y dio media vuelta dispuesto a dejar a Anastasia con la amenaza en el aire. Lo hizo a pasos largos, seguros y estudiados. Como siempre. Pero había algo en él diferente. Un ardor que le entraba por la mano y se colaba hasta sus huesos. Anastasia lo había quemado.

La zarevna observó a Nicolás abandonar la sala del trono todavía con la daga entre sus manos y el corazón acelerado. Sin duda, ese hombre no era como los demás.

"Mi mayor enemigo era mi corazón, siempre lo fue. No eran los revolucionarios, ni los opositores ni mi propia familia, era yo misma. Mi peor debilidad eran mis sentimientos, demasiado humanos y si quería ser la zarina^[2], la Emperatriz de todas las Rusias, debía ser inhumana e indestructible. No debía mostrar compasión ni piedad ni mucho menos amor. Amor y muerte iban de la mano." Pensamientos de Anastasia.



Capítulo 1

La sangre llama a la sangre

Corría el año 1801. Aquel fue un año excepcional. Diversos indicios en la tierra auguraban extraordinarios acontecimientos. Pablo, el zar, fue asesinado y su primogénito, Alejandro, lo sucedió. Napoleón se preparaba para invadir Europa y dentro de sus planes estaba el de hacerse con Rusia.

En medio de tantos y tantos sucesos que pasarían a la historia nació Anastasia. La segunda hija del zar Alejandro I. Por costumbre, por falta de tiempo o, quizás, por una triste anécdota del destino la Gran Duquesa fue enviada a un convento a la corta edad de nueve años. Allí, lejos de su madre y de sus hermanos fue educada con la severa disciplina y la infinita compasión de las monjas cristianas ortodoxas con la esperanza de que la princesa se convirtiera en la dama más piadosa y bondadosa de la familia.

La niña de pelo rojo y ojos azules como el cielo era la primera de su clase. Y no era porque las monjas la favorecieran dada su condición principesca, sino porque era inteligente, astuta y sabía cómo concentrarse en sus objetivos. En cualquier actividad física también destacaba por su agilidad, presteza y fuerza casi sobrenatural. No era una joven corpulenta, pero gozaba de una salud regia y de unas piernas robustas.

Sus mechones rojos como el fuego saltaban por la estepa rusa ajenos a la invasión

napoleónica, a las guerras y a las crudas revoluciones de los siervos campesinos.

No por ello, por estar lejos de su hogar y de su familia, se permitió el lujo de olvidar quién era. De hecho, las mismas monjas se lo recordaban a diario. Ella era una princesa, la Gran Duquesa, una zarevna. Como tal, mientras otras niñas de su edad descansaban entre clase y clase, ella seguía instruyéndose para afrontar una futura vida en la que la tranquilidad del convento no tendría cabida. Su educación iba más allá de la que cualquier mujer debía percibir. Así lo había dispuesto su padre, el zar, que nunca quiso tener a hijas melindrosas después de haber tenido como ejemplo a su abuela, Catalina la Grande. Amaba aprender, Anastasia era una devoradora de ideas, de libros y de conocimientos. No era indolente a la hora de convertirse cada día en una persona más y mejor cualificada. A los dieciséis años ya dominaba el ruso, el polaco, el alemán, el francés y hacía sus mejores esfuerzos con el inglés.

Muchas veces, a escondidas y, en contra de la voluntad de las hermanas religiosas, Anastasia entrenaba de sol a sol. Otra mujer, hija de una cosaca^[3], se había convertido en su mentora y en su maestra de armas. Izabella le enseñaba a defenderse con una daga, con el revólver e incluso le hablaba de temas que le estaban prohibidos. Era ella, Izabella, su punto de enlace con la corte aparte de los mensajeros que le entregaban las cartas que su hermana o su madre le mandaban. Su padre no le había escrito nunca y mucho menos su hermano y futuro emperador, el zarévich^[4] Sergey Románov.

Rusia, un país que se extendía desde la orilla del Dniéper hasta el Mar Negro y más allá hacia la Crimea de los tártaros. Era ese extenso dominio un país de cientos de etnias, religiones e idiomas turbulento y anticuado en comparación a sus países vecinos. Gozaba de aquellos antiguos aires medievales a pesar de haber entrado en el siglo XIX y muchos parecían no querer abandonar sus viejas costumbres por encima de los deseos de Pedro el Grande que siempre quiso hacer de su vasto imperio un país moderno.

—Anastasia —interrumpió una monja a la princesa cuando esta se disponía a contraatacar a Izabella con su florete de esgrima.

—Hermana Clarissa —concedió la bella dama, que se había convertido en toda una mujer de anchas caderas y cuerpo voluptuoso, mientras se quitaba la máscara de combate y dejaba a la vista su belleza sin igual.

Tan solo quedaban aquellos ojos azules inhumanos de esa niña que un día ingresó en el convento.

—Ha llegado una carta —informó la novicia, entregándole un sobre con el sello imperial.

—Es de mi padre —se extrañó Anastasia, frunciendo ligeramente el ceño.

Rompió el sello del águila bicéfala y leyó el contenido de la misiva con un extraordinario temple considerando las pésimas noticias que acababan de llegarle: su madre, la zarina Anya, había muerto. Su padre le informaba de la muerte de su progenitora con tanta frialdad como le exigía que regresara de inmediato a palacio para cumplir con sus obligaciones monárquicas.

—Es la hora —dijo Izabella, mirándola con seriedad a través de sus ojos de color verde aceituna. Izabella tenía una cicatriz bastante visible en la cara que le cruzaba el ojo derecho, dejándolo parcialmente cerrado. Era una mujer alta, de pelo canoso y rasgos turcos—. Tu verdadero cometido empieza aquí, zarevna. Debes ir al entierro de tu madre y afrontar tu destino.

Su madre, Anya Románova, estaba muerta. Y no tenía lágrimas que derramar. En lugar de lágrimas, tenía la garganta seca y el corazón oprimido. Le hubiera gustado poder despedirse de la mujer que la llevó en el vientre durante nueve meses. Con cierta melancolía, impropia de ella, recogió sus pertenencias y se dispuso a abandonar el convento. Ese edificio gris y tétrico que se había convertido en su hogar durante diez años.

Su padre, Alejandro I de Rusia, quería que cumpliera con sus obligaciones reales. Sabía perfectamente qué significaban aquellas palabras escritas con tanta presteza como desamor: un matrimonio por conveniencia. Su difunta madre la había advertido, en diferentes ocasiones, de que el día en que volviera a palacio sería para contraer nupcias con aquel hombre que la corte dispusiera para ella. Estaba preparada para cumplir con su destino, con su deber monárquico. No le temía al matrimonio ni a casarse con un hombre del que no sabía nada.

Haría frente a su hado con dignidad, sin dramas ni lloriqueos. Solo había llorado una vez en su vida y fue cuando tuvo que separarse de su hermana Tatiana. La recordaba vagamente y la conocía por las decenas de cartas que se habían mandado durante esos años.

El galopar de una treintena de caballos se hizo ensordecedor unas horas después. Era la guardia imperial, mandada expresamente para escoltarla hasta San Petersburgo. Con ella, llegaron las sirvientas y las doncellas. La ayudaron a subir al carruaje de grande ruedas y oro en las molduras y se despidió de sus amigas y hermanas ortodoxas.

—Vendré a verte —le prometió Izabella—. Te he enseñado bien, zarevna. Confía en ti misma. Desde que naciste, el mundo supo que Dios albergaba grandes hazañas para ti.

Anastasia asintió y observó al convento desaparecer mientras los corceles tiraban de su carroza en dirección al Palacio de Invierno, la residencia principal de los Románov.

La dinastía Románov llevaba en el trono ruso desde el siglo XVII. Desde entonces habían llevado la corona, el cetro y el orbe con orgullo y dignidad haciendo frente a los enemigos extranjeros y nacionales. La economía del país se basaba en las extensas laderas de tierra que eran cultivadas por los siervos. Los siervos eran esclavos que tenían pocos derechos. Catalina la Grande intentó liberarlos, pero los nobles se lo impidieron. Aquel, el del millón de personas sometidas, era un conflicto que Rusia arrastraba desde la antigüedad y que cada año se hacía más patente.

Anastasia observó desde la ventanilla la estepa rusa. ¿Qué le esperaba en San Petersburgo? ¿Por qué Izabella le hablaba de grandes hazañas cuando tan sólo iba a enterrar a su madre y a casarse con un desconocido? Lo único que la consolaba era que vería de nuevo a Tatiana, la mayor de los hermanos. Sergey nació el último. Era el pequeño, pero ya cumplía los dieciocho años. Era un extraño para ella, no lo había visto nunca... tan solo en retratos. ¿Cómo la recibiría el futuro emperador de Rusia? Y lo más importante: ¿cómo la recibiría su propio padre?

¿Qué hombre habrían atado a su vida? ¿Con quién la habrían comprometido?



—Nicolás von Wittelsbach —susurró Ekaterina Anhalt deslizándose bajo las sábanas con la elegancia que la caracterizaba hasta posicionarse encima del príncipe prusiano, el futuro consejero real del imperio.

Ekaterina gozaba de una belleza extraordinaria, casi mítica. Hija de un noble venido a menos se había convertido en la amante oficial del zar Alejandro I y vivía en el Palacio de Invierno con más privilegios que la propia zarina. Corrían rumores de que el zar la desposaría pronto ahora que su esposa había fallecido. Sin embargo, las promesas de boda no limitaban a la bella Ekaterina a la hora de colarse en los aposentos de Nicolás, la serpiente alemana.

—¿No tienes que preparar una boda? —le preguntó Nicolás, clavando sus ojos con pupilas verticales sobre ella.

—¿Estás celoso?

Nicolás esbozó una media sonrisa cerrada, sin mostrar su dentadura y la miró con innata indiferencia. Al príncipe no le importaba lo más mínimo Ekaterina y ella lo sabía perfectamente, aunque jugara a ignorarlo.

—Tengo asuntos importantes que atender —La apartó y se levantó del lecho completamente desnudo.

Era un hombre ágil, alto y fuerte. No era corpulento en exceso, sino que más bien presumía de unos músculos tonificados como la escultura de *David* de Michelangelo. Perfectamente proporcionado con un rostro diamante embellecido por una barba castaña que perfilaba su mentón con gracia y masculinidad era la perdición de las cortesanas, las doncellas y las damas de alta alcurnia. Por supuesto que su nariz romana lo advertía de qué mujeres merecían su tiempo y cuáles no. Ekaterina era buena en la cama y no lo pondría en problemas, por su propio bien. Detestaba a las fémimas románticas que le juraban amor eterno por los pasillos.

—Hermano —Entró Klaus von Wittelsbach sin llamar a la puerta, ignorando la desnudez de la mujer que se levantaba del lecho.

—¿Ha llegado ya la zarevna Anastasia? —preguntó Nicolás, abotonando su camisa negra a juego con su pelo.

—Está de camino —informó el hermano mayor y futuro rey de Prusia, dedicándole una mirada rápida y lasciva a Ekaterina que mostraba los pechos sin ningún pudor mientras se colocaba una bata espesa por encima.

—Bien, en cuanto se case con Mijaíl Speranski nuestros problemas se habrán acabado. Nos ha costado convencer al viejo Alejandro para que casara a su hija con el reformista. Esperemos que con esta unión las ansias de liberalismo rusas se aplaquen y no lleguen hasta nuestro país, Prusia. Si derrocan al zar, ¿cuántos días nos quedarán a nosotros en el trono prusiano? Los liberales son una plaga, una epidemia que hay que erradicar. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que casando a su líder con la hija del zar?

—Además —carraspeó Klaus, asegurándose de que Ekaterina salía de la estancia—. No olvides lo que nos ha prometido el zar como compensación por nuestras negociaciones y asesoramiento...

—No lo olvido. Por eso tenemos que asegurarnos de que la zarevna se case con Mijaíl.

—No tendrá otro remedio. Es su obligación, como mujer, obedecer a su padre. Me han dicho que se ha criado en un convento... así que no será nada más que una muñequita de porcelana a la que vapulear a nuestro antojo. Nuestros intereses en esta corte van más allá de los de proteger a nuestro reino y cuento contigo para velar por ellos.

—Regresa a Prusia con tranquilidad hermano, yo me encargaré de que todo salga según lo planeado. Mientras Alejandro o su hijo Sergey estén en el trono... nuestro futuro estará garantizado. Necesitamos a un líder conservador, a un hombre con mano firme —declaró la serpiente con seguridad.

—Sabes que no me iría si mi presencia aquí no fuera incómoda para algunos sectores liberales. Necesitamos aparentar nuestra máxima docilidad y conformismo antes de dar el golpe definitivo y cortarles la cabeza.

—Comprendo, dale recuerdos a nuestra madre —ultimó Nicolás ya vestido y listo para su audiencia con el zar.



Alejandro I de Rusia era un hombre de complexión fuerte que sobrepasaba la cincuentena. Él ascendió al trono después de que mataran a su padre, Pablo I, por ser un soberano incompetente. Lo asesinaron a tan solo unas cuantas habitaciones de donde él dormía. Y acto seguido, los mismos asesinos fueron a su encuentro para proclamarlo el nuevo zar.

Jamás pensó que asumiría tan pronto un poder personal tan absoluto, pero debía reconocer que no lo había hecho del todo mal. Pasaría a la historia como el hombre que venció a Napoleón y demostró a París que los rusos sabían cómo comportarse cuando ganaban.

La desgracia de su reinado, sin embargo, no estaba en las invasiones extranjeras. Sino en el propio pueblo ruso.

La servidumbre quería libertad. Ya no querían ni deseaban seguir siendo esclavos y mucho menos después de haber visto "*la libertad*" francesa con sus propios ojos. Los reformistas eran una plaga. Incluso su propio consejero era uno de ellos... Mijaíl Speranski. Un aristócrata que pensaba demasiado en los pobres y muy poco en la nobleza. Debía acabar con él; sus escritos, sus ideas y sus reuniones clandestinas eran un peligro para el poder autocrático, su poder y el de los Románov.

—¡Nicolás! —nombró con una exclamación el zar Alejandro I al ver a uno de sus mayores aliados, el príncipe de Prusia y futuro asesor real del imperio. Confiaba más en él que en su propio hijo, Sergey. Por eso lo quería cerca del trono cuando él ya no estuviera. Los zares no solían ser muy longevos, al menos no tanto como lo fue su abuela, Catalina la Grande.

—Alteza Imperial —reverenció la serpiente bajo su traje oscuro.

—Por favor, Nicolás... ¿Cuántas veces tendré que pedirte que me llames por mi nombre? —rió el viejo emperador mostrando su dentadura prácticamente opacada por un bigote rubio tan largo como su barba—. Somos familia, ¿recuerdas? Mi abuela era la hermana de tu bisabuelo. ¡Catalina la Grande! Dicen que envenenó a su propio marido para llegar al trono —susurró eso último, pasando el brazo por encima de los hombros de Nicolás después de levantarse del trono para recibirlo—. Ahora comprendo por qué los Románov debemos hacer sacrificios necesarios para la continuación de la dinastía...

—Su hija no sabrá nada, Alteza Imperial —dijo Nicolás con frialdad.

—Es mejor así, es mejor que no sepa nada. Su destino está en mis manos, yo soy su padre. Vino a este mundo para cumplir con sus obligaciones monárquicas y familiares. Sean cuales sean esas obligaciones... Afortunadamente, Anya ya no está aquí y nos ahorraremos el trabajo de consolarla cuando Anastasia muera. Unos deben morir para que otros podamos vivir, ¿no es cierto? —explicó Alejandro, sin un ápice de remordimiento, consumido por la ambición y el éxito.

—Alteza Imperial —interrumpió Máksim, el mayordomo real de la familia—. Su hija, la zarevna Anastasia está llegando a palacio. Los guardias han avistado su carruaje en el horizonte.

—Avisa a Sergey y a Tatiana, saldremos a recibirla en el patio principal. Una muerte honorífica merece un buen recibimiento —comentó en una voz tan baja que tan sólo Nicolás pudo escucharlo.

Capítulo 2

Una estrategia nata

Principios del año 1820.

El Palacio de Invierno se construyó a una escala monumental con el objetivo de ser un reflejo de la grandeza y el poder de los Románov. Anastasia tenía vagos recuerdos sobre él, pero al pasar cerca del río Nevá supo que estaba a punto de llegar.

Miró por la ventanilla sacando sus mechones rojos a través de ella y vislumbró la residencia familiar. Había soñado muchas veces con ese día; el día en que volvería a casa. Pero no sentía ni emoción ni alegría. Tan solo una enorme sensación de curiosidad la invadía en esos instantes.

Izabella le había contado, durante los entrenamientos, que vivir en un palacio era mucho más que vivir rodeada de lujos y de sirvientes; era vivir rodeada de intrigas, envidias y, sobre todo, de personas inmorales.

—Ya estamos llegando, zarevna —informó su recién proclamada doncella. Se había presentado a sí misma como Natasha, su sirvienta personal y aseguraba poder atenderla en todo lo que fuera menester.

Natasha era poquita cosa, una joven escuálida pero muy hábil y ligera como una pluma. Al parecer, su difunta madre la había asignado como su doncella personal pocos meses antes de morir. En el convento nunca necesitó sirvientes, las hermanas religiosas preferían que las niñas hicieran las cosas por sí mismas sin importar el rango social que ocuparan. Y aunque había gozado de ciertos privilegios y ayudantes personales, jamás había sido acompañada por una doncella. Se le hacía extraño tener a una persona pendiente de sus necesidades las veinticuatro horas del día.

La miró con desconfianza y asintió. Tanta amabilidad le resultaba sospechosa. Notó como los ojos verdes y almendrados de Natasha se asustaban al encontrarse con los suyos, no era una reacción inusual. La gente solía estremecerse bajo su mirada azul, fría y desalmada. Ella misma lo había hecho alguna vez al mirarse en el espejo y luego se había sentido tremendamente ridícula por ello. ¿Quién se inquietaba con sus propios ojos?

Las ruedas de la carroza pararon al mismo tiempo que los caballos de la guardia imperial que la había escoltado durante todo el camino. Había llegado, por fin. Y notó que el corazón se le aceleraba por momentos... quizás con un poco más de nerviosismo del que hubiera esperado.

Un mayordomo real le abrió la puertecilla y ayudada por el servicio inició el descenso envuelta por un abrigo de pieles negro sin mangas. Debajo de él, llevaba un vestido azul oscuro con un brocado de oro, mangas abullonadas y cinturón debajo del pecho. Por supuesto, no se había olvidado de su manguito cilíndrico de piel para las manos ni de su gorro ruso ni mucho menos de sus joyas.

No era un atuendo cualquiera ni escogido a última hora, a excepción del abrigo negro. Era el aspecto que había estado preparando para la ocasión desde que comprendió la importancia de dar una buena impresión. La imagen era importante y jamás debía ser descuidada. Izabella se había encargado de enseñarle la trascendencia de vender una grata ilusión óptica. Una princesa debía mostrarse siempre impecable si quería ganarse el corazón de sus súbditos.

Cuando pisó el frío suelo de San Petersburgo se dio cuenta de que la estaban esperando en el patio principal con un recibimiento ostentoso: los tambores repicaban el himno del zar, la

alfombra roja con el emblema del águila bicéfala decoraba el suelo y una multitudinaria comitiva la estaba esperando.

Entornando sus pestañas rojizas buscó a Tatiana entre la comitiva. Pero antes de dar con ella, vio a su padre. Lo reconoció por los pocos recuerdos que tenía de él y por los cientos de retratos que se habían distribuido del zar a lo largo del país. Era su padre, el hombre que la había engendrado y que le daba su apellido. Lo recordaba menos obeso y mejor peinado. Llevaba su pelo rubio un poco descuidado y su barba lucía demasiado larga. Aun así, seguía siendo corpulento y cumplía perfectamente con la imagen del zar que había derrotado a Napoleón. Era fuerte, sin duda.

Pero más fuerte era su mirada, impasible e inescrutable. Buscó en aquellos ojos de color verde aceituna algún rastro de sentimiento paternal sin éxito. Alejandro la había olvidado o, quizás, nunca la había amado. No era tan estúpida como para no comprender que ella formaba parte de la extensa colección de bienes del zar. Ella era eso: un recurso, una inversión a largo plazo. A su lado, demasiado cerca de él, había una mujer alta de pelo rubio y rizado. Evidentemente no era Tatiana, era demasiado mayor para ser su hermana, pero demasiado joven para ser... ¿La amante de su padre?

A la izquierda del zar y unos pasos por detrás de él había un hombre de la misma edad que su padre. Tenía los ojos saltones y unas pupilas verdes y cristalinas como las aguas de un manantial. Apenas tenía pelo, pero lo llevaba muy bien peinado en bucles canosos a ambos lados de la cabeza. Altivo, pero de expresión bondadosa, llevaba un pañuelo blanco atado en el cuello y un abrigo marrón con la insignia de la corona. Era el consejero imperial: Mijaíl Speranski. Había oído a hablar sobre él por sus ideas reformistas y jamás comprendió por qué su padre lo mantenía dentro de su círculo de confianza.

—Hija, bienvenida —Dio un paso al frente Alejandro I, extendiendo los brazos hacia ella.

Aceptó su abrazo a sabiendas de que estaba tan vacío de afecto como lo estaba su relación paternofilial. Pero como buena estratega nata se limitó a cumplir con el protocolo sin más aspiraciones que las de tantear el terreno.

—Hermana —reverenció un joven de ojos grises y media melena. Era su hermano Sergey.

—Sergey —nombró, algo atorada. No conocía a ese joven. No sabía nada de él más que las historias que se contaban sobre su persona y aun así compartían la misma sangre. Lo miró fijamente por unos segundos y sintió un escalofrío en la espina dorsal. Superando sus propios instintos y presentimientos, extendió la mano y aceptó con una sonrisa que Sergey depositara un beso sobre la misma. Ese muchacho tenía algo escalofriante, pero ¿el qué?

—¡Anastasia! ¡Oh, hermana! ¡Por fin mis ojos te ven! —oyó una voz dulce y femenina.

—¡Tatiana! —se emocionó al ver a su hermana mayor. Se dio cuenta de que los años habían pasado muy rápido, Tanya ya era toda una mujer. Ambas lo eran. Sin embargo, su hermana era una réplica exacta de su difunta madre. Reparó en que ella era la única que vestía de luto riguroso y que tenía las ojeras bien marcadas por haber estado llorando durante horas. Se sintió ligeramente culpable por no haber derramado ella, por el contrario, ni una sola lágrima.

Se abrazaron y tras algunas saluciones de rigor con otros nobles, pasaron al interior del palacio. No sin antes reparar en la presencia inquietante de un hombre vestido completamente de negro que la miraba fijamente desde que había llegado. Lo miró de reojo, buscando sus ojos, pero le fue imposible dar con ellos por culpa del movimiento de la multitud.

—Es el príncipe Nicolás de Prusia —le susurró Tatiana, cogiéndola por el brazo y sonriéndole. Tanya poseía una belleza natural, sin exotismos ni artífices. Era una mariposa dulce, frágil y hermosa.

—¿Es él? —inquirió Anastasia, buscando respuestas en los ojos azules de Tanya.

—No —negó, ensombreciendo el semblante.

—¿Quién es? —insistió, sabiendo que nadie podía oírlas.

—Anastasia... Ahora no es el momento.

Tragó saliva, supo que algo no iba bien. ¿Quién sería su futuro marido de entre todos aquellos que habían salido para recibirla?

Pocos minutos después, pasaron a la sala del velatorio donde su madre reposaba sobre una estructura de piedra envuelta por velas. Aquel nudo en la garganta que había sentido en el convento al enterarse de la noticia se hizo más intenso. Si existía alguna persona en la tierra que la hubiera amado sinceramente esa era su madre. Sintió que los ojos se le irritaban, pero se negó a llorar. Cogió aire profundamente y se acercó lentamente a la difunta. Rezó por el alma de Anya al lado de su hermana que no hacía otra cosa que sollozar y sonarse la nariz.

—Mírala —susurró Ekaterina, la amante del rey—. Pobre Anastasia, la han domado bien las monjas. Es un corderito inocente. Qué lástima que vaya a ser sacrificado tan pronto —se burló la mujer, dedicándole una mirada socarrona a Nicolás.

La serpiente prusiana no respondió nada y dejó que Ekaterina siguiera con su murmuración malintencionada en un segundo plano. A primera vista, Anastasia parecía ser una joven inocente e ingenua. Sí, no tenía por qué dar problemas. Era una muchacha de estatura media y de tez extremadamente pálida con algún lunar anaranjado a conjunto de sus pestañas y cejas. Bajo su gorro ruso se intuía una cabellera rojiza y voluminosa. Pero no podía conocer a una persona hasta que no la mirara a sus ojos y los ojos de Anastasia parecían inalcanzables. Por más que había intentado topar con ellos directamente, siempre ocurría alguna eventualidad que lo impedía. Y en esos momentos no ayudaba mucho que la zarevna tuviera los párpados caídos, concentrados en las oraciones. Sin duda, era misteriosa.

—¿No es hermosa? —oyó a su izquierda la voz de Mijaíl Speranski mientras Ekaterina se marchaba lo más rápido posible suplicándole a Dios que el actual consejero real no la hubiera escuchado—. Sé que no es el lugar indicado para semejante apreciación, pero jamás imaginé que el zar me ofrecería la mano de su preciosa hija. Me enamoré de la belleza de Anastasia con solo ver su retrato, se ha convertido en una mujer espléndida. Si es la mitad de buena y obediente que su hermana Tatiana, me daré por satisfecho. Aunque por el momento —Indicó el rostro apenado y piadoso de Anastasia. —Creo que vamos por buen camino. Una esposa que se ha criado entre monjas debe ser una joya, ¿no cree, príncipe?

—Ignoro tales asuntos, consejero —Nicolás volteó sus pupilas verticales y oscuras hacia Mijaíl. —No soy un adepto muy entregado —susurró, haciendo vibrar su lengua bífida—. Pero las monjas suelen ser mujeres frustradas y amargadas que esconden oscuros secretos y mazmorras llenas de hijos bastardos a los que torturan sin piedad. Así que no sé si el hecho de que la zarevna haya crecido en un convento la ha convertido en una santa o todo lo contrario y se ha convertido en una dama con pasiones ocultas que desea explotar. Todavía hay que descubrirlo. Aunque por su bien y por el de toda la corte espero que se haya convertido en la próxima estatua a la que venerar y que no busque calor lejos del lecho matrimonial o niños a los que destripar.

—¡Alteza! —se indignó Mijaíl, pasándose la mano por su pelo canoso—. Está hablando de mi futura esposa.

—Oh, disculpe. Creí que había pedido mi opinión —Nicolás esbozó una sonrisa cínica y se marchó dejando al futuro marido de Anastasia descompuesto.



Instalada en sus aposentos miró a su alrededor con desconfianza. En su corazón sentía que algo no iba bien. Tatiana no había querido decirle quien era su prometido pese a sus insistentes preguntas. Su padre quería hacerle creer que la había sacado del convento para enterrar a su madre, pero ella sabía que no era cierto y que los verdaderos motivos del zar iban mucho más allá del luto.

—Gran Duquesa, ¿quiere que le prepare el baño? —escuchó la voz de Natasha detrás de ella—. En pocas horas será el entierro, ¿preparo su ropa de luto?

Asintió en silencio, se bañó y se vistió con un traje negro a conjunto de un velo que le caía desde la frente hasta el pecho, ocultando sus ojos.

—Natasha —nombró por primera vez desde que conoció a su doncella, provocando un respingo en la aludida que no estaba acostumbrada a que su señora se dirigiera a ella—. ¿Por qué mi madre te asignó como mi doncella personal? ¿Cómo supo ella que te necesitaría si, evidentemente, no estaba muerta?

—Alteza —titubeó la joven escuálida, apretando una muselina entre sus delgaduchas manos—. ¿No lo sabe? Pensé que estaba informada —Bajó la mirada.

—Al parecer todos sabéis algo acerca de mi persona menos yo misma —Se levantó de su tocador de marfil y encaró a la doncella, todavía con el velo levantado, por lo que pudo intimidarla con sus ojos azules. —Mírame —le ordenó y Natasha obedeció—. Si quieres ganarte mi confianza, habla.

—Zarevna, hace unos meses que la han prometido con un aristócrata. Su madre me asignó como su doncella personal cuando se enteró de la noticia, creyendo que pronto me necesitaría.

—¿Quién es ese aristócrata?

—Creo que no me concierne a mí informarla sobre...

—¡Habla! —La cogió por los hombros con firmeza. —Si me sirves bien, no te arrepentirás. Pero si me escondes secretos o si intuyo que no eres de fiar... no dudaré en echarte de palacio sin ojos ni lengua.

—No, Alteza. No será necesario, por favor. Su prometido es Mijaíl Speranski, el consejero del rey.

De todos los nombres que había esperado escuchar, ese era el último. Soltó a Natasha y dejó su mirada perdida en la lejanía mientras cavilaba cuáles eran los motivos de su padre para unirla con el líder de sus enemigos. No era la primera vez en la historia, ni sería la última, que un rey daba a su hija en matrimonio a algún enemigo. Era una forma rápida y fácil de solucionar conflictos y de garantizar la paz. Una moneda de cambio, algo a lo que ella había accedido desde que tuvo uso de la razón. Estaba dispuesta a cumplir con su destino y a casarse por razones políticas. Pero ¿por qué ocultárselo?

—¿Sabes algo más?

—En absoluto, Alteza. No sé nada más que lo que su madre me dijo: que usted se iba a casar y que precisaría de mis servicios.

—¿Por qué confiaba en ti? ¿De qué te conocía para ponerte a mi lado?

—Lo ignoro, Alteza. Serví a su madre durante muchos años después de que mi propia madre lo hiciera. Quizás fuera por eso, por costumbre.



El funeral fue, como no podía ser de otro modo, magnánimo. Un centenar de religiosos presidieron la procesión con estandartes y emblemas mientras los hombres de la familia andaban detrás del féretro que era empujado por una carroza decorada expresamente para la ocasión.

Ella y Tatiana junto a otras tías y primas siguieron la comitiva dentro de los carruajes. Anastasia observó a la población que se aglomeraba entorno al séquito real. Era la primera vez en toda su vida que tenía la ocasión de ver al pueblo tan de cerca. Y se sorprendió al ver que ninguno de los presentes derramaba ni una sola lágrima por la difunta zarina. Al contrario, juraría haber visto algún que otro rostro de satisfacción entre los malnutridos y desbaratados habitantes. Por supuesto que había de todo y había personas bien vestidas y educadas. ¿Qué habían hecho sus padres para esa gente? Quizás no se merecían su respeto. Puesto que desde Catalina la Grande nadie había hecho nada por Rusia más que defenderla de las invasiones extranjeras. Los siervos campesinos seguían siendo esclavos y la pobreza entre la gran mayoría de la población era un hecho irrevocable.

Miró a su hermana Tatiana y pensó que era muy diferente a ella. Su hermana no hacía otra cosa que llorar. Entendía que la situación no era para menos, puesto que su madre había muerto. Pero le daba la sensación de que Tanya no era más que una dama debilucha, extremadamente sumisa y aburridamente bondadosa. Por supuesto que la quería. Pero el amor no podía ser una pantalla opaca de la realidad. Sin ninguna duda, su hermana mayor no serviría para nada más que casarse y engendrar hijos. ¿De qué se quejaba? Si ella tenía el mismo destino, solo que en su interior sentía que había nacido para algo más.

Observó a Mijaíl Speranski al lado de su padre cuando se reunieron en torno al panteón familiar, lejos de los carruajes y de los séquitos. No le había contado a nadie que sabía la verdad, ni siquiera a Tanya a quien seguramente le habían prohibido hablar sobre el asunto y ella, indudablemente, había obedecido.

Llevar un velo negro era una ventaja cuando querías estudiar a tus posibles enemigos sin delatarte. Mijaíl se delataba mirándola a cada instante, ella fingía ignorarlo, pero lo cierto era que le resultaba inverosímil que aquel hombre de la misma edad que su padre fuera a convertirse en el compañero de su vida. Por mucho que estuviera dispuesta a casarse con él, en su fuero interno sentía que Dios tenía otros planes para ella.

Desde la clandestinidad de su velo, también observó a su padre. Que, obviamente, no tenía ni una sola lágrima en los ojos por enterrar a su esposa. Al contrario, parecía muy entretenido con la verborrea incesante de Ekaterina Anhalt.

Y en su escrutinio general jamás imaginó chocar con los ojos de la serpiente que, evidentemente, no le habían pasado desapercibidas sus miradas inquisitivas al resto de los presentes. Nicolás von Wittelsbach la había descubierto y no era de extrañar considerando que las pupilas del príncipe rayaban lo sobrenatural. Se quedó unos segundos petrificada bajo su mirada, un calambre venenoso cruzó sus globos oculares y le estranguló cada parte de su ser.

El veneno de Nicolás era tan potente que incluso se quedó sin respiración y sin sentido. Apartó la mirada rápidamente de él en cuanto se dio cuenta del bochornoso espectáculo que estaba dando frente a ese extranjero.

Decidió concentrarse en el penoso hecho de que Anya de Rusia estaba siendo sepultada para la eternidad hasta que Dios la llamara a rendir cuentas el día del Juicio Final. Consoló a su

hermana en la medida de lo posible y se despidió mentalmente de la mujer que la trajo a la vida.

Después, mucho más tarde, cuando pensó que nadie podía verla... salió al jardín del Palacio de Invierno dispuesta a respirar un poco de aire fresco lejos de cualquier rastro de vida humana. Necesitaba pensar y escuchar sus propios pensamientos lejos del bullicio de la corte. Su madre había muerto, su padre no le profesaba ningún afecto, su hermano era un desconocido y su hermana era una subordinada más del sistema. Y, por si esa lista tan poco favorecedora fuera escasa, su futuro marido era el líder de los enemigos del zar.

Envuelta por su abrigo de pieles negro notó una corriente gélida y tóxica en sus espaldas. Se giró inmediatamente para ver de qué se trataba, pero no encontró nada más que el viento removiendo las hojas y un ligero aroma masculino en el ambiente.

Miró a un lado y a otro sin ver a nadie hasta que saltó su hermano Sergey de entre los matorrales, queriendo asustarla.

—Eres tú.

—Soy yo, hermana. No deberías estar sola aquí fuera —Se acercó a ella.

—Necesitaba respirar —le quitó importancia, dirigiendo sus ojos a los extensos prados de nuevo.

—No apartes la mirada de mí cuando te estoy hablando —la amonestó su hermano menor—. ¿Acaso se te han olvidado los modales en ese convento?

Anastasia volvió a mirarlo, pero esa vez lo hizo confundida y ligeramente asustada, aunque no lo demostró, encubriendo sus sentimientos tras la dura capa de hielo que había en sus retinas.

—Disculpa, hermano —dijo después de unos segundos de silencio.

—No te he visto derramar ni una sola lágrima por nuestra madre —Sergey frunció el ceño y le sonrió.

—Quizás los modales no sean lo único que haya olvidado en el convento —respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. Tampoco te he visto llorar, hermano.

—La muerte es muy aburrida teniendo tanta animación en el mundo. Espero que no hayas olvidado que yo soy el zarévich y espero que te muestres complaciente cuando te pida que hagas algo.

—¿Qué debo hacer? —le siguió la corriente, sin apartar la mirada.

—Para empezar, quiero que te muestres muy dispuesta cuando Mijaíl Speranski te pida la mano mañana —espetó el muchacho, esperando a que ella reaccionara de algún modo ante la noticia... pero ella no lo hizo, se quedó impávida en el mismo lugar y con el mismo gesto—. Sé que mi padre no te lo ha dicho todavía, pero por si no lo sabías te hemos comprometido con el consejero y líder de los revolucionarios. Supongo que no ofrecerás resistencia, ¿verdad, hermanita? No quiero sorpresas —Sergey hablaba como una hiena, riendo sin sentido y con los ojos abiertos a punto de saltarle de las órbitas. Era evidente que sufría de algún tipo de trastorno mental.

—No todos tenemos la valentía de un zar, Alteza —correspondió Anastasia, tranquilamente.

—Así me gusta, que aprendas rápido quien es el rey.

—Por supuesto, Alteza. Para todo hay una estación y un tiempo para cada asunto —ultimó la zarevna, dejando a su hermano desconcertado.

—Ahora, entra en el palacio. No quisiera que Mijaíl sospechara de ti antes de formalizar la unión.

Anastasia hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia el interior del edificio; por el camino volvió a notar ese aroma masculino que le había llamado la atención antes de la aparición de Sergey. ¿Quién era? ¿Quién la estaba espiando desde las sombras?

"Ellos pensaban que estaban jugando conmigo, lo que no sabían era que yo era una jugadora a su nivel." Pensamientos de Anastasia.

Capítulo 3

Herr Maneling

Al día siguiente del funeral de Anya.

Alejandro I de Rusia se dignó a conceder una audiencia privada a su hija para informarla sobre su futuro. Fue uno de los mayordomos reales, Máksim, el encargado de avisar a Anastasia de que su padre quería verla en la sala del trono. Para la ocasión eligió un vestido inspirado en la moda inglesa con un escote cuadrado, mangas abullonadas y cinturón debajo del busto con muselina jaspeada. Estaba cosido con hilo de oro y constaba de tres capas que jugaban con el beige, el granate y el dorado. Pese lo espectacular que era su vestido, no debía olvidarse que acababan de enterrar a Anya, por lo que se colocó una capa negra por encima.

La peluquera de la corte fue la encargada de preparar su voluminoso cabello rojo con un recogido que dejaba caer algunos bucles alrededor de su ovalado rostro. Usó pinturas para los ojos y los labios y se perfumó con esencia de lirios. Su belleza pasaría a la historia y la tiara de diamantes con la que coronó su atuendo era testigo de aquella afirmación.

Fue puntual y llegó a la sala imperial rodeada por el servicio.

—Padre, ¿quería verme? —preguntó al entrar y ver a Alejandro sentado en el trono. Por un momento le pareció que estaba muy viejo y decrépito, pero esa fugaz percepción se evaporó en cuanto el zar se irguió.

—Hija, pasa —Se levantó y se acercó a ella para ofrecerle el brazo. Anastasia se cogió a él, sintiéndose muy extraña por la cercanía de su padre. —Demos un paseo.

Ojalá hubiera tenido la oportunidad de conocerlo mejor, pensó Anastasia.

Pasaron por la escalera de gala empapada de arte barroco ruso con molduras de oro, moquetas rojas y cúpulas repletas de querubines y serafines. Anduvieron por el vestíbulo donde los grandes caudillos del país estaban retratados y Anastasia reparó en la grandiosa lámpara de araña que colgaba del techo. Debía pesar al menos una tonelada. Después se adentraron en la sala de los escudos, una de las más grandes del palacio. En ella solían celebrar bailes los de máscaras y las ceremonias.

Mientras hacían el recorrido, incluyendo la sala pequeña del trono en honor a Pedro I, su padre le hablaba de la importancia del sacrificio, del honor y de las grandes mujeres que habían formado parte de la familia Románov. Hizo hincapié en aquellas damas que se habían casado para ennoblecer el país y le contó anécdotas familiares que jamás había escuchado. Ella, por su parte, mantuvo un absoluto silencio hasta llegar a la capilla privada de la familia decorada por Francesco Bartolomeo Rastrelli donde, por fin, Alejandro le confirmó lo que ya sabía desde el principio: debía casarse con Mijaíl Speranski.

—Cumpliré con mis obligaciones como Gran Duquesa de Rusia, padre —contestó simple y llanamente con la mirada perdida en la infinidad de ornamentos de la capilla que le resultó muy ostentosa en comparación a la que había en el convento.

Alejandro I miró a su hija durante varios segundos seguidos, más tiempo del que jamás le había dedicado.

—Tienes los mismos ojos que tu bisabuela, Anastasia.

Anastasia lo miró, sorprendida por aquella repentina muestra de aprecio.

—He oído que gozabais de una grata relación entre ambos —dijo ella con su voz de soprano fría y rítmica, pero muy femenina.

—En efecto, siempre me consideré más cercano a mi abuela que a mi propio padre.

Por un instante, un instante fugaz y volátil, sintió que se establecía una conexión entre ella y el zar. Le dio gracias a Catalina la Grande por aquel momento que guardaría para siempre en la memoria sin importar los desgraciados acontecimientos que estaban por venir.

—Mijaíl es un aristócrata ruso muy influyente —comentó Alejandro, rompiendo el silencio—. Tu nombre quedará inscrito junto al suyo para la posteridad, no serás olvidada... hija.

—Lo extraño es que un aristócrata sea tan afín al movimiento reformista que, claramente, va en contra del poder autócrata —dejó entrever sus dudas junto con el presentimiento negativo que se había instaurado en su corazón desde su llegada.

—La política es un asunto complicado y muy enrevesado en el que muchas causas pueden influir hacia un rumbo u otro. Te sorprenderías al saber de lo que es capaz un hombre por su ideología, sin importar su estatus social ni su posición dentro del gobierno. Pero tú no debes preocuparte por la ideología de tu futuro esposo, tan solo debes mostrarte como una esposa dócil y complaciente. No te pido nada más, Anastasia. Eres mi hija y sé que me honrarás con tus buenos modales y tu obediencia.

Anastasia asintió por toda respuesta teniendo en cuenta de que era una verdadera lástima que el vencedor de Napoleón se mostrara tan irracional ante ella por el solo hecho de ser una mujer. Seguramente, Alejandro, veía imposible que existiera otra mujer igual a su abuela y se comportaba como cualquier hombre: autoritario y férreo a un sistema patriarcal.

—Entonces, si ha quedado todo claro... Mijaíl te espera al lado del reloj del pavo. ¿Quieres que lo mande a buscar?

—No será necesario, padre. Yo misma iré a su encuentro.

Salió de la capilla con el corazón más acelerado de lo que le hubiera gustado. La conversación con su padre, esperada y preparada, había resultado ser más emocionante de lo que había imaginado. Enfrentarse al zar era intimidante, pero estaba segura de que no lo había dejado indiferente. Es más, habían congeniado por unos breves instantes. Era patético el discurso que Alejandro había pronunciado durante más de una hora para terminar diciéndole lo que ya sabía: que debía casarse por obligación. ¿Acaso creía que le temía al matrimonio? ¡Qué lástima! Su propio padre no la conocía en absoluto.

Anduvo con pasos firmes y contundentes a través de los pasillos, debía llegar a la sala del pavo donde su bisabuela guardó una de sus colecciones exclusivas de arte. La pieza más relevante era un ingenioso reloj que tenía por rey a un pavo que extendía su cola cada cierto tiempo.

Vislumbró a Mijaíl a escasos metros antes de entrar en la sala. Era alto, un poco más que ella, aunque su edad lo obligaba a encorvar ligeramente los hombros. No era un hombre desagradable a la vista, en su juventud debió ser apuesto. Sus mejores años ya habían pasado y lo veía demasiado mayor para ella. Lo que menos le gustaba de él era su pelo canoso y escaso.

—Mi padre me ha dicho que quería verme —dijo, seguida por algunos miembros de la alta servidumbre y por dos de sus tías que serían testigos de la pedida de mano.

—Zarevna —Se giró el consejero real, apartando su mirada verdosa del reloj y clavándola sobre ella.

Los ojos de Mijaíl eran grandes y de los más limpios que había visto hasta el momento.

No es una mala persona, consideró Anastasia.

La pedida fue corta y exitosa. La familia tardó pocos minutos en reunirse en la sala de ceremonias para celebrar el acontecimiento y se fijó una fecha de boda temprana. Todo estaba

preparado desde hacía mucho tiempo. ¿A qué venían tantas prisas? ¡Apenas acababan de enterrar a su madre! Le parecía de muy mal gusto que su padre no respetara su luto ni el de la corte y rápidamente volvió a detestarlo cuando se mostró irritablemente atento con Ekaterina.

—¿Qué le ocurre a nuestro padre con esa mujer? —Anastasia preguntó a Tatiana mientras el resto de la familia estaba inmersa en los planes de la boda, su boda.

—Es una historia incómoda de contar...

—¿Vas a mantenerme en la ignorancia de nuevo? Tanya, hablábamos más por carta que en persona. No comprendo tu mutismo ni tus vagas respuestas.

—Las cartas eran un medio de comunicación seguro, hermana. Aquí hasta las paredes tienen oídos.

—Vendré a tu alcoba esta noche y me lo contarás todo —insistió Anastasia, harta de ser la última en enterarse de todo y dispuesta a sonsacarle toda la información posible a su hermana. ¿Por qué se mostraba tan esquiva?

Durante la celebración del compromiso, Mijaíl se mostró muy atento y servicial. ¿Era posible que ese hombre estuviera enamorado de ella? Si no lo estaba, interpretaba su papel a la perfección. No era el único hombre que se mostraba condescendiente con ella, la gran mayoría de los caballeros la elogiaban y la obedecían en cosas banales. Le daba la sensación de que podría conseguir lo que quisiera de ellos. No era estúpida y sabía que se había convertido en el centro de atención masculino por encima de la amante de su padre y de su propia hermana.

Todos le reían las gracias, le cedían el puesto o le apartaban la silla. Todos... menos Nicolás von Wittelsbach. Era el único hombre presente que jamás la miraba, jamás le dirigía la palabra e incluso se mostraba despectivo hacia su persona. En cambio, ella no podía dejar de mirarlo desde que se había encontrado con sus ojos de serpiente en el funeral. ¿El príncipe era de ese mundo?



Con un camisón blanco de algodón y una capa negra por encima se escurrió a medianoche por los pasillos del palacio hasta llegar a la alcoba de su hermana Tatiana. No fue fácil encontrarla, pero con las previas indicaciones de Natasha y la ayuda de un candil consiguió hacerlo. Trató de sortear a los guardias y al servicio en la medida de lo posible puesto que no quería que mucha gente fuera testigo de su escapada nocturna.

Tocó dos veces sobre la puerta ligeramente y se coló inmediatamente sin esperar a ser recibida. No tenía tiempo para protocolos. Encontró a su hermana sentada en el lecho con un libro entre las manos, tenía medio cuerpo en el interior de las sábanas y el otro medio cubierto por un camisón de dormir.

—¡Anastasia! —gritó en un susurro Tanya, sorprendida y asustada por verla en su habitación a altas horas de la noche—. ¿Qué haces aquí?

—¿No te he dicho antes que vendría a verte?

—Pero pensé que se trataba de una ocurrencia sin importancia —Dejó el libro y la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Cómo puede respetarse una mujer que hace semejantes ocurrencias? No se me ocurriría actuar de un modo tan simple. Tanya —Se acercó a ella, sentándose a su lado y cogiéndole la mano. —Creo no estar equivocada si digo que de entre todos mis familiares vivos, tú eres la única que merece mi confianza —La miró fijamente a los ojos, esperando encontrar a una amiga. —No

olvido tus cartas semanales y el tiempo que dedicabas en leer las mías. Sé que me guardas un profundo afecto como yo te lo guardo a ti —Sonrió levemente, provocando que su hermana se relajara y le devolviera la sonrisa. —Necesito saber qué me he perdido durante estos diez años lejos de la corte. Explícamelo todo, por favor. Aquí estamos seguras, ¿verdad? Nadie nos escuchará, no tienes nada que temer.

Tanya miró a su alrededor y en la seguridad de su habitación decidió explicarle los acontecimientos más importantes de la última década. Desde la invasión Napoleónica hasta la muerte de la zarina.

—Papá no confía en Sergey —confesó Tanya a media voz, casi susurrante—. Mamá y yo lo sabíamos, pero nunca osamos decirle nada a nuestro hermano para que cambiara su proceder o mejorara su actitud... Sabíamos que hablar con él solo nos traería problemas, parece poseído por el diablo.

—Nuestro hermano me recuerda a una hiena.

—Es un monstruo —determinó la beldad de pelo rubio con los ojos llorosos y el gesto contraído—. No puedes fiarte de él. Disfruta con la crueldad y tortura a los más débiles.

—¿A mujeres?

—A mujeres y a hombres. No tiene preferencias a la hora de intimidar, coaccionar y vejar a alguien. Llegó a cortarle la cabeza a un sirviente por ponerle azúcar en vez de canela en su té. Por supuesto que papá se encargó de encubrir el asesinato y nadie supo nada... menos mamá y yo. Hasta madre le tenía miedo. No se puede razonar con él, se enfada por nada y todo lo malinterpreta.

—Creo que tiene muy interiorizado que va a ser el próximo zar y eso le ha dado un poder irreal sobre el que sustenta su pésima conducta y sus desvaríos mentales —razonó Anastasia en voz alta.

—En el servicio lo han apodado el “zar loco”. Todos temen el día en que Sergey sea coronado. No habrá piedad para nadie que lo contradiga y mucho menos para los reformistas y revolucionarios. Estoy segura de que llevará una política muy rígida que en poco o en nada nos beneficiará.

—¿Es por eso por lo que vives con miedo? ¿Por Sergey?

—¿Vivir con miedo? —Tanya se avergonzó ante la aquella afirmación tan directa, pero no tuvo otro remedio que aceptarla por ser cierta. —Por él y por todo lo que envuelve este lugar.

—Hablas como si hubiera fantasmas.

—Te aseguro que los vivos pueden ser mucho peor que los malos espíritus, Anastasia.

—¿Qué ocurre con padre? ¿Por qué le dedica tanta atención a Ekaterina Anhalt? No soy ciega, me imagino que debe ser su amante... pero ¿desde cuándo? ¿Y por qué de un modo tan poco respetuoso?

—Ekaterina lleva en nuestras vidas aproximadamente diez años.

—¿Diez años? ¿Tanto tiempo? —se escandalizó la pelirroja, dejando caer su cabellera suelta hacia la derecha. Había salido de su alcoba sin vestidos opulentos ni recogidos y se estaba mostrando más natural que nunca. En cierto modo, lo necesitaba. Necesitaba crear esos momentos con alguien de su familia y Tanya era la indicada para depositar su amor fraternal frustrado. Podía confiar en ella, ¿verdad?

—Desde que los médicos dijeron que nuestra madre no podía mantener relaciones... supongo que entiendes a lo que me refiero. Padre tardó poco tiempo en buscar una amante y no ha tenido escrúpulos a la hora de presentarla en público. Nadie se lo ha recriminado nunca públicamente. Los hombres pueden hacer y deshacer a su antojo y más si llevan una corona sobre la cabeza. Los

palaciegos no esperan nada más de él después de su victoria sobre el campo de batalla... Y le permiten cualquier deseo que exprese... Incluso el de desposarse con quien quiera ahora que madre ha fallecido.

Anastasia guardó silencio asimilando aquellas últimas palabras. Había previsto casi todo lo que le había contado Tanya, pero no había predicho que Alejandro I tuviera intenciones de convertir a Ekaterina en su esposa.

—Pero no sería nombrada zarina... —sospesó, mirando cuidadosamente los ojos de su confidente.

—No, en una primera instancia. Sin embargo, no dudo de que padre quiera convertirla en zarina tarde o temprano. Esa mujer es una manipuladora, la hija de un noble venido a menos que ha visto la oportunidad de escalar en el escalafón social y estoy segura de que encontrará el modo de salirse con la suya.

—Nunca des nada por sentado —decretó Anastasia con el semblante imperturbable—. Y hablando de parásitos... ¿Qué hace un príncipe prusiano en nuestra corte?

—¿Nicolás? —Tanya se removió incómoda, como si ocultara algo. —Él y su hermano han pasado largas estancias aquí. Recuerda que, prácticamente, somos familia. Los reinos de Prusia y Rusia han sido siempre amigos y la abuela de papá era prusiana... por lo que Nicolás sería algo parecido a un primo lejano.

—Muy lejano —añadió ella, incapaz de imaginar a ese tétrico hombre como su familia—. Todos los reinos europeos estamos emparentados entre nosotros en mayor o menor medida, pero no nos instalamos en las cortes extranjeras.

—Nicolás y Klaus, su hermano mayor, tienen tratos con papá. Pero lo único que sé de su relación es que papá confía más en Nicolás que en Sergey y que podría ser el próximo consejero real.

Anastasia frunció el ceño rápidamente al oír aquello último y dilató sus pupilas sobre Tanya.

—¿Estás segura de lo que dices? El consejero real es Mijaíl.

—Sí... —contestó Tanya dubitativa y algo asustada—. Pero esos cargos van cambiando, ¿no? No lo sé, Anastasia. Yo no soy una experta en estos asuntos, me limito a contarte lo que he oído o lo que madre me explicó. Puedes imaginar que ni el zar ni Sergey me cuentan nada sobre sus planes... Desde que tengo uso de la razón me he limitado a cumplir órdenes. Y nuestra madre tampoco gozaba de un lugar privilegiado en la corte. Puede que fuera la zarina, pero en estos últimos años quedó en un segundo plano y relevada de muchas de sus funciones. Papá argumentaba que solo cuidaba de su salud, pero sé que en realidad le molestaba que supiéramos algo sobre sus planes o decisiones.

—Lo comprendo, no te preocupes —calmó los frágiles nervios de su hermana mientras ella le daba vueltas a ese complicado entramado.



Satisfecha después de una larga y prolífica conversación con Tanya, salió de los aposentos cuando las agujas del reloj ya marcaban las dos en punto de la noche. Había dejado a una agotada y adormilada hermana en su lecho, pero ella no tenía sueño y todavía no conocía bien el palacio.

Alumbrada por un candil y cubierta por una capa oscura empezó a recorrer el edificio. Era agradable andar durante la noche, cuando ya no quedaba nadie despierto y el servicio de guardia

se reunía en las cocinas a la espera improbable de que algún señor les pidiera algo.

Reparó en que ni siquiera llevaba zapatos en cuanto el frío empezó a colarse por las plantas de sus pies. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte que cualquier otra sensación que pudiera experimentar. Se paró en los salones que le llamaron la atención, observó los retratos que más le gustaron y buscó rincones que guardar en su memoria. Lo que más le gustó fue encontrarse con una chimenea que tenía la pintura de un paisaje sobre ella.

¿Cómo podía esa pintura soportar el calor de la chimenea? Se acercó un poco más a la obra de arte y se dio cuenta de que no era óleo, sino un mosaico romano hecho de cerámica. No solo descubrió ese pequeño detalle al acercarse a la lumbre, sino unas voces jadeantes que se colaban por el conducto del humo. Era una mujer que gritaba de placer y los gritos venían de arriba.

Extrañada, atrevida y algo sobresaltada siguió el hilo de esas voces a través de escaleras y pasillos estrechos. Había ocasiones en que perdía el rastro, pero si se acercaba a alguna corriente de aire o a algún conducto volvía a oírlas. ¿Quiénes eran? Necesitaba saberlo. Necesitaba saber quién mantenía relaciones a altas horas de la noche y, al parecer, a escondidas. No eran las dependencias reales, así que no podía ser nadie de la alta nobleza. Tampoco era el espacio destinado a los sirvientes. Era una zona poco frecuentada y que solía estar vacía. Claro que con 1500 habitaciones era difícil controlar la disponibilidad y la ocupación de todas y cada una de ellas en todos los momentos del día y la noche.

Después de una larga caminata con los pies congelados y el brazo cansado de sostener el candil, llegó al origen de esos escandalosos jadeos. Se había criado en un convento, pero Izabella se había encargado de contarle lo que cualquier mujer debía saber. No era ignorante de lo que sucedía en el lecho entre una mujer y un hombre. Aunque jamás lo había experimentado y, por supuesto, ignoraba los detalles.

Muy lenta y cautelosamente se acercó a la puerta y giró el pomo de esta con discreción, sin hacer ruido. Logró abrir la estancia y dejar la puerta unos centímetros abierta. Suponía que sus ocupantes estaban demasiado entretenidos como para darse cuenta de algo tan sutil. Del interior de la habitación salía un calor húmedo que se mezclaba con el fuerte perfume de una mujer y ese ligero aroma masculino que ya había percibido en más de una ocasión cuando le daba la sensación de que la espiaban.

Quiso acercarse para ojear e identificar a la pareja, pero cuando colocó sus ojos azules e inhumanos en la grieta chocó con los ojos de una serpiente. Increíblemente, se asustó. No era una mujer dada al miedo ni al espanto, pero salió corriendo por donde había venido con la respiración cortada. ¡Era él! ¡Era Nicolás! ¡El príncipe prusiano!

Con sus ojos quemándole las retinas bajó las escaleras a trompicones. Con las prisas y el pavor no miraba hacia delante, sino hacia atrás por ver si Nicolás la estaba siguiendo. Error fatal porque sin verlo ni quererlo topó con alguien que la cogió por los brazos, deteniéndola. El impacto fue tan inesperado que soltó un grito ahogado antes de ver a su captor.

—¡Mijaíl! —gritó al ver a su prometido.

¡Dios! ¿Qué pensaría de ella? No era que le importara lo que pensarán los demás sobre su persona, pero no quería enturbiar un compromiso establecido por el zar. No estaba en condiciones de enfrentarse a nadie... todavía. Por si fuera poco, tenía un aspecto horrible. No iba peinada ni vestida y tenía las mejillas encendidas por las emociones, el miedo y la carrera improvisada.

—Zarevna —musitó el consejero, mirándola con infinita devoción—. ¿Qué hace a estas horas de la noche por aquí?

—He ido a rezar —mintió rápidamente, dando honor a su mente hábil—. He quedado muy impresionada por nuestro compromiso y era incapaz de dormir. Vengo de la capilla... —Señaló

hacia atrás donde, efectivamente, quedaba la capilla familiar.

—Parecía asustada.

—¡Y lo estaba! —dramatizó, cogiéndole las manos a Mijaíl en un acto teatralizado de pavor infinito—. Antes de venir aquí, mis compañeras me contaron que el palacio estaba encantado por el espíritu de Catalina la Grande —explicó en un susurro, poniendo su semblante más ingenuo e infantil—. Estaba rezando para que nuestro matrimonio fuera feliz y armonioso cuando de pronto... —Apretó su agarre. —Unas voces extrañas llegaron a mí y me asustaron, señor Speranski. ¡Qué bochorno! —Soltó a Mijaíl y se llevó las manos sobre la cara.

—Anastasia... —nombró él, hipnotizado por su belleza y por su "ingenuidad"—. Ha merecido la pena prescindir de una esposa durante tantos años. Dios tenía la mejor de las mujeres guardada para mí —Le apartó las manos de la cara y le acarició el rostro con ternura. Anastasia se desconcertó... Mijaíl estaba verdaderamente enamorado de ella.

—Yo... —titubeó, sintiéndose ligeramente culpable por no poder corresponderlo y por haberlo mentado. Sabía, en el fondo de su corazón, que su prometido no se merecía a una mujer tan frívola como lo era ella. Y, por unos instantes, llegó a imaginarse como su esposa.

Sería una vida tranquila, llena de seguridad y calma. No habría pasión desenfrenada ni amor adolescente, pero habría respeto y confianza. Quizás tendrían hijos... Unos niños sanos que crecerían con el amor de un padre bondadoso y familiar. Quizás... con Mijaíl podría tener lo que nunca tuvo: una familia.

—No diga nada, Anastasia. No es necesario. Sé que es usted muy joven y que, probablemente, me vea más como a un padre que como a un esposo. Pero le aseguro que puedo hacerle cambiar de opinión... Se suele subestimar la madurez y los matrimonios en los que el hombre es mayor, suelen ser exitosos. No tendrá que temer porque un arranque pasional y juvenil me aparte de su lado. ¿Cómo podría? Si tengo a mi lado a la fémica más bella de toda la corte. Cuando nos casemos, haré que el mejor pintor de toda Rusia la retrate. Quiero centenares de retratos suyos y hacer que su belleza pase a la historia y pasar yo a la posteridad como el hombre que tuvo la fortuna de estar casado con usted. Y no solo es usted un aspecto físico, es un alma piadosa y educada. ¿Qué más puedo pedir?

¿Ese hombre tan amable era el líder de los enemigos de su familia?, se preguntó Anastasia. Porque de entre todas las personas que había conocido hasta el momento, él le parecía la más humana.

—Mijaíl, no merezco tantos cumplidos —sinceró, rompiendo un poco la capa de hielo que cubría sus ojos azules y mirándolo con un ápice de ternura.

—¿Por qué no? —La sonrió y le ofreció el brazo. —Usted se merece lo mejor, Anastasia. Jamás lo olvide. No importa qué haya hecho o qué pretenda hacer, merece que alguien la ame. Ahora, vamos... La acompañaré hasta su alcoba, yo la protegeré de los fantasmas.

Se apoyó en el brazo de Mijaíl y, ciertamente, se sintió protegida. Aunque no pudo sentirse totalmente aliviada porque los ojos de Nicolás se negaban a abandonar su mente.

"Llegué a profesar un sentimiento sincero hacia el señor Speranski e incluso llegué a soñar una vida retirada, armoniosa y familiar junto a él. Sin duda, era y sería el mejor hombre que había conocido en mi vida." Pensamientos de Anastasia.



Capítulo 4

Bodas de sangre

Mijaíl Speranski la cortejó durante un breve período de tiempo antes de la boda. Fueron semanas placenteras en las que templó su naturaleza. Su prometido le transmitía paz, tranquilidad y seguridad. No era el hombre más atractivo de Rusia, pero consiguió encontrarle encantos con los que imaginarse una vida matrimonial junto a él. Anastasia deseaba tener una familia y sentirse amada.

El hecho de que Mijaíl fuera el líder de los reformistas había pasado, sorprendentemente, a un segundo plano. Con los días se convenció de que no era tan extraño que su padre hubiera buscado alianzas en el bando contrario con el fin de garantizar la paz. Y aunque seguía inquieta por muchos asuntos que la rodeaban, decidió concederse la arbitrariedad de disfrutar de su boda y olvidarse, por unos días, de los problemas y las intrigas. Después de todo, Anastasia había vivido en la soledad y el abandono durante muchos años y no era más que una joven deseosa de amor.

—Aparentas felicidad, hermana —comentó Tatiana, vestida con un traje de tafetán blanco con una banda roja que cruzaba desde el hombro derecho hasta la cadera izquierda. Su hermana era una beldad con todas las letras de la palabra. Su pelo rubio resaltaba entorno a una pequeña tiara de diamantes mientras que sus ojos azules, cálidos y bondadosos, brillaban con esplendor propio.

Sin embargo, ella seguía sobresaliendo por encima de cualquier otra dama de la corte. Y ese día en particular no era solamente la más hermosa de palacio sino la más hermosa del país. Así lo habían procurado la veintena de modistas y peluqueras que se habían encargado de prepararla para su gran día.

¡Iba a casarse! Y como cualquier joven de diecinueve años estaba emocionada a la par de inquieta, aunque nadie lo hubiera dicho a juzgar por su serenidad aparente.

—Estoy feliz, Tanya —respondió, mirándose en un espejo de pie entre que una doncella del alto servicio ultimaba los detalles de su manto real—. Debo confesar que Mijaíl no era de mi agrado cuando llegué aquí. Sin embargo, ahora creo que él será beneficioso para mí y estoy segura de que el amor llegará con los años. Es muy respetuoso, agradable y sincero.

—Es un buen hombre —Sonrió Tanya. —Y la diferencia de edad no será ningún problema con la llegada de los hijos.

—Hijos... —suspiró Anastasia empañando el hielo de sus ojos que, por primera vez, parecían más humanos.

—Te deseo una vida llena de felicidad y amor, hermana —La abrazó Tatiana. —Te lo mereces.

Alejandro I de Rusia, el zar, le ofreció su brazo a la entrada de la capilla después de halagarla por su belleza y su porte. La marcha nupcial empezó cuando los niños entraron delante de ella con flores y supo que era el momento, su destino estaba a punto de cumplirse: casarse con quien la corona había escogido para ella. Y estaba satisfecha con la decisión... Miró a Mijaíl que se mantenía de espaldas por tradición. No sentía mariposas ni se le aceleraba el corazón al verlo, pero una inmensa calma la embargaba al saber que estaba cerca de él. Mijaíl le había prometido pasar unos días en su propiedad campestre después de la ceremonia. Le había contado maravillas de ese lugar: un prado lleno de campánulas, un río de cauce manso en el que remojarse y aguas manantiales en las que relajarse.

Anduvo cogida a su padre a través del largo pasillo con moqueta roja. Le hubiera gustado centrar toda su atención en Mijaíl y en sus promesas de futuro. Pero no pudo evitar fijarse en los invitados y en darse cuenta de que no había ningún asistente extranjero. Mientras cavilaba los posibles motivos de la ausencia de presencia foránea, topó con Nicolás von Wittelsbach.

Había tenido pesadillas en las que él era el protagonista. Él y sus ojos de serpiente. Era incapaz de olvidar el miedo que pasó la noche en la que lo descubrió teniendo relaciones indecentes. ¿Quién sería la mujer que estaba con él? No era que le interesara lo más mínimo la vida amorosa del prusiano, pero era extraño que Nicolás se escondiera para tener a una amante. Ningún hombre tenía la obligación de dormir en una zona desocupada para recibir a una mujer... A no ser que tuviera algo que esconder. Hubiera investigado más sobre el asunto si el cortejo de Mijaíl no la hubiera distraído.

Nicolás la miró fijamente a través de sus ojos venenosos. Debía admitir que, más allá de su aspecto espeluznante, era un hombre apuesto y viril. Lucía un frondoso pelo oscuro a conjunto de su barba esmeradamente cuidada y, además, la forma de su rostro era perfecta... como si el mismísimo Michelangelo lo hubiera esculpido con el permiso de Dios. Era guapo, alto y fuerte.

Apartó esos pensamientos de la cabeza en el mismo instante en que apartó la mirada de él y volvió a clavar los ojos sobre el señor Speranski, su futuro marido. Al llegar a su altura, buscó la mirada verde y cristalina de Mijaíl y este la correspondió. Se sonrieron sinceramente y el obispo, con su traje de gala, empezó la ceremonia.

Anastasia estaba radiante con su manto real hecho de piel de armiño y forrado de seda con brocado de oro. Las águilas bicéfalas estaban bordadas a lo largo de la capa que tenía escote de barco y estaba abierta por delante, mostrando su vestido de novia. Su vestido era impactante por la cantidad de telas sobrepuestas que hacían el efecto de estar flotando en una nube blanca de muselina, seda y tafetán. Por si su indumentaria fuera poca cosa, llevaba como complementos algunas de las joyas más suntuosas de la dinastía Románov como el diamante Orlov, un broche que perteneció a la zarina Isabel I de mil diamantes y una tiara compuesta de zafiros, esmeraldas y rubíes.

Se le cansaron las piernas tras más de dos horas de sermón y oraciones. Pero la espera valió la pena cuando ella y Mijaíl se dieron el sí quiero y fueron proclamados, oficialmente, marido y mujer. Vio en los ojos de su esposo el amor infinito que le guardaba y supo que todo iría bien.

Cogidos del brazo, deshicieron el camino de la capilla y fueron conducidos a la sala de los escudos donde mantuvieron conversaciones banales con los presentes hasta que el protocolo requirió que ella se retirara para refrescarse y adaptar su indumentaria al gran banquete.

Ayudada por los miembros de la alta servidumbre y rodeada por sus tías y primas, le fue

retirado el manto. Le permitieron regresar a la celebración con su vestido blanco y las joyas mientras dos niñas, las damitas de honor, la acompañaban fielmente a todos lados. Ambas niñas eran primas de sangre directa y también fueron las encargadas de regar el pasillo nupcial de pétalos de rosa. Eran bonitas, inocentes y muy alegres. Juraban haberse preparado para ese día durante semanas y Anastasia no pudo hacer otra cosa que apreciarlas e imaginarse cómo serían sus propias hijas.

—¿Cómo se encuentra mi bella esposa? —le preguntó Mijaíl cuando volvió a su lado.

—Perfectamente —Sonrió, cogiéndolo por el antebrazo. —Gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—Necesito agradecerle la oportunidad que me has dado de tener una vida lejos del palacio. Tengo muchas ganas de ir a tu mansión campestre y disfrutar de sus manantiales y campos llenos de campánulas.

—Pronto, querida —Le colocó la mano sobre la que ella había puesto sobre el antebrazo. — En cuanto terminemos el banquete y empiece a oscurecer... Nos iremos de aquí durante unos días.

El banquete se iba a celebrar en otro edificio, lejos del Palacio de Invierno. Su padre había decidido que era mejor cambiar de lugar para dar más pomposidad a la boda, así que todos los comensales subieron a sus carruajes y se dirigieron al Palacio de Mármol después de que las campanas de boda hubieran repicado por todo San Petersburgo.

La población se aglomeró alrededor de los carruajes y la gran mayoría de los habitantes aplaudieron y recibieron de buen agrado a Anastasia cuando esta descendió del vehículo ayudada por Mijaíl. Muchos la consideraban un emblema puesto que al casarse con un reformista esperaban que la princesa ayudara a los esclavos y a modernizar el país. Y no solo las esperanzas volcadas en ella fueron las causantes de la admiración de los rusos hacia Anastasia, sino la inesperada e impactante belleza de la misma.

Le dio la sensación de que la gente estaba más feliz de ver al señor Speranski que al resto de los aristócratas y comprendió que su esposo era amado por Rusia y que ella, al haberse casado con él, también se había ganado parte de su amor.

—Te admiran —expresó ella, llegando a la puerta del Palacio de Mármol.

—El proletariado es sencillo, Anastasia. Hay que hacerlos sentir importantes y respetados, eso es todo. Cuando ignoramos sus necesidades y los aplastamos con un puño de acero, lo único que estamos haciendo es crearnos un poderoso enemigo: una multitud frustrada y humillada que no tiene nada que perder porque no les hemos dado nada por lo que luchar salvo su libertad.

Las palabras de su marido le parecieron muy acertadas y se sintió orgullosa de haberse convertido en su compañera de vida. Aprendería grandes cosas a su lado. Entraron en el Palacio de Mármol donde las mesas estaban dispuestas y los sirvientes los esperaban con deliciosos y succulentos platos.

Su padre y su hermano se sentaron en lugares privilegiados dando honor a su estatus y el resto de los comensales ocuparon sus correspondientes asientos. Todo iba según lo previsto. Tatiana se mostraba feliz, Sergey disfrutaba incordiando al servicio, Alejandro agasajaba a Ekaterina y Nicolás... ¿Dónde estaba Nicolás?

Anastasia lo buscó con la mirada, pero no lo encontró. Recelosa, dejó el cubierto sobre el plato y reparó en que la guardia imperial se había retirado. Volvió a mirar a su padre, lo vio comiendo relajado y alegre. ¿Qué podía ir mal si el zar estaba presente? Cogió de nuevo el tenedor y lo clavó en una ciruela que se llevó a la boca justo antes de ver cómo parte de su familia abandonaba el lugar sigilosa y rápidamente, incluida Tatiana. Lo hicieron con tanta agilidad y presteza que no se hubiera dado cuenta de ello si pocos segundos antes un presentimiento

horroroso no la hubiera invadido.

—Algo va mal —le susurró a Mijaíl seriamente—. Mis hermanos no están y mi padre tampoco —informó, mirándolo con una mezcla de asombro y miedo pese a que sus ojos se negaban a transmitir nada más que un frío aterrador.

—Habrán salido por algún menester importante y no han querido molestarnos. No te preocupes, Anastasia —le quitó importancia el señor Speranski—. Tus tías y primas siguen aquí. Mira, incluso las damitas de compañía están jugando en ese rincón —Señaló a las niñas inocentes que la habían acompañado durante la boda.

—Tenemos que salir de aquí —imperó—. ¡La guardia imperial se ha retirado! —expresó, señalando las puertas.

—¿Crees que tu propio padre atentaría contra mí estando tú a mi lado? —preguntó el consejero real, cambiando el semblante al ver que su esposa tenía razón y que había algo de extraño en el hecho de que los guardias no estuvieran—. Vamos, iremos a buscar a Alejandro, quizás haya una explicación razonable y estamos viendo fantasmas donde no los hay.

—¿Fantasmas? —inquirió Anastasia, levantándose de la silla apresuradamente.

—¿Recuerdas? Yo te protejo de los fantasmas... No tienes nada de qué preocuparte.

—¡Mijaíl! —gritó horrorizada al ver que un grupo de rebeldes con el emblema de los revolucionarios irrumpían en el salón y apuntaban a su esposo. Por fortuna, ella era rápida y lo apartó antes de que recibiera un tiro certero en el pecho.

—¡Alteza! —gritó una de las damitas de honor, corriendo hacia ella para protegerse, pero la niña fue asesinada a medio camino por un revolucionario. El cuerpo de la pequeña sin vida cayó sobre Anastasia, manchándole el vestido de sangre.

Con gran horror los presentes iban cayendo bajo el fuego de las armas sin importar si eran mujeres, niños o ancianos. Mijaíl y ella corrieron hacia la puerta de salida, pero estaba atrancada. ¡Los habían encerrado! Solo tenían una salida... la misma puerta por la que habían entrado los asesinos y para ello, tenían que cruzar el salón.

Anastasia no lo dudó y cogió de la mano a su esposo al mismo tiempo que tiraba de él por encima de los muertos y esquivando a las balas. A cada paso que daba se manchaba más de sangre y más descomponía su perfecto atuendo de novia. Pero nada de eso importaba, por supuesto.

Corrió y corrió con la vida pendiente de un hilo y con su esposo tras ella. Cada parte de su ser solo pensaba en una cosa: en sobrevivir. Oyó como se le caía la tiara de diamantes y sintió que el pelo se le deshacía y caía en mechones sobre sus hombros. El tiroteo no cesaba y solo veía muerte, miedo, dolor y sangre en el que debería haber sido el día más feliz de su vida.

—¡Ya estamos! —gritó al ver que le faltaban pocos pasos para alcanzar la salida.

Entonces, un hombre armado con un revólver se posicionó frente a ella y la apuntó. Iba a morir, su vida iba a terminar a la corta y lamentable edad de diecinueve años. Se quedó quieta, dejó que el miedo se aferrara a su cuerpo por unos segundos. Unos segundos en los que Mijaíl se interpuso entre ella y la bala. Pensó que habían matado a su esposo, pero gratamente él la ayudó a salir del salón y a llegar a un rincón seguro. Todo pasó muy rápido. Era imposible relatar todos y cada uno de los detalles de esa matanza cruel y despiadada.

—¿Estás bien? —le preguntó un agotado y atormentado Mijaíl, acercándose a ella y mirándola de arriba a abajo para cerciorarse de que no estaba herida.

—Estoy bien, estoy bien... O eso creo —repitió, mirando la sangre sobre su vestido que fácilmente podía confundirse con la suya propia o la de los demás. No sabía si reír o llorar. Si reír por haberse salvado o llorar por todo lo que acababa de presenciar. Lo único que sentía era la sangre bombeando contra sus tímpanos a la misma vez que su pecho subía y bajaba a velocidades

peligrosas tratando de acompasar una respiración que tardaría años en volver a ser la misma—. ¿Y tú? ¡Mijaíl! ¡Por Dios! ¡Estás herido! —Señaló la sangre que empezaba a manchar la camisa blanca de su recién esposo y que le salía del pecho. —Te han dado. Te han dado cuando te has interpuesto entre ese asesino y yo. ¿Por qué lo han hecho? —Se abalanzó sobre él tratando de parar la hemorragia con las manos. —¿Por qué lo han hecho? ¡Tu propia gente!

—Anastasia —La cogió por los hombros Mijaíl y la obligó a mirarlo a los ojos. —No era mi gente... —dijo casi sin voz—. Prométeme que vivirás una vida larga y plena después de esto — Sonrió levemente, aflojando el agarre sobre sus hombros y perdiendo ligeramente el equilibrio. — No te quedes aquí, huye. Huye, Anastasia. Tu propio padre ha intentado matarte. Mereces... — suspiró, cayendo sobre ella—. Mereces ser feliz —últimó, exhalando su último aliento.

Anastasia soportó el cuerpo de Mijaíl entre sus brazos, sobre ella, durante largos minutos hasta que Nicolás von Wittelsbach apareció en la solitaria recámara a la que habían huido y la miró fijamente sin hacer nada. La serpiente se quedó quieta, tan solo observándola. Como si estuviera hipnotizada.

Capítulo 5

Amor y muerte van de la mano

Los recuerdos después de la muerte de Mijaíl eran vagos y difusos. La guardia imperial llegó pocos segundos después de Nicolás (que se limitó a mirarla sin decir ni hacer nada) y esta misma se ocupó del cadáver de su esposo mientras que a ella la escoltaron de nuevo hacia el Palacio de Invierno. Al llegar al palacio se deshizo de cualquier protocolo y corrió a su alcoba donde se encerró junto a Natasha, su doncella personal.

—Alteza —musitó Natasha, acercándose con las manos temblorosas a su señora.

Anastasia estaba aferrada al pestillo de la puerta. Llevaba aproximadamente quince minutos pegada a él, con fuerza, como si de un momento a otro fuera a entrar alguien y ella debiera impedirlo. Todavía llevaba el traje de boda empapado de sangre y el pelo revuelto en una maraña caótica.

—Alteza... —repitió la doncella, que tenía conocimiento de lo ocurrido en la celebración por lo que otros miembros del servicio le habían contado.

Una cruda matanza había acabado con todos los asistentes de la boda, incluido el esposo. Y Anastasia estuvo a punto de morir, pero se las ingenió para escapar como lo hicieron su padre y sus hermanos. Habían muerto muchos nobles, la mayoría nacionales y de rangos bajos. Los más importantes, casualmente, se habían salvado. Al parecer, había sido un ataque por parte de los revolucionarios que no estaban de acuerdo con que su líder desposara a la princesa.

—Mueve la cómoda hasta aquí, frente a la puerta —ordenó Anastasia, señalando el mueble sin soltar el pestillo.

—Pero Alteza...

—¡Obedece! —gritó con un golpe de voz fuerte y contundente que obligó a la sirvienta a mover la cómoda atrancando de ese modo la entrada.

Cuando la princesa se aseguró de que nadie podría entrar fácilmente, anduvo hasta el espejo de pie en el que se había mirado antes de la boda. El reflejo había cambiado íntegramente. Más allá de la indumentaria enrojecida y del pelo alborotado, ya no se reconocía en ese espejo. Las ilusiones y las esperanzas inscritas en su rostro se habían evaporado. Ya no había campos de campánulas ni manantiales en los que nadar. Sus ojos eran dos bloques de hielo en los que ni ella misma podía acceder.

Se observó durante minutos, quizás horas. No lo supo a ciencia cierta porque perdió la noción del tiempo. Oyó como tocaban la puerta en varias ocasiones. La primera fue su hermana Tatiana, el segundo su padre y, por último, Sergey. A todos les negó la entrada con excusas y evasivas.

Ellos eran sus enemigos y no debía mostrarles ni su debilidad ni su enfado. Eso la haría vulnerable.

“Tus enemigos jamás tienen que saber lo que sientes o lo que piensas.”, recordó las palabras de Izabella.

—Cubre el espejo —dijo al fin, cuando el sol ya se estaba poniendo—. Y trae agua.

Natasha apartó la cómoda y salió presurosa para cumplir las órdenes de la princesa, dejándola sola.

En la soledad, en la más absoluta soledad física y real, se permitió llorar en un rincón de su alcoba. Sin los ojos de Natasha presentes. Sin ojos que pudieran verla con lágrimas en su rostro.

Lo hizo en silencio, apoyada a la pared y soportando el dolor que estaba a punto de atravesarle el vientre. Lloró por la vida que jamás se permitiría tener, por la traición, por la desconfianza, por la muerte de Mijaíl y por no poder cumplir la promesa que le hizo poco antes de su muerte.

No iba a abandonar el palacio y ni mucho menos huir.

Se quitó el vestido, se hundió en la tina repleta de agua y dejó que Natasha la lavara en un mutismo absoluto. El agua quedó roja y tuvieron que cambiarla un par de veces para asegurarse un buen lavado. Ella no dijo nada en el proceso, su mente tan solo era capaz de trabajar en función de lo que iba a hacer a partir de ese entonces.

—¿A dónde llevas el vestido? —preguntó Anastasia cuando vio a su doncella cargar con el traje.

—Lo llevo a las sirvientas encargadas de limpiar la ropa, Alteza —explicó Natasha con el miedo inscrito en sus ojos verdes.

—No, este vestido no se limpiará. Ponlo en un maniquí y déjalo al lado del espejo.

—Pero Alteza...

Anastasia hizo vibrar sus ojos azulones sobre la sirvienta y esta la obedeció sin necesidad de decir ni una sola palabra más. Su traje de boda se quedaría tal y como estaba como un recuerdo de los errores que jamás podía volver a cometer: confiar, amar, esperar y soñar.



El cementerio de Tijvin se llenó de personalidades para despedir al consejero real, Anastasia no había salido de sus aposentos hasta ese día y lo hizo cubierta por un gran manto negro y un velo tupido con el que apenas se le veía el rostro. Recibió pacientemente las condolencias de los asistentes y despidió a su efímero esposo con temple y frialdad.

Desde el atentado, todos los personajes ilustres que compartían ideas afines con los revolucionarios habían sido expulsados del palacio y marginados en las asambleas. Su padre ordenó que se les retirara muchos de los privilegios que habían ganado hasta el momento y muchos de ellos fueron encarcelados a la espera de una muerte segura.

La autocracia salía victoriosa una vez más.

El dolor vivido se politizó con el objetivo de favorecer a un sector de la población y acallar al otro que seguía sin comprender qué había acontecido verdaderamente en la boda de la princesa y del revolucionario.

Los asesinos que irrumpieron en el banquete llevaban los emblemas del movimiento reformista, pero Anastasia sabía que no eran auténticos partidarios a la abolición de la esclavitud sino marionetas. Alguien los había pagado, instigado y corrompido para cometer esa matanza. Poco antes de entrar en el Palacio de Mármol tanto ella como Mijaíl fueron vitoreados por el pueblo. Un pueblo que amaba a su esposo por sus ideas y su incansable lucha por los derechos fundamentales. ¿Por qué querían matarlo?

No se creía la vana excusa de que existía un partido radical que se oponía a su matrimonio. La ilusoria idea de que todo había sido un ataque rebelde no era para ella, era para las masas. Ella sabía, por boca de Mijaíl, por lógica y por pura intuición que los verdaderos artífices de esa desgracia eran su padre, sus hermanos y sus seres más allegados como, por ejemplo, Nicolás von

Wittelsbach. Habían jugado muy bien sus cartas para seguir en el poder y estaba plenamente convencida de que para todos ellos era un increíble inconveniente que ella siguiera con vida. Hubiera sido mucho más útil que la princesa hubiera muerto en el ataque. ¿Quién no se sentiría culpable por ello? La población daría un paso atrás en sus ideales, el congreso apoyaría una política conservadora y la monarquía ganaría fuerza.

Ahora, con ella viva, se presentaba una nueva cuestión: ¿cómo sobrevivió toda la familia real? Demasiada casualidad, una increíble coincidencia o, simplemente, ¿un complot?

Las dudas y las sospechas estaban en el aire... y lo peor de todo era, ¿qué iban a hacer con la viuda de Mijaíl?

—Será mejor que regreses al convento —le dijo su padre en la sala del trono después de solicitar su presencia. Habían pasado tres horas desde el funeral de Mijaíl—. La oración y la compañía de las monjas serán un consuelo para ti.

—Para mí nada sería un mayor consuelo que el de estar cerca de mi familia —contrapuso, haciendo repicar sus cuerdas vocales congeladas contra la garganta y clavando sus ojos impassibles sobre el zar. Seguía llevando el mismo vestido de luto que se había puesto por la mañana y llevaba el velo recogido de forma que solo se le veía la cara. Su pelo rojo estaba completamente cubierto al igual que su cuerpo—. He pasado muchos años lejos de vosotros, padre. Nada me complacería más que quedarme aquí y aliviar mi dolor con la compañía de mis hermanos. He cumplido con sus deseos, me casé con el hombre que usted escogió para mí. Ahora tan solo le pido que no me aleje de nuevo.

—Anastasia, una hija debe mostrarse obediente y complaciente. Entiendo que quieras quedarte aquí, pero ahora no es el momento. La situación en el país está algo agitada desde el atentado y estarás más segura en el convento, lejos de los revolucionarios radicales que quisieron acabar con tu vida —ultimó Alejandro desde su trono, mintiendo descaradamente por su propio interés.

Anastasia asintió, hizo una pequeña reverencia y se retiró aparentando máxima sumisión y recato. Cuando estaba a punto de salir, el nuevo y recién nombrado consejero real, Nicolás von Wittelsbach, entró. Cruzaron las miradas durante unos rápidos y fugaces segundos, pero los suficientes para que la princesa sintiera ese terrible escalofrío en su espina dorsal. La misma sensación de siempre al encontrarse con él.

—¿Qué haces? —le preguntó a Natasha al llegar a la alcoba y verla recogiendo sus posesiones.

—Le preparo el equipaje, zarevna. Me han informado de que debe partir de nuevo hacia el convento.

—Natasha, hay un principio que debes tener claro si quieres servirme: yo soy la que dicta tus órdenes, nadie más. ¿Te he dicho que prepares mi equipaje?

—No, Alteza.

—Entonces vuelve a dejar las cosas a su sitio y encárgate de hacerle llegar personalmente esta carta a Izabella. La encontrarás en esta dirección —Señaló el destinatario del sobre. —El pueblo indicado queda cerca del convento.

¿Ella? ¿Retirarse de nuevo al convento? ¡Qué ingenuo era su padre! El hecho de que la creyera tan sumisa, obediente y necia no era más que una ventaja. Subestimarla sería el mayor error del gran zar Alejandro I de Rusia.



Anastasia pospuso su viaje de regreso al convento argumentando un malestar físico. Hizo creer al médico real que sufría de fiebres y de debilidad corporal por lo que le fue negada la salida de la cama y se le ordenó reposo absoluto para el fastidio del zar.

Ella, rigurosamente, cumplió con los preceptos del médico durante una semana. Tiempo suficiente para que Natasha entregara la misiva a Izabella y se pusiera en marcha su plan.

—Anastasia —oyó al otro lado de la puerta mientras corría de vuelta a la cama después de estirar las piernas a lo largo de la habitación. Era Tatiana, había ido a visitarla en diferentes ocasiones desde que supo que estaba enferma y ella la había esquivado a toda costa con pretextos, pero ya no tenía deseos de seguir retrasando lo inevitable.

—Pasa —dijo, mojándose antes la frente con un poco de aceite para darle una apariencia más sudorosa y amarillenta.

—Hermana —murmuró Tatiana al entrar; la habitación estaba a oscuras y se acercó al lecho lentamente con miedo a tropezar con algún mueble u objeto—. Anastasia... ¿cómo te encuentras? He estado muy preocupada por ti.

—Estoy bien, tan solo estoy abrumada por todo lo ocurrido —expresó con su voz más débil y los ojos entrecerrados—. Pero estoy mejorando, creo que mañana o pasado mañana podré volver al convento. Tan solo necesito descansar...

—No hemos tenido la ocasión de hablar desde... en fin, ya lo sabes.

—No tengo ganas de hablar sobre el asunto, Tanya —la cortó, haciendo brillar sus ojos azules a través de la oscuridad e intimidando a su hermana por una corta fracción de segundos en los que tuvo que suavizar su expresión si no quería delatarse.

—Necesito decirte que siento mucho lo ocurrido. Nadie más que tú se merecía ser feliz —insistió.

¡Hipócrita! ¿Cómo podía tener la desfachatez de decirle que lo sentía mucho? Aunque estaba prácticamente segura de que Tanya no había sido el artífice de la matanza, no dejaba de ser una cómplice por haber callado lo que sabía. No era idiota, había barajado la remota posibilidad de que su hermana no supiera nada sobre el asunto y de que la hubieran sacado del banquete con algún pretexto antes de que los asesinos irrumpieran en él. Sin embargo, no podía fiarse de ella. Ya no. Su debilidad le parecía asquerosa y sospechosa. No podía seguir viéndola con los mismos ojos de antes, por desgracia.

Hizo sus mayores esfuerzos por seguirle la corriente hasta que de una vez por todas se fue. Y, justamente en ese instante, el mayordomo real le trajo una carta.

"He cumplido. Pronto tendrás noticias. I."



Dos días después se recuperó completamente de su convalecencia y ordenó a Natasha, “*que ya había vuelto de visitar a su tía enferma*”, que preparara el equipaje para ir al convento. Se vistió con su traje de viaje más oscuro e hizo que le peinaran el pelo en un moño estricto y severo.

—Zarevna, el zar quiere verla antes de que se vaya —informó el mayordomo real cuando ya estaba a punto de abandonar su recámara con su manguito circular para las manos y su gorro ruso.

—¿A mí? Qué extraño, pensé que ya nos los habíamos dicho todo —comentó, fingiendo sorpresa—. Natasha, espérame en el carruaje.

—Sí, Alteza.

Fue conducida por algunos miembros de la alta servidumbre hasta la sala del trono y allí, efectivamente, su padre la estaba esperando con el gesto contrariado. Era la primera vez que veía al vencedor de Napoleón molesto e insatisfecho.

—¡No puedes ir al convento! —Tiró una carta al suelo y la miró con severidad. —La hermana encargada de dirigir la abadía me ha escrito informándome de que el priorato no es un lugar seguro para ti. Al parecer, los revolucionarios han asesinado a varias monjas y madres superiores como aviso. Entraron hace unos días armados y amenazaron con seguir matando si la princesa regresaba. El consejo, sobre todo los aristócratas más prudentes, me han prohibido mandarte de vuelta por evidentes razones y... por supuesto —corrigió—. Yo tampoco sería capaz de dejar a mi hija en un sitio tan inseguro. El palacio está protegido de los ataques por la guardia imperial.

—Qué lástima, papá. Ya lo tenía todo preparado para el viaje —Anastasia señaló su atuendo. —Ya me había hecho a la idea de regresar junto a mis amigas de la infancia. ¿Quiénes han muerto? —dramatizó un sollozo—. ¿Cuántas veces se interpondrán los revolucionarios en nuestros planes? —preguntó al fin, limpiándose las lágrimas de cocodrilo—. Oh, espero que la hermana María no haya muerto, ni la hermana Lucía... Escribiré de inmediato para saber sobre ellas —Dio media vuelta y se dirigió a la puerta de salida con una sonrisa triunfal.

Izabella había hecho bien su trabajo y debería recompensarla en el futuro. Sabía que ella le sería leal. Su maestra de armas, como buena cosaca, tenía a su propio grupo de mercenarios. Le pidió que entraran al convento con los emblemas de los rebeldes y que mataran a algunas hermanas y madres superiores para que la abadesa se escandalizara y le negara el retorno. Lo sentía mucho por esas almas inocentes, pero el juego había empezado y unos cuantos peones perdidos no podían nublarle la visión hacia la victoria. ¿Qué habría pensado su padre al saber que sus mismos “*revolucionarios*” le habían estropeado sus planes? Había aprendido del mejor, sin duda. ¿Quién la culparía a ella? ¡Una pobre víctima más de los reformistas! ¿Quién imaginaría que ella estaba detrás de esa argucia?

Fuera como fuera, ya no tenía que preocuparse de su estancia en el palacio. Ahora podría destruirlos lenta y dolorosamente a todos y a cada uno de ellos: Alejandro, Sergey, Tatiana y Nicolás. Uno por uno.

—Zarevna —oyó una voz tenebrosa a sus espaldas poco después de abandonar la sala del trono. Era él. Nicolás. El hombre que la perseguía con sus ojos de serpiente, el dueño de ese aroma masculino que la hostigaba allá donde fuera, el protagonista de sus pesadillas y su espía más ferviente.

Se giró y lo encaró, mirándolo con fingida consternación.

—Como nuevo consejero real, su padre me ha pedido que me ocupe de su bienestar —dijo sin un ápice de interés, mirándola por encima del hombro.

"Querrás decir que te ha pedido que me vigiles", pensó Anastasia con hastío y desidia.

—Necesito leche —dijo ella con una leve sonrisa, removiendo sus pupilas inhumanas sobre Nicolás.

—¿Leche? —se sorprendió el príncipe prusiano, levantando ambas cejas negras como prueba de ello.

—Sí, leche. Quiero que me llenen la tina con leche, he oído que es una buena forma de mantener la piel joven así que encárguese de que traigan los litros necesarios para esta noche, necesito relajarme después de haber pasado una semana en la cama y de haber perdido a mi efímero esposo.

—Zarevna, parece que no me ha comprendido bien. Esta clase de propósitos puede pedírselos a su doncella. A lo que se refería su padre cuando me pidió que me ocupara de su bienestar era...

Pero ella ya no lo escuchó. Lo dejó con la palabra en la boca girándose y retomando su camino. Nicolás la miró confundido hasta que la perdió de vista. ¿A qué jugaba la zarevna? No se creía su actitud, no se creía que hubiera escapado milagrosamente del atentado ni que, casualmente, unos revolucionarios impidieran su abandono del palacio. Le daba la sensación de que Anastasia era un auténtico zorro y que estaba jugando muy bien en ese juego de poderes imperial en el que estaban todos implicados. Es más, estaba convencido de que les acababa de pagar con la misma moneda. Pero no podía acusarla directamente sin pruebas, al zar no le gustaban las murmuraciones ni las acusaciones sin fundamentos. Además, no debía olvidarse de que, al fin y al cabo, Anastasia era su hija y que, en cualquier momento, podía ponerse de su parte. La prudencia era su mejor aliada y no debía abandonarla nunca.

El mismo zar se daría cuenta muy pronto de que su hija no era ni de lejos la dama sumisa, obediente y bondadosa que él creía. Lo vio en sus ojos el día de la matanza, cuando la encontró sosteniendo el cuerpo de Mijaíl en un rincón del Palacio de Mármol. En ellos estaba inscrita la venganza, aunque ahora tratara de ocultarla con un velo de hielo y hierro. Y, por supuesto, no olvidada el día que la encontró espiando por los pasillos a altas horas de la noche. Anastasia era lista, curiosa y una gran estratega. Los años de piedad en el convento no le habían servido de nada más que para labrarse una cuartada muy sólida.

¿Leche? ¿Debía ordenar que le llenaran la tina de leche esa noche? ¿Qué pretendía esa muchacha con esa petición tan ridícula? ¿Debía subestimarla e ignorar sus exigencias? ¿O debía obedecerla? ¿Cómo se atrevía! ¡Él era el consejero real! ¡No su sirviente!

"Los remordimientos por la matanza de las monjas me acecharon durante la noche. No quise convertirme en una asesina, pero no tenía otro remedio si quería sobrevivir. Ellos me habían obligado a convertirme en lo que era: una mujer despiadada." Pensamientos de Anastasia.



Capítulo 6

La leche del zorro

Un día antes.

Las posesiones de Mijaíl fueron repartidas entre otros nobles que compartían lazos familiares con el difunto. A Anastasia le fue negado el acceso a las riquezas de su esposo alegando que el matrimonio no había sido consumado. Así que, como chacales, hombres de todos los rangos aumentaron su fortuna repartiéndose los bienes de Mijaíl Speranski entre ellos. Y Alejandro I, por supuesto, lo permitió. Era una forma más de ganarse el favor de aquellos nobles que habían participado en el asesinato.

Ella, a cambio de mostrarse estúpidamente complaciente con esos carroñeros, tan solo pidió que la dejaran visitar sus aposentos y su despacho para despedirse de él. En realidad, lo que hizo en cuanto la dejaron a solas en la habitación de Mijaíl, fue buscar información que le fuera de utilidad. Rebuscó entre los cajones y las estanterías, pero era de esperar que el consejero real no dejara información valiosa al alcance de cualquiera. ¡No había nada! O eso pensó hasta que la dejaron pasar al despacho. Allí, ligeramente escondido entre otros libros, halló un libro de registros. Lo escondió entre los pliegues de su vestido y se lo llevó con ella.

Cuando se aseguró de que estaba sola, completamente sola, incluso sin la presencia de Natasha, lo leyó. En él había cuentas, leyes aprobadas o por aprobar, reuniones, citas importantes... Todo importante, pero nada relevante. Nada que le otorgara una ventaja con respecto a sus enemigos. Aburrida, dejó ir un ligero suspiro y se dispuso a cerrar el libro... pero entonces vio una diminuta nota escrita en el borde de una página. Sus ojos azules y observadores se clavaron en esas letras escritas a conciencia: *"esta noche Nicolás y Ekaterina han vuelto a reunirse."*

Tuvo que leerlo tres veces para cerciorarse de que lo que estaba leyendo era cierto. ¡Por

supuesto! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Mijaíl iba un paso por delante de Nicolás.

Seguramente, su difunto esposo no se fiaba de él y lo espiaba. Por eso lo encontró a altas horas de la noche cerca de los aposentos en los que ella misma había visto a Nicolás, pero no a su amante. ¡Claro! ¡Ahora lo comprendía! ¿Qué hacía Mijaíl Speranski en los salones olvidados del palacio durante la noche? ¡Espiar a Nicolás! Y, al parecer, él sí pudo ver quién era su acompañante femenina: ¡Ekaterina!

Esa información era oro. Una gran ventaja que iba a explotar al máximo. Arrancó la hoja y la tiró al fuego, eliminando cualquier prueba de lo que sabía. Su aparente ingenuidad era su mayor aliada en esos instantes y no debía abandonarla.



La arrogante serpiente no le llevó la leche al astuto zorro; en lugar de satisfacer las exigencias de la hija del zar, decidió aceptar la visita de Ekaterina en una de las habitaciones vacías y olvidadas del palacio. ¿Qué podría hacerle Anastasia? Por muy buena jugadora que fuera, ella no tenía aliados en la corte y estaba en total desventaja frente a él, el consejero real, que gozaba del apoyo de los nobles y el de los demás consejeros. Él competía con años de ventaja y era cuestión de tiempo que sus propios propósitos y los de su reino, Prusia, se cumplieran.

El zar le había prometido a Nicolás deshacerse de su padre, el rey de Prusia, y ayudar a su hermano Klaus a ascender al trono lo más rápido posible. De ese modo, Klaus se hacía con el poder y liberaban a su madre del yugo matrimonial al que estaba sometida desde hacía muchos años. Ese era el pago después de haber ayudado a Alejandro con el complot contra Mijaíl. Eso y ascenderlo a él, a Nicolás, como consejero real de los Romanov. Sin embargo, lo que tanto Alejandro como Klaus ignoraban era que sus planes de futuro iban mucho más allá de ser consejero real.

—Nicolás... te estaba esperando —ronroneó Ekaterina al verlo llegar.

—He estado ocupado —Se quitó el chaqué negro y se pasó la mano por la barba—. ¿Has hablado con Alejandro? ¿Hay planes de boda o seguirá retrasándolos?

—No, todo marcha según lo planeado. Anunciaremos nuestro enlace en la comida familiar del domingo —respondió con una amplia sonrisa triunfal—. Alejandro y yo nos casaremos a finales de este año, cuando los sectores más conservadores no se escandalicen porque el cadáver de Anya todavía siga caliente —comentó con aburrimiento, deshaciendo el cordón de su bata y dejando a la vista su desnudez femenina frente a la serpiente.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —Nicolás la cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo. —Quiero que te conviertas en la zarina de Rusia y que engendres un hijo... un futuro zar del que yo seré tutor.

—Lo sé, Nicolás. Lo sé... Pero el hijo que engendre debe ser de Alejandro. No podemos arriesgarnos a que el bebé nazca con tus ojos —bromeó la mujer, acariciándole el mentón a su amante mientras lo besaba con fervor.

Nicolás no respondió nada a las vacilaciones de Ekaterina, ignorando por completo las simplicidades y banalidades de su amante. Ekaterina le calentaba la cama y lo ayudaría a convertirse en zar de Rusia, por eso le hacía creer que era importante... por estrategia. En realidad, no le importaba lo más mínimo esa mujer ni mucho menos deseaba tener un hijo con ella.

De hecho, no entraba en sus planes tener hijos ni casarse con nadie. Lo consideraba una pérdida de tiempo siempre que no fuera para propósitos y fines funcionales.



—¿Dónde está la leche que le pedí al consejero? —reclamó Anastasia a su doncella, frunciendo el ceño—. Ya son las doce de la noche y hoy no me he bañado esperando a que me trajera lo que le he pedido —se quejó, removiéndose de un lado a otro de la habitación vestida con una bata de baño que dejaba muy poco a la imaginación. La bata era de muselina blanca extremadamente fina y tan solo llevaba una veta roja a la altura del pecho por toda decoración.

—Alteza, si quiere puedo traérsela yo misma —propuso Natasha, inquieta y confusa ante las extrañas peticiones de la zarevna. No la conocía por una joven antojadiza.

—No, se lo he pedido a él. Y debería ser él el quien me la trajera. Manda al mayordomo en su búsqueda y que le pida explicaciones por su incompetencia.

—Los consejeros reales no suelen ocuparse de...

—Natasha —Anastasia miró a la sirvienta y esta salió a toda prisa para cumplir con el mandato.

La Gran Duquesa no pudo evitar reír para sus adentros. ¡Iba a comerse a la serpiente de un solo bocado!

—Zarevna —Se presentó el mayordomo después de unos minutos, apartando la mirada para no desconcentrarse con la belleza de la princesa que se mostraba prácticamente desnuda sin ningún pudor. —No he encontrado al consejero real, Nicolás von Wittelsbach.

—¿No está en sus aposentos ni en su despacho? —Se acercó al sirviente, intimidándolo y seduciéndolo inconscientemente con sus atributos femeninos.

—No, Alteza —resopló Máksim, haciendo sus mayores esfuerzos para no mirarla, aunque le fuera imposible tal hazaña.

—Siga buscándolo. No deje de buscarlo en toda la noche. Si es necesario, ponga a más sirvientes en tal cometido. Lo necesito. ¿Queda claro? —preguntó a escasos centímetros de Máksim que asintió rápidamente y salió volando antes de desplomarse sobre el suelo.

Media hora después, lejos de los aposentos reales, uno de los consejeros fieles a Nicolás corría a través de los pasillos ahogado y falto de aire. Se trataba de Víktor Turbin, un hombre de mediana edad de pelo rubio y ojos celestes que conocía los planes del nuevo consejero real y los apoyaba. Era afín a la idea de que Alejandro I ya había cumplido su cometido como zar de Rusia y de que necesitaban sangre nueva en el trono para llevar el imperio con un puño de hierro frente a los reformistas. Era, por decirlo de algún modo, el lacayo de la serpiente pese a ser un noble y un miembro de las familias más adineradas del país.

—Nicolás —Tocó la puerta en la que ambos amantes estaban reunidos. —Soy yo, Víktor.

La serpiente no tardó en asomarse y en clavar sus ojos maliciosos sobre su cómplice. —¿Qué ocurre? —preguntó, anudándose el batín.

—Todo el palacio te está buscando —explicó en un susurro y señaló las luces de los candiles que corrían de un lado para otro en la lejanía de los salones.

—¿Por qué? —se extrañó, inquietándose por primera vez en años o quizás décadas. Su sangre fría le impedía ponerse nervioso, pero tener a la prometida del zar en su cama mientras todo el

palacio lo estaba buscando era un motivo suficiente como para dejar que su corazón de reptil latiera por unos segundos a la velocidad humana.

—Es la zarevna Anastasia. Ha ordenado al mayordomo real, Máksim, que te busque y este ha puesto a todo el palacio en función de sus peticiones... Lo ha hechizado.

Nicolás cogió aire profundamente y apoyó la cabeza en el marco de la puerta con los ojos cerrados.

¡La dichosa leche!, gritó en su interior. No debió subestimarla.

—¿Se ha enterado el zar de mi búsqueda? ¿O su hijo Sergey? —preguntó, imaginándose las posibles consecuencias de su error.

—No, por el momento solo unos pocos estamos informados sobre tu desaparición... pero debes dar la cara de inmediato si no quieres que llegue a Alejandro o a Sergey la noticia de que estás en paradero desconocido a altas horas de la noche. Nadie te recriminaría que estuvieras con una mujer, pero no precisamente...

—¿Lo sé! —lo cortó con un grito, agresivo—. Busca leche —imperó mientras se quitaba el batín y empezaba a vestirse ante una perpleja Ekaterina.

—¿Leche? —inquirió Víktor, levantando una ceja.

—¡Sí! Leche, maldita sea. Litros de leche, para llenar una tina.

—¿Para qué necesitas leche? —preguntó Ekaterina, vistiéndose con tanta presteza como Nicolás.

—Anastasia. Ella la necesita...

—¿Vas a llevarle leche a esa niña consentida? —se indignó la mujer, envidiosa.

A Ekaterina, apodada la araña, empezaba a molestarle la presencia de la princesa en el palacio. No era un secreto para nadie que la pelirroja se llevaba las miradas de todos y cada uno de los hombres de la corte... y que ella, en consecuencia, había dejado de ser la más hermosa del reino. Anastasia debería haber muerto durante el banquete de su boda, pero por desgracia se salvó. Y aunque Alejandro había intentado alejarla de ellos era imposible deshacerse de esa zorra. ¡Maldita Anastasia!

—No tengo tiempo para tus estúpidos celos, Ekaterina —replicó Nicolás, haciendo vibrar su lengua bífida antes de salir en dirección a los aposentos de la zarevna sin mirar a su amante ni una sola vez. Dejando a Ekaterina sola, molesta y celosa.



Anastasia ordenó a Natasha que se retirara mientras esperaba pacientemente a que el mayordomo real llegara con buenas noticias. Estaba disfrutando con la idea de tener a medio palacio buscando a la serpiente mientras esta retozaba con Ekaterina ajena a que el zorro estaba atacando su guarida.

—Zarevna —escuchó al fin, cuando el reloj marcaba la una de la noche.

Se levantó de la cama, todavía vestida con su bata de baño y ella misma abrió la puerta. Tras ella, encontró a dos mozos cargados con barriles de leche y a Máksim a un lado de ellos cerciorándose de que cumplían adecuadamente con la petición.

—¿Había pedido leche? —le preguntó un hombre de pelo rubio y ojos celestes muy apuesto y viril que la miró furtivamente de arriba a abajo.

—Sí, pero se la había pedido al consejero real... Encargado de mi bienestar. ¿Dónde está? —preguntó con una sonrisa, apoyándose a la puerta y deslizando su pelo rojo hasta las rodillas con las manos. Siempre había presumido de tener la cabellera más larga del convento, una cabellera roja y sedosa que llegaba más allá de las pantorrillas.

—Estoy aquí —La serpiente salió de la oscuridad en la que se había escondido y la enfrentó dejando caer sus pupilas verticales sobre ella. Pero esa vez su mirada no la intimidó porque leyó en ella un ligero destello de humanidad.

—¿Dónde estaba? Lo he estado buscando durante toda la noche, príncipe —preguntó como si nada, haciendo una señal a los mozos y a las doncellas para que le llenaran la tina con la leche mientras Máksim se retiraba después de dedicarle una sonrisa de agradecimiento. Sonrisa con la que el mayordomo se marchó satisfecho y dispuesto a servir a la zarevna en todo lo que fuera menester para siempre. ¡Era tan bella! ¡Tan perfecta e inocente! ¿Qué hombre no caería rendido a sus pies?

—Me parece que no ha comprendido el hecho de que su padre me haya hecho encargado de su bienestar. Esta noche he decidido complacerla, pero de ahora en adelante no puede ni debe importunar al consejero real para sus antojos, Alteza.

—¿No lo he comprendido? —Se acercó a la tina, que ya estaba llena y tocó la leche con la mano dejándola escurrir entre sus dedos lentamente—. ¿Sería tan amable de explicarme qué significa exactamente entonces? —Lo miró fijamente, atravesándolo con sus ojos azules e inhumanos sin obtener respuesta alguna. —¿Cómo se llama usted? Creo que no hemos sido presentados —Miró al hombre de pelo dorado que la observaba hipnotizado.

—Viktor. Viktor Turbin, Alteza. Para servirla en lo que sea menester —reverenció el caballero.

—Viktor, ¿usted sabría explicarme qué significa ser el encargado del bienestar de una princesa? —preguntó con su voz más aniñada, despachando a los mozos y quedándose únicamente rodeada por las doncellas.

El fuego de la chimenea crepitaba iluminándola bajo las miradas de Viktor y de Nicolás. El primero estaba encendido en ardor y el segundo... el segundo era un reptil frío, un monstruo al que nadie era capaz de alcanzar. Ni siquiera la mujer más hermosa del palacio en bata y radiantemente expuesta.

—Yo... Alteza —Se aclaró la garganta Viktor, imaginándose mil maneras de proporcionarle bienestar a Anastasia que no podía decir en voz alta.

—Me ocupo de asuntos como sus salidas —intervino Nicolás—. Sus paseos, sus aposentos, sus eventos públicos, sus reuniones... Mi deber es ocuparme de su seguridad, si lo prefiere.

—¿Ocuparse de mi seguridad? Oh, quiere decir saber a dónde voy. Saber dónde duermo y con quién me reúno —Sonrió, dejando caer su bata al suelo y quedando completamente desnuda frente a Nicolás y su lacayo. —Creo que a eso se le llama espiar, consejero real —ultimó, antes de meterse en la tina, dejando su larga cabellera fuera de ella mientras las doncellas le limpiaban el cuerpo con la leche. Un cuerpo que había quedado cubierto de un líquido blanco pero que segundos antes había sido expuesto a dos hombres. Dos hombres diferentes, con reacciones distintas. Si es que hubo alguna reacción en la serpiente.

—No pretendo espiarla —corrigió Nicolás, sin dejar de mirarla mientras Viktor se retiraba por respeto a la hija del zar a la que jamás hubiera esperado ver tal y como Dios la trajo al mundo. ¡Y por Dios! ¡Qué mujer!

Bella dama de senos cuantiosos, anchas caderas y muslos fuertes con colores pálidos, anaranjados y rojos que punteaban sus partes más íntimas.

—¿Ah no? —inquirió ella, pasándose la mano por el cuello mientras lo miraba de reojo—. Nadie diría lo contrario cuando no se retira a pesar de saber y ver que la hija del zar se está bañando.

Nicolás alzó ambas cejas y se marchó inmediatamente dejando el tintineo de la leche sobre el cuerpo de Anastasia tras de él. Tragó saliva, tragando con ella su propio veneno. Abrió y cerró las manos un par de veces, sintiéndolas vivas... demasiado vivas.

"Poco a poco comerían todos y cada uno de ellos de mi mano. Jugar con Nicolás, destruirlo como él colaboró a destruirme... era placentero. Él y Ekaterina serían los primeros en caer, con ellos derrotaría a mi padre y, posiblemente, a Sergey y a Tatiana. Era solo cuestión de tiempo, paciencia y deleite personal." Pensamientos de Anastasia.

Capítulo 7

La inteligencia puede fingir ser imbécil, pero no al revés

Ese domingo en la comida familiar.

Anastasia se preparó frente al mismo espejo en el que se había preparado el día de su boda, al lado del maniquí que sostenía su traje de novia manchado de sangre. Lo guardaba de ese modo para no olvidar sus objetivos ni los errores que había cometido en el pasado. Era un recuerdo de Mijaíl, de las niñas que tiraron las flores, de los invitados y de toda aquella gente que murió masacrada sin compasión durante el banquete.

Se vistió con un traje oscuro por la muerte de su madre y por la de su efímero esposo. Pero no por llevar el luto, descuidó su imagen. Al contrario, apretó su corsé tanto como las normas sociales se lo permitían y embelleció su rostro con toques sutiles de polvos y pinturas. Además, hizo uso de toda su joyería de luto que constaba de un collar de perlas con unos pendientes a juego y de una pulsera con zafiros. Finalmente, hizo que las peluqueras del palacio le recogieran el pelo en un gracioso moñete acompañado de algunos tirabuzones rojizos que enmarcaban su bello rostro. Estaba perfecta, justo como a ella le gustaba estar.

Máksim, el mayordomo real, fue el encargado de recogerla en sus aposentos y de acompañarla hasta el gran salón de las comidas. Una fastuosa sala con tres lámparas de araña y una larga mesa decorada con mantelería de seda y candelabros de bronce dorado.

—Si me lo permite; está resplandeciente, Alteza —alabó el mayordomo que, desde el día en que le pidió que buscara a Nicolás, se mostraba mucho más atento, servicial y leal. Máksim era, de entre todos los mayordomos del palacio, el que ostentaba un mayor rango. Era considerado, pese a no tener sangre noble en sus venas, un miembro del alto servicio después de que generaciones y generaciones de su familia hubieran servido con lealtad a los Románov.

—Gracias, Máksim —le agradeció el cumplido con una sonrisa, enamorando al pobre hombre de pelo negro un poco más.

Entró en el salón de comidas cuando sus hermanos y Nicolás ya estaban en él. Los hombres se levantaron al verla llegar y un lacayo le apartó la silla para ayudarla a sentarse.

—Hermanita... No sabía que estabas considerada de la familia —comentó Sergey, clavando sus ojos abiertos como platos sobre ella.

—Por supuesto que es de la familia —replicó Tatiana, mirándolo con severidad.

—Sí, sí... —Levantó sus delgaduchos brazos en señal de paz. —Yo no digo que no lo sea, solo digo que no estaba considerada como tal hasta ahora... Ya me entendéis —explicó, cogiendo un cuchillo y removiéndolo en el aire mientras hablaba y hacía bailar su media melena al ritmo de sus dramáticos movimientos—. Yo no me acordaba de su cara, diez años en un convento... lejos del palacio y de la familia. Ni mi madre la echaba de menos... ¡Qué pena que tu revolucionario esposo haya muerto tan repentinamente! ¿Verdad? Parecía el único que mostraba cierto interés por tu insustancial e insípida vida de monja —rió como una hiena a lo que Anastasia solo respondió con indiferencia.

Evidentemente, su hermano no estaba bien. No tenía ni idea de qué clase de desorden padecía, pero dudaba mucho de que una persona así pudiera gobernar un país. Hablaba demasiado y hablaba estupideces. Quizás pretendía asustarla o humillarla, pero lo único que conseguía era causarle rechazo y conmiseración. El pobre muchacho tenía tan claro que sería el próximo rey que

pensaba que llevaba la corona sobre su cabeza y no se esforzaba mínimamente por ser razonable o precavido. Esa sería su desgracia, su actitud pretenciosa.

El zar Alejandro I y Ekaterina no tardaron mucho en ser anunciados. Todos los presentes, incluidos ella y Nicolás, se levantaron para recibir al emperador con una leve reverencia. Anastasia reparó en que Ekaterina le dedicaba una mirada muy poco amistosa nada más verla, pero ella contestó con su habitual frialdad e inexpresividad. Le daba exactamente igual esa mujer, solo pretendía usarla para sus fines vengativos y lucrativos.

Comieron principalmente solianka (sopa de carne), pelmeni (rollitos de carne), shashlyk (brochetas de cordero) y una gran variedad de dulces. Lo hicieron con un relativo silencio. En ocasiones roto por las conversaciones entre Alejandro y Nicolás. Nicolás no era un miembro directo de la familia, pero así lo consideraba el zar por mucho que a Anastasia le perturbara la idea.

El cuadro familiar general era un tanto pintoresco. Alejandro y Nicolás, por un lado, Ekaterina tratando de llamar la atención de ambos hombres, Sergey comentando necedades y Tatiana sumida en el más absoluto silencio.

—No, no quiero agua —dijo Anastasia en cuanto uno de los mozos iba a llenarle la copa—. Quiero leche.

—Inmediatamente, zarevna.

Al hacer la petición, se encargó de hacerla lo suficientemente alta como para llamar la atención del resto de comensales.

—La leche aporta muchos beneficios —habló por primera vez, mirando a todos y a nadie a la vez—No solo para la alimentación, también para el cuidado de la piel. La otra noche, sin ir más lejos, procuré darme un baño con ella. ¿Verdad, Alteza? —inquirió, clavando sus ojos azules en Nicolás, que dio un respingo imperceptible.

—¿De qué estás hablando, Anastasia? —preguntó el zar, confundido.

—Oh, papá —Soltó una risa infantil y atolondrada. —Soy tan poco conocedora de los protocolos y formalismos de un palacio que cuando el consejero me dijo que era el encargado de mi bienestar pensé que podía pedirle que me trajera leche para llenar mi tina. Una dama de la corte me comentó que ella lo hacía de vez en cuando para mantener la piel joven, papá —resumió, aceptando el vaso de leche que el lacayo le había traído—. Y creo que le debo una disculpa al príncipe porque hice que lo buscaran durante toda la noche convencida de que debía traerme lo que le había pedido. Después comprendí que no era el trabajo del consejero contentarme en cosas tan banales. Espero que acepte mis disculpas, príncipe —Parpadeó hacia Nicolás que la miró con sus ojos más mortíferos. —No debí importunarlo en lo que sea que estuviera haciendo esa noche. Fui muy poco considerada y... en realidad, un poco distraída. No me percaté de que eran más de las doce, si hubiera sabido que era tan tarde no lo hubiera molestado. Una vez más, acepte mis disculpas.

—Disculpas aceptadas, zarevna —complació la serpiente, inclinando levemente la cabeza.

Nicolás notó la mirada de desconcierto del zar sobre él y supo que tendría que darle explicaciones de un momento a otro. ¡Debería buscar una excusa convincente! Había subestimado a Anastasia el día en el que le pidió la dichosa leche y ahora estaba pagando las consecuencias de algo que, a priori, le había parecido una nimiedad. Pero ¿qué sabía exactamente esa joven sobre él? ¿Por qué tanta insistencia en el asunto? ¿Sabría que él y Ekaterina eran amantes? Al principio, pensó que eran los deseos de una jovencita malcriada. Después, comprendió que le había puesto una trampa para incordiarlo... con todo ese numerito del baño, la desnudez, etc. Pero en esos instantes empezaba a sospechar que Anastasia sabía mucho más de lo que aparentaba saber y que

sus juegos iban mucho más allá de incomodarlo y molestarlo. Pero ¿cómo lo sabía? ¿Cómo sabía que él y Ekaterina eran amantes?

Estaba convencido de que Anastasia tenía algo que ver con la muerte de las monjas en el convento. Al principio había tenido dudas al respecto, como si fuera demasiado inverosímil que una joven fuera capaz de semejante estrategia. No le dio más importancia, pensó que la venganza de Anastasia por haber asesinado a su esposo se quedaría allí. Pero, al parecer, la zarevna quería ir mucho más lejos. Y solo él se estaba dando cuenta de ello. Solo él estaba viendo al zorro vestido de cordero. Anastasia había descubierto el complot que existió en contra de ella y ahora quería saborear la venganza. No era un pensamiento desorbitado ni los pensamientos envenenados de una serpiente, era real. La Gran Duquesa era una poderosa enemiga.

Sin embargo, para los demás ella seguía siendo una princesa inocente y piadosa. Incluso para algunos era digna de lástima porque había sido víctima de un plan para matarla y su boda resultó ser un auténtico caos del que se salvó milagrosamente. Algunos se comportaban como si tuvieran que resarcir el daño que le habían hecho y la complacían con cualquier nimiedad.

—Hoy es un día magnífico para daros una excelente noticia —dijo Alejandro I, captando la atención de la familia—. Querida —Extendió la mano hacia Ekaterina para ayudarla a levantarse de la silla al mismo tiempo que él lo hacía. —Tengo el placer de anunciaros que Ekaterina y yo nos casaremos a finales de este año —anunció de pie, al lado de esa mujer veinte años más joven que él.

—¡Felicidades, papá! —exclamó Anastasia, levantándose para felicitar a la pareja con una gran sonrisa, incluso abrazó a una reacia Ekaterina que no tuvo más remedio que aceptar sus muestras de afecto ante un orgulloso zar.

—Felicidades —dijo Tatiana algo incómoda, acercándose a ellos con la pasividad que la caracterizaba.

—Es una buena noticia —dijo Nicolás, uniéndose al grupo con un vaso de vodka.

—¡Es una mierda de noticia! —espetó Sergey, el único que seguía sentado—. Espero que no tengas hijos con esta ramera. No quiero competidores en un trono que es mío, papá. ¡Mío! —gritó, enfurecido—. He permitido que tuvieras a esta mujerzuela como amante, pero no esperaba que fueras tan necio como para hacerla tu esposa. ¡El cadáver de madre ni siquiera se ha enfriado!

—¡Sergey! —gritó Alejandro, mirando a su hijo con severidad—. Tú no me has permitido nada. Ni debes permitirme nada. Recuerda que mientras yo viva sigo siendo el zar. No tienes ningún poder sobre mí ni sobre mis decisiones. Es algo que ni siquiera debería recordarte. No eres más que un inútil y un holgazán que no sería nada sin la promesa de una corona. Aprende de Nicolás, un hombre que lucha incansablemente por su futuro y que no se ha conformado con ser el hijo de un rey. Después hablaremos.

El menor de la familia tiró una copa al suelo, rompiéndola en mil pedazos, y salió del comedor como alma que lleva el diablo. La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo hasta que el mayordomo real anunció la llegada de una nueva pieza del ajedrez.

—¡Klaus von Wittelsbach! —exclamó Alejandro I al ver al futuro rey de Prusia entrar en el salón de las comidas ataviado con sus mejores galas principescas.

—Emperador —reverenció el joven de ojos azules, casi transparentes—. He venido en cuanto mis obligaciones en palacio me lo han permitido. Hermano —Abrazó a Nicolás.

Anastasia observó a Klaus en un segundo plano. Era ligeramente más bajo que Nicolás, pero más ancho. Tenía el pelo oscuro, los ojos muy claros... excesivamente claros, extraños. Y, a diferencia de su hermano menor, parecía llevar siempre una sonrisa como estandarte, aunque no fuera una sonrisa agradable ni de alegría... sino más bien siniestra.

"Así que este es el hermano de la serpiente", pensó Anastasia.

¿Sería el de Klaus un nombre más al que añadir a su lista negra? ¿Sabría el príncipe algo sobre el complot que casi acabó con su vida y no hizo nada para evitarlo?

—¡Bien! Hijas mías, prometida... —Alejandro depositó un beso sobre el dorso de Ekaterina —. Si nos disculpáis, los hombres tenemos cosas de las que hablar.

Alejandro, Nicolás y Klaus se retiraron dejándolas solas en mitad del salón de comidas después de algunas palabras y conversaciones protocolares.

—Sé que no debe ser fácil para vosotras aceptar a una nueva mujer al lado de vuestro padre —comentó con cierta sorna Ekaterina, cogiendo una copa de hidromiel y llevándosela a los labios, mirándolas a ellas por encima de los hombros—. Tranquilas, no os pediré que me llaméis "mamá", no me gustaría parecer tan vieja ni parecerme a la aburrida e insulsa Anya.

—No hables así de nuestra madre —contrapuso Tatiana, nerviosa.

—No, Tanya —la calmó Anastasia—. Ekaterina tiene razón —Sonrió. —Es perfectamente comprensible que no quiera parecerse a la difunta zarina. Al fin y al cabo, ella no será emperatriz... tan solo la esposa del emperador. Hay una gran diferencia, aunque no la veamos, ¿lo digo bien, Ekaterina? —preguntó, clavando sobre la amante de Nicolás sus ojos inhumanos mientras curvaba ligeramente la cabeza en un acto que pretendía ser aniñado.

—Anastasia, querida. ¿No deberías haber vuelto al convento? —cambió de tema Ekaterina, dándole otro sorbo a su bebida.

—Debería, pero a causa de un infortunado ataque por parte de los revolucionarios he tenido que quedarme aquí. ¿Qué casualidad, cierto? Los revolucionarios siempre se interponen en nuestros planes...

—Estoy segura de que la vida en el palacio te estará resultando de lo más mundanal y complicada en comparación a la vida piadosa que llevabas con las monjas. ¿Te está costando adaptarte?

—No creas, Ekaterina. Me estoy adaptando rápidamente —ultimó, removiendo sus pupilas gélidas sobre los ojos verdes de su interlocutora que, inconscientemente, se sintió levemente intimidada por Anastasia.

—Si me disculpáis, creo que han sido demasiadas emociones por hoy. Me retiro a descansar.

Tatiana hizo el amago de dedicarle una corta reverencia a Ekaterina cuando esta iba a abandonar la sala, pero Anastasia la detuvo. —¡Hermana! Se te olvida que la prometida del zar no es la zarina, te lo acabo de explicar —rio el zorro—. Debería ser ella la que nos hiciera la reverencia a nosotras antes de salir; al fin y al cabo, nosotras somos princesas por nacimiento y ella solo es la hija de un noble. Pero tranquila Katy, ¿puedo llamarte Katy? —parloteó—. No hace falta que dobles las rodillas al vernos, te lo perdonamos. ¿Verdad, Tanya?

—Sí... sí —respondió una aturdida Tatiana.

—Que descanses, querida Katy —Cogió su vaso de leche y le dio un sorbo. —¡Qué buena está! ¡Pobre Nicolás! Tener que traérmela expresamente a altas horas de la noche... Aunque diría que le hubiera encantado meterse en la tina conmigo —comentó—. ¡Es soltero! ¡Y yo viuda! ¿Por qué no? ¡Es tan apuesto! Sus ojos de serpiente no son nada más que un punto a su favor... Me gustaría verme atrapada en su veneno —Apretó los ojos y miró a Ekaterina, disfrutando de su cara llena de celos, humillación y rabia. —Al fin y al cabo, ¿quién podría resistirse a una princesa virgen y hermosa?

—¡Anastasia! —la reprendió Tanya, abochornada.

—Oh, tranquila hermana. Estamos entre mujeres... Y Ekaterina sabe muy bien de lo que hablo, ¿verdad? Para ella no es desconocido el instinto masculino... No debemos olvidar que fue la

amante de nuestro padre durante casi una década.

La futura esposa del zar abandonó la sala hecha un manojo de nervios. Estaba furiosa, enfadada y la rabia le supuraba por los poros. ¡Anastasia era una maldita zorra! No podía enfrentarla porque nada de lo que le decía era un motivo para iniciar una pelea con la hija de su prometido, pero todo lo que le decía era hiriente. ¡Anastasia era demasiado hábil! ¡Demasiado complicada! Era difícil saber si hablaba en serio o en broma, si sabía algo o no sabía nada. ¿Era una princesa inocente o una bruja despiadada? ¡No la soportaba! ¿Cómo podía pensar que Nicolás estaba interesado en ella? ¡Nicolás era suyo! ¡Solamente suyo! Aunque él fuera un hombre que no se atara a ninguna mujer, ella se consideraba más cerca de su persona que nadie. Y no estaba dispuesta a que una niña acaparara la atención del príncipe prusiano, por muy princesa que fuera y, por muy hermosa y virgen que se mostrara.



En la sala del trono.

—Supongo que has venido para que cumpla con mi parte del trato —expuso Alejandro I a Klaus von Wittelsbach mientras Nicolás se mantenía de pie con las manos cruzadas detrás de la espalda.

—Nosotros lo ayudamos a que Mijaíl y sus partidarios aceptaran la boda con su hija Anastasia. Si no hubiera sido por nuestras negociaciones y por nuestra intercesión a la hora de corromper a ese grupo de radicales que atacaron el banquete y mataron al líder de los reformistas... Ahora usted, gran zar, no podría estar disfrutando de una corte libre de revolucionarios y de un período tan favorecedor para la corona rusa. Los reformistas han dado un paso atrás y la población sigue conmocionada por lo ocurrido. Nuestro plan ha sido un éxito.

—Desde luego, aunque el hecho de que mi hija Anastasia sobreviviera ha abierto una brecha para las sospechas y hay algunos grupos parlamentarios que se plantean la posibilidad de que todo fuera un plan por parte de los nobles... Ella tendría que haber muerto para consolidar el objetivo —dijo el zar.

—No tenemos ni idea de cómo consiguió escapar. Pero nosotros cumplimos con nuestra parte.

—Nicolás pudo matarla —Señaló Alejandro. —Me consta que la encontró pocos minutos antes de que la guardia imperial lo hiciera.

Klaus miró a su hermano, esperando una explicación.

—Tal cometido era imposible, Alteza Imperial —contrapuso la serpiente—. Los guardias estaban demasiado cerca como para acabar con la vida de la princesa sin implicarme en el asesinato.

Alejandro dejó ir un fuerte suspiro y miró a los hermanos prusianos. —Está bien, tenéis razón. Habéis cumplido. Nicolás ya es mi consejero real. El dinero y los bienes que os prometí os serán entregados mañana por la mañana y el asunto de vuestro padre...

—Lo queremos muerto. Nuestro padre es un anciano que ha perdido el juicio y que es completamente incapaz de seguir llevando el trono prusiano —dijo Klaus, aclarando todavía más sus ojos azules si es que eso era posible.

—Moveré los hilos necesarios para que el pobre y viejo de vuestro padre termine sus días con algo de decencia. Después, por supuesto, apoyaré tu ascenso al trono, Klaus. Eres el heredero directo y no veo ningún inconveniente para que seas el rey vecino de Rusia.

—Se lo agradezco, gran zar —reverenció el príncipe, satisfecho.

—Un trato es un trato. Y Alejandro I siempre cumple con su palabra. ¿No es así, Nicolás? ¡Nicolás es un gran apoyo! —alabó, dejando el trono y acercándose a su consejero—. Me hubiera gustado tenerlo como hijo... —comentó—. Es listo y muy hábil. Pero, dime Nicolás: ¿qué hacías la otra noche que mi hija Anastasia no pudo encontrarte con facilidad? ¿No estabas en tus aposentos?

—Estaba dando un paseo nocturno por los jardines, Alteza. A veces necesito un poco de aire para reflexionar.

Alejandro lo miró por largos segundos. No se había creído la excusa del paseo, desgraciadamente el zar lo conocía demasiado bien como para saber que una serpiente como él no necesitaba aire para meditar. Ya tenía mucha frialdad en sus venas como para necesitar más.

Después de algunas palabras más, los hermanos se retiraron y fue en la seguridad de su recámara cuando Klaus le pidió explicaciones de por qué no había matado a Anastasia.

—¿Debo creer que no tuviste tiempo de matarla? —escupió Klaus, malhumorado—. Tu descuido por poco nos cuesta todo lo que hemos estado trabajando hasta ahora.

—Cree lo que quieras, hermano —respondió, sin inquietarse.

—Y haz el favor de dejar a Ekaterina. Me da la sensación de que la otra noche no estabas precisamente contando luciérnagas a la luz de la luna. ¿Qué harás si Alejandro descubre tu traición? ¿Acaso no hay más mujeres? No entiendo tu obsesión con esa mujer. ¡Tiene un buen par de tetas! —comentó Klaus, sirviéndose un vaso de vodka—. ¡Pero no es para tanto! Yo me arriesgaría más por Anastasia... —dejó entrever, mirando de reojo a la serpiente—. La he visto hoy, no tenía conocimiento de su gran belleza. Te entiendo hermano, hubiera sido una lástima matar a una mujer así... no se encuentran muchas como ella.

—No tengo ningún interés en Anastasia, Klaus —aclaró Nicolás, indiferente—. No me hagas repetir que no tuve tiempo de matarla. De otro modo, lo hubiera hecho. Y lo que haga con Ekaterina, no es asunto tuyo. Preocúpate del trono de Prusia... pronto serás rey.

—Está bien, está bien. Hablemos de otros menesteres... Madre te manda saludos...

Capítulo 8

Motivaciones más viles que las tuyas

Sergey Románov apenas tenía dieciocho años. Era un joven de brazos delgados, cuerpo esbelto y rostro alargado. Su media melena de color castaño era su mayor orgullo, por lo que procuraba llevarla siempre bien peinada con la raya en medio. De barba iba escaso, pero no podía ser considerado un imberbe.

El futuro zar de todas las Rusias era un gran aficionado a los cuchillos y a las armas blancas. Tanto así que tenía y presumía de una basta colección de puñales, dagas y punzones. Gozaba practicando el arte de la esgrima, aunque era un verdadero desastre en él porque carecía de las aptitudes necesarias para el mismo. Era un joven impetuoso, presuntuoso y poco precavido.

No era astuto ni inteligente, pero tampoco pretendía serlo. Sergey tenía la firme convicción de que tenía el mundo a sus pies por el mero hecho de ser el hijo de Alejandro I y no precisaba de nada más. Consentido, adulado y malcriado en exceso se pavoneaba por los salones de la alta sociedad como si la corona ya brillara sobre su cabeza.

Pese a su patética y horrenda actitud que debería causar conmiseración y risa en los demás mortales; en realidad, había logrado algo que no era fácil a su corta edad: infundir miedo. Su temperamento cambiante, su talante agresivo y su mirada sádica lo habían ayudado a labrarse cierta fama en palacio que no estaba dispuesto a perder.

Como una hiena hambrienta acosaba y torturaba a todo aquel que se le cruzara por el camino. Regocijándose del dolor ajeno, impartiendo injusticia en lugar de justicia y aprovechándose de las situaciones más infortunadas siempre para su favor y beneplácito personal.

Sergey fue un niño que nació entre algodones y sobre el que sus padres depositaron muchas esperanzas e ilusiones por ser el único hijo varón engendrado. Su padre, Alejandro I, había hecho grandes esfuerzos para reconducir la deplorable naturaleza de su vástago con el honesto intento de convertirlo en un buen zar, un líder en el que la población pudiera confiar más que temer. Todos esos esfuerzos, sin embargo, resultaron infructíferos. Por otro lado, su madre Anya, llegó a temerlo y, por lo tanto, a evitarlo en la medida de lo posible.

—¡Aquí estáis! —exclamó Sergey, dando un brinco desde los arbustos hasta sus hermanas.

—¡Por el amor de Dios! ¡Sergey! —se asustó Tatiana, llevándose la mano sobre el pecho mientras Anastasia lo miraba con apatía.

Anastasia había accedido a los insistentes ruegos de su hermana para visitar la granja del palacio. Al parecer, la vida en la corte era tan ociosa que habían decidido construir una pequeña granja en los jardines reales como entretenimiento. Por supuesto, en ella habían traído a los animales más dóciles, limpios y bien cuidados con fines lucrativos. Las damas de la corte se paseaban por aquel novedoso lugar acariciando a los corderitos, jugando con los polluelos y riéndose con las monerías de la única vaca existente.

No era de su agrado pasar y perder el tiempo con Tanya. De hecho, Anastasia detestaba tanto a su hermana como al resto de su familia. La consideraba una hipócrita y su debilidad le daba náuseas. Sin embargo, de vez en cuando debía concederle algún capricho si no quería desvelar su verdadero rostro. Por el momento, su papel de princesa bobalicona era su mejor cuartada y parte de su estrategia.

—Vaya, vaya... Esta vez Ser Motka ha sabido como entretenernos —comentó el menor,

mirando a su alrededor con altanería y haciendo referencia al organizador de eventos de la corte —. He traído un juguetito para animar la fiesta. —Sacó un cuchillo de longitud considerable de su cincho y se lo mostró a sus hermanas esbozando su mejor sonrisa de hiena.

El resto de las damas que no se habían convertido en el blanco de Sergey, abandonaron la granja tan pronto como pudieron dejando solas a Anastasia y Tatiana. Tanya tenía entre manos a un corderito que había estado mimando prácticamente durante toda la mañana y leyó las intenciones de su hermano con espanto.

—No, Sergey. Ya mataste a mi gata, ¿recuerdas? Déjalo en paz —suplicó la mayor, apretando al animal entre sus brazos.

—Por favor, hermanita... No seas infantil. Ya tienes más de veinte años, ¿todavía lloras por una gata gorda y torpe? Quiero probar mi nueva pieza de colección y estoy convencido de que el cuello de este cordero es perfecto para el filo de este cuchillo.

—Se me ocurren mejores formas de probar esa navaja —comentó Anastasia desinteresadamente, deambulando alrededor de su hermano haciendo vibrar sus mechones rojizos bajo los rayos de sol.

—¿Qué sabrás tú de navajas? —espetó Sergey, mirándola con antipatía—. No eres más que una monja insípida. ¡Una viuda! —rió entre dientes—. Y tú, Tanya... Con esta edad y sin casar todavía... Te quedarás aquí para servirme cuando sea el zar. Limpiarás mis botas y prepararás a las prostitutas para que me visiten en el lecho.

—¡Eres un insolente! —se enfadó Tanya—. Deberías mostrar más respeto por tu hermana mayor.

—¡Me debes obediencia! Todos me la debéis... Soy el rey y haréis cuanto me plazca —determinó el muchacho, acercándose al corderito de su hermana con el cuchillo.

—¿Qué sabes tú de prostitutas, Sergey? —inquirió Anastasia, parándole los pies.

—Será mejor que no te lo cuente, hermanita. Escandalizaría tu conciencia piadosa —se burló la hiena.

—Creo que ya nada puede escandalizarme después de ver que Ekaterina Anhalt va a casarse con nuestro padre —dijo en voz baja, casi inaudible.

—¿Qué has dicho? —preguntó Sergey, acercándose a ella.

Anastasia conocía el punto débil de su hermano: Ekaterina. El hecho de que Sergey se mostrara públicamente tan contrariado con la boda de su padre le había dado a ella el poder manipularlo y usarlo a su antojo. Por ese motivo, un buen líder jamás debía revelar sus pensamientos ni sentimientos... Algo que el futuro zar no había aprendido o no quiso aprender y que iba a pasarle factura tarde o temprano.

—He dicho que allí está el perro de Ekaterina —Señaló al husky siberiano que correteaba por la llanura sin vigilancia. —¿No es magnífico? ¡Tiene un cuello tan robusto! Estoy segura de que ese animal sería capaz de soportar cien tormentas y diez mil punzones. No hay nada que pueda acabar con él. Tengo entendido que nuestra futura madrastra lo tiene en alta estima; es más, me han contado que el pobre perro es casi lo único que le queda a nuestra querida Katy de su vida pasada en la estepa. Al parecer, de pequeña vivía en la estepa... ¿Sabes, Sergey? —Observó de reojo el gesto torcido de su hermano que había clavado la mirada en el husky siberiano. — En una casa señorial que quedó hecha una ruina después de un fuerte temporal —continuó—. Nuestra madre tuvo a bien de arrojarnos en palacio... ¿A dónde vas? ¿No querías probar tu cuchillo con el cordero? ¡Sergey! En fin... Se ha ido —dijo sin más, girándose hacia Tatiana—. Será mejor que regresemos al palacio, empieza a hacer frío.

Los gritos de Ekaterina llegaron hasta los aposentos de Anastasia al amanecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó la princesa, saliendo de sus aposentos en bata y con el pelo sin atar al igual que el resto de los cortesanos que se habían levantado despavoridos y confundidos mientras la guardia imperial corría de un lado para otro.

—Por favor, zarevna, vuelva a sus aposentos... No es nada de lo que deba preocuparse —Apareció de inmediato Máksim para tranquilizarla.

—Pero ¿qué son esos gritos? —insistió, seguida de una Natasha asustada y descompuesta.

—Alteza —susurró el mayordomo real a modo de confidencia—. Se trata de la amante del zar... perdón, de su prometida —La miró significativamente.

—¿Le ha sucedido algo? —se preocupó, falsamente.

—¿Se acuerda de su perro? ¿Ese husky siberiano que rondaba por aquí día y noche con sus patas llenas de barro?

—Oh, sí... me suena haberlo visto alguna vez, sí. ¿Qué ha pasado? ¡Pobre animal! No me diga que ha fallecido, parecía viejo —comentó haciendo un puchero aññado, ganándose la confianza del sirviente que rondaba los cincuenta años y lucía un pelo negro y lustroso.

—¡No, Alteza! Mucho peor... lo han asesinado.

—¿Qué? No puede ser posible, Máksim. ¿Quién asesinaría a un inocente perrito?

—Alguien adicto a la sangre... y a los cuchillos... Alteza —ultimó el mayordomo, achinando sus ojos con dobles intenciones y se marchó para organizar el caos originado.

Anastasia sonrió para sus adentros mientras observaba a Máksim dando órdenes al servicio para calmar a los nobles y reconducirlos a sus alcobas paulatinamente. Lamentaba la muerte del pobre animal, pero si no hubiera sido ese perro viejo hubiera sido un inocente cordero con toda la vida por delante, así que... ahora tocaba esperar las reacciones de los demás jugadores ante ese pequeño incidente del que ella era totalmente inocente, ¿verdad?

—¡Ha sido él, Alejandro! —gritó Ekaterina fuera de sí—. ¡Ha sido tu hijo! ¡Me odia!

—Estimada, no puedes culpar a mi hijo. No tienes ninguna prueba, puede haber sido cualquiera...—defendió el zar a su heredero, aunque sabía que su prometida tenía razón.

—¿Cualquiera? ¿Quién más le cortaría el cuello a un perro y dejaría su cabeza en mi cama? ¡Sabes lo importante que era para mí el viejo Lev! Ese perro estuvo conmigo durante muchos años y era lo único que me quedaba de mi viejo hogar —lloriqueó Ekaterina—. ¡Es un aviso! La siguiente soy yo... Estoy segura.

—¡Nadie se atrevería a tocarte! ¡Eres la prometida del zar! —se enfureció Alejandro al oír aquello último.

—¿Estás seguro? Porque alguien ha entrado en mi alcoba y me ha dejado un animal muerto como regalo. ¿Cómo puedo saber que aquí estoy segura?

—Ekaterina, llegaremos al fondo de este asunto... te lo prometo —concedió el emperador, cogiendo las manos de su futura esposa—. Y si ha sido mi hijo...

—Sabes que ha sido él, en la comida familiar expresó públicamente su descontento hacia nuestra boda.

—Si podemos demostrar que ha sido él, recibirá un castigo ejemplar.

—¡Alejandro! Debe marcharse. Mientras Sergey esté aquí mi vida corre peligro, así lo siento. Sé que es tu hijo, pero ambos sabemos que todos deseáramos que el heredero al trono de Rusia fuera un poco más parecido a ti y menos a un monstruo... Yo soy joven y fértil, cuando nos casemos podemos tener hijos.

—Ekaterina... Sergey es mi heredero. El hijo de la zarina Anya. Ya sabes que nuestro matrimonio no implica que seas coronada. Hay muchos nobles en contra de nuestra unión y si he logrado convencerles es porque tienen la certeza de que nuestros hijos no formarán parte de la

línea de sucesión.

—Todo puede cambiar... Alejandro —musitó la mujer, pasándole la mano a su prometido por el pecho y mirándolo con adoración fingida—. Si hemos logrado que nuestra unión sea legítima, ¿quién dice que algún día no sea la zarina y que nuestros hijos sean tan legítimos como los de tu anterior matrimonio? ¿No te gustaría tener un heredero sensato, audaz e inteligente? Tienes una nueva oportunidad.

—Tienes razón... —suspiró el zar, mirando a Ekaterina fijamente—. Llevas la bata manchada de sangre.

—Quítamela, es sangre de Lev.

Alejandro desnudó a la joven mujer y la tumbó en su lecho imperial, iba a hacerla suya sin precauciones ni remordimientos. Si Dios le concedía otro hijo varón, haría todo lo posible para legitimarlo. Podía ser una nueva oportunidad, una oportunidad de dejar el imperio en manos de alguien capaz y cualificado como lo era Nicolás. Sergey no dejaría de ser su hijo, pero no tenía por qué ser su heredero. Al fin y al cabo, las leyes rusas permitían que él escogiera a su heredero más allá de la tradición. ¿Por qué no? ¿Por qué no intentarlo?

Nicolás von Wittelsbach fue el encargado de investigar el caso del perro asesinado junto a otros altos cargos de la corte y de la guardia imperial. Las sospechas recaían sobre Sergey por haber mostrado públicamente su odio hacia Ekaterina y por su largo historial sanguinario. Sin embargo, para mandar al heredero del trono lejos del palacio había que tener pruebas. Pruebas que demostraran que la vida de Ekaterina corría peligro mientras el zarévich estuviera presente. A nadie le importaba el desgraciado perro, todos creían que era un aviso, una amenaza de muerte y no podían dejarlo pasar porque la voluntad del zar estaba en juego y la voluntad del zar era incuestionable.

—Anastasia —nombró la serpiente después de citar a la zarevna en su despacho privado, donde hacía los interrogatorios—. Hay testigos que afirman haberte visto hablando con Sergey el día antes del asesinato —explicó con su voz grave pero penetrante, dejando correr su aroma varonil con notas esenciales de veneno.

—¿Es un interrogatorio? —preguntó Anastasia, sonriente.

La princesa había escogido meticulosamente su atuendo en cuanto la informaron de que el consejero real quería verla. Llevaba su corsé más pequeño y su vestido más escotado. Todavía vestía de negro, pero los colores oscuros no hacían otra cosa que resaltar su palidez y su pelo rojo. Así que se veía más hermosa con el luto que sin él. Además, llevaba joyas que enaltecían su estatus y su cabellera ingeniosamente recogida con trenzas y moños encantadores.

—Por favor, Alteza. Responda a la pregunta —pidió Nicolás con hastío, removiendo sus pupilas verticales sobre ella.

—No me ha hecho ninguna pregunta, príncipe —evidenció ella, parpadeando dramáticamente a la vez que sus ojos azules emitían un ligero destello de arrogancia; arrogancia que a Nicolás le parecía imperdonable.

—Seré más preciso, entonces. ¿De qué habló con su hermano ayer?

—No lo sé... —Se pasó las manos por el pelo en un acto coqueto. No podía mentir porque Tatiana también sería interrogada y ella había escuchado la conversación que mantuvo con Sergey. Tanya no mentiría a su favor, lo sabía de sobras. Ella era demasiado obediente. Demasiado hipócrita. Así que iba a decir la verdad, a su manera—. Estábamos en la granja que Ser Motka ha mandado a construir jugando con los corderitos, ¿los ha visto? —preguntó Anastasia con emoción—. ¡Son tan adorables!

—No, no los he visto.

—Debería verlos, ¿quiere que lo acompañe?

—No, Alteza, no quiero que me acompañe a ver corderos. Quiero que siga explicándome de qué habló con Sergey.

—Oh, sí... Sergey apareció de golpe con un cuchillo así de largo —Extendió las manos y mostró las dimensiones del arma. —Pero después no sé qué sucedió entre él y Tatiana porque me despisté observando al husky de Katy.

—¿Katy? —Nicolás alzó ambas cejas.

—Sí, la futura esposa de mi padre.

—Ah, Ekaterina —corrigió la serpiente.

—No conozco su nombre completo, ¿usted sí? ¿Conoce mucho a Katy? ¿Por qué es tan importante ese perro? Entiendo que sea una verdadera desgracia que un ser inocente pierda la vida, pero... ¡Toda la corte está patas arriba por este pequeño incidente! Y no comprendo por qué es tan importante. En mi boda murieron niños... Y nadie investigó tanto —Hizo un puchero de viuda falsa, llevándose un pañuelo de seda sobre el rostro y limpiándose unas lágrimas invisibles.

Nicolás se levantó de su sillón de cuero negro a conjunto de su pelo del mismo color y de su atuendo de similares tonalidades y se acercó a Anastasia rápidamente como una serpiente reptante.

—Zarevna, me da la sensación de que usted sabe mucho más de lo que quiere aparentar —susurró a escasos centímetros de Anastasia, casi rozando sus labios voluptuosos con su lengua bífida y pérfida—. ¿Me equivoco? —inquirió, atravesándola con su mirada venenosa.

Anastasia se quedó por unos instantes paralizada como lo hizo en el entierro de su madre, la primera vez que chocó con los ojos de Nicolás. El aroma de la serpiente era el mismo que sentía a cada sitio que iba, no tenía duda alguna de que él la espiaba. Era un digno adversario, un jugador que la había cazado pero que no se atrevía a descubrirla porque nadie lo creería.

—¿Saber? —preguntó, haciéndose la inocente—. Yo no sé nada, consejero. Solo sé que le comenté la belleza del husky a mi hermano. Después, mi hermana y yo nos retiramos al interior del palacio porque teníamos frío. No sé qué hizo Sergey después —disimuló.

—No juegue conmigo, zarevna. Tiene muchas posibilidades de perder, no es más que una jovencita que acaba de entrar en el tablero. Un peón...

—¿Un peón? —Se levantó Anastasia de la silla, poniéndose a la altura de su adversario, aunque Nicolás era bastante más alto que ella. —¿De qué está hablando, príncipe? ¿Qué es usted? ¿Un alfil?

Estaban tan cerca el uno del otro que la tensión corría entre ambos en forma de una bruma espesa y calurosa con olor a deseo y a pensamientos prohibidos que ninguno de los dos estaba dispuesto a respirar.

—¿Por qué le habló del perro a su hermano? ¿Quería que lo matara? —redirigió el rumbo de la conversación la serpiente.

—Hace poco le he hablado de los corderos de la granja, ¿cree usted que pretendo que los mate?

Anastasia se separó y miró al prusiano de reojo con una sonrisa cínica con todos los ingredientes de ser ofensiva para su receptor.

—Si no necesita nada más... —Anastasia inclinó levemente la cabeza y se dirigió a la puerta con el mentón alto.

Nicolás se quedó en el mismo lugar en el que Anastasia lo había dejado. Estaba convencido de que la zarevna había influido en su hermano para que asesinara a Lev y herir a Ekaterina. Pero era algo imposible de demostrar, como siempre. La joven monja era una digna adversaria a la

altura de su inteligencia y no sabía si eso lo importunaba o lo complacía.

Pocos días después, Alejandro mandó a Sergey al ejército. Argumentó que su hijo debía fortalecer su espíritu y aprender táctica militar para llegar a ser un gran zar. Jamás pudo demostrar que había sido él quien amenazó a Ekaterina, pero las sospechas y los indicios eran claros. El muchacho renegó de su destino, pero no tuvo más remedio que acabar aceptando las órdenes del emperador con amargura y cierto dolor.

—Cuídate mucho, hermano —lo despidió Anastasia en la puerta principal junto a los demás miembros de la familia—. Y no muestres tus debilidades al mundo, para todo hay una estación y un tiempo para cada asunto —le susurró eso último al oído, dejando a Sergey pensativo durante todo el trayecto hasta los Urales.

Sergey estaba temporalmente fuera del tablero. Eso le daba una ventaja a Anastasia, aunque sabía que tarde o temprano debería acabar con él definitivamente si quería llegar a ocupar el trono.



Capítulo 9

Cueva de infames

Unos días después, en la corte prusiana.

Klaus von Wittelsbach, el hombre de ojos siniestros regresó a Prusia para ser coronado como rey. Su padre, Federico, había fallecido por causas "*naturales*" repentinamente y su ascenso al trono era un hecho irrefutable y apoyado por todos, incluso por el mismísimo zar de Rusia. Nicolás, el hermano del inminente rey prusiano, se vio con la obligación de abandonar la corte rusa durante algunos días con el fin de hacer acto de presencia en la ceremonia de investidura real.

—Bienvenido, hijo. ¡Cuánto tiempo sin verte! —se emocionó Luisa, la madre de Klaus y Nicolás, al ver a su hijo menor.

—Madre —correspondió Nicolás, abrazando a la mujer que había sido considerada una de las princesas más hermosas de Europa en sus años juventud.

—Qué lástima que no hayas podido despedirte de tu padre. Has estado tanto tiempo fuera... — Lo miró con infinito amor mientras el cadáver de Federico descansaba sobre el altar en medio de la capilla familiar.

—Sí, una verdadera lástima —convino la serpiente, mirando sin un ápice de sentimiento ni remordimiento a su difunto padre.

Federico había sido un padre autoritario, ausente y dañino. Además de un libertino y un bastardo. No era extraño que un rey cogiera para sí a una amante o a varias, pero rozaba lo mezquino cuando el rey en cuestión no tenía miramientos a la hora de pasearse con diferentes mujeres frente a su reina y sus hijos. Federico había humillado a Luisa de todas las maneras posibles y, en sus últimos años, se había vuelto en un viejo cascarrabias e irracional. Luisa había sufrido mucho durante el matrimonio y por fin estaba liberada de esa pesada carga. Ahora, la reina

viuda podría vivir en paz los años que le quedaban de vida al lado de sus amados hijos a los que había consentido desde siempre.

Tanto el funeral como la ceremonia de coronación fueron magnánimos. Con el movimiento revolucionario en decadencia desde el atentado en la boda de la princesa Anastasia, los hijos von Wittelsbach disfrutaron del amor del pueblo y de los eventos públicos. Y fue, precisamente, en uno de los eventos ceremoniales donde Klaus fue interrogado acerca de su futuro.

—Ahora que eres rey, deberías ir pensando en una reina —expresó Luisa, esbozando una sonrisa hacia su hijo mayor que la miró con benignidad.

—Tengo a una reina —determinó Klaus, dejando boquiabiertos a sus familiares más cercanos que estaban escuchando la conversación mientras degustaban los manjares de una comida copiosa en la sala de comidas prusiana.

—¡Hijo! No me habías comentado nada —gritó en un susurro la reina viuda—. Si lo prefieres, luego hablamos sobre el asunto...

—No será necesario, madre. No es necesario que susurre ni que pospongamos la conversación. No hay nada de malo ni de vergonzoso en que mis familiares más cercanos sepan que Tatiana Románova es de mi agrado.

—¿Ha existido algún tipo de cortejo o alguna insinuación por parte de la joven en cuestión? —preguntó una de sus tías, ligeramente entusiasmada con la suculenta información que acababa de escuchar.

—No, tía. Tatiana no sabe nada. Pero estoy convencido de que aceptará. Sobre todo, cuando Nicolás interceda por mí ante el zar para que me conceda la mano de su hija. ¿No es así, hermano?

—Así lo hemos acordado, cierto —contestó el consejero real sin más alteración.

—¡Nicolás! ¿Tú lo sabías y no nos habías dicho nada? —inquirió Luisa con un puchero lastimero—. Dejando de un lado la jocosidad, hijo... considero que Tatiana es una buena opción —admitió la anciana mujer—. He oído a hablar sobre ella, dicen que es una mujer agradable en el trato y altamente educada en un sinnúmero de materias. No en vano, es la hija mayor del zar de Rusia.

—Y si Tanya no acepta, su hermana menor tampoco sería una mala alternativa —expresó un primo que era conocido por su poco tacto en las conversaciones y sus ideas disparatadas.

—¡Por favor, Herman! —se escandalizó Luisa—. Es una viuda.

—¿Viuda? —continuó Herman—. El matrimonio apenas fue consumado, toda Europa lo sabe. Su esposo fue asesinado durante el banquete de bodas. Y he sabido que su belleza no tiene rival en todo el continente. Esperad, os lo mostraré... aquí lo tengo —Sacó de su bolsillo un retrato. —Un buen amigo mío me lo facilitó el otro día en Viena. —Mostró el rostro pálido y torneado de Anastasia al resto de comensales que concordaron en que la hija pequeña de Alejandro I era extraordinariamente hermosa, incluso más que Tatiana.

—En todo caso, Anastasia ha sido criada en un convento. Y para reinar es mejor que la dama en cuestión esté familiarizada con los protocolos y formalidades de una corte. ¿No te parece? ¿Qué opinas tú, Nicolás? Eres la persona más cercana a la familia Románov para darnos una visión certera —inquirió la tía mientras Luisa miraba con atención a su hijo a la espera de una respuesta.

La serpiente se removió incómoda en su silla y dejó la copa sobre la mesa con estudiada lentitud. ¿Qué opinaba él sobre Anastasia? ¿Qué querían que opinara sobre un zorro manipulador y antojadizo que lo único que había hecho era ponerlo contra las cuerdas desde que apareció en su vida?

—Estimo mucho más adecuada a Tatiana. Primeramente, porque esa es la voluntad de Klaus, nuestro nuevo rey —dejó entrever que no era de su agrado que se cuestionaran los deseos de su

hermano—. Y en segunda instancia, Tatiana ha recibido una educación más completa y global que puede convertirla en la reina que todos deseamos para nuestro país. Anastasia no es más que una criatura de dudoso proceder. Sus años en el convento la han convertido en una joven extraña, complicada y difícil de llevar en cualquier situación. Además, he de poner en entredicho su educación recibida y su salud mental. No debemos olvidar que vivió una catástrofe de la que muy pocas personas saldrían inmunes. Para nada, para nada Anastasia sería una buena opción para Klaus ni para ningún otro hombre que preciara su paz espiritual. Puede ser la princesa más hermosa de Europa —Señaló el retrato que Herman todavía sostenía entre sus manos. —Pero es la más inapropiada e, indudablemente, funesta elección.

Durante algunos largos y tediosos segundos después del discurso de Nicolás la mesa permaneció inmersa en el más absoluto silencio. Nadie supo cómo continuar la conversación así que decidieron cambiar el tema mientras Herman devolvía el retrato de Anastasia en el bolsillo sin hacer más apreciaciones.



—Viktor Turbin —nombró Anastasia, removiendo sus caderas hasta el hombre que practicaba el tiro en arco lejos de los jardines de palacio—. Debe sentirse muy solo ahora que Nicolás von Wittelsbach no se encuentra en Rusia. Tengo entendido que es usted su fiel lacayo —comentó, llevándose el abanico sobre sus labios.

Era un día extrañamente caluroso en San Petersburgo y Anastasia consideró que el mal tiempo en Rusia era debido a la presencia de Nicolás. Cuando él no estaba, todo brillaba más... incluso el sol. Había logrado sonsacarle al mayordomo real, Máksim, las costumbres de Viktor Turbin. Así que, a sabiendas de que lo encontraría un viernes al mediodía cerca del bosque, se preparó para ir a verlo acompañada de Natasha, quien le sostuvo la sombrilla campo a través.

Llevaba un traje de luto importado desde Inglaterra y era, lejos de triste, toda una revelación en la moda y una alegría para los ojos. Con cuello de barco, cintura ceñida y una gran crinolina se veía magnánima, delicada y sensual. Por supuesto que su pelo rojo ayudaba a esa imagen tan atrayente que había embelesado a Viktor en cuestión de segundos. Como una hechicera, había anulado los sentidos del caballero y lo tenía a sus pies.

—Siento discrepar, Alteza. No soy el lacayo del consejero, tan solo un buen amigo. Mi familia es noble y mi padre es un miembro honorífico del consejo —reverenció Viktor, con la masculinidad algo ofendida al saberse un lacayo en los ojos de esa hermosa mujer.

—Oh, disculpe mi torpeza entonces —Cerró el abanico con un movimiento grácil y clavó su mirada añil sobre su presa. —Mi hermana así me lo había hecho creer después de hablar con Nicolás.

—¿Nicolás le dijo a su hermana que yo era su lacayo? —inquirió Viktor, apoyándose en el arco que había dejado en el suelo, justamente entre sus piernas.

—Eso me dijo Tanya... o eso entendí yo. No sabría decirle a ciencia cierta —jugueteeó con las palabras, acercándose cada vez más a un espasmódico Viktor.

—¿Y se puede saber qué hace aquí, princesa? —Sonrió el joven. —Está muy lejos del palacio.

—Supongo que lo mismo que usted. Aprovechar que el consejero real no está para esparcirme. Cuando Nicolás está aquí, apenas puedo moverme de la alcoba sin tener que dar

explicaciones. Afortunadamente, Máksim ha convencido hoy a la guardia imperial para que me dejara salir a pasear por los alrededores de la propiedad. ¡Oh! —aparentó cierto estupor, llevándose la mano enguantada con una tela de encaje negro sobre los labios—. No debería ser tan confiada con un buen amigo de mi espía personal o, como gustan decir, encargado de mi bienestar.

—No se preocupe, Alteza —rio Víktor, embriagándose con el aroma femenino de Anastasia y dejándose llevar por su belleza sobrenatural—. Puede confiar en mí. No tengo la obligación de explicarle nada a Nicolás y no le contaré que ha estado escapando de la guardia imperial y merodeando por los campos.

—¿De verdad? —preguntó la princesa, removiendo sus pestañas y colocando su mano ("*descuidadamente*") sobre el arco, cerca de la entrepierna del caballero.

—Se lo prometo, soy su fiel servidor —concedió Víktor, hechizado.

—¿Me enseñaría a tirar con el arco? Siempre he querido aprender —mintió, acariciando la madera bajo su mano y haciendo vibrar el instrumento.

—Por supuesto, pero debe ser nuestro secreto. No creo que al zar le guste que enseñe a su hija una actividad para hombres —accedió, levantando el arco y preparando una flecha—. ¿Sabrá guardar el secreto?

—Si usted me cubre ante Nicolás, yo le cubro ante mi padre. ¿Es un pacto de fidelidad? —Anastasia extendió la mano enguantada y se la ofreció a Víktor.

—Sin duda, este es nuestro pacto de fidelidad, princesa —El noble cogió su mano y depositó un beso húmedo sobre su dorso. —Yo guardaré sus secretos y usted los míos.

Practicaron con el arco cada día desde entonces durante más de dos semanas. Anastasia aprovechó la ausencia de Nicolás para ganarse la confianza de su hombre más cercano, Víktor. Y aunque sabía que Ser Turbin podía cambiar de parecer en cualquier instante, ella también podía hacerlo. ¿Qué ocurriría si, por accidente, se le escapara frente a su padre que Víktor le estaba enseñado a tirar con el arco? Sin ninguna duda pondría en graves problemas a su nuevo aliado. Aliado que debería haber informado al consejero real de las escapadas de la princesa o, en su defecto, al zar y que, en lugar de eso, había pasado horas y horas a solas con ella: una inocente e ingenua muchacha que solo había salido para dar un paseo.

—¿Qué le ocurre? ¿Ha estado llorando? —le preguntó un día Víktor, después de haber mojado a consciencia sus pestañas con agua.

—No... no es nada, Víktor. No quiero estropear su tarde —Se llevó un pañuelo de seda roja a los ojos y fingió una sonrisa plañidera.

—Alteza —El hombre dejó el arco y se acercó a ella, preocupado. —Por favor, sea lo que sea puede decírmelo. Yo la ayudaré —insistió, poniéndole las manos sobre los brazos.

—Es demasiado vergonzoso, no debería...

—Recuerde que yo soy su fiel servidor. No debe tener secretos conmigo... Mi vida depende de usted, zarevna. He confiado con que no hablará de mí a su padre... Le he contado cosas comprometedoras convencido de que no me traicionará. Incluso le he hablado sobre los tropiezos de mi hermano menor con los revolucionarios y de lo mucho que me ha costado apartarlo de esos rebeldes. Tiene información que podría destruirme, destruir mi carrera política y arruinar mi vida. ¿Cómo puede tener vergüenza ante mí?

—Tiene razón, Ser Turbin... Es sobre mi difunto esposo. Hoy he vuelto a soñar con él —sollozó.

Anastasia percibió el ligero respingo de Víktor y observó como su rostro palidecía por instantes. ¡Él también lo sabía! Víktor sabía que todo había sido un complot en contra de ella y de

Mijaíl. La princesa recordó con amargura todo lo que había perdido con la muerte de Mijaíl: una familia, amor y paz. ¡Maldito fuera Víktor! Tampoco tendría compasión con él. Era tan culpable como los demás, un cómplice de la matanza.

—Sus sueños son comprensibles —La abrazó Víktor. —Ha sufrido mucho.

—Pero ¿es comprensible que sueñe con ver los rostros de sus asesinos? —disimuló su enfado, concentrándose en sus objetivos.

—¿Disculpe? —preguntó el caballero, apartándose de ella para mirarla a la cara.

—Deseo, necesito ver a los asesinos de Mijaíl —confesó Anastasia, cogiendo a Víktor por la camisa y mirándolo con ojos suplicantes—. Sé que están en la prisión de Butyrka, quiero verlos. Estoy convencida de que si los enfrento, podré pasar página y quizás... quizás abrir mi corazón a alguien más. Mi hermana dice que soy muy joven para permanecer viuda el resto de mi vida. ¿Usted qué piensa?

—Estoy completamente de acuerdo con su hermana —corrió a decir el lacayo de Nicolás, que se había enamorado perdidamente de Anastasia durante esos días y que no le importaría morir por ella si fuera menester. Lo había embrujado, ya no le quedaba raciocinio ni juicio. Solo soñaba con desnudar a la princesa y hacerla suya sin impedimentos—. Debe volver a casarse.

—Eso quiero, quiero volver a casarme... —Lo miró significativamente, dándole a entender que estaba tan enamorada como él sin precisar ni ser concreta en sus intenciones de matrimonio—. Pero primero necesito dejar ir al pobre Mijaíl. Era un buen hombre, ¿sabe? ¿Cómo puedo ir a esa prisión sin que nadie se entere? ¡Nadie me entendería! Y cuando regrese Nicolás, me será imposible escapar de sus ojos de serpiente. Viviré toda la vida atormentada, es mi fin —Lloró dramáticamente, apartándose de Víktor y dándole la espalda.

—Yo la llevaré —se ofreció Víktor después de un largo silencio. Anastasia sonrió para sus adentros y se giró en un teatralizado acto de agradecimiento.

—¡Oh! Víktor... Es usted tan amable conmigo —Lo abrazó y se quedó entre aquellos brazos masculinos que la llevarían hasta los rebeldes.

Era el momento de hablar con las personas que, teóricamente, habían arruinado el día más importante de su vida. Quería saber quiénes eran, cómo habían actuado, por qué y si tenía la posibilidad de ponerlos de su parte. Necesitaba apoyos si quería ser emperatriz y ganarse el favor de los rebeldes, que formaban parte de la mayoría de la población, sería muy beneficioso. Era cierto que los rebeldes querían destruir la monarquía, pero ella estaba dispuesta a encontrar un equilibrio que satisficiera a ambas partes en lugar de usar un puño de hierro. Tal y como le había enseñado Mijaíl, al pueblo había que contentarlo y no aplastarlo.



—Cuando fallece un rey prusiano, su esposa puede pasar a ser la reina gobernante si tiene los apoyos necesarios —explicó Alejandro I mientras devoraba la pierna de un jabalí—. ¿Has conseguido conquistar a Klaus? ¿Has usado tus armas de mujer?

—Por supuesto, padre —rió Tatiana, levantándose de la silla y acercándose al zar con una sonrisa burlona—. Muy pronto, tu hija será la reina de Prusia. Los hermanos von Wittelsbach pensaban que estaban ganando la partida... Con sus exigencias y sus complots en contra de Mijaíl —Cogió una copa de champán y se la llevó a los labios. —Ha sido muy inteligente hacerles creer que los necesitábamos en contra de los revolucionarios para ganarnos su confianza y llegar al

trono prusiano. Ellos mismos se han encargado de eliminar a su padre, Federico. Lo que no saben es que con un simple peón también se puede matar al rey.

—No los subestimes, Tatiana. Nicolás no es un adversario al que debas despreciar —advirtió el emperador—. Necesito que Prusia sea mía, no podemos dar un paso en falso. ¿Entendido?

—No te preocupes, padre. No lo haré, no habrá errores —ultimó la zarevna, depositando un beso sobre la frente del zar y saliendo del comedor con aires triunfantes.

Capítulo 10

Los ojos de la serpiente

Anastasia Románova se dio cuenta de que Víktor Turbin llamaba la atención de las féminas. Obcecada con sus propios objetivos no le había dado importancia al hecho de que, probablemente, Víktor fuera uno de los hombres más guapos de la corte. Alto y fornido destacaba por su rostro ancho y masculino, además de presumir de unos ojos grandes y de color celeste muy tentadores.

Reparó en ello de camino a la prisión de Butyrka cuando las damas eran incapaces de apartar la mirada de su acompañante. Víktor no tenía el halo misterioso de Nicolás ni era tan atractivo como él, pero quizás su simpleza era su mayor atributo. Era una verdadera lástima que debiera terminar muerto como los demás implicados en el asesinato de Mijaíl.

—Estamos llegando, zarevna —informó Ser Turbin, señalando un montículo coronado por un edificio gris y lúgubre.

Anastasia, cubierta por una capa negra y un velo, asintió.

—Princesa... —se escandalizó Natasha, sentada a su lado.

La pobre Natasha había tenido que aumentar su dosis de valeriana diaria desde que estaba al servicio de Anastasia. Con la Gran Duquesa jamás se descansaba y cada día que pasaba sus exigencias eran más peligrosas y extenuantes. En esa ocasión, le había pedido que la acompañara fuera del palacio sin el permiso del zar. Jamás imaginó que el motivo de esa escapada furtiva sería el de visitar la cárcel en la que los revolucionarios cumplían condena y esperaban a ser fusilados.

Entraron en la prisión sin demasiados impedimentos. Los policías conocían a Víktor y lo dejaron pasar sin hacerle preguntas. Anastasia había sido presentada con una identidad falsa mientras Natasha esperaba en el carruaje.

El edificio era oscuro, sucio y maloliente.

—¿Podrá soportarlo? —le preguntó Víktor en cuanto se adentraron en los pasillos repletos de ratas y de mugre.

—Le aseguro que esto no es nada comparado con un baño de sangre —replicó ella, recordando su vestido de novia enrojecido.

Anduvieron a través de algunos caminos y pasaron por muchas celdas donde los hombres castigados parecían locos o muertos. Finalmente, llegaron a una zona en la que, por lo visto, estaban los implicados en el atentado. Anastasia se acercó a la primera celda, tratando de reconocer el rostro del hombre que había en ella, pero fue incapaz de hacerlo.

—Él es Arseni, uno de los cabecillas de los rebeldes que lideraron el asalto —informó Ser Turbin.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó el prisionero con la barba desaliñada y la cara sucia—. ¡No sois más que ratas vestidas de gala! ¡Podéis encarcelarnos a todos si queréis! Pero no acabaréis con la revolución. ¡La revolución del pueblo! ¡Un pueblo sometido por cobardes y mentirosos! Dios nos ha creado a todos por igual, no habéis sido enviados por él como nos habéis hecho creer durante siglos. ¡Ya no somos analfabetos!

Anastasia observó a Arseni a través de su velo, detalló en las venas hinchadas de su cuello y en la verdad que destilaban sus ojos.

—¡La muerte de Mijaíl no será en vano! ¡Nosotros no lo matamos! ¡La nación entera lo sabe! —gritó otro prisionero, uno que vivía bajo el número 2378 según su placa. Le habían quitado el nombre, la dignidad y cualquier rastro de humanidad.

—¿Quién es él? —preguntó en un susurro Anastasia a Víktor, acercándose al recluso que había nombrado a su difunto esposo.

—Él es Damien, el peor de todos ellos. Fíjese en su cobardía. Pese a sus crímenes, siguen negando su culpabilidad... ¡Como si eso fuera a salvarlos de ser fusilados! —gritó para que los rebeldes lo escucharan y así poder humillarlos un poco más de lo que ya estaban al mismo tiempo que fortalecía la versión oficial del estado: esos hombres eran los autores de la matanza. Sin embargo, por mucho que Anastasia buscara un rostro ligeramente conocido en esas celdas, no recordaba a ninguno de ellos. Ni siquiera encontró al hombre que la apuntó directamente y del que Mijaíl la salvó.

—¿Cuál es su origen? ¿Es un plebeyo?

—No, es un paria de la sociedad. El hijo de un aristócrata, parte de la familia Obolénski. Damien Obolénski.

—¿Y por qué un hombre que lo tiene todo arriesga su vida de este modo? —inquirió la zarevna, acercándose a Damien y mirándolo fijamente por largos segundos, buscando en él signos de demencia o de locura. No obstante, le daba la sensación de estar frente al hombre más sensato y cabal del mundo. Le recordaba mucho a Mijaíl.

—¡Víktor! ¡Dichosos los ojos que te ven, sabandija! —Apareció en escena un alguacil que, al parecer, conocía muy bien a Ser Turbin.

—¡Boris! —respondió Víktor con el mismo entusiasmo—. ¿Cómo estás, amigo?

Enfrascados en la conversación, ambos hombres se alejaron un poco de ella hasta doblar la esquina. Estaban a escasos metros de Anastasia, pero la zarevna se atrevió a dar un paso hacia al frente y a acercarse tanto a la celda de Damien, que pudo cogerse a los barrotes de esta.

—¿Y tú quién eres? —espetó el preso—. ¿Tu pretendiente no tiene sitios mejores a los que llevarte o se trata de algún tipo de pasatiempo macabro?

Anastasia se descubrió el rostro y Damien quedó petrificado. Primeramente, porque jamás esperó ver a la viuda de Mijaíl frente a él y, en segundo lugar, porque su belleza consumiría a cualquier ser humano.

—¡Zarevna! —gritó en un susurro Damien, acercándose a ella inmediatamente.

—¡Por favor! —suplicó ella, haciéndole una seña para que bajara la voz y mirando hacia atrás por si el guardia aparecía. Con satisfacción, oyó las voces de Víktor y Boris en la lejanía así que tenía algunos minutos para hablar con el rebelde—. ¿Conocía a mi esposo? —preguntó, clavando sus ojos azules en Damien.

—¿Que si lo conocía? ¡Era mi mejor amigo! Yo no lo hice, zarevna. Debe creerme. Jamás hubiera atentado contra Mijaíl. Jamás...

—Lo sé —dijo sin más Anastasia, sorprendiendo a su interlocutor.

—Pagaron a unos cuantos. Unos pocos que estaban en las filas más bajas de la organización. Los corrompieron con dinero y promesas. Algunos se hicieron pasar por nosotros... y luego desaparecieron, seguramente a otro país con los bolsillos llenos. Unas horas después de la desgracia, a la que nosotros éramos completamente ajenos, la guardia imperial nos arrestó y nos trajo aquí acusados de asesinato y de sedición. Nos retiraron cualquier derecho y expulsaron a nuestros amigos del parlamento y de la corte. Todo esto no es nada más que una estratagema para liquidarnos. Han hecho creer a muchos que nosotros matamos a nuestro líder porque se casaba con usted. ¡Afirman que somos unos radicales! Cuando jamás pusimos impedimento alguno más allá de

las dudas razonables que pudieran surgir ante una unión de semejante envergadura. Entendimos que el zar, al conceder la mano de su hija a Mijaíl, buscaba un acercamiento con nosotros... una tregua o un pacto de paz. ¡Pero no debimos confiar en él! Nos utilizó y nos traicionó. Pero ¡qué digo! Quizás usted esté implicada en la traición y sea una aliada de su padre...

—No —lo cortó la princesa con la pasividad que la caracterizaba—. Mi padre me traicionó del mismo modo en que os traicionó a vosotros. Pretendía que yo muriera en el banquete de mi boda, junto a Mijaíl. Eso hubiera hecho mucho más creíble su coartada. Ahora pretendo derrocarlo y ocupar su lugar —determinó, haciendo brillar sus pupilas ante un Damien sorprendido—. Pero necesito apoyos. ¿Y qué mejor apoyo que los amigos de mi difunto esposo?

—El mundo verá muy extraño que pacte con los supuestos asesinos de su esposo —razonó el rebelde.

—El mundo verá lo que queramos que vea. Os liberaré, me apoyaréis y luego firmaré el acta de derechos que lleváis años presentando ante el zar sin éxito.

—¿Concederá la libertad a los siervos esclavos?

—Lo haré, daré la libertad al pueblo. A cambio, solo pido que yo y mis generaciones seamos respetados en el trono de Rusia. Podemos encontrar un equilibrio, ¿verdad? Mi familia ha luchado y ha dado la vida por este imperio durante siglos. ¿Habéis olvidado como Pedro el Grande enriqueció y modernizó el país? ¿Habéis olvidado como Catalina la Grande impulsó la educación y los derechos de las mujeres? Los Románov no somos vuestros enemigos, podemos ser aliados. Todos queremos una misma cosa: que Rusia sea una potencia mundial. Trabajaremos juntos, cada uno desde su institución. Vosotros desde el parlamento y los Románov desde el palacio. Yo garantizaré que sea así.

—Suenan muy bien, demasiado bien para ser verdad —desconfió Damien, achinando sus ojos—. Siento mucho no poder confiar en usted, zarevna. Los Románov haréis lo que sea para manteneros en el poder...

—Exacto. Haré lo que sea para obtener el poder y ser la emperatriz de todas las Rusias. Y una de las cosas que debo hacer es pactar con el pueblo y usted, Damien, es el representante del pueblo. Le prometo que concederé los derechos que reclaman. Solo tiene que apoyarme.

—¿Cómo lo haremos? —accedió el recluso—. No somos más que asesinos —Señaló a su alrededor con ironía.

—Os liberaré, os sacaré de aquí. Cuando seáis libres, contaréis la verdad al mundo. Explicaréis que el zar os engañó, buscaréis ayuda internacional si es necesario y hablaréis bien sobre mí. Diréis que fui tan engañada como vosotros y que Mijaíl me amaba. Porque me amaba, Damien.

—Lo sé, no fui invitado a la boda por motivos obvios, pero Mijaíl me habló muy bien de usted. Y ahora comprendo por qué. Dijo que era diferente...

—Y lo soy, soy diferente. Yo solo quería una vida familiar en la mansión campestre de Mijaíl, lejos de las intrigas del palacio. Jamás quise ser reina ni emperatriz, pero me han obligado a serlo. Me han obligado a desatar mi propio infierno y no habrá paz para los infames que jugaron con mi vida —ultimó, apartándose de la celda con una mirada significativa hacia Damien antes de cubrirse de nuevo el rostro—. Confíe en mí, los sacaré de aquí.

—Disculpe, he perdido la noción del tiempo —Se acercó Víktor, despidiéndose del guardia.

—No se preocupe, Ser Turbin.

—¿Ha logrado lo que quería?

—Sin duda, ahora estoy en paz y puedo dar un paso hacia delante —contestó Anastasia.

—Entonces, vayámonos —concluyó el apuesto caballero, convencido de que la princesa

hablaba de un futuro compromiso con él. Satisfecho y orgulloso, hinchó su pecho masculino y le ofreció el brazo a Anastasia, la mejor mujer del mundo.



Nicolás von Wittelsbach regresó a la corte rusa dejando a su hermano Klaus en el trono de Prusia. Tenía mucho trabajo por hacer, asuntos pendientes por resolver y una infinidad de casos por tratar. Además, debía gestionar el compromiso entre Klaus y Tatiana. Aunque, lo peor de todo, fue saber que Víktor había salido del palacio con la zarevna sin su permiso. Uno de sus informantes le había notificado semejante disparate y debía mantener una seria conversación con el que creía que era su lacayo más fiel. ¿Por qué Víktor había sacado a Anastasia del palacio? ¿A dónde habían ido? ¿Y por qué no le había dicho nada?

—¿Querías verme? —Entró Víktor en su despacho, cerrando la puerta tras de él.

—Sí, Víktor Turbin, quería verte —replicó Nicolás, algo cansado por la retórica repetitiva y la manifestación de lo evidente de su simplón asistente. Se incorporó de su sillón de cuero y se acercó a él.

—¿En qué puedo ayudarte, amigo? ¿Cómo ha ido por Prusia?

—Por Prusia muy bien, gracias —contestó Nicolás, seco y agrio—. Y me ayudaría mucho que me explicaras por qué sacaste a la princesa del palacio sin mi permiso ni el del zar. Sabes que solo su padre y yo podemos autorizar sus salidas —Clavó sus ojos malignos sobre Víktor, sin alterarse ni alzar la voz. Era una serpiente analizando a su posible presa y la sangre fría le corría por las venas asegurándole el éxito en la cacería.

—¿Ahora me estás espiando? ¿Y tu pajarito no ha podido explicarte a dónde hemos ido? ¿Debo terminar yo su trabajo por él? —replicó Víktor, algo molesto—. ¿Acaso crees que soy tu lacayo? Mi padre, Maximus Turbin, es un miembro honorífico del consejo. ¿Piensas que te debo sumisión?

—Son muchas preguntas —El consejero alzó ambas cejas. —No tengo ningún interés en espiarte ni en saber qué haces con tu tiempo libre, te lo aseguro. Pero resulta que me interés por ti se acrecienta en cuanto el nombre de la princesa se relaciona con el tuyo. Solo quiero saber a dónde la llevaste, si me lo dices... No me veré con la obligación de informar al zar sobre el asunto para que él haga las investigaciones pertinentes.

—Nicolás, sabes que soy fiel a tu persona y a tus ambiciones. Creo que no hay nadie, aparte de yo, que haya confiado más en ti. Mi familia está dispuesta a apoyarte cuando llegue el momento... ¡Somos amigos! ¡Jamás te traicionaría! Pero mi relación con Anastasia no tiene nada que ver con esto, te lo aseguro. Es asunto mío lo que haga con ella.

—¿A qué te refieres con relación? —inquirió la serpiente.

—No pensé que me sucedería esto a mí, amigo. Pero he caído en las garras del amor —confesó Víktor, ganándose una mirada de repugnancia por parte de Nicolás—. Anastasia me ha enamorado con su inocencia y su belleza.

—Querrás decir que te ha hechizado. ¡Por Dios, Víktor! ¿A estas alturas me hablas de amor? ¿Acaso eres un muchacho imberbe? Lo que quieres es saciar tus deseos con la princesa, todos tenemos necesidades y fantasías. Pero no puedes permitir que la lujuria por lo prohibido nubla tu buen juicio. Como bien dices, eres uno de mis mayores aliados. Un apoyo incondicional en mi ascenso al trono —Se acercó a él y dejó caer una mano sobre su hombro. —Anastasia no es una

dama inocente, créeme. Sacia tu apetito con alguna cortesana y olvídala.

—No, Nicolás. Esta vez voy en serio. Voy a pedir su mano al zar —sinceró—. Ella corresponde mis sentimientos.

Nicolás soltó una carcajada irónica y venenosa, apartándose de su amigo y mirándolo con desprecio.

—¿A dónde la llevaste? —volvió a preguntar, poniéndose serio de repente.

—Solo la llevé a ver a los prisioneros. Ella quería cerrar esa etapa para poder prometerse conmigo. Necesitaba enfrentar a los asesinos de su difunto esposo para dar un paso hacia delante.

Nicolás dilató ligeramente sus pupilas verticales sobre Víktor y lo miró como si pudiera tragárselo de una sola sentada.

—Ahora, amigo mío, ya no me queda ninguna duda que Anastasia te ha embrujado —ultimó—. Puedes retirarte.

—¿No puedes entender que dos personas se amen? ¿Por qué tienes que ver un lado oscuro en todo? Estoy harto, Nicolás. Harto de las intrigas, de las mentiras y de los engaños. Solo quiero casarme con una buena mujer y tener una vida pacífica. Quiero ser feliz. ¡Soy una personalidad! ¡Un noble! Merezco cierto respeto hacia mis decisiones.

—Que seas una personalidad no significa que tengas personalidad, Víktor. Si no has sido capaz de ver que esa bruja te ha manipulado a su antojo con dudosas estratagemas que, fácilmente, podrían incluir rituales satánicos... No voy a ser yo quien te lo cuente. Tengo demasiado trabajo; ahora, si me disculpas... Agradecería que me dejaras a solas con mis propios pensamientos —dijo Nicolás, sentándose de nuevo en su sillón de cuero negro.

Víktor hizo una pequeña venia por respeto al príncipe prusiano y se retiró.

Nicolás no podía delatar a Víktor frente al zar porque eso lo expondría a peligros innecesarios. Su simplón ayudante podría delatarlo y, además, era un gran apoyo dentro de la corte junto a su familia de aristócratas. No debía enfrentarlo públicamente, eso lo debilitaría. Debía hablar con Maximus Turbin, el padre de Víktor, él sabría cómo actuar en consecuencia.

Anastasia estaba avanzando muy rápido en el tablero y debía defenderse inmediatamente.

—Quiero que mañana fusilen a los rebeldes que hay en la prisión de Butyrka —ordenó Nicolás al jefe de la guardia imperial después de haberlo hecho llamar—. Mañana a primera hora, ¿de acuerdo?

—Sí, Alteza. Ahora mismo mandaré un comunicado urgente para que ejecuten la orden —Se cuadró el militar.



—¿Qué clase de brujería ha usado para engañar a un caballero entrenado y experimentado como lo es Víktor? —inquirió la serpiente al zorro.

Nicolás ya no podía confiar en su amigo. Estaba absorbido y anulado por la princesa. Tarde o temprano tendría que sacarlo del camino de algún modo sutil y eso le molestaba encarecidamente porque era como sacrificar a su propia torre en una partida de ajedrez. Molesto e intrigado, había cruzado el palacio en busca de Anastasia. La encontró en la sala del reloj del pavo, contemplando el reloj a solas.

—¿Es así como usted comprende el amor? ¿Como una brujería? —preguntó Anastasia

tranquilamente sin dejar de mirar el reloj.

—No se burle de mi inteligencia, usted es capaz de sentir cualquier cosa menos amor.

—¿Qué sabe de mí, Nicolás? —Lo enfrentó. —¿Qué sabe sobre el amor? No sabe nada ni de lo primero ni de lo segundo, así que le recomiendo que se abstenga de hacer juicios precipitados.

—Sabe que lo ha sentenciado a una muerte segura, ¿verdad?

—¿Es así cómo funciona? ¿Matamos a los que no son de nuestra confianza?

—No, zarevna. Matamos a los que ya no son útiles.

—¿Por eso queríais matarme? ¿Me consideráis una inútil?

—Ahora la que está sacando conclusiones precipitadas es usted. No tiene ninguna prueba de lo que dice.

Anastasia derritió ligeramente el hielo de sus ojos y dejó pasar el deprecio y la repulsa en dirección a Nicolás.

—No se burle de mi inteligencia, pequeña y repelente serpiente —ultimó, dispuesta a irse.

—¿Cómo ha conseguido poner a Víktor de su parte? —Nicolás la detuvo por el brazo, inyectándole veneno a través de la ropa y de la piel hasta dejarla prácticamente inconsciente. La sala empezó a arder y las agujas del reloj empezaron a dar vueltas completamente enloquecidas y excitadas. —¿Vende su cuerpo tan fácilmente? —inquirió él, acercándose a sus labios y ahogándola en su aroma masculino.

—¿Está celoso? —dijo Anastasia, dejando caer su aliento femenino sobre los labios masculinos de Nicolás.

—Solo quiero saber de qué armas dispone, zarevna —susurró el príncipe prusiano, haciendo vibrar su lengua viperina.

Nicolás dejó caer sus ojos sobre los labios de Anastasia y se preguntó qué sabor tendrían y si se arrugarían bajo los suyos. Parecían tan jugosos y carnosos que su instinto reptil lo empujaba a morderlos, los mordería hasta chupar su sangre. Después, les inyectaría su veneno y esperaría a que su dueña cayera rendida en sus brazos para hacer con ella lo que le complaciera.

—Deberá descubrirlas poco a poco, Alteza. No quisiera que perdiera su interés en mí —concluyó la princesa, zafándose del agarre de la serpiente y huyendo de allí antes de ser engullida.



Capítulo 11

El peor enemigo del imperio

Al día siguiente.

Damien Obolénski tenía los cuarenta y tres años recién cumplidos. Había crecido en una familia adinerada, noble y reputada. Como miembro de la aristocracia se había educado en las mejores escuelas y universidades del país convirtiéndose en un hombre instruido y amante del conocimiento. Muchos de sus amigos se atreverían a decir que no existía ningún tema de conversación en el que Damien no tuviera una opinión acertada y argumentada.

Sus padres estaban muy orgullosos de él o, mejor dicho, lo estuvieron durante algún tiempo. Todo se torció en cuanto el tercer hijo de los Obolénski empezó a simpatizar con ciertos grupos políticos de cariz polémico. La avanzada educación de Damien y sus conocimientos internacionales lo llevaron a plantearse el sistema absolutista del país y las claras injusticias hacia el proletariado. En pleno siglo XIX, Rusia seguía teniendo esclavos. Y él quería liberarlos.

Repudiado por su familia, emprendió una carrera política revolucionaria al lado de eminencias como Mijaíl Speranski, vilmente asesinado en su propia boda. Mijaíl no solo fue su correligionario, sino que también se convirtió en su mejor amigo. Ahora, los Románov y el resto de los altos cargos de la monarquía, querían hacer creer al mundo que él había sido el artífice de su asesinato. El sistema totalitario no tenía remordimientos a la hora de mentir, manipular y

asesinar para seguir teniendo el poder.

Dada su experiencia, era incapaz de confiar plenamente en la zarevna Anastasia. Pero ¿qué otras opciones le quedaban? No perdía nada aliándose con ella; al fin y al cabo, ¿qué podría ser peor que estar en una celda mugrosa de Butyrka?

—¡Vamos! ¡Salid! ¡Salid de las celdas! —oyó Damien pocos días después de la visita de la princesa.

Era de madrugada, apenas estaba despuntando el sol y los guardias estaban sacando a los revolucionarios de sus celdas. Él fue el último en salir. Fueron conducidos por pasillos estrechos entre empujones y golpes. Iban a fusilarlos sin un juicio justo.

—¡Todavía no se ha celebrado el juicio! —se quejó uno de sus compañeros, recibiendo como toda respuesta un golpe certero en la barriga.

Alguien los había mandado a ejecutar, alguien que tenía prisa en eliminarlos porque eran considerados una amenaza. ¿Habrían descubierto el plan de la zarevna Anastasia? ¿O sería la propia Anastasia la que los mandaba a una muerte inminente? Damien no sabía qué pensar o qué creer; con los Románov todo era posible y solo Dios sabría qué tenían en sus cabecitas reinantes.

Resignado y satisfecho por haber llevado una vida simbólica, se limitó a seguir las órdenes de los guardias sin emitir queja alguna. No se arrepentía de nada de lo que había hecho; algún día, el pueblo sería libre y él sería recordado como uno de los pioneros en la revolución. Lo único que lamentaba era su deplorable aspecto, se miró de reojo en uno de los charcos de orín que había en el suelo. Su reflejo era el de un hombre gastado, desaliñado y deteriorado. Había adelgazado y la barba le había crecido hasta más allá del cuello. Si había presumido de algo durante su libertad, era de ir siempre bien acicalado. Pero aquello ya había quedado atrás... muy atrás. Ahora, el patíbulo lo esperaba y sus anchos hombros habían quedado reducidos a la nada atados con grilletes.

—¿A dónde vamos? —susurró Arseni, confuso.

—Arseni, ¿no es evidente? —replicó Damien, con una mueca de diversión—. Vamos a enfrentarnos a nuestro destino.

—No, amigo —negó su compinche de trifulcas—. Fíjate bien, no estamos yendo al patio de ejecuciones. Estamos desviándonos por caminos completamente oscuros y abandonados. ¿Acaso crees que el camino hacia el patíbulo estaría tan nuevo? Las piedras del corredor de la muerte están gastadas y estas... Mira, como nuevas —Señaló el suelo.

Damien se percató de que Arseni tenía razón. Extrañado, buscó los rostros de los guardias, pero ninguno le resultaba conocido. ¿Quiénes eran?

—Rápido, por aquí —instó un centinela, algo nervioso.

—¡Eh! ¿A dónde van estos reclusos? —preguntó otro guardia que apareció tras de ellos con un fusil y algo turbado.

Se hizo un silencio pesado y turbulento durante algunos segundos hasta que Damien se cernió sobre el guardia recién aparecido y le pasó la cadena de sus grilletes por el cuello hasta estrangularlo.

—¡No tenemos tiempo! —gritó en un susurró una mujer que iba disfrazada de vigía.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? Esas personas no los estaban llevando a ejecutar, sino que los estaban ayudando a escapar. Corrieron por algunos caminos polvorientos y llenos de ratas hasta llegar a un túnel por el que tuvieron que arrastrarse. No fue fácil con grilletes y cadenas, pero lo consiguieron. Finalmente, salieron. Llegaron a un campo, aparentemente abandonado, en el que unos carruajes de alimentos los estaban esperando.

—Tendréis que esconderos entre el heno —explicó una ahogada mujer, la misma que había

liderado el grupo hasta allí—. Estos hombres os llevarán hasta la frontera —Señaló a los conductores de los vehículos que no parecían simples campesinos pese a sus disfraces.

Damien clavó sus ojos pequeños y azules sobre la cosaca y extendió sus manos para que lo liberara de las cadenas. Poco a poco todos fueron liberados y escondidos entre los víveres.

—¿A quién debemos agradecerérselo? —preguntó Damien, llenando sus pulmones de aire fresco.

—A la zarevna Anastasia. Este es su mensaje —Extendió una misiva. —Ahora, debéis marcharos.

Al salir de la ciudad, entre caminos solitarios, el fugitivo rompió el sobre sin sello y leyó el mensaje de la princesa:

"Espero que esto sea una muestra suficiente de confianza. No se olvide de quien lo liberó. A."

—No podría olvidarme de usted, pequeño zorro —musitó el revolucionario, torciendo la comisura de sus labios en un intento de sonrisa y recordando el bello rostro de Anastasia: sus ojos azules como el hielo, sus pestañas hechas de fuego y sus labios rojos y gruesos. ¿Cómo olvidarse de ella? Ahora, le debía la vida a la mujer más hermosa de Europa.

Y una vida se pagaba por otra.



—Ha llegado una nota urgente del jefe de la guardia imperial —informó el rector de la prisión de Butyrka a sus empleados a primera hora de la mañana—. Hay que ejecutar a los revolucionarios de inmediato.

—Sí, señor —obedecieron. Sin embargo, al llegar a las celdas mencionadas, las encontraron vacías con gran espanto y horror.

—¡No están! —gritó uno de los alguaciles, nervioso.

—¡Han huido!

—¿Cómo puede ser? —preguntó el superior, palideciendo por instantes y con un nudo en la garganta—. ¿Cómo se os han podido escapar? ¡Esta cárcel es impenetrable! ¡Y yo soy el responsable! ¿Tenéis idea de lo que nos hará el zar si descubre este disparate?

—¡Ayer por la noche estaban aquí! Los vi en mi ronda —convino otro, temblando al imaginar la ira del emperador.

—No deben estar lejos. ¡Vamos! ¡Salid a buscarlos! ¿A qué estáis esperando? ¡Y no regreséis sin ellos! ¡No se os ocurra regresar! Malditos incompetentes —ordenó el rector.



Fue imposible encontrar a los fugitivos y la noticia no tardó en llegar al palacio. Nicolás se vio con la obligación de encubrir a Víktor y a Anastasia frente al zar, que no tardó en pedir explicaciones de lo sucedido. No podía delatar a su amigo porque sería un riesgo innecesario para su propia seguridad. Víktor sabía demasiadas cosas sobre sus ambiciones, entre ellas, su relación con Ekaterina.

—Los encontraremos, se lo aseguro —prometió la serpiente, irritada y agresiva.

De nada había servido la premura con la que mandó a ejecutar a los revolucionarios. Anastasia se le había adelantado aprovechando los días en los que él estuvo ausente. Pero ¿quién la estaba ayudando? Ya no le quedaba ninguna duda de que el zorro había sido el artífice de la matanza de las monjas. Sin embargo, para ello necesitaba a alguien fuera de la corte. A un grupo armado que trabajara para ella.

Debía encontrar a sus secuaces y eliminarlos, era la única forma de debilitar a la zarevna y ganar terreno antes de que Damien y sus compinches se aliaran con ella. No era ningún estúpido, era evidente que Anastasia estaba buscando aliados y los había encontrado en los amigos de su difunto esposo.

—Eso espero, Nicolás. No podemos permitir que esos insubordinados campen a sus anchas por nuestros dominios. Pueden convencer a otros irracionales de que ellos no fueron los asesinos de Mijaíl y estaríamos frente a una nueva revolución peor que la anterior. Y... con lo que concierne al rector de la prisión de Butyrka ya sabes qué tienes que hacer. Si no me sirve, no lo quiero. A los inútiles hay que eliminarlos sin piedad, es el único modo de mantener la fuerza.

—Ya me he ocupado de él, Alteza Imperial —reverenció Nicolás.

—Bien hecho, tu rapidez es lo que más me gusta de ti —se complació Alejandro, sentándose de nuevo en el trono después de haber entrado en cólera por la huida de Damien y de los demás compañeros de Mijaíl. A esas alturas de su mandato estaba harto de los problemas y las dificultades; la presión de su cargo empezaba a pasarle factura y las arrugas se le acumulaban debajo de sus pequeños y aceitunados ojos.

—Hay otro asunto sobre el que quiero tratar, Alteza.

—Si puedo ayudarte... —comentó el zar, pasándose la mano por su larga barba rubia.

—Es sobre mi hermano, el rey de Prusia. Me ha pedido que hable en su nombre —explicó Nicolás, cuadrándose—. Klaus debe contraer matrimonio como nuevo soberano de mi país y hemos considerado que la Gran Duquesa Tatiana sería, indudablemente, una inmejorable reina. Es una princesa europea, educada y muy amada por el pueblo. Si el Gran Zar tuviera a bien de conceder su mano a mi familia, iniciaríamos los protocolos necesarios para formalizar esta unión. Es un propósito para parlamentar y negociar, pero tengo la esperanza de que termine en buenos términos para ambas partes.

—Como bien sabes, mi hija Tatiana tiene mi corazón y, como tal, su futuro es algo que me preocupa verdaderamente —repuso tranquilamente Alejandro, simulando ciertas dudas ante la proposición de Nicolás—. Creo que la Gran Duquesa merece ser preguntada al respecto y deberemos tener en cuenta su opinión.

—Por supuesto, Alteza —concordó el consejero real.

—Este, querido Nicolás, es un asunto de estado. En cuanto sepamos la respuesta de Tanya, debemos tratarlo con los demás consejeros. Por mi parte, en una primera instancia, no existe oposición alguna. Nada me complacería más que tener a tu hermano, el rey de Prusia, como yerno. Si lo consideramos bien, mi hija tiene sangre prusiana y sería una reina perfecta para dicho país.

—No podría estar más de acuerdo —Sonrió la serpiente, dilatando sus pupilas.



Víktor Turbin hizo repicar sus botas de cuero hasta la alcoba de Anastasia. Estaba irritado,

molesto y contrariado. Sabía que era una osadía entrar en los aposentos reales, pero no estaba de humor para regirse por los protocolos ni las normas de etiqueta. No le importaba que fuera de noche ni que los guardias lo miraran extrañado, tan solo quería respuestas.

Con el gesto serio y una mirada severa, tocó la puerta de la zarevna.

—¡Ser Turbin! —se escandalizó la doncella al abrirle.

—¿Dónde está? —demandó, furioso.

—Viktor... —nombró Anastasia con voz almibarada y con un solo camión por toda vestidura.

—¡Nicolás tenía razón! —espetó el hombre, entrando en la recámara. Era alto como un castillo—. ¡Me ha manipulado! —expresó, dolido.

La princesa, muy tranquilamente, se incorporó de su sillón (en el que cada noche se sentaba para leer) y se acercó al lacayo de la serpiente.

—Por favor, Natasha, déjanos a solas.

—¡Alteza! —La miró con espanto la pequeña sirvienta.

—Por favor.

—Sí, zarevna —accedió Natasha, abandonando la estancia y dejando a un airado Viktor a solas con una sosegada Anastasia que, como siempre, parecía tener la situación controlada.

—Viktor, ¿puedo saber de qué está hablando?

—Noté muy extraña su frialdad pocos días después de nuestra escapada a la cárcel —inició el enamorado—. Pero lo atribuí a que, como siempre, usted necesitaba tiempo para poner en orden sus prioridades. No es ningún secreto para usted, princesa, que deseo hacerla mi esposa. Y creí que el sentimiento era recíproco. Lo creí de veras... hasta saber que los presos a los que visitamos se han escapado. ¡Qué coincidencia!

—¿No pensará que he sido capaz de liberar a los asesinos de mi propio esposo? —recriminó Anastasia, haciéndose la ofendida—. ¿Qué interés tendría en cometer semejante barbaridad?

Viktor tragó saliva y cogió aire. Anastasia no sabía nada acerca del complot de asesinato. Ella creía firmemente que esos hombres, los que vio en la cárcel, eran los asesinos de Mijaíl. ¿Por qué querría liberarlos? Tenía razón. La tenía... siempre y cuando la princesa no estuviera aparentando. ¿Y si había descubierto que intentaron matarla? ¿Y si Nicolás tenía razón y ella no era la mujer sumisa y piadosa que parecía ser?

La miró por segunda vez, embelesándose con su rostro angelical y sus mechones rojizos. ¿Cómo podía una dama tan hermosa ser tan mezquina? ¡Era imposible! Era demasiado rebuscado pensar que Anastasia lo sabía todo y que los estaba manipulando a su antojo. Además, estaba terriblemente enamorado de ella... y aunque quisiera creer que era el mismísimo demonio disfrazado de mujer, no podría.

—Viktor, la serpiente lo ha envenenado —Anastasia dio un paso hacia él, apoderándose de sus sentidos masculinos—. ¿Qué motivos tengo yo para liberar a esos hombres? Dígamelo.

—No, zarevna —negó él, calmándose—. Disculpe, por favor. Disculpe mi impetuosidad. Son tantos años viviendo en este palacio, que es difícil discernir entre el bien y el mal. Nicolás solo hace su trabajo: sospechar de todos, incluso de su propia sombra. No debí escucharlo.

—¿Qué le ha dicho de mí?

—Dice que es usted una hechicera —sinceró Viktor, mirándola con intensidad—. Que me ha embrujado y que me ha manipulado con fines que yo desconozco... pero que él, por supuesto, conoce.

—Y si es capaz de cavilar semejantes conjeturas, ¿por qué no le dice cuáles son esos fines perversos que me llevan a embrujarlo?

—No tiene sentido —Sonrió el caballero, acercándose a ella y aspirando su aroma femenino.

—Nicolás es un misántropo. Por eso quiero alejarme de él, por muy amigo mío que sea necesito formar mi propia familia, establecer mi propia felicidad y vivir en paz —La miró significativamente. —Necesito creer que eso es posible.

Las esperanzas de Víktor le eran familiares. Fueron las mismas que ella tuvo antes de casarse. Sintió un leve escozor por los remordimientos, pero rápidamente se recompuso. Víktor era tan cómplice de la matanza como los demás. Supo desde el principio que decenas de hombres, mujeres y niños iban a morir... pero no hizo nada para detenerlo. Es más, estaba segura de que él apoyó la causa con el fin de serle fiel a Nicolás y a sus ambiciones. No podía dejarse llevar por sus palabras bonitas.

—Es posible —correspondió ella, con un hilo de voz y lo ojos más humanos—. Béseme, Víktor.

El caballero la cogió por la cintura y la besó con fervor, con necesidad. ¡Era tan femenina! ¡Tan voluptuosa, pero a la vez tan ligera! Era perfecta, la mujer perfecta. Y era todo lo que necesitaba Víktor en su vida, estaba dispuesto a dejarlo todo por ella. Hundió sus enormes dedos en la cabellera larga de Anastasia y sintió que se quemaba, la rojez de su pelo era puro fuego.

—¿La habían besado antes? —preguntó Víktor, separándose unos instantes del elixir de la vida.

—No, Víktor. Usted es el primer hombre que me besa... Mijaíl jamás se atrevió a hacerlo, quería esperar hasta el matrimonio —explicó ella, abrazándolo.

Anastasia oyó como el corazón de Ser Turbin latía con vigor y rapidez. Estaba emocionado y ella... ella se sentía la mujer más malvada del mundo.

—Siento mucho haber venido hasta aquí, zarevna —Se apartó Víktor. —Estoy poniendo en entredicho su honradez. Solo quiero ser un buen esposo, como lo iba a ser Mijaíl para usted. No quiero faltarle el respeto —reverenció—. Si usted me concede el permiso, mañana mismo pediré su mano a su padre.

—Víktor —Sonrió levemente ella. —Me gustaría que volviera a pedírmelo. No me malinterprete, no quiero hacerlo sufrir... pero siempre he soñado con algo más romántico. Mi anterior matrimonio fue pactado y no tuve la oportunidad de que un galán caballero pidiera mi mano a la luz de la luna.

—¿Quiere la luna? Yo se la bajaré. Mañana, zarevna —citó el ilusionado enamorado, dirigiéndose a la puerta—. Mañana es luna llena, nos veremos en el salón dorado... lejos de las alcobas. Allí, me dará el consentimiento y la haré mi prometida. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo... —concluyó Anastasia antes de que Víktor saliera de la alcoba.

Arrancó a llorar en la soledad. Natasha no había vuelto. Era muy duro... Muy duro seguir con sus planes y sobreponerse a los sentimientos. No sentía absolutamente nada por Víktor más que una bonita amistad. Por supuesto que era atractivo y un hombre de gran porte, pero no lo amaba ni debía hacerlo porque debía matarlo. Ya no le servía, lo había utilizado para sus fines y se estaba volviendo un obstáculo en su camino. Además, si no lo mataba ella... lo haría Nicolás tarde o temprano. ¡Dios! ¿Qué podía hacer? En el fondo no quería mancharse más las manos de sangre. Todavía tenía pesadillas con las monjas del convento... aunque trataba de aliviarse pensando que había liberado a un grupo de inocentes de ser fusilados. Era un equilibrio, ¿no?

—¿Remordimientos? —oyó una voz a sus espaldas.

—¿Cómo ha entrado aquí? —espetó ella, limpiándose las lágrimas a la máxima velocidad que sus manos le permitieron. ¡Jamás le había enseñado sus lágrimas a nadie! ¿Cómo se atrevía ese desgraciado a invadir su intimidad? Aquello la enfadó—. No tiene ningún derecho a entrar en mi habitación, ahora mismo llamaré a los guardias y lo dejaré en entredicho frente a mi padre.

—Usted tampoco tenía ningún derecho a sentenciar a muerte a Víktor —dijo Nicolás.

—¡Yo no he hecho nada! —negó, enfurecida.

Con los nervios, se acercó a la serpiente para enfrentarla.

—Lo ha hecho. Si lo hubiera dejado en paz, si no lo hubiera puesto en mi contra... Nadie tendría por qué acabar con él. Pobre... es un buen muchacho —se burló, mirando significativamente sus labios enrojecidos por el beso.

—¿Sabe qué? Me da pena, Alteza —se calmó la princesa, restaurando su equilibrada mirada y su gesto impasible—. Es incapaz de confiar en alguien, no tiene amigos... y dudo mucho de que su familia sea bienvenida en su mente venenosa.

—¿Me está describiendo a mí o a usted? —rio Nicolás, pasándose una mano por su pelo negro y haciendo brillar sus ojos verdes con tonos marrones.

—Salga de aquí, príncipe. No estoy de humor para soportar su lengua viperina —Anastasia señaló la puerta.

—Ay, zorrillo, zorrillo —susurró él, acercándose a ella hasta rozar su piel y su camisón de satén—. Por esta vez, yo te liberaré del cepo... pero no te acostumbres, pequeña mentirosa —le dijo a su oreja, dejándole caer el aliento sobre su cuello y erizándolo a su paso.

Anastasia se quedó sin habla, sin movimientos. El veneno de la serpiente la había paralizado y no pudo moverse hasta que salió de sus aposentos y la dejó sola. ¿Qué había querido decir Nicolás con que iba a liberarla del cepo?

Capítulo 12

Comasión o debilidad

Víktor se había convertido en un obstáculo para los planes ambiciosos de Anastasia y Nicolás. Por un lado, Anastasia no quería casarse ni tener a sus espaldas a un hombre con el corazón resentido. Por otro lado, Nicolás ya no podía confiar en su lacayo.

Uno de ellos, ya fuera el zorro o la serpiente, debía hacer girar la siguiente pieza del ábaco. La vida en la corte era cruel, sangrienta y, en ocasiones, inhumana. Y si no podías vivir en esas condiciones, era mejor que no vivieras o que, simplemente, abandonaras. Por supuesto, ni Anastasia ni Nicolás estaban dispuestos a morir ni a abandonar. Ambos querían una sola cosa: poder. Y el poder residía en el trono imperial de todas las Rusias.

Esa noche habría luna llena y Víktor le había prometido a Anastasia bajársela para que lo aceptara en matrimonio. La princesa daba vueltas en su alcoba, nerviosa. Los remordimientos la estaban devorando. Cuando se prometió a sí misma no volver a sentir nada no pensó que sería tan difícil. Para convencerse a sí misma de que hacía lo correcto, se acercó a su vestido de novia lleno de manchas de sangre y recordó la injusta muerte de Mijaíl. ¡Ellos lo habían matado! ¡Ellos habían matado a esas niñas! ¡Y al resto de invitados! Merecían la muerte, una muerte se pagaba con otra. Solo estaba haciendo justicia.

Convenciéndose a sí misma de que todo lo que hacía lo hacía por justicia, se vistió con un traje de color azul marino con perlas cosidas a lo largo del escote y escondió un diminuto frasco de veneno entre los pliegues de este.

Una reina debía estar dispuesta a sacrificar sus propios peones para ganar la partida.

—¿Está todo preparado? —Anastasia preguntó a Natasha, sin mirarla.

—Sí, Alteza. Todo está según lo ha demandado... Víktor la está esperando en la sala dorada del palacio —complació la doncella, sumisa.

La zarevna miró el reloj. Era tarde, lo suficiente como para que los palaciegos ya estuvieran en sus alcobas. Con el corazón encogido, pero muy bien escondido tras sus ojos hechos de hielo, anduvo pasillo tras pasillo seguida por algunas de sus doncellas de confianza hasta llegar al salón repleto de espejos con molduras de oro y pinturas doradas.

Allí, de espaldas, Víktor la estaba esperando. Le recordó el día en que Mijaíl la esperó con el mismo fin: pedirle matrimonio. ¿Era una maldición? ¿Todos los hombres que se enamoraran de ella debían terminar muertos? A través de Víktor había llegado a los revolucionarios y con ello había ganado un aliado poderoso que le garantizaría su ascenso al trono cuando fuera el momento oportuno. Lo había utilizado, lo había usado convenciéndose a sí misma de que no titubearía cuando llegara el final. Sin embargo, allí estaba ella: de pie en la puerta, incapaz de entrar en el salón y dar el golpe final a su estratagema.

—¿Zarevna Anastasia! —Se giró Víktor con los ojos empapados de esperanzas.

—Víktor...

—Por favor, pase —Se acercó el caballero, ofreciéndole la mano para ayudarla a andar.

Anastasia despidió a su servicio personal y entró en el mutismo más absoluto. Reparó en que el ambiente estaba decorado con velas y toda clase de detalles románticos. El lacayo de la serpiente inició un largo discurso, le ofreció algunas viandas y luego la condujo cerca de los ventanales. Todo era perfectamente novelero y tierno. Víktor era joven, hermoso y atento. El

hombre con el que soñaría cualquier dama.

La princesa observó el pelo rubio de Víktor brillar bajo las velas y pensó que, seguramente, otra mujer sería la más feliz del mundo en su situación. Pero ella ya no era una simple mujer que se conformara con promesas de felicidad eterna; ahora era una adversaria más en esa batalla por la supremacía. Era, si Dios lo permitía, la futura emperatriz.

—Zarevna, me pidió la luna y aquí la tiene —reverenció Ser Turbin, ofreciéndole un paquete envuelto en terciopelo azul.

Anastasia deshizo el envoltorio y halló en su interior un espejo redondo con adornos de plata. Ciertamente, esa pieza de joyería recordaba a la luna.

—Es un gran regalo —convino ella, tratando de sonreír.

—Oh, no... esto solo es una parte... Como ya le he dicho, mi regalo es la luna —Señaló hacia el cielo. — Por favor, permítame.

Víktor se colocó tras la princesa y le colocó las manos sobre los brazos con el fin de guiarlos hasta un punto determinado.

—Ahora, zarevna. Mire en el espejo.

Anastasia obedeció y se maravilló al contemplar la luna entre sus manos. El espejo que le había regalado Víktor reflejaba la luna a la perfección gracias a un juego de reflejos entre los espejos de la sala y la luz de la ventana.

—Viktor... esto es maravilloso —suspiró la princesa, sintiendo como el veneno del frasquito le quemaba la piel.

—La belleza de la luna no es comparable con la de usted, zarevna. Usted es mucho más hermosa, más hermosa que el sol, que las flores y que cualquier otra creación de Dios. La amo... Estoy perdidamente enamorado de sus pestañas rojas y de sus ojos azules. Mi único anhelo en esta vida es tenerla como esposa. Eso me haría el hombre más feliz del mundo, no le quepa duda —Se arrodilló Ser Turbin y sacó una cajita de su bolsillo.

—Zarevna Anastasia Aleksándrovna Románova, Gran Duquesa de Rusia, ¿me haría el honor de concederme su mano?

Anastasia cogió aire un par de veces con un nudo en la garganta y mil pensamientos en el aire. Finalmente, se empoderó y dio un paso firme hacia sus propias convicciones.

—¿Usted sabía algo sobre el complot en contra de mi boda? —preguntó ella, dejando a Víktor patidifuso y estático.

—Zarevna... —Tragó saliva el caballero, levantándose del suelo y mirándola confundido.

—¿Lo sabía o no? ¿Sabía que iban a asesinar a mi esposo y a todos mis invitados?

—Nicolás tenía razón —comprendió Víktor—. Usted lo sabe todo...

—Conteste, Víktor. Si sus palabras de amor son ciertas, merezco una explicación —exigió Anastasia, cogiéndolo por las manos y suplicándole con los ojos que le contara la verdad.

—¿Ha liberado usted a los revolucionarios? ¿Me ha utilizado? —Se molestó el hombre engalanado para la ocasión.

—Viktor... Tan solo le estoy pidiendo una explicación. Si me la da, yo le daré las mías. Al fin y al cabo, si alguien utilizó a alguien aquí... Sois vosotros. ¿Acaso no ibais a sacrificarme por vuestros propios intereses?

Ser Turbin calmó su enfado y la miró con comprensión. No podía dejar de amarla y, en el fondo, la princesa tenía razón: la habían utilizado. Y si no se hubiera escapado, en esos momentos estaría muerta. Merecía una explicación.

—Lo sabía —confesó Víktor, cerrando los ojos—. ¡Y lo lamento! ¡Lo lamento mucho! — explotó el caballero, que era simple y de temperamento exacerbado—. Me he arrepentido cada

minuto desde el principio por haber formado parte de esa matanza. Sobre todo, desde que me enamoré de usted. Es cierto que la amo, zarevna. En mis sentimientos no hay ninguna mentira ni vileza. He cometido errores, influenciado por las intrigas de este castillo y motivado por lealtades erróneas... por eso quiero salir de aquí. Quiero enmendar mis faltas —Le acarició el rostro a Anastasia. —Sé que no tengo perdón, pero... si pudiera perdonarme. Se lo ruego, perdóneme. Y luego, ámeme.

—No puedo amarle, Ser Víktor. Pero sí perdonarle —sinceró la princesa, cogiendo al caballero por los hombros—. Debe huir de aquí inmediatamente —gritó en un susurro, inquieta.

—¿Por qué? —Se asustó el lacayo de la serpiente, mirando a su alrededor.

—Van a matarlo. Debe huir, ahora mismo. Venga conmigo —Lo cogió por la mano y tiró de él.

Víktor la siguió, la hubiera seguido hasta el fin del mundo si hubiera sido necesario. La inteligencia y la audacia de Anastasia lo habían sorprendido gratamente y, por eso, si ella le decía que estaba en peligro, la creía a pies juntillas. Corrieron a través de los pasillos en dirección a alguna salida secreta que solo Anastasia conocía.

Sin embargo, a medio camino, un grupo de hombres enmascarados y armados, detuvieron su paso. Lo hicieron rápidamente, sin dar lugar a gritos o a un escándalo que pudiera despertar el palacio. Cogieron a Víktor y se lo llevaron entre las sombras sin que Anastasia pudiera hacer nada al respecto. Lo último que vio la zarevna fueron los ojos verdes de Ser Turbin y luego, nada... Absolutamente nada. Un silencio sepulcral y la convicción de que ella era la culpable del trágico destino de un hombre bueno.

Sí, Víktor había formado parte del complot, pero había vivido para enmendar su error desde entonces. Y una reina también se caracterizaba por su compasión. De lo contrario, en lugar de ganarse el respeto de sus súbditos tan solo se ganaría el miedo. Y el miedo no puede ser lo único que subleve a una comunidad entera por un largo período de tiempo. Debe haber más sentimientos de por medio. Tan solo había que ver el ejemplo de María Antonieta para darse cuenta de que hacía falta algo más que una corona para reinar.

—La debilidad no es una buena cualidad en esta corte, zorrillo.

Apareció Nicolás, contaminando el ambiente con su aroma venenoso. Anastasia lo miró, pero no vio nada más que sus ojos de serpiente y su sonrisa malévol. Era demasiado oscuro como para ver algo más.

—La crueldad injustificada tampoco lo es —replicó ella, haciendo brillar el hielo de sus ojos en dirección a su enemigo—. Un buen líder debe tener la capacidad de ser compasivo.

—¿Compasión o debilidad? ¡Qué dilema! ¿Qué llevó al pequeño zorro a liberar a su presa? —preguntó la serpiente en el aire, a modo de acertijo.

—El miedo puede convertirse en odio. El respeto se convierte en amor.

—¿Por eso me odia? ¿Por qué me tiene miedo? —preguntó Nicolás, acercándose a ella—. ¿Y por eso ama a Víktor? ¿Por qué se ganó su respeto?

—Yo no odio ni amo a nadie, Alteza. Vuelve a subestimarme, los sentimientos no son nada para mí. No siento ni padezco, se lo aseguro. Todo lo que hago es por un único fin.

—¿Y por qué lloraba tendida en su lecho? —Nicolás extendió su mano y le acarició el rostro a Anastasia, lenta y dolorosamente. Le acarició justo por encima de donde le habían caído las lágrimas la noche anterior.

Los dedos del príncipe eran delgados y largos, como los de un pianista e hicieron vibrar al zorro, ahogándose en un mar de angustia y de necesidad.

—¿Qué va a hacer con Víktor? —ignoró su pregunta y sus deseos, apartándose del frío roce del reptil.

—Mis hombres se encargarán de él, princesa. No tiene de qué preocuparse, la he liberado de su propio cepo —Se cuadró Nicolás, colocando las manos detrás de la espalda.

—No me ha hecho ningún favor.

—No sabe nada, zarevna Anastasia—Sonrió él. —Tarde o temprano, Víktor hubiera sido un problema para ambos. Sabía demasiado, estaba cansado de luchar y su temperamento empeoraba por momentos. No hubiera sido capaz de mantener en secreto absolutamente nada. Aún le falta mucho por aprender, zarevna.

Si hubiera podido, hubiera ido corriendo hasta a Alejandro, su padre, y le hubiera contado la verdad sobre Nicolás y Ekaterina. Pero no podía. Eso la delataría y quería seguir jugando por detrás, más allá de lo que la serpiente supiera. Porque ambos sabían demasiado el uno del otro como para delatarse. Tampoco podían matarse porque ambos gozaban de cierta protección y estatus que no podían ser destruidos sin un argumento válido. Intentaron matarla una vez, pero sería muy difícil hacerlo una segunda sin levantar sospechas ante los consejeros y demás parlamentarios. Ante los ojos de la sociedad, ella era una honorable viuda criada en un convento que se merecía respeto. Incluso, algunos sectores de la población la amaban por haber sido una persona cercana a Mijaíl y la consideraban un símbolo de lucha. Nicolás, en cambio, era apoyado y respetado por los sectores más conservadores y por los nobles.

Ninguno de los dos podía ser derribado fácilmente. Principalmente, porque ninguno de los dos estaba dispuesto a ser vencido y luchaban con audacia. Desconfiaban de todo y de todos y eso los llevaría al éxito. Pero ¿qué harían dos almas tan distintas e iguales a su vez?

—Su familia preguntará por él —dijo Anastasia.

—Su familia me ha concedido el permiso para eliminarlo. Todo es cuestión de intereses y prioridades. Maximus Turbin sabe lo que le conviene.

Anastasia miró con desprecio a Nicolás y dio media vuelta, dejando el brillo de sus perlas y de su pelo rojo tras de ella como todo rastro de luz. Anduvo prácticamente a oscuras hasta el salón dorado, recogió el espejo de luna que le había regalado Víktor y regresó a su habitación sin derramar lágrima alguna.

—¿Cómo ha ido? —preguntó una emocionada Natasha al verla llegar.

—Coloca este espejo junto a las joyas que Mijaíl me regaló —ordenó, impasible.



Tatiana Románova canturreaba en su alcoba repleta de joyeros, costureros y alhajas. Ser la hija mayor del zar y, a su vez, la preferida del mismo, tenía sus ventajas. Como, por ejemplo, disponer de un largo y variado surtido de joyas con las que comprar un país entero.

Alejandro I amó a su primera hija desde los inicios, por ser el primer bebé que llenó su vida de dulzura y ternura. La recordaba con mucho amor y seguía consintiéndola como si fuera una niña. Aunque eso no le impidiera usarla para sus propios intereses. Sin embargo, a Tanya no le importaba ser utilizada por su padre porque ella también lo utilizaba a él a su antojo.

—¿No es emocionante? ¡Va a casarse con el rey de Prusia! —exclamó Agatha, una de sus tantas doncellas personales. Agatha era la hija de una baronesa y formaba parte del alto servicio.

—Querida, ya sabes que el rey de Prusia no es de mi interés... —replicó, aburrida—. Solo me interesa su país y lo que yo pueda hacer con él.

—No cante victoria tan pronto, zarevna. Klaus von Wittelsbach es muy apuesto y puede

enamorarla en cuestión de segundos. ¿Sería capaz de liquidarlo estando enamorada de él?

—¡Por favor! —rio Tatiana—. ¿Amor? Eso solo existe en las novelas... El amor es para los débiles, para el pueblo. No para los reyes.

—Tanya, la conozco desde que era una niña. Jamás fue conocida por ser cruel ni déspota; al contrario, sé que se esconde un alma bondadosa detrás de todas esas capas falsas en las que se protege. No ha sido fácil vivir en esta corte para una niña como usted.

—Exacto, no fue nada fácil ver a mi madre relegada de sus funciones, humillada y maltratada.

—Entonces, ¿por qué le es tan leal a su padre? ¿Le tiene miedo?

—Todo a su debido tiempo, querida Agatha. No quieras saber más de lo que te corresponde.



—Últimamente te noto distante, Nicolás —se aquejó Ekaterina entre las sábanas de su amante, completamente desnuda.

—Son ideas tuyas —negó la serpiente—. Sabes que el trabajo en la corte me absorbe.

—Lo sé, pero...

—No empieces —la cortó—. ¿Cómo van las noches con el zar? Me contaste que ya no usabais ningún tipo de precaución... lo has convencido para engendrar un heredero. ¿Verdad?

—No solamente lo he convencido, Nicolás —Sonrió Ekaterina, dejando caer sus tirabuzones rubios a un lado y llevándose la mano sobre el vientre. —Ya es un hecho. Un mes... Un mes ha pasado desde entonces. Y el milagro de la vida se está gestando en mis entrañas.

—Perfecto —Sonrió la serpiente, abrazando a Ekaterina y obsequiándola con un beso largo y necesitado. —Necesito ocuparme de algunos asuntos. —Se levantó después de consentir a su amante durante algunos minutos.

—¿Ya te vas? —se molestó Ekaterina, mirándolo con reproche y tapándose los pechos con las sábanas.

—Ahora debemos ir con cuidado, querida. Tienes en tu vientre a nuestro futuro.

La prometida del zar y amante del consejero se quedó sin respuestas, pero con un sabor muy amargo en el paladar. ¡Nicolás estaba cada vez más frío! Más frío de lo normal. Y sospechaba que era por culpa de esa zorra... Anastasia.

Capítulo 13

El hombre responde el truco con la trampa

Dos bodas estaban previstas: la del zar con Ekaterina Anhalt y la del rey prusiano con Tatiana Románova. Sin embargo, iba a ser la del zar la primera en celebrarse. La fecha de la ceremonia se adelantó considerablemente a la que se había establecido en una primera instancia y los rumores empezaron a correr entre los palaciegos: *"la novia estaba embarazada."* ¿Qué otra explicación había ante tanta premura? Pero las órdenes del emperador eran incuestionables. ¿O no?

—¡Voy a ser padre! Otra vez... —exclamó Alejandro en cuanto su prometida le dio la noticia —. Dios me ha brindado otra oportunidad —reflexionó, pasándose la mano derecha por su barba larga, rubia y canosa.

—Un heredero —comentó Ekaterina.

—Espero que sea un niño —La miró el zar con exigencia. —Otro hijo es lo que necesito. Un hombre fuerte, respetable y sensato que ocupe mi lugar en cuanto yo muera. Sergey no puede ser mi sucesor, me avergüenza —explicó con amargura.

—Nuestro hijo es un príncipe —afirmó la amante, tranquilizándolo—. Lo sé, lo presiento...

Ekaterina se llevó las manos sobre el vientre con una sonrisa, convencida de que llevaba en sus entrañas al futuro emperador de todas las Rusias.

—Adelantaremos la fecha de la boda. No deseo que mi hijo crezca con el estigma de ser un bastardo —determinó Alejandro.

—Tienes razón, no podemos permitir que la corte confirme mi estado sin haber formalizado nuestra unión. La religión tiene un peso muy importante dentro de nuestra sociedad —se preocupó Ekaterina—. Así como también deberíamos ir sospesando la idea de coronarme como zarina si queremos que él ostente todos los derechos como príncipe heredero.

—Todo a su tiempo, querida —ultimó el emperador, acariciándole el mentón a su futura esposa—. Todo a su tiempo...

En la sala adyacente al dormitorio donde Alejandro y Ekaterina estaban parlamentando acerca de su futuro, estaba Máksim. El mayordomo real había entrado en ella para cerciorarse de que los aposentos imperiales estaban al gusto del zar, pero no pensó que oiría lo que era, probablemente, la noticia más suculenta de todo el imperio: ¡Ekaterina embarazada! Sin embargo, como el buen mayordomo que era, le debía lealtad a su señor. Así que hizo ver que no había oído nada y se limitó a hacer su trabajo. O eso pensaba hacer hasta que se encontró con Anastasia o, más bien, Anastasia lo requirió en sus aposentos.

—¡Máksim! —nombró la zarevna con un recibimiento entusiasta.

—¿Me ha llamado, Alteza? —reverenció el sirviente, tratando de ocultar el placer de verla de nuevo.

¡Anastasia era la alegría del palacio! O al menos así lo era para él, que la consideraba una belleza de temperamento alegre e inocente.

—Últimamente no te veo, Máksim. Has descuidado tus obligaciones en lo que a mí se refiere —se aquejó la princesa, haciendo un puchero lastimero mientras dejaba caer su larga melena rojiza hacia un lado.

—Oh, no. Princesa, he estado muy ocupado con los preparativos de la boda de su padre —se apresuró en sacarla de su error.

—¿Todavía faltan seis meses! —exclamó la joven, sentándose en el tocador para que Natasha le recogiera el pelo con un bonito y sencillo moñete.

—Cierto, zarevna... Pero la boda de un rey debe prepararse con premura. Y ahora deberemos trabajar el doble de rápido —comentó Máksim, dándose cuenta de que acababa de meter la pata.

Anastasia adoraba los momentos en los que se reunía con el mayordomo real. Siempre conseguía sonsacarle información provechosa. El pobre hombre era fácil de vapulear porque se moría por complacerla.

—¿A qué te refieres con que ahora tendrán que trabajar mucho más rápido? —inquirió la zarevna, mirándolo a través del espejo—. ¿Han adelantado la boda?

—Era solo un comentario, Alteza. Estoy tan agotado que ni siquiera mido mis palabras.

—¿Máksim! —se enfurruñó Anastasia, apartándose del tocador y poniéndose de pie para acercarse al mayordomo—. Pensé que había confianza entre nosotros. ¿Por qué tanto misterio? Estamos hablando de mi padre, ¿verdad? ¡No hay ningún mal en que me cuentes algo sobre él! Yo jamás lo perjudicaría —Puso cara de inocente. —¿Dios me salve de cometer un pecado tan horrendo! —dijo, dramatizando su gesto más piadoso y religioso.

—Está bien, zarevna Anastasia —concedió Máksim, embriagado por el aroma femenino de la princesa—. Tengo motivos para creer que la boda va a ser inminente —confesó a media voz mientras miraba a un lado y a otro con nerviosismo—. Pero yo no le he dicho nada, confío en usted... Alteza.

—Puedes confiar en mí, Máksim —Sonrió ella, saboreando la succulenta primicia de la que acababa de ser partícipe. —Pero ¿cómo puedes estar tan seguro de que mi padre no esperará hasta finales de año? ¡Hace muy poco que murió mi madre! Menos de dos meses... —hurgó un poco más.

—Alteza, siento comunicarle que para los hombres no existen los períodos de luto. Y mucho menos cuando... En fin. Ya sabe...

—¿Lo sé? —inquirió en un susurro entre la diversión y la confusión.

Máksim no dijo nada, tan solo señaló su propio vientre y luego, con una mirada cargada de significados abandonó la estancia.

¡Ekaterina estaba embarazada!

La posible llegada de un nuevo rival era inminente. Pero con la diferencia de que, esta vez, vendría en forma de criatura inocente. Debía detener a Katy antes de que diera a luz y pusiera en entredicho todos sus planes.



Casualmente, a la hija menor del zar (Anastasia) le entraron unos deseos desesperantes de acercarse a la iglesia ortodoxa y de recuperar parte de lo que obtuvo durante su estancia en el convento. Para ello, tuvo a bien invitar al alto clero en palacio. Obispos y arzobispos, así como monjas de todos los rangos empezaron a desfilar por la corte.

Alejandro I había mantenido buenas relaciones con la iglesia durante su mandato, pero jamás se había mostrado piadoso ni devoto. Al contrario, había procurado hacer uso de su poder al margen de las fuerzas religiosas del país. Por eso, le resultaba tan incómoda la presencia del otro poder reinante en su propia casa. Pero no podía negarse a las peticiones de Anastasia porque sería un desafío al papa de Roma. ¿Un zar que no toleraba a los obispos en su palacio? ¡Qué afrenta!

Sin más remedio, los palaciegos acostumbrados a la ociosidad y a una vida corrompida tuvieron que medir sus formas mientras los representantes del papa estuvieran enjuiciando el lugar.

—Anastasia —saludó la abadesa del convento a la zarevna—. ¡Qué alegría verte de nuevo! —La abrazó. —¿Cómo estás?

—Supongo que no me puedo quejar —suspiró la princesa, cubierta por un manto negro mientras daba pasos cortos a través de la capilla—. Dios todo lo dispone por alguna razón, ¿no es cierto? —comentó, aparentando una mueca de dolor.

—Debes haber sufrido mucho. Primero, la muerte de tu madre y después la de tu esposo... —convino la monja, andando al lado de Anastasia.

—No le negaré que ha sido duro, abadesa.

—¿Y cómo es la vida en la corte? Hubiera preferido que volvieras al convento. Pero ya sabes la desgracia que nos tocó vivir, no podía permitir que tu vida corriera peligro.

—Oh, sí... Sé lo que ocurrió. Una verdadera desgracia. ¡Pobres hermanas! Morir en manos de esos revolucionarios... —se lamentó Anastasia, ocultando sus remordimientos con maestría—. En cuanto a la vida en la corte... ¿Cómo puedo decírselo? Es lo más cercano al infierno que he visto jamás. Es un lugar repleto de pecados y alejado del buen camino.

—¡Anastasia! —se escandalizó la abadesa, mirándola con los ojos abiertos como platos—. ¿Por qué lo dices? ¿Acaso no se respetan las leyes encomendadas por Dios en esta casa?

—Estoy hablando demasiado... —calló de inmediato, simulando miedo.

—Puedes contarme lo que sea, pequeña. Has crecido entre las paredes de mi convento y aunque seas una princesa, te siento como una más de nosotras —La cogió por el brazo con un gesto cariñoso. —Si hay algo que no es del agrado del papa en este palacio, no debes tener miedo de comunicármelo. Rusia ostenta dos poderes: el del zar y el de la iglesia ortodoxa. ¿Qué sería un país sin religión? ¡Hasta el emperador le debe sumisión al Gran Creador!

—Completamente cierto. Sueño con un gobierno piadoso, con un emperador temeroso de Dios pese a su extenso poder en la tierra. El hombre debe tener ciertos límites, aunque sea un rey. Por eso he invitado a los altos cargos del clero... para que algunos nobles reflexionen y este palacio se acerque un poco más al paraíso. Verdaderamente, estoy muy preocupada por mi padre —susurró eso último, mirando a su alrededor con fingido dramatismo.

—¿Por tu padre? ¿El zar? Querida, es un gran monarca... Ha hecho grandes cosas por este país, estoy segura de que Dios estará complacido con su labor en la tierra.

—Pretende tomar una segunda esposa —ignoró los cumplidos de la religiosa.

—Es un hombre y tiene derecho a casarse, entiendo que la muerte de tu madre...

—¡No! —la cortó Anastasia, deteniendo su caminata por la capilla y mirando con seriedad a la abadesa—. No tengo los celos propios de una hija resentida, se lo aseguro. Estoy preocupada... porque mucho me temo que mi pobre padre está siendo víctima de un vil embuste. Su prometida nos está engañando a todos.

—He oído que dicha mujer es Ekaterina Anhalt. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, aunque yo prefiero llamarla Katy —Sonrió Anastasia con falsedad. —He tenido firmes intenciones de quererla genuinamente, abadesa. Ella va a convertirse en la esposa de mi padre, se merece mi amor y todo mi apoyo. Pero lo que he tenido que saber de ella... Me ha roto el alma.

—¿Qué puede ser tan horrible? Debemos perdonar, querida. Como bien dices, tu padre la tiene en alta estima y tú debes hacer lo mismo.

—Y lo hago... Lo hago, se lo aseguro. Pero ¿cómo olvidar el hecho de que esté embarazada

antes del matrimonio? No puedo concebir semejante despropósito. ¿No debería una mujer mantenerse pura hasta el matrimonio? Estamos hablando de la esposa del zar, el representante de la iglesia en Rusia, un ejemplo de poder. Si la máxima autoridad rusa no es pura, ¿cómo podemos esperar que el resto de los feligreses lo sean? —parloteó, muy preocupada y con el ceño ligeramente fruncido.

—Anastasia... lo que estás diciendo es una acusación muy grave. Desgraciadamente, sé que muchas mujeres no llegan puras al matrimonio... ¡Pero un bastardo!

—Abadesa, prométame que no le dirá a nadie que yo le he contado esto. Si mi padre lo supiera... quizás me mataría. ¡Está embrujado por esa mujer del diablo! Lo ha seducido y lo está llevando por el camino del pecado y... de la lujuria.

—Jamás te expondría, Anastasia. Pero este asunto debe ponerse en conocimiento del papa. Solo él puede ayudar a tu padre a llevar una vida digna hasta la muerte. No podemos permitir que el pecado de esa mujer lo arrastre hasta el infierno.

La princesa asintió en silencio y retomó el camino por la capilla con el brazo de la abadesa colgando del suyo. Anduvieron durante algunos minutos, conversaron sobre muchos otros asuntos y, finalmente, se despidieron con un sentido abrazo.

Los rumores de que Ekaterina Anhalt estaba embarazada se convirtieron en un hecho que ya nadie trató de ocultar. La doble moral rusa era categórica cuando se lo proponía y la futura esposa del zar era vista como poco más que una prostituta. Para nadie era un secreto que había sido la amante de Alejandro durante muchos años. Pero ¿ahora pretendía ser su esposa? Y lo peor de todo: ¿pretendía incluir en la línea de sucesión a un bastardo?

Definitivamente, el país no quería a una nueva zarina con tan malas referencias.

La voluntad del zar hubiera prevalecido por encima de los rumores y las inquinas si no hubiera sido por la intervención del papa, que no tardó en mandarle una misiva con exigencias claras al emperador en cuanto a sus deberes con la iglesia.

—¡Esto es inaudito! —gritó Alejandro en la sala del trono con sus consejeros presentes, incluido Nicolás—. ¿Desde cuándo un zar no puede casarse con quien desee? ¿Acaso soy un muchacho imberbe? ¡Soy un hombre, por Dios! ¡Un emperador!

—¡Alteza Imperial! Usted puede casarse con quien desee —reverenció uno de los consejeros—. Lo único que le pedimos, como sus fieles asesores, es que no corone a Ekaterina Anhalt como la nueva emperatriz de todas las Rusias. El país no desea a una zarina que no sea una princesa de noble linaje... Su coronación puede llevarnos a una revuelta.

—Y está el asunto del embarazo, Alteza Imperial... —comentó otro consejero a media voz, con miedo.

Alejandro se levantó del trono, enfurecido, y salió del salón para cruzar el palacio hasta llegar a Ekaterina. La encontró canturreando en sus aposentos.

—¿A quién se lo has contado? —exigió el zar, cogiendo por el cuello a su amante y mirándola con actitud amenazante—. ¿No podías tener la boca cerrada?

—Yo no se lo he contado a nadie —mintió, recordando sus conversaciones secretas con Nicolás—. Te lo prometo, Alejandro. Nadie, ni siquiera mis doncellas lo sabían... No sé cómo el rumor se ha convertido en un hecho irrefutable.

—¡La iglesia! La iglesia afirma que estás en estado de buena esperanza... ¡Que esperas a un bastardo! ¡A mi bastardo! O incluso el de otro hombre... —La soltó con un empujón.—Ya no me sirves para nada.

—¡Alejandro! —exclamó Ekaterina, dolida—. No entiendo cómo ha podido pasar... ¡Ha tenido que ser Anastasia! —acusó, desesperada—. ¡Ella es la única que mantiene una relación

estrecha con la iglesia! ¿Quién ha invitado a los obispos? ¿Quién se pasea con la abadesa del convento a todas horas por el palacio?

—¡Ella no sabía nada! ¡No podía saberlo! Vive apartada de nosotros, Ekaterina. Solo podía tener conocimiento de los mismos rumores que todos los palaciegos conocían. Y de rumores... no vive la iglesia. Alguien ha tenido que informar al papa con conocimiento de causa. Aun así... no hay pruebas. No hay pruebas concluyentes —reflexionó el zar—. Te someterás a un examen —resolvió.

—¿Qué?

—Sí, es la única solución. Convocaré una junta especial en la que obispos y emisarios del papa estarán presentes. Y un grupo de mujeres, de alto prestigio, te revisarán. Es el único modo de limpiar mi nombre y de asegurarnos de que nuestro matrimonio no sea el motivo de una revuelta.

—¡Pero verán que estoy embarazada!

—No lo verán porque lo perderás.

—¿De qué estás hablando? —palideció Ekaterina—. ¡No! ¡Jamás! ¡Es nuestro hijo!

—Debes ser racional. El hijo que llevas en tu vientre ya no puede convertirse en mi heredero. Necesitamos enmendar nuestro error así que haré llamar a un cirujano de confianza.... Y buscaremos a otro hijo en cuanto estemos casados al que nadie podrá acusar de bastardo. ¿Lo has entendido? Esto no hubiera ocurrido si hubieras mantenido la boca cerrada. Te conozco, Ekaterina... Estoy convencido de que has presumido de tu preñez frente a alguien... Y ese alguien te ha traicionado.



—¿Por qué lo has hecho? —reclamó Ekaterina a Nicolás en cuanto se vieron a escondidas en mitad de la noche—. ¡¿Por qué?! —gritó, enfurecida.

—Estás desvariando —La miró tranquilamente la serpiente, sin inmutarse. —¿Por qué querría estropear mis propios planes?

—¡Eres un ser malvado y corrompido! ¡Nadie conoce tus verdaderos planes! Tu frialdad, tus desplantes... ¿Se debían a esto? ¿A qué ibas a traicionarme? —inquirió, haciendo brillar sus ojos verdes con impotencia.

—Debes tranquilizarte y hacer lo que te ha dicho el zar. Tu hijo... Ya no nos sirve. Si queremos ser los gobernantes de este país necesitamos a un heredero indiscutible. Y un bastardo no es la mejor opción. Nos hemos precipitado, hemos cometido un error... Un error que alguien ha sabido aprovechar muy bien y que ahora tendremos que pagar. Pero nada es definitivo. Es cuestión de adaptarse y cambiar un poco los planes. Eres joven, Ekaterina. Y fértil —La abrazó. —Puedes volver a concebir después de poner tu cuerpo a juicio. Además... tan solo tienes dos meses de preñez... No te costará desprenderte de ella...

—Oh, Nicolás... —Lloró la prometida del zar sobre el hombro de su amante.

El consejero real consoló a una afligida Ekaterina durante horas. Nicolás sabía que debía mantener a esa mujer a su lado si quería llegar a ser la máxima autoridad del país. Cuando Alejandro muriera, la voz de la nueva emperatriz sería decisiva para proclamarse como el único e indiscutible tutor del heredero y, por ende, emperador.



Unas semanas después.

Ekaterina entró en una sala fría y gris vestida con una bata blanca de algodón. Lo hizo sola, pero con una cincuentena de ojos sobre ella. Fue una mujer, con una capa blanca, la que le ofreció su mano envejecida y la condujo hasta el medio del salón. Otras mujeres la rodearon con unos biombos, protegiendo su intimidad de la vista de los hombres, pero no su rostro. Su rostro quedó a la vista de todos los presentes, incluidas las hijas del emperador.

La miraron, la examinaron frente a obispos, abadesas, emisarios, consejeros y nobles. Ella, por su lado, solo era capaz de pensar en el hijo que había dejado atrás. Y fue en medio de esos pensamientos cuando se encontró con unos ojos inhumanos de color azul: los de Anastasia.

La hija menor de su prometido la miraba fijamente, impasible. Entonces lo supo, en lo más hondo de su corazón y en contra de cualquier razonamiento lógico, supo que Anastasia había sido la culpable.

La mujer de más edad, la misma que la había recibido, salió de los biombos y se acercó a un obispo. Ekaterina no era virgen (¿cómo serlo después de haber sido la amante del zar?), pero no estaba embarazada.

La humillación vivida sirvió para limpiar el nombre de la futura esposa de Alejandro I de Rusia, pero Ekaterina no olvidaría jamás la afrenta ni la mirada de Anastasia.



Anastasia no supo a ciencia cierta si Máksim le había dado una información errónea o si Ekaterina se había deshecho de su preñez. Fuera como fuera, no iba a sentirse culpable por nada esa vez. Si la prometida de su padre llevó a una criatura en sus entrañas, podría haber escapado con ella y renunciar al trono. Si no lo había hecho era porque Katy amaba más el poder que a su hijo. Ella no la obligó a abortar. Si es que dicho embarazo existió alguna vez.

Fuera como fuera, la posible amenaza de un nuevo heredero se había evaporado por el momento. Aunque nada le aseguraba que, una vez celebradas las nupcias, el temido adversario regresara para atormentarla. Era capaz de luchar contra todo y contra todos, pero no contra un recién nacido. Si pudiera evitar el embarazo de Ekaterina de algún modo, lo haría.

—¿Qué extraño! —escuchó a sus espaldas mientras paseaba por el jardín y reflexionaba sobre su siguiente movimiento en el tablero.

—¿No se cansa de acecharme? —preguntó Anastasia, enarcando una ceja sin detener su paso ni mirar hacia atrás.

—¿Y usted no se cansa de fingir? —replicó Nicolás, observando el pelo rojo y trenzado de la princesa—. Debe ser muy difícil aparentar ser una mujer piadosa cuando en realidad lleva el alma del diablo en su interior.

—Esperaba más de usted. Hasta ahora solo he oído suposiciones y conjeturas por su parte. ¿Tan extraño le parece que la hija del zar establezca contacto con la iglesia?

—Oh, no. Su relación con la iglesia me parece de lo más esperada y obvia, incluso aburridamente previsible. Insólita es su relación con un grupo de cosacos capitaneados por su

antigua maestra... Izabella. Justamente los mismos, según las investigaciones de mis hombres, que liberaron a los revolucionarios y los ayudaron a llegar a la frontera.

Anastasia se detuvo en seco e hizo una seña a su doncella para que se retirara con la sombrilla. De pronto, el sol no le parecía tan amenazante como las palabras de Nicolás von Wittelsbach.

—No tengo más relación con Izabella que la que establecí con ella durante mi estancia en el convento —aclaró la princesa, encarando al consejero real.

Nicolás se quedó unos segundos en silencio, mirándola fijamente. La estaba estudiando, memorizando. Por algún extraño motivo, la serpiente necesitaba oler el perfume del zorro y embriagarse con él durante unos instantes.

—Entiendo —dijo al fin Nicolás—. Entonces no necesitaré esto...

—¿Necesito algo de usted? —Lo miró con desdén.

—La dirección de las tumbas —Nicolás extendió un papel doblado con una de sus manos largas y dañinas.

Anastasia aceptó el papel sin dejar de mirar los ojos de la serpiente.

—Explíquese —dijo ella, con un hilo de voz. Intentando que no se le notara su desconcierto ni su miedo.

—Sí, las tumbas de los traidores que liberaron a los revolucionarios. La de Izabella es la del medio, decidimos no escribir su nombre... No merece ser recordada, ¿verdad? Oh, y la de mi amigo Víktor es la que encontrará en la esquina, al lado del roble —Sonrió Nicolás, haciendo brillar su barba negra bajo el sol. —No llore, ya la vi llorar una vez y debo decirle que no le queda nada bien —pidió él, colocando un dedo viperino bajo el ojo derecho de Anastasia, rozándole las pestañas inferiores lentamente.

La princesa apartó la mano de la serpiente con un golpe contundente y lo miró durante algunos segundos con los ojos secos, llenos de odio. No pensaba llorar. No, delante de Nicolás. Después, retomó su camino con el corazón compungido y las piernas entumecidas. No había previsto ese golpe, había perdido un gran apoyo y, lo más importante, a una gran amiga, a una maestra...

¡Izabella! ¡Muerta! ¡Asesinada por Nicolás! ¿Qué haría ahora?



Capítulo 14

El veneno de la serpiente

Dos días después.

Anastasia Románova se removía inquieta de un extremo a otro de su recámara con las manos sudorosas. Entre ellas, entre sus manos pálidas y gráciles, guardaba la dirección que Nicolás le había dado en el jardín. En ella, estaban las señas necesarias para llegar a las tumbas de los cosacos que la habían servido con fidelidad, incluida la de Izabella... su maestra.

—¿La has encontrado? —le preguntó Anastasia a su doncella en cuanto la vio entrando por la puerta.

—No, zarevna —negó Natasha, cerrando tras de sí y deshaciéndose de la capa que la había protegido de las miradas indiscretas durante su escapada del palacio—. No he encontrado a Izabella en ninguno de los puntos habituales en los que solíamos reunirnos.

La princesa bajó sus ojos azules y reflexionó. Entonces, ¿era cierto que Izabella estaba muerta? Por un momento llegó a pensar que Nicolás la había engañado para sonsacarle información. Sin embargo, las evidencias apuntaban a que la serpiente le había dicho la verdad.

La tristeza hizo amagos de invadirla, pero rápidamente fue derrotada por el odio. Odio hacia Nicolás. ¿Cómo se atrevía a matar a su mejor amiga? Necesitaba comprobarlo por sí misma, ver las tumbas para despedirse de su gran compañera. Y si encontraba la lápida de Víktor, también se despediría de él.

—No te quites la capa —ordenó Anastasia—. Vamos a salir —determinó, acercándose a su armario para coger un manto que le cubriera el rostro.

—¡Pero zarevna! Ya sabe que usted no puede salir del palacio si no es a causa de un evento oficial. El zar no lo permite, Alteza —advirtió la delgaducha doncella de ojos verdes; a sabiendas de que sus avisos eran inútiles. Empezaba a conocer demasiado bien a su señora como para comprender que la princesa no era para nada una dama cualquiera. Al contrario, era una mujer temible.

Anastasia ignoró a Natasha (como siempre) y se cubrió con un manto azulón. Había cogido el más sencillo para no llamar la atención, aunque su vestido de terciopelo blanco asomaba por los bajos. Salieron de la habitación mirando a un lado y a otro y se escurrieron por los pasillos del servicio hasta llegar al patio exterior. Allí, lamentablemente, Máksim las descubrió.

—¡Alteza! ¡Mil disculpas! —reverenció el mayordomo real al verla—. No estaba informado de que hoy tenía un evento al que acudir; de ser así, hubiera mandado a preparar su carroza real.

—¡Máksim! —nombró Anastasia con la voz más coqueta que pudo emitir—. Oh, Máksim —dramatizó, acercándose al hombre alto de pelo negro y ojos marrones—. Necesito que me guardes un secreto —susurró, levantando el velo de su rostro para enamorar al sirviente con su mirada.

—¡Alteza! —Se cuadró él, anonadado por la belleza de la princesa. —¿En qué puedo servirle?

—Se trata de Tanya —susurró a modo de confidencia.

—¿De su hermana?

—Sí, Máksim... Mi hermana... Necesita unas hierbas. Unas hierbas especiales. —mintió, poniendo su gesto más serio.

—¡Pero Alteza! ¿Y debe ir usted a buscarlas? El cirujano de la corte...

—¡No! —gritó Anastasia, cogiendo las manos del mayordomo y dejándolo completamente anulado—. Debo ir yo misma. Son unas plantas que tan solo yo puedo reconocer... Las necesita para la boda. Me entiendes, ¿verdad?

—¡Por supuesto!

—Espero que seas discreto.

—Soy leal a usted, zarevna —concedió el mayordomo, todavía con las manos de Anastasia sobre las suyas—. Jamás diría algo que pudiera afectarla. Aunque debo confesar que me preocupa seriamente su seguridad...

—Nadie me conocerá —ultimó la princesa, apartando las manos de Máksim y cubriéndose de nuevo el rostro con el velo azulón—. Si quieres ayudarme, busca un carruaje que no llame la atención.

—Inmediatamente.

Pocos minutos después, Anastasia se dirigía hacia la dirección que Nicolás le había dado en un vehículo que, fácilmente, hubiera sido confundido con uno de alquiler. Sabía que era arriesgado ir al lugar indicado por la serpiente, pero si Izabella estaba enterrada ahí debía honrarla con una despedida digna de una maestra.

Natasha observó los ojos azules y fríos de la zarevna y comprendió por qué la difunta zarina, Anya, la había puesto al servicio de su hija menor. Anastasia estaba muy sola, prácticamente abandonada por la familia. Y necesitaba a alguien que la acompañara incondicionalmente. Con el tiempo le había cogido afecto a la princesa. E incluso, en ocasiones, pensaba que Anastasia sería una gran emperatriz. ¿O era una locura pensar en ello?

Anastasia, la zarina de Rusia. ¿Sería posible?

La doncella no sabía si era un sueño imposible, pero estaba convencida de que nada la complacería más que ver a su señora sentada en el trono. Ella era valiente, inteligente, perspicaz, insistente y... arrebatadoramente bella. El pueblo la amaría, estaba convencida de ello. Alejandro I ya no era el mismo hombre que un día fue y su hijo Sergey era un desquiciado... Anastasia era la mejor opción.

—¿En qué piensas? —inquirió Anastasia, mirándola confundida—. ¿Por qué me miras así?

—Estaba soñando, Alteza.

—Ahora no es el momento de soñar, Natasha. Haz el favor de mirar por la ventanilla y confirmar que nadie nos está siguiendo.

—Sí, Alteza —complació la sirvienta.



Era un campo cubierto por lirios del valle blancos. No había nada ni nadie, tan solo se escuchaba el soplo del viento. Anastasia bajó lentamente del carruaje, ayudada por el paje.

—¿Es aquí? —le preguntó al cochero, extrañada.

—Sí, Alteza —contestó el discreto señor de bigote largo y espeso—. Esta es la dirección del papel que me ha dado. El mayordomo real me ha ordenado que la llevara donde me indicara... — se excusó, algo asustado.

—Ha hecho bien —lo tranquilizó la princesa, mirando hacia el extenso prado cubierto de flores.

Al fondo, divisó un pequeño edificio de rocas grises parecido a una pequeña iglesia. ¿Estarían enterrados allí?

Seguida por su doncella, se adentró en el campo rozando con su vestido de terciopelo blanco los lirios del valle. El perfume de las flores se mezclaba con el viento que jugaba con su capa azulona, amenazándola con exponerla.

Todavía con el velo cubriéndole el rostro, llegó al edificio abandonado. Estaba rodeado por robles enormes y tan solo una verja oxidada lo protegía de los posibles invasores. Se acercó a él, buscando con la mirada las tumbas. Reparó en que, efectivamente, había muchas lápidas. Antiguamente, esos escombros debían pertenecer a una iglesia en la que se enterraban a los lugareños. Necesitaba entrar para ver mejor el lugar, rodeó la verja hasta hallar una puerta endeble. Tiró de ella y puso un pie en el patio de la iglesia.

—¡Alteza! —se asustó Natasha—. No puede entrar ahí.

—¿Por qué no? Necesito encontrar las tumbas de Izabella y de Víktor —resumió, valiente y decidida—. Tú quédate aquí y vigila que no venga nadie. Si viniera alguien... hecho que considero bastante improbable, avísame.

—En estos lugares habitan los diablos y las serpientes, Alteza. Pueden dañarla... No es un lugar para una mujer joven y hermosa.

—Estamos destinados a morir algún día, ¿verdad? Está en nuestras manos vivir como cobardes o como valientes hasta que ese día llegue. No le temo a los diablos ni mucho menos a las serpientes, te lo aseguro.

Cogió el largo de su falda y emprendió el camino hacia el interior del patio, cubierto por hojas secas y maleza. Debía cruzarlo y ladear la iglesia para llegar al pequeño cementerio. Como un zorro ágil y astuto, consiguió alcanzar su objetivo sin un rasguño, dejando atrás a Natasha.

Estaba completamente sola.

Ella y la decena de tumbas envejecidas. Nada ni nadie más.

Sin perder más tiempo, se dispuso a encontrar las tumbas que Nicolás le había indicado. La de Víktor debía estar al lado de un roble y la de Izabella al medio... Paseó entre las losas, leyendo algunos de los nombres inscritos en ellas. Pero no había rastro de las que ella estaba buscando.

Inesperadamente, el aroma floreado del ambiente cambió por un aroma que ya conocía y que no esperaba encontrar ahí. Ese mismo aroma masculino que la perseguía desde que llegó a San Petersburgo y que la intoxicaba.

—Todos morimos, zarevna. Lo que importa es el cómo y el cuándo —oyó un siseo a sus espaldas, un ligero bufido parecido al de una serpiente.

—¿Va a matarme? —inquirió ella tranquilamente, llevándose la mano sobre la daga que llevaba escondida entre los pliegues del vestido.

—Si no deja de interponerse en mi camino, lo haré. Puede estar segura de ello —respondió Nicolás, sin más intenciones que las de decir la verdad.

—¿Para qué me ha traído aquí? —Se giró Anastasia, imperturbable y firme. —He caído en su trampa. Ahora, ¿qué piensa hacer?

—Ahora sé que hará cualquier cosa para salvar a la cosaca. Es demasiado débil, zarevna. Lo ha intentado, pero no puede hacer nada en contra de mí. Tiene un exceso de aquello que llaman... compasión —se burló Nicolás—. Y es la compasión lo que la hará perder la partida.

—¿Cuáles son sus exigencias? —pidió ella, ignorando los desprecios del consejero real.

—Que abandone el palacio. Si quiere que Izabella siga viva, tendrá que abandonar la corte. Estoy convencido de que encontrará el modo de hacerlo. Para ello, le doy veinte días —expuso él, con las manos detrás de la espalda.

—Quiero saber dónde está, no me creo ni una sola palabra que provenga de su lengua envenenada.

—La tienen mis hombres. Eso es todo lo que voy a decirle. Su querida cómplice tiene una cicatriz en el ojo, ¿no es cierto? Le estoy diciendo la verdad, zarevna. Tiene la oportunidad de salvar a la persona que ha venido a buscar en estas tumbas. Solo tiene que renunciar al poder. ¿Poder o felicidad? Escoja.

Anastasia contempló el rostro de Nicolás desde la seguridad de su velo. ¡Condenado príncipe! Era desagradablemente malvado y, a la vez, apuesto y viril. ¡Qué vergüenza! ¡Se odiaba a sí misma! Se odiaba por pensar, aunque solo fuera por una vez, que sería capaz de sentir algo por esa alimaña.

Un ligero viento, el mismo que venía amenazándola desde que entró en el prado de los lirios blancos, levantó su velo y la descubrió frente a la serpiente, que dilató sus pupilas verticales ligeramente al contemplar su rostro sin encajes.

Ambos se quedaron en silencio, sin más ruido que el de las flores y el de los árboles bailando al ritmo de la ventisca. Sus perfumes eran más fuertes que los de la naturaleza, la serpiente tan solo era capaz de respirar el aroma femenino de Anastasia, de absorber su feminidad hasta incorporar su esencia mujeril en el interior de sus propias entrañas frías y tóxicas. El zorro se quedó inmóvil, envenenado, asfixiado.

En busca de aire, los labios rojos y voluptuosos de Anastasia se entreabrieron en un gesto imperceptible para el ojo humano, pero no para el ojo de una serpiente y aconteció lo inevitable.

Nicolás se cernió sobre los labios de Anastasia, dispuesto a saciar su apetito. La besó. Clavó sus colmillos afilados en los insinuantes labios de la mujer más hermosa de Europa y la saboreó. Sintió la sangre correr por sus venas frías y se dejó perder en el manjar tierno y sabroso que era la boca de la princesa.

Anastasia padeció la dulce agonía de sentir los labios de Nicolás sobre los suyos. Jamás había sentido algo parecido. Nada era comparable a lo que estaba viviendo en esos instantes, absolutamente nada. Ni la paz de Mijaíl ni la dulzura de Víktor. El volcán en erupción que se estaba generando en sus vísceras empezó a supurar y detonó en forma de lava ardiente, quemándola por dentro y enrojeciendo su piel hasta calentarla.

La serpiente fría y rígida, se vio atraída por el ardor de Anastasia y la abrazó, constriñéndola. La cogió por la cintura y la apretó contra él, enloquecido. Quería comérsela, asfixiarla en su agarre. Era deliciosa, la comida más exquisita que jamás había tenido el placer de degustar.

Apretó sus labios, los mordió y los devoró para después colar su lengua larga y hábil en el

interior de la cavidad bucal femenina. Allí, jugueteó con la lengua inexperta de Anastasia durante largos segundos o incluso minutos y la ahogó.

Anastasia perdió parcialmente el conocimiento, falta de aire y de signos vitales, cayó entre los brazos de Nicolás. Él la apartó del cementerio en volandas y la tumbó sobre un lecho de lirios donde su largo pelo rojo cayó en forma de manto sedoso sobre el blanco de las flores.

En su larga vida de reptil jamás había visto a una criatura tan hermosa. Las pestañas hechas de fuego de su presa parpadearon en busca de una pizca de estabilidad visual. Y él, las complació, ofreciéndoles sus ojos únicos e incomparables.

Anastasia, agotada y febril, centró su mirada en los iris verdes de Nicolás. Estaba intoxicada y limitada por la constricción de la serpiente. Por lo que no pudo hacer nada cuando de nuevo, se cernió sobre ella.

El príncipe retomó los labios de la princesa y volvió a colarse en su boca al mismo tiempo que le acariciaba el pelo. Sus mechones rojos eran como hilos de seda que se escurrían entre sus manos; además, quemaban. Ardían tanto como la piel de Anastasia, que estaba roja. Roja de confusión, de deseo, de ahogo y de ansiedad. Quería engullirla, tragársela entera y digerirla poco a poco. Por eso, abandonó su pelo y volvió a apretarla. Le apretó el rostro, que lo sintió aterciopelado. Le apretó el cuello, que lo sintió delgado y liso. Le apretó los pechos, que los sintió abundantes y turgentes. Le apretó la cintura, que la sintió delgada. Le apretó los muslos, que los sintió fuertes y anchos. En definitiva, le apretó todo aquello que estaba a su alcance.

—¡Zarevna! —se oyó un grito lejano—. ¡Zarevna! ¿Está usted bien?

Los gritos de Natasha sacaron a Anastasia de su estado endemoniado. Despertó del encanto de la serpiente y abrió los ojos de par en par al verse tumbada en mitad de un campo con Nicolás sobre ella. Enfurecida, propinó una dura cachetada al príncipe y se levantó rápidamente.

—Pagaré cara esta afrenta—dijo, indignada y aturullada—. Lo odio.

—Me odia porque me teme, zarevna —Se levantó Nicolás y la enfrentó. —Sabe que soy su perdición.

—Voy a destruirlo —amenazó ella a través de sus ojos azules y congelados, lo único frío que había en su aspecto después de haber sido poseída por el diablo.

—Tiene veinte días para abandonar el palacio —le recordó el príncipe.

—Como siempre, me subestima.

Lo miró con desdén, recogió su capa azul y salió a toda prisa de la iglesia abandonada.

—¡Zarevna! —exclamó Natasha al verla tan descompuesta—. Pero ¿qué le ha ocurrido? ¡Por Dios! —Se llevó la mano sobre el pecho. —Pensé que le había ocurrido lo peor.

—Tenías razón, Natasha —resolvió la princesa, colocándose la capa por encima—. En este lugar vive un demonio que adopta la forma de una serpiente. ¡Me ha poseído!

—¡Se lo dije, zarevna! —se molestó la doncella, ayudándola a andar—. Sé que mi trabajo es obedecerla, pero su madre me puso a su servicio porque sabía que me necesitaba. ¡Ya le he dicho que este no es buen lugar para una mujer joven y hermosa! Los demonios pueden enamorarse de usted y destruirla.

—Jamás escuché palabras más certeras que las tuyas —Cogió aire y se tranquilizó. — Regresemos al palacio... Tenemos un asunto del que ocuparnos.

Capítulo 15

El silencio es un arte

Anastasia se odiaba a sí misma por haber cedido al encantamiento de la serpiente. ¿Cómo había podido ocurrir? ¡Nicolás había matado a Mijaíl! ¡Había matado a todos los invitados de su boda! ¡Incluso había acabado con el pobre Víktor! ¿Cómo había sido capaz de aceptar los besos de un ser tan malvado? Y lo peor de todo... ¿Por qué era incapaz de olvidar lo que sintió entre sus brazos? No tenía respuestas a todas aquellas preguntas que se hacía a sí misma una y otra vez, tan solo sabía una cosa con seguridad: ¡odiaba a Nicolás!

¡Tenía que acabar con él... inmediatamente! Él era el peor de todos ellos; peor que su padre, peor que sus hermanos y peor que el resto de los hipócritas que la habían traicionado. No debía tener compasión con ninguno de sus enemigos y mucho menos ahora que estaba siendo amenazada. ¡Veinte días! Veinte días eran los que la serpiente le había dado para abandonar el palacio si no quería que Izabella fuera asesinada. Y tan sólo le quedaban quince.

—¿Estás preparada, hermana? —le preguntó Tatiana desde el otro lado de la puerta.

Era el día de la boda de su padre. Alejandro I de Rusia iba a casarse con Ekaterina Anhalt y el palacio entero corría de un lado para otro con el fin de que todo saliera a la perfección. Máksim, el mayordomo real, apenas tenía tiempo para respirar. Las hijas del zar, en cambio, todo el trabajo que tenían era el de vestir adecuadamente para la ocasión y el de acompañar a la novia durante la celebración.

Anastasia observó su rostro en el espejo de luna que Víktor le había regalado. Había decidido usar un poco de color para los labios y pintarse los ojos con ese mejunje oriental de color negro. Después, entregó el espejo a una de sus doncellas para que lo guardara junto al resto de joyas que Mijaíl le había regalado.

—Quizás la novia tenga celos de su belleza, Alteza —agasajó Natasha mientras la zarevna se daba una última ojeada en el espejo de pie, el mismo en el que se miró el día de su boda y el cual estaba acompañado por el vestido manchado de sangre de forma permanente.

Anastasia era una mujer que cuidaba y valoraba mucho su aspecto. Era una forma de conquistar corazones sin hacer ningún esfuerzo; por eso, ese día llevaba sus mejores galas y joyas. De color blanco, tal y como dictaba la tradición, portaba un vestido de tafetán con el escote en forma de barco y un collar de zafiros a conjunto de la tiara. Y como todo buen atuendo es incompleto sin un buen peinado, llevaba un complejo moño rojo hecho con trenzas y tirabuzones.

Sin hablar más de lo necesario, salió al encuentro de su hermana Tanya y del resto de las damas, nobles y doncellas que irían juntas hasta la iglesia.

El desfile entre las calles de San Petersburgo fue majestuoso. Las carrozas circulaban por una moqueta roja que parecía infinita, la orquesta tocaba sus mejores piezas y los sirvientes tiraban flores a su paso. Era un despliegue de majestuosidad y de fuerza con el ejército marchando al lado de ellos incluido.

¡El zar iba a casarse! Y aunque iba a hacerlo en segundas nupcias, iba a ser celebrado con la grandeza debida. Por supuesto que no iban a unirse en santo matrimonio en la catedral oficial, sino en una iglesia diferente. Sin embargo, no era más que una nimiedad en comparación al despliegue de abundancia realizado.

Al llegar a la iglesia, la guardia imperial estaba acordonando la zona para limitar el acceso de

la población al espacio destinado para la nobleza y los invitados fueron bajando uno por uno según el orden establecido. A la comparecencia del emperador, acompañado por su hijo Sergey (que había pedido un permiso especial en el ejército para estar presente en la boda), el vulgo se levantó en vítores y alabanzas hacia el hombre que los había salvado de la invasión napoleónica. En general el ambiente fue agradable, ceremonioso y protocolar.

Hasta que la novia llegó. Anastasia tuvo que esperarla junto a su hermana Tanya y algunas aristócratas más en la puerta de la basílica. Ekaterina Anhalt descendió de su carruaje real y principesco con un vestido pomposo y suntuoso que iba acompañado por un manto rojo con el emblema del águila bicéfala. La novia estaba hermosa, llevaba su pelo rubio recogido en un elaborado peinado y sus ojos verdes brillaban más que nunca. Estaba tan bella, que incluso parecía más alta de lo que ya era. Sin embargo, su belleza no pareció alcanzar los corazones de los habitantes.

La población, ante su aparición, decidió dejar de aplaudir y de vitorear. Estaba claro que no era una mujer amada por el país. Y que, si la toleraban, era tan solo por respeto al zar. Incluso el padre de Ekaterina, un noble venido a menos originario de la estepa rusa se sintió algo avergonzado al tener que andar junto a la amante del emperador hasta el altar.



Toda gran ceremonia, merece un gran banquete.

Largas y amplias mesas se extendían a lo largo de un magnánimo salón en el Palacio de Invierno. Las mesas estaban vestidas con manteles blancos de seda y decoradas con centros de oro y de plata. Los asientos estaban distribuidos estratégicamente de forma que los recién casados quedaban a la vista de los invitados. Cerca de ellos, estaban sentados los familiares más allegados y los invitados honoríficos como, por ejemplo, el rey de Prusia.

Klaus von Wittelsbach, el rey prusiano, se sentó cerca de su prometida Tatiana Aleksandróvna Románova. Y, como si de un giro retorcido del destino se tratara, a Anastasia le tocó acompañar al hermano del rey invitado, es decir, a Nicolás.

—Le quedan quince días —fue lo primero que le dijo Nicolás con un silbido característico de las serpientes. Era la primera vez que coincidían desde el desgraciado suceso del beso.

Anastasia no respondió nada y se limitó a observar como un paje real le servía el champán a su compañero de mesa.

—Sírvale también un poco de champán a la zarevna —ordenó Nicolás al sirviente, que rápidamente se dispuso a complacer las peticiones del consejero real.

Cuando las copas de ambos estuvieron llenas, Nicolás se ofreció para hacer un brindis con ella.

—Por los novios —dijo él, mirándola fijamente y levantando la copa con el fin de que ella hiciera lo mismo.

—No bebo, Alteza —negó Anastasia, abrasándolo con el hielo de sus ojos y el fuego de sus pestañas rojas.

—¿No bebe por ser mujer o por el luto? —Nicolás señaló el brazaletes negro que llevaba Anastasia en el brazo.

—Por ambas cuestiones —respondió ella, impassible.

—Sin embargo, a todos los efectos protocolares, es usted mi compañera de mesa. Y, por ende, debería hacer un pequeño esfuerzo para contentar al hermano del rey invitado.

—Soy la hija del zar, no una cortesana —replicó ella a media voz, con el fin de que tan solo Nicolás pudiera escucharla.

—No beberé, si usted no bebe —insistió la serpiente con la copa en la mano y mirándola con la intensidad propia de las dobles intenciones—. No le estoy pidiendo que beba el contenido completo de su copa, tan solo que le dé un pequeño sorbo.

Anastasia cogió la copa como si fuera a beber de ella, pero la dejó caer a medio camino vertiendo todo el champán.

—Oh, disculpe mi torpeza —fingió un puchero mientras el servicio limpiaba el estropicio—. Serán los nervios propios de una hija en la boda de su padre —Sonrió levemente con actitud coqueta e inocente.

Nicolás la miró de reojo, ocultando sus sospechas de las miradas indiscretas. ¿El champán estaba envenenado? Fuera como fuera, decidió dejar la copa a un lado y olvidarse de beber.

—Permítame, Alteza —reverenció Herman Von Wittelsbach, el primo de Klaus y Nicolás, que se sentaba justo a la izquierda de Anastasia—. Acepte mi pañuelo, se lo ruego —Sacó del bolsillo de su camisa un pañuelo de seda impoluto y se lo extendió a la zarevna con un movimiento poético. —Permítame decirle que la belleza de sus retratos no le hacen justicia. He quedado completamente embelesado al verla, Alteza.

Anastasia sonrió ante el cumplido y aceptó el pañuelo del caballero que no cesó en su empeño por cortejarla durante toda la comida. Nicolás, por su parte, se limitó a comer con un gesto frío y distante con la espalda erguida y sus pupilas verticales más estrechas que nunca.

Más tarde, cuando la veintena de platos fueron servidos y degustados, pasaron al salón de los espejos. En él, una amplia y variada orquesta estaba dispuesta a deleitar a *la crème de la crème* rusa durante toda la noche.

Alejandro y Ekaterina tuvieron el honor de ser los primeros en inaugurar el baile con un vals. Las figuras más notables se unieron a ellos unos minutos después. En una primera instancia, Tatiana danzó con Klaus y Anastasia con su hermano Sergey, que había vuelto para la boda del emperador.

—Hermanita, hermanita —le dijo su hermano, mirándola con sus ojos de hiena mientras daban vueltas al ritmo de la música—. He estado pensando mucho en tus sabios consejos.

Anastasia lo miró con indiferencia por toda respuesta, pero él continuó.

—Creo que es hora de que nos unamos para sacar a la araña de nuestra casa. ¿O esperaremos a que engendre a una arañita asquerosa e indeseable?

—Sigues mostrando tus pensamientos a los demás, Sergey —repuso ella, fría y apática.

—Tú no eres los demás, Tassia^[5]. Durante este tiempo en el ejército he comprendido que puedes ser mi gran aliada. No eres una cualquiera, estoy convencido... y para ti sería un gran honor convertirte en la mano derecha del próximo zar.

Anastasia lo miró fijamente a los ojos durante algunos instantes. Sergey no podía ser su aliado bajo ningún concepto. Primero porque él figuraba en su lista de enemigos a los que liquidar. Y segundo, porque no era más que un imberbe con ínfulas de emperador. En cualquier momento, su hermano lo estropearía todo con su simpleza y su impetuosidad. Sin embargo, estaba dispuesta a usarlo de algún modo tal y como había previsto desde el principio.

—Es posible —contestó después de un largo silencio que mantuvo hasta que Herman von Wittelsbach reclamó su pieza de baile.

—Alteza, es un sueño para mí estar bailando con usted esta noche —halagó el caballero prusiano.

—Va a conseguir que me ruborice, Ser Herman —dijo ella en actitud coqueta, dejando que su

belleza deslumbrara al primo de Nicolás.

Según pasaban las horas, el jolgorio se degeneraba más. El zar se había retirado junto a su esposa y los invitados de mayor edad lo habían imitado. Tan sólo quedaban algunos ancianos con la promesa de no perder su juventud y algunos jóvenes que querían alargar la noche hasta la madrugada. El champán, el hidromiel y el vino empezaban a causar estragos y el caos se apoderó de la velada. Fue entonces, cuando una cortesana se acercó a Nicolás von Wittelsbach con la intención de seducirlo.

El consejero del zar era un hombre deseado por todas las palaciegas; sin embargo, eran pocas las que se atrevían a acercarse a él. Imponía demasiado como para parecer accesible al mercado matrimonial o, simplemente, a cualquier otro tipo de mercado.

—No necesito compañía —dijo la serpiente con actitud cortante.

—Estoy segura de que no la necesita, Alteza —contestó la cortesana—. Pero no es lo mismo necesitar que querer. Me llamo Paulina —se presentó con voz de gata en celo, removiendo su pelo largo y oscuro mientras sus abundantes pechos le sobresalían del vestido con elegancia, pero con descaro.

—¿Quién te envía, Paulina? —inquirió Nicolás, mirándola de reojo con una ceja negra arqueada.

—Oh, me ha pillado —rio la cortesana, abanicándose—. Ha sido su hermano, Klaus. No quería que usted pasara la noche solo mientras él disfrutaba de la compañía de mi amiga Anaïs. Aunque en el fondo, siempre quise que alguien me enviara para complacerlo... Debo confesarlo —susurró a modo de confidencia indecente.

Nicolás miró a su alrededor y comprobó que, efectivamente, su hermano había desaparecido. No era la primera vez que hacía algo parecido, solía ser un hombre lujurioso y lascivo. Pero para más seguridad, hizo llamar a uno de sus guardias personales para ratificar la información que Paulina le acababa de brindar.

—Efectivamente, Alteza. Su hermano nos ha despedido cerca de sus aposentos. Iba acompañado por una señorita de la vida alegre y quiso que lo dejáramos solo.

Ante la confirmación, Nicolás asintió y volvió a mirar a Paulina. Lo cierto era que se trataba de una mujer muy atractiva. Ekaterina no había podido visitarlo en las últimas semanas, estaba demasiado ocupada con los preparativos de la boda y, por supuesto, demasiado vigilada por su inminente marido. Además, estaba el escabroso asunto con Anastasia. Un asunto que había decidido no pensar por el momento, pero que le había afectado de alguna manera en sus necesidades masculinas.

—¿Ahora me cree? —preguntó Paulina, acercándose a él un poco más—. Me han dicho que usted es la serpiente de este palacio, ¿cómo sería yacer en el lecho de un reptil sediento de sangre humana?

Nicolás torció la comisura de sus labios hacia la derecha. Era lo más cercano a una sonrisa sincera que sabía gesticular. Apartó la mirada de los pechos de la cortesana por unos segundos con el fin de buscar a Anastasia a través del salón. La divisó sentada en una butaca rodeada por caballeros deseosos de agasajarla, entre ellos, su primo Herman. Sin lugar a duda, Anastasia hechizaba a los hombres. Era una hechicera, una bruja. Una maldita bruja.

—Vayamos a mi alcoba —accedió al fin, ofreciéndole el brazo a Paulina.



A la mañana siguiente.

—¡Alteza! ¡Alteza! —gritó uno de los miembros de la guardia imperial mientras tocaba insistentemente en la puerta de Nicolás von Wittelsbach sobre las diez de la mañana.

Nicolás abrió los ojos de golpe. Estaba desnudo y solo, Paulina había abandonado el lecho por la madrugada como hacían la mayoría de las cortesanas. Se levantó con un salto ágil y se cubrió con su bata de seda negra.

—¿Qué ha ocurrido? —demandó al abrirle la puerta al guardia.

—Es su hermano, Alteza. Ha desaparecido.

Capítulo 16

La belleza o la inteligencia

Unos días después.

Klaus von Wittelsbach no aparecía por ningún lado pese a los arduos intentos de los rusos y de los prusianos para encontrarlo. Llevaban más de una semana con las investigaciones y todos los caminos terminaban en el mismo punto sin salida: las cortesanas.

Anaís fue la última persona a la que vieron junto al rey. Lamentablemente, estaba en paradero desconocido al igual que su amiga Paulina. Ambas mujeres de vida alegre eran conocidas en el palacio, pero nadie sabía con seguridad quién las había invitado en esa ocasión.

—¡Esto es inconcebible! —vociferó el zar, removiéndose inquieto en su trono—. ¡Un rey! ¡Mi futuro yerno! ¡Desaparecido! Desaparecido en mi propio palacio —repitió, inundando sus pequeños ojos aceitunados en cólera—. ¡No podemos permitir que la noticia corra más allá de Rusia y de Prusia! Esto nos debilitaría frente a las potencias internacionales.

—Hemos hecho todo lo posible para que el incidente no traspase nuestras fronteras, Alteza Imperial —reverenció uno de los consejeros—. Pero no sabemos por cuánto tiempo podremos ocultar la verdad al mundo.

—¡Oh, papá! Debemos encontrarlo—suplicó Tatiana, dejando ir un puchero lastimero con un pañuelo de seda blanco entre las manos.

—Tranquila, hija. Lo encontraremos —la calmó el zar, aceptando el abrazo de Tatiana y tocándole la espalda con un gesto indulgente—. ¿Por qué no te retiras a descansar? Lo último que deseo es que te enfermes —ordenó él—. Anastasia, acompaña a tu hermana a su alcoba.

La hija menor del emperador se acercó a Tatiana y la cogió por los hombros con el fin de guiarla fuera de la sala del trono. Lo hizo en silencio, con el semblante convertido en un bloque de granito y sus ojos azules más inhumanos, fríos y transparentes que nunca.

—Nadie se ha pronunciado como el autor del secuestro —informó Nicolás, sin dejar de mirar a Anastasia mientras esta abandonaba la sala—. Pero mis hombres han hallado pruebas suficientes como para incriminar a los revolucionarios que escaparon de la cárcel —terminó de explicar en cuanto la zarevna ya no podía oírlos.

—¡Los revolucionarios! ¡Malditas ratas! —maldijo Alejandro, pasando la mano a través de su barba larga y rubia—. ¿Qué sabemos de ellos? ¿Qué quieren?

—Todavía no estamos seguros. Sabemos que los vieron por última vez cerca de San Petersburgo.

—¡Tienen que ser ellos! —gritó en un susurro Alejandro, levantándose del trono para acercarse a su consejero real y crear cierta intimidad entre ellos—. Quieren vengarse por lo de Mijaíl —comprendió el zar en voz baja, asegurándose de que el resto de los consejeros no pudieran oírlo—. Saben que les tendimos una trampa y quieren hacérselo pagar de algún modo. No me extrañaría que hubieran buscado apoyo internacional durante este tiempo en el exilio. ¡Fue una desgracia perderlos de vista! Debimos fusilarlos en cuanto tuvimos la ocasión.

Nicolás apretó sus manos en forma de puño. Solo había una persona culpable de todo aquello: Anastasia Románova. Esa joven inocente que hacía su papel de víctima frente al mundo estaba poniendo en jaque a todo el país desde las sombras. Y lo peor de todo era que lo estaba haciendo a expensas de la seguridad de su hermano. No era que Klaus le importara especialmente, pero no

le gustaba que otros jugaran con sus piezas de ajedrez.

—¡La reina madre de Prusia, Luisa de Prusia! —anunció el mayordomo real, poco antes de que la madre de Klaus y Nicolás compareciera en el salón del trono vestida de luto riguroso por la reciente muerte de su esposo, Federico. Luisa tenía el semblante descompuesto y lucía unas ojeras propias de haber llorado durante horas, poco quedaba de esa mujer que un día fue considerada como la más guapa de Europa.

—¡Madre! —se sorprendió Nicolás al verla.

—Alteza Imperial —honró Luisa al zar, que la correspondió con un saludo protocolar antes de volver a sentarse en el trono—. Hijo... —dijo ella después, acercándose a la serpiente para darle un abrazo.

—Madre, no la esperaba.

—He venido en cuanto he tenido conocimiento de la desaparición de tu hermano. Soy incapaz de quedarme de brazos cruzados sin saber qué ocurrido. Necesito estar aquí para cuando lo encuentren. Porque vais a encontrarlo, ¿verdad? —preguntó ella, desesperada.

—Por supuesto, madre.

¿Era Luisa de Prusia el talón de Aquiles de la serpiente? Era imposible dar una respuesta con toda certeza; pero lo que sí estaba claro era que Nicolás iba a hacer todo lo posible, en esa ocasión, para liberar a su hermano.



Anastasia Románova estaba tomando un baño en la tranquilidad de su alcoba. Para ello, dejaba su larga melena roja fuera de la tina. No le gustaba que se mojara, debía ser lavada aparte. Amaba ese momento del día lleno de tranquilidad y serenidad, lo disfrutaba masajeando su cuerpo pálido y joven a la luz de las velas. Inclusive, para lograr un ambiente más íntimo y plácido solía pedir a sus doncellas que se retiraran.

—No debería despedir al servicio mientras se baña, zarevna. Se encuentra usted en un estado de vulnerabilidad que podría ser aprovechado por cualquier enemigo —siseó Nicolás, que se había escurrido por los pasillos hasta llegar a la alcoba de la princesa.

—La vulnerabilidad es una ilusión, Alteza —contestó Anastasia, dejando su paño húmedo a un lado y enarcando una ceja en dirección a la serpiente.

—No es usted solamente belleza, también ha sido dotada con el don de la inteligencia —dijo Nicolás, acercándose a ella con las manos puestas tras la espalda y mirándola fijamente a través de sus pupilas verticales—. Si tuviera que escoger entre la belleza o la inteligencia, ¿qué escogería? —inquirió él, deteniendo su paso y sonriendo levemente con una mueca.

—¿Estoy a prueba o se trata de uno de sus famosos acertijos?

—Es simple curiosidad.

—Inteligencia.

—¿Y la belleza?

—La belleza es tan solo una mentira en los ojos del espectador —explicó Anastasia, poniéndose de pie en la tina y mostrando su cuerpo desnudo a Nicolás sin ningún pudor. El consejero real no se inmutó, parecía inmune a los encantos de la princesa pese a lo acontecido en la iglesia abandonada.

—Veo que ha sido entrenada en el arte de la guerra —continuó la serpiente.

—Sí —afirmó Anastasia, saliendo del agua para coger su batín de seda blanco y colocárselo por encima.

—Supongo que gracias a su maestra, Izabella. Pero, contésteme... ¿Qué es lo más importante en una batalla?

—La astucia —replicó el zorro sin vacilar ni dejar pasar los segundos—. ¿Estoy aprobada, Alteza? ¿He superado su prueba? —preguntó, acercándose a Nicolás mientras se ataba el nudo del batín.

—¿Qué quiere a cambio de la vida de mi hermano? Aparte de la consabida liberación de Izabella, por supuesto.

Anastasia hizo brillar sus ojos fríos como el hielo y esbozó una sonrisa cínica.

—Damien Obolénski y algunos de sus hombres más cercanos entrarán en el palacio uniéndose al consejo real y formando parte del parlamento.

—¿Pretende restituir los derechos de los revolucionarios? Su jugada puede convertirse en un arma de doble filo, zarevna. Ningún revolucionario aceptará la autocracia a largo plazo. Ellos quieren dar el poder al pueblo y usted no es el pueblo, es la hija del zar.

—La hija del zar también es la hija del pueblo, es cuestión de prioridades. No se preocupe por mí; si he podido convivir con los Románov y sobrevivir, estoy segura de que podré convivir con un grupo de agitadores sin morir en el intento. Mejor preocúpese por usted —amenazó Anastasia sin dejar de mirar a su enemigo—. Preocúpese por todos aquellos que estuvieron implicados en el asesinato de Mijaíl Speranski, mi difunto esposo.

—No lo amaba. ¿Por qué tanto resentimiento?

—Ya le dije una vez que usted no sabe nada sobre el amor, no trate de hacer juicios al respecto. Supongo que fue una desgracia que yo no muriera en mi propia boda, ¿cierto?

—Pude matarla, por si no lo recuerda.

—¿Y por qué no lo hizo? —reclamó ella—. ¿Espera que tenga compasión por usted porque no tuvo el valor de terminar su trabajo? La sangre de Mijaíl todavía puede verse en mi vestido —Señaló su vestido de novia manchado de sangre que descansaba sobre el maniquí. —Murió en mis brazos, murió para salvarme.

—Haga que sus hombres se pongan en contacto conmigo para negociar las condiciones del intercambio.

—Buenas noches, Alteza —ultimó Anastasia, apartándose de Nicolás y de su aroma masculino.

—Buenas noches, princesa —reverenció el príncipe prusiano antes de abandonar la estancia.

¿Por qué? ¿Por qué Anastasia no podía quitarse de la cabeza a Nicolás von Wittelsbach? Él se había apoderado de sus pensamientos con algún veneno propio de las alimañas. ¿Qué otra explicación había? No había una explicación lógica ni racional con la que Anastasia pudiera entender su propio comportamiento enfermizo.



Los anchos hombros de Damien Obolénski entraron en el salón del trono con la seguridad de un hombre que había resistido las batallas más cruentas. A juzgar por su aspecto, nadie diría que era hijo de una de las familias más nobles y ricas del país: media melena recogida con una coleta, una ceja partida y una prominente nariz romana que endurecía sus facciones de piedra.

—La vergüenza de los Obolénski —dijo el zar, mirando con desdén al reformista.

—He venido con algunos amigos franceses, espero que no le moleste —contestó Damien, ignorando los comentarios despreciativos de Alejandro y señalando a un grupo de extranjeros—. Ellos son miembros del parlamento francés, han venido como invitados míos. Estarán unos días por aquí, acompañándome junto a mi amigo Arseni —Señaló a un hombre envejecido que hizo una pequeña reverencia hacia el emperador.

—Necesitas muchos apoyos para mantenerte con vida dentro de mi palacio —se burló el zar—. ¿Has tenido que ir hasta Francia para encontrar a tu escolta?

—Con los Románov cualquier precaución es poca —replicó Damien, cuadrándose sin hacer reverencia alguna al emperador—. Mis amigos extranjeros tienen serias dudas sobre quiénes fueron los artífices de la matanza en la boda de Mijaíl Speranski. Sinceramente, nadie cree que fuera yo —Sonrió el rebelde. —Pero estoy dispuesto a olvidar la afrenta si respeta mi presencia aquí y en las juntas.

—¿Pretendes que me crea semejante embuste? —carcajeó Alejandro, levantándose del trono para acercarse a Damien—. Estás aquí porque secuestraste a un rey. ¡Un rey! —gritó, enfadado—. ¡Soy el emperador! ¡El hombre que derrotó a Napoleón! No te burles de mí, no eres más que un bufón.

—¿No querrá que los franceses informen a otras potencias mundiales de que un simple bufón secuestró a un rey en su propio palacio? Lo mejor para todos es que olvidemos las rencillas del pasado y empecemos de nuevo. Puede que usted derrotara a Napoleón, pero es incapaz de derrotar la voluntad del pueblo. Un pueblo que ya no confía en usted y que ha descubierto sus artimañas. ¿Quién fue el autor de la matanza en la boda de su propia hija? Si no fui yo, ¿quién?

—¡Fuiste tú! —Señaló el emperador. —Y si no fuiste tú, fue alguno de tus perros. Pero no te atrevas a inculparme. ¡Me debes respeto y sumisión! ¡Recuérdalo! ¡Soy Alejandro I Románov! No temo a las potencias mundiales, yo mismo soy una potencia. Quién se enfrenta a mí, se enfrenta a Rusia. No lo olvides.

—Será mejor que empecemos a negociar las condiciones de mi silla en el parlamento. Hay miles de personas esperando mi regreso y no quiero hacerlas esperar —contestó Damien tranquilamente, dirigiendo una sonrisa hacia el resto de los presentes, entre ellos Nicolás von Wittelsbach.



—No te retires —ordenó el zar en cuanto el salón se vació y las negociaciones con los reformistas llegaron a su fin.

—Alteza Imperial —reverenció Nicolás.

—¿Quién es? —inquirió Alejandro—. ¿Quién ayudó a Damien Obolénski?

—No tengo conocimiento de ello, emperador. Fueron los mismos rebeldes los que se pusieron en contacto conmigo para negociar las condiciones del rescate —mintió, encubriendo a Anastasia.

—Alguien de nosotros tuvo que ayudar a los rebeldes para secuestrar a tu hermano. Alguien contrató a esas cortesananas que siguen en paradero desconocido. No quieras hacerme creer que tú no has atado los mismos cabos que yo. ¿Por qué tratas de ocultarme la verdad?

—No quería importunarlo con suposiciones sin pruebas, Alteza.

—Investiga más sobre el asunto, quiero saber quién es el traidor. ¡Quién me está traicionando!

—Sí, Alteza Imperial.

Alejandro miró con desconfianza a la serpiente. Desde que tomó el poder, supo que jamás podría confiar en nadie. Sin embargo, por mucho tiempo que pasara, era difícil acostumbrarse a tanta soledad. La soledad de la corona. Una corona que, a sus más de cincuenta años, empezaba a pesarle.

Alguien lo estaba traicionando, por eso Damien había sido capaz de llegar hasta su salón. Pero ¿quién era? Debía descubrirlo por sí mismo y terminar con su enemigo. Fuera quien fuera, sin compasión.



Anastasia sabía que su padre no descansaría hasta encontrar al traidor. Subestimar a Alejandro I de Rusia sería como cavarse su propia tumba. Por eso, necesitaba alguien a quien incriminar. Alguien a quien adjudicarle la traición sin que ella fuera descubierta. No estaba interesada en desvelar su verdadero rostro al mundo, no todavía.

—Alteza —reverenció Damien Obolénski al verla.

Se había citado con el rebelde en una de las habitaciones olvidadas del palacio. Era de noche y la oscuridad los protegía de las miradas indiscretas.

—Ser Obolénski —contestó Anastasia, ofreciendo su mano enguantada.

—No me llame Ser Obolénski, Alteza —la corrigió él, besándole el dorso de la mano y mirándola con devoción a través de sus ojos pequeños y azules como el cielo—. Llámeme por mi nombre, por favor. Solo Damien.

—Está bien, Damien —concedió la princesa con una sonrisa que no pretendía ser coqueta, pero que enamoraría a medio mundo—. He de suponer que este es el inicio de una alianza.

—Ambos queremos lo mismo: derrotar a los asesinos de Mijaíl —reflexionó seriamente Damien en voz alta.

—Indudablemente, pero solo hay una cuestión que debe quedar clara —dijo ella—. Cuando llegue el momento, deberá apoyarme en mi ascenso al trono. Espero que no me falle.

—Sería incapaz de traicionarla, no soy un Románov. Pero solo cumpliré con mi palabra si usted cumple con la suya: firmar la nueva constitución y liberar a los esclavos.

—Tendrá lo que pide mi pueblo.

La alianza entre los liberales y la futura emperatriz ya era un hecho consolidado. Ahora, solo había que trabajar con astucia para alcanzar sus objetivos comunes.

"Lentamente, pero con pasos firmes iba acercándome a mis objetivos. Izabella había sido liberada junto a los demás cosacos, por lo que podrían seguir trabajando para mí desde el exterior. Damien había regresado al palacio siendo mi aliado y algún día debería apoyarme en mi ascenso al trono. Empezaba a ser fuerte para acabar con mi familia, con los traidores que pretendieron liquidarme sin piedad. Mi padre estaba cerca de descubrirme, Ekaterina era un verdadero contratiempo, Tatiana era la falsedad en persona y Sergey era una hiena a la que debía usar para mi propio beneficio. Solo había una pieza en el ajedrez a la que todavía no había encasillado: Nicolás von Wittelsbach. Él era mi peor enemigo y el único que lo sabía todo de mí. Sin embargo, había días en los que solo era capaz de recordar sus besos y sus caricias. Había días en los que mi corazón se disparaba con solo verlo. No era racional, ni siquiera normal. Era deseo, pasión y un sentimiento prohibido por el que me odiaba a mí misma. ¿Y él? Él parecía inmune a mi belleza, parecía no recordar nada de lo sucedido en el

cementerio abandonado. Era frío, distante, imperturbable. Un misterio por resolver."
Pensamientos de Anastasia.



Capítulo 17

Una mente excitante

Luisa de Prusia abrazó a su primogénito como si fuera la primera vez que lo tuviera entre sus brazos. Sus hijos eran lo más importante para ella y no concebía una vida sin ellos pese a los peligros que estaban expuestos a causa de su posición social.

—No comprendo por qué ese criminal no está en la cárcel. No tiene ningún sentido —expresó Luisa, mirando a Nicolás en busca de respuestas—. En mis tiempos hubiera sido sentenciado a muerte inmediatamente.

—Tampoco tuvo ningún sentido que Luis XVI y Maria Antonieta murieran en la guillotina a manos del pueblo, pero esta es nuestra realidad actual. Debemos adaptarnos a los cambios para sobrevivir. No podemos encerrar de nuevo a Damien Obolénski sin llamar la atención de otras potencias mundiales. ¿Cómo explicaríamos que el rey de Prusia fue secuestrado en nuestro propio palacio? Debemos tragarnos el resentimiento y barajar las cartas desde la clandestinidad. El poder absoluto que residía en un solo rey es cosa del pasado —expuso Nicolás con convencimiento.

—Supongo que tienes razón —aceptó la madre con resignación—. Sea como sea, no deseo estar aquí. No soporto la idea de tener que compartir el mismo techo que el secuestrador de mi hijo. Regresemos a casa, Klaus.

—Sí, madre —concedió el rey de Prusia—. Vaya a avisar a sus doncellas para que le preparen el equipaje, partiremos inmediatamente —Depositó un cálido beso sobre las manos de su progenitora y la despidió en la puerta de su recámara. —¿Se puede saber qué pretendes? —reclamó Klaus en cuanto tuvo la certeza de que Luisa ya no podría oírlo—. ¡Debiste terminar con esa rata! ¿Por qué has permitido que siga con vida?

—Acabo de explicarlo —repuso el consejero real de forma sosegada mientras tomaba asiento en un sillón y abría una de sus carpetas repletas de documentos de estado pendientes por revisar.

—Hay algo más, Nicolás —insistió Klaus—. Sé que me estás ocultando información y no me gusta, detesto que actúes a mis espaldas.

—Como ya te he dicho en varias ocasiones: no te debo nada, hermano. Te ayudé a ascender al trono de Prusia mediante mi influencia sobre el zar. Ahora, te he liberado de las garras de los revolucionarios. La lista de favores concedidos no termina... ¿Y es así cómo pagas mis esfuerzos

por ayudarte?

—Soy tu hermano mayor y me debes respeto —concluyó Klaus—. ¿Quién está detrás de mi secuestro? No creo que Damien Obolénski actuara sin ayuda. ¿Por qué estás encubriendo a mi verdadero captor? Sé que sabes quién es. La pregunta es: ¿por qué lo proteges? —caviló el rey, pasándose la mano por su pelo negro y clavando sus ojos azules sobre Nicolás.

—Vuelve a casa, hermano. Y cuida de nuestra madre —ultimó la serpiente sin más dilación, protegiendo a Anastasia.



Tatiana Románova se había acicalado con su mejor vestido de seda rosa y esperaba con ansias a su prometido en la intimidad de una rosaleta solitaria.

—¿Me estabas esperando? —preguntó Klaus después de haber cruzado el jardín de los emperadores y de introducirse en ese rincón secreto y apartado de la vista de los palaciegos.

—¡Klaus! —se emocionó la princesa al verlo—. ¡Oh, Klaus! —lloriqueó, abalanzándose sobre él y abrazándolo con fuerza—. Pensé que te había ocurrido lo peor. ¡Gracias a Dios que estás bien! —Lo miró con devoción y se apartó de él recuperando parte de la timidez perdida en mitad de la exaltación.

—No quiero retrasar más nuestro enlace, Tanya. El tiempo que he pasado como cautivo me ha hecho reflexionar... y no pretendo desperdiciar ni un solo minuto más lejos de ti —confesó el rey—. He hablado con tu padre y hemos establecido una fecha para la boda.

—¿Qué? —Saltó de alegría Tatiana. —¡No puede ser! ¡Dios es Misericordioso! Me ha bendecido con una grata sorpresa tras el sufrimiento padecido a causa de tu desaparición. Nada me haría más feliz que convertirme en tu esposa.

—Y en la reina de Prusia —sonrió Klaus, cogiéndola por la cintura y regalándole un beso corto, pero sentido sobre los labios—. Perdóname —se disculpó rápidamente tras liberarla del agarre—. Necesitaba besarte. He soñado con tus labios desde que me enamoré de ti. Y de eso hace tantos años... No éramos más que unos niños.

Tanya no respondió nada, se quedó inmóvil con sus manos sobre los labios. Su corazón estaba acelerado y, de repente, pensó que su prometido era el hombre más guapo del mundo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo apuesto que era? Y no solo era la belleza masculina lo que la había deslumbrado, sino el cúmulo de sentimientos que acababan de despertarse en su interior. ¡Era imposible! ¡No podía enamorarse de él! ¡De ninguna de las maneras!

Más tarde, su padre requirió su presencia y le recordó sus obligaciones: debía deshacerse de su marido en cuanto llegara a Prusia. Era la única forma de obtener el poder absoluto de dicho país. La ambición de Alejandro era gobernar Rusia y Prusia a su antojo y, para ello, necesitaba que ella cumpliera con su papel.

—Ten por seguro que no te fallaré, padre —dijo Tanya en mitad de la lujosa y magnánima sala del trono, decorada con una moqueta roja y doseles del mismo color.

—Eso espero hija, eso espero... Ya no sé quién es digno de mi confianza y quién no —suspiró el emperador, agotado—. Puedes retirarte.

—Sí, padre —reverenció ella.

Estaba dispuesta a alcanzar sus objetivos, a convertirse en la única reina de Prusia. No iba a permitir que sus sentimientos la traicionaran, ninguna Románova debía permitirlo. Abandonó el

salón dejando a un cabizbajo Alejandro solo y se dirigió a su recámara. Necesitaba calmar su sofoco y ordenar sus ideas. No podía ser tan estúpida como para dejarse embaucar por un beso, un simple beso. Por mucho que ese beso siguiera quemándole los labios... debía olvidar lo que Klaus le había hecho sentir.

Debía mantenerse firme en sus propósitos si quería hacer justicia por su madre y no defraudar a su verdadero aliado. Amaba a su padre, pero no podía perdonarlo por todas las afrentas sufridas y todas las traiciones vividas. Ella jamás quiso matar a Anastasia, él la obligó a formar parte de ese complot y cada día daba gracias a Dios por que su hermana siguiera viva; de lo contrario, jamás hubiera podido volver a conciliar el sueño. Un padre que era capaz de asesinar a su propia hija no merecía seguir viviendo. Y solo había una persona que podía ayudarla a deshacerse de él de una vez por todas a cambio de unos cuantos favores.



Nicolás von Wittelsbach se encerró en el despacho desde el que tejía los hilos de su estrategia. Los ojos de la serpiente controlaban todos y cada uno de los movimientos del palacio, aunque en ocasiones aparentara ignorar las cuestiones más vitales.

Desde pequeño, su padre y su hermano habían tratado de ningunearlo por ser el menor y, por qué no decirlo, por ser "*el diferente*". Sus ojos de serpiente lo habían marcado para toda la vida y se habían burlado de ello, de ello y de sus escasas habilidades sociales. Lo insultaron y lo vejaron de todas las formas posibles con la idea de que siempre sería un segundón en la vida. Y a pesar de que Klaus le había pedido perdón años más tarde, él era incapaz de perdonar el infierno vivido durante su infancia.

Con todo ello, sería un grave error considerar a Nicolás una víctima.

Nicolás era incapaz de evitar que su ambición fuera más fuerte que cualquier otro sentimiento y no era una víctima, sino un depredador en potencia. Por lo que no iba a culpar a nadie de su vileza. Nada era una excusa para la frivolidad en la que vivía. Estaba dispuesto a todo con tal de ser el único poder reinante en Rusia y Prusia. Su naturaleza malvada y fría era superior a cualquier arranque de honorabilidad. Había nacido siendo un reptil y moriría como tal. Era un intrigante profesional, hacía y deshacía pactos a su conveniencia con quien le interesaba hacerlo.

Debía reconocer, sin embargo, que gracias al amor de su madre siempre supo que le esperaba un destino brillante labrado por sí mismo y que no necesitaba el apoyo de nadie. De hecho, había aprendido a vivir solo y a enfrentarse a los inconvenientes de la vida con su letalidad y su inteligencia, dos cualidades de las que tanto su padre como su hermano carecían por completo y que aprovechó para derrotarlos. Quizás él no era el hombre más fuerte del batallón ni el más osado, pero sobresalía por su mente excelsa.

Eran las mentes audaces, por consiguiente, su mayor placer en la vida. Ciertamente era que disfrutaba de los placeres carnales, pero no había nada mejor para Nicolás que hallar a una persona con capacidades cognitivas iguales o superiores a las suyas. Disfrutaba más de una conversación inteligente que de una noche repleta de pasión.

Quizás fuera por eso que Anastasia lo tenía tan intrigado. Más allá de su atractivo físico, la princesa era tan astuta que él se complacía con sus tretas y sus enigmas. No era una mujer fácil de comprender ni de catalogar; de hecho, seguía siendo un misterio para él. Con los años había aprendido que no existían personas simplemente buenas o malas, todos tenían una parte mala y una

parte buena en su interior. Sin embargo, con Anastasia todo era distinto. Todos los conceptos preestablecidos se habían evaporado.

Era una joven de aspecto inocente que lloraba por las noches escondida en su habitación. Pero también era una mujer capaz de seducir a un hombre para su propio beneficio y de matar a un grupo de monjas con tal de salirse con la suya. Era fría, pero candente. Así lo transmitían sus ojos que, a pesar de ser azules y fríos, estaban cubiertos por pestañas rojas que simulaban un halo de fuego.

Era espectacular. Un ser único y especial del que, inconscientemente, se había vuelto adicto. No quería dejar de entretenerse con las malvadas estrategias de la princesa; así como tampoco quería dejar de observarla desde las sombras. Amaba espiarla, verla andar como un zorro en época de celo. Estaba repleta de elegancia pese a sus artimañas de hechicera, era grácil, exquisita. El equilibrio perfecto entre el mal y el bien, entre lo vulgar y lo especial. Era ella, en conjunto, un ser digno de ser respetado. No quería matarla, al menos no hasta que fuera estrictamente necesario. Ella era lo único entretenido por esos lares. ¿Qué movía verdaderamente a Anastasia? ¿La venganza o la justicia? ¿La maldad o la inteligencia?

Lo excitaba. Anastasia Románova lo excitaba cuando andaba desnuda frente a él, pero sobre todo cuando lo retaba sobre el tablero, sobre ese ajedrez de hiel que era el Palacio de Invierno. Algún día la haría suya, algún día le haría probar su veneno.



Sergey Románov no había regresado al ejército después de la boda de su padre, quería aprovechar al máximo su tiempo de permiso. Era cierto que gozaba de una posición privilegiada en la milicia, apenas entraba en los conflictos ni era puesto en peligro. Pero sí había podido pulir su destreza con las armas y había reforzado su conducta sanguinaria.

—Tengo la manera de acabar con Ekaterina —susurró Anastasia a la hiena en la intimidad de un patio solitario al que solamente el hijo del emperador tenía acceso.

—¿Cómo? —preguntó él, abriendo sus ojos grises como platos y riendo sin ton ni son mientras hacía girar una ballesta entre sus manos.

—Padre está buscando un culpable por el secuestro de Klaus.

—Fue Damien Obolénski, todos lo saben Tassia —contrapuso el simplón de Sergey, provocando una mueca de aburrimiento en la princesa que se quitó el velo para poder ver mejor a su nuevo aliado.

—Es evidente que esa rata revolucionaria no pudo actuar por sí sola, Sergey —explicó ella con tono de hastío.

—¿Quién fue, entonces? ¿Hay un traidor entre nosotros?

—Piénsalo bien, Sergey. ¿Quién estaría interesado en que papá fuera socavado de sus funciones? Ekaterina está buscando apoyos para ser coronada como la zarina. Y ya sabes que, en Rusia, una emperatriz puede gobernar por sí sola. Es solo cuestión de tiempo que los revolucionarios opten por ella y marginen a padre... Y, por consiguiente, a ti. Solo nos queda esperar que engendre a un heredero con más aptitudes de cara a la galería.

—Ekaterina no es muy amada por el pueblo...

—¡Por eso le interesa ganárselo! Hay que buscar la manera de abrirle los ojos a padre, ¿no crees? Tenemos la amenaza en nuestra propia casa. Pero no puedes decirle nada directamente... ya

sabes cómo es papá con el asunto de Ekaterina... Debemos buscar la manera de incriminarla sin que nadie sepa que hemos sido nosotros los que la hemos delatado. ¿Comprendes?

—¡Por supuesto que lo comprendo! No soy necio, soy el futuro emperador. Sé muy bien lo que tengo que hacer, no se lo diré a nadie... Buscaremos el camino para inculpar a la araña antes de que traiga arañitas indeseables a nuestra corte.

—Una idea brillante —Sonrió Anastasia, dándole motivos a Sergey para inflamar más sus ínfulas de grandeza.

Capítulo 18

La voluntad incuestionable del zar

Un mes después de la boda entre Alejandro I y Ekaterina, finales del año 1820.

Ekaterina Anhalt Románova miraba su barriga frente al espejo de la alcoba imperial. Rodeada de lujos, ostentación y riquezas, buscaba con desesperación signos de preñez en su reflejo. Necesitaba un heredero cuanto antes. Un hijo varón que la liberara de Alejandro y la atara a Nicolás von Wittelsbach para siempre.

Había entrado en la vida del emperador con el empeño de ascender en el escalafón social. Para una mujer con el padre arruinado eran pocas las posibilidades de hacerse un sitio en la alta aristocracia. Los medios más comunes para alcanzar la cumbre social eran los de convertirse en una cortesana honorable o en la amante de algún personaje público importante.

Ella supo aprovechar la soledad del zar en cuanto su esposa Anya enfermó. Sabía que su padre estaba avergonzado por su comportamiento, pero no era de su interés la opinión de los demás. Ella no se conformaba con una vida sencilla y anónima en la estepa rusa. Siempre soñó con ser alguien importante y pasar a la historia. Y, a su parecer, lo había conseguido; era la esposa del mismísimo emperador. Lo único que le faltaba para alcanzar sus metas era ser coronada como emperatriz. Y estaba segura de que eso sucedería en cuanto tuviera en sus entrañas al futuro emperador de Rusia. ¡Necesitaba quedarse en estado de buena esperanza lo antes posible!

Si Anastasia no la hubiera delatado frente a las autoridades religiosas ya se estaría gestando en su vientre el hijo de Alejandro I de Rusia. Desgraciadamente, tuvo que deshacerse de él para conservar su posición. ¡Debía volver a empezar!

¿Cómo era posible que su esposo no se diera cuenta de que su hija era una zorra? Y lo que era peor todavía, ¿por qué Nicolás no se había encargado de liquidarla?

¡Anastasia debería haber muerto en el día de su boda!

¡Pero la condenada niña seguía con vida! ¡Y le estaba haciendo la vida imposible! Era hábil con sus palabras ponzoñosas y siempre conseguía dejarla en mal lugar frente a los demás. En los eventos públicos la eclipsaba y acaparaba todas las miradas que deberían haber sido para ella, la esposa del zar. Sin embargo, Anastasia era demasiado hermosa y era imposible competir con su belleza y su juventud. Aunque mucho más difícil era rivalizar con su astuta actitud. ¡La detestaba! ¡La odiaba! Sentía que esa zorra le estaba quitando su lugar, un lugar que se había ganado con esfuerzo y que solo le pertenecía a ella.

¿Cómo podía acabar con su hijastra sin que su esposo lo supiera?

Cuando se dispuso a convertirse en la amante oficial de Alejandro, jamás soñó con encontrar al amor de su vida. Su esposo no era de su agrado. Él era considerablemente mayor que ella y los años y las preocupaciones de su cargo lo habían maltratado físicamente. Poco quedaba de ese hombre regio e imponente que un día fue.

Simple y llanamente, Ekaterina no amaba a su esposo, ni siquiera estaba enamorada de él. Lo único que sentía hacia el hombre que la había catapultado hacia la gloria era gratitud, aprecio y cierta lástima.

En cambio, Nicolás era mucho más. El consejero real era el hombre con el que le hubiera gustado casarse en realidad. Era apuesto, viril, joven y muy apasionado. Se había enamorado de él

como una muchacha debutante y soñaba con el día que pudieran estar juntos sin esconderse. Solo con los años y con la muerte de Alejandro eso sería posible... Y para que Alejandro muriera, primero debía concebir a su hijo.

Ese era el plan establecido con su amante: matar al zar en cuanto tuvieran bajo su poder al heredero del imperio. Entonces, ella como zarina apoyaría a Nicolás para que fuera el tutor de su hijo y, por consiguiente, el nuevo emperador.

—¿Has cometido un grave error, esposa mía! —vociferó el zar, irrumpiendo en la alcoba imperial acompañado por la guardia real—. ¿Pensabas que saldrías inmune de tu traición?

Ekaterina palideció y las piernas le empezaron a temblar. ¿Alejandro había descubierto su aventura con la serpiente? ¿La infidelidad al emperador se pagaba con la muerte! ¿Cómo lo había sabido? ¿Llevaba semanas sin encontrarse con su amante! El miedo le recorrió la espina dorsal, debilitándola. ¡Era su fin! Su esposo actuaba en pocas ocasiones, pero cuando lo hacía era contundente y pocas cosas podían hacerlo cambiar de opinión.

—Queda arrestada por traición a la corona —informó Nicolás, que entró el último y la miró con un gesto imperturbable, como si no la conociera.

Entonces, ¿no la estaban acusando de adulterio?

¿Qué estaba ocurriendo en realidad? ¿Por qué estaba viendo como su mundo de derrumbaba en cuestión de segundos?

—¿De qué se me acusa? —demandó, un poco más tranquila después de ver a su amante.

¿De qué otra cosa podían acusarla? ¡Ella era inocente de cualquier cosa menos de amar a Nicolás!

—De conspirar en contra del zar —respondió la serpiente, con sus manos detrás de la espalda.

—¿De conspiración?! ¿Qué clase de embuste es este? —se envaró, buscando respuestas en los ojos de Nicolás que no se inmutó ni transmitió nada más que lo que todos sabían de él: letalidad.

—¿El único infundio que hay aquí eres tú! —bramó Alejandro, cogiéndola por el pelo y mirándola amenazadoramente—. Has traicionado la confianza que deposité en ti. Pero debí imaginar que ninguna otra mujer sería comparable con Anya de Rusia, fiel a mi persona hasta el final de sus días. ¡Y pensar que la dejé a un lado por tan poca cosa! ¡No mereces ni el aliento que malgasto contigo! —expresó el zar, fatigado—. No debiste salir de la estepa, querida. La vida en la corte te ha quedado grande y vas a pudrirte en una cárcel antes de ser fusilada —último, soltándola con una mueca de repugnancia.

—¿Alejandro! ¡Por Dios Misericordioso! ¿Tan poco vale nuestra unión? —suplicó ella, con la garganta seca y los ojos llorosos—. ¡Nos unimos en santo matrimonio! ¡Al menos tengo derecho a conocer el motivo de tu ira! Soy tu esposa.

—Ayudaste a Damien Obolénski a secuestrar al rey de Prusia. ¡En mi propio palacio! ¡A mis espaldas! ¡El mismo día de nuestra boda! Tú contrataste a esas cortesanas que embaucaron a Klaus. Tenemos pruebas... Cartas y sobornos que te inculpan de forma directa. ¡Hasta el mismo Damien Obolénski ha confesado que lo ayudaste! ¡Buscabas aliados para deshacerte de mí! Querías ganarte el favor del pueblo, pero tan sólo te has ganado la ira del zar. ¿Esposa? No me hagas reír —se burló él—. No eres más que una trepadora, una araña. Siempre supe lo que eras, pero mientras me calentaras la cama y te comportaras con un mínimo de decencia estaba dispuesto a pasarlo por alto. Ahora... ahora ya no te necesito. Y ya sabes lo que ocurre cuando una persona deja de ser necesaria para un Románov.

—¿Cómo has podido creerte un par de cartas y el testimonio de un rebelde antes que a mí? ¡Ni

siquiera me has dado la oportunidad de defenderme! Estoy convencida de que todo esto se trata de un complot en contra de mi persona.

—Ya no confío en ti, Ekaterina —suspiró el emperador—. No confío en nadie. No necesito ni quiero argumentos. Mi decisión es irrevocable. Prefiero que salgas de mi vida cuanto antes y le doy gracias a Dios de que ningún hijo mío haya nacido de tu vientre —confesó en tono amargo Alejandro—. Pediré la anulación papal de nuestro matrimonio y serás castigada como una traidora vulgar y común. Hasta entonces, te deseo una grata estancia en la prisión de Butyrka —últimó, haciendo una seña a sus guardias para que la arrestaran.

—¡Es mentira! ¡Todo es mentira! ¡No sé nada del secuestro del rey prusiano! ¡Tienes que creerme! ¡Desconozco por completo qué ocurrió con Klaus! Solo sé lo que todos sabemos... ¿Cómo podría haber cometido semejante disparate? ¿Qué interés tengo yo en ayudar a los reformistas? ¡No tiene ningún sentido! —se defendió ella, alterada y con la cara roja por la irritación mientras los guardias le ponían los grilletos en las manos—. ¡Tienes que creerme! ¡Te lo suplico! ¡Yo no he hecho nada! ¡Alguien me ha inculpado! ¡Alguien quiere deshacerse de mí! ¡Exijo una investigación! No es justo, esto no es justo —lloró desconsoladamente, viendo como la felicidad que creía haber alcanzado se evaporaba rápidamente.

Nicolás observó en silencio como una de las piezas clave de su entramado para llegar a ser emperador desaparecía ante sus ojos. Ekaterina fue empujada y humillada ante los ojos de los palaciegos hasta el vehículo que la llevaría a la cárcel. No habría juicio; y si lo había, todos conocían el veredicto: se haría lo que el zar ordenara. Porque la voluntad del zar era incuestionable. Él era el soberano, el autócrata. El poder absoluto recaía solamente sobre su persona. Y seguiría siendo así hasta que el pueblo no entrara en una democracia.

La araña, la trepadora, Ekaterina... había sido fulminada del tablero antes de que pudiera atacar. Y todo era gracias a la sagacidad de una sola persona: Anastasia Románova.



Unos días después del encarcelamiento de Ekaterina.

La nieve empezaba a caer sobre Rusia y los palaciegos se deleitaban con las actividades propias de la estación más fría del año. El patinaje sobre hielo era uno de los pasatiempos más placenteros. Y era practicado sobre el lago del jardín imperial que solía congelarse de forma temprana.

—Fíjate, Anastasia. Desde aquí puede contemplarse la fachada azulona del palacio —Señaló Tatiana mientras hacía deslizar los patines con agilidad y dejaba que su cabellera rubia ondeara con el movimiento de la progresión.

Anastasia esbozó una ligera sonrisa con la que pretendía ser cortés, pero tampoco excesivamente amable. Seguía sin confiar con su hermana pese a sus intentos de fortalecer la relación. En lugar de buscar una respuesta adecuada, se limitó a seguir patinando para deleitarse con el aire glacial que le acariciaba el rostro a su paso.

—Hermanitas, hoy es un gran día —interrumpió Sergey la relativa paz del ambiente. Lo hizo patinando con cierta torpeza hasta posicionarse entre medio de las dos princesas—. Padre ha solicitado la anulación de su matrimonio con la araña prisionera. Y, como era de esperar, ha denegado mi reincorporación en el ejército. Vuelvo a ser su única opción, la única y legítima.

Como siempre debió ser. ¿Verdad, Tassia? —inquirió, esbozando su famosa sonrisa de hiena.

—Por supuesto, Sergey —complació ella, sin prestarle demasiada atención al pretencioso y simplón de su hermano.

—Aunque debo admitir que voy a echar de menos los campos de entrenamiento. Por fortuna, he podido traer conmigo una extensa colección de armas innovadoras —se entusiasmó, abriendo sus delgaduchos brazos con un gesto dramático y patético—. ¡Condesa! La he estado buscando. ¡Qué alegría encontrarla! —vociferó Sergey repentinamente, provocando un sobresalto en su hermana Tatiana—. ¡Por favor! No se sienta insegura ante mi magnánima presencia. Sé que un hombre inteligente puede atormentar el corazón de una mujer. ¡Sois tan débiles! —expuso sin ningún tipo de remordimiento al ver a una joven de pelo negro y mirada asustadiza. De seguro, la desgraciada damisela había estado huyendo del sanguinario hijo del emperador—. Venga conmigo, yo la ayudaré a patinar —se ofreció el perturbado muchacho, acercándose a la palaciega y cogiéndola por los hombros con muy poco tacto para obligarla a patinar por donde él quisiera—. ¿Ha visitado la granja últimamente? Mucho me temo que los animales deben estar congelados. Debe ser un gran espectáculo, ¿no es así? Imagínese: corderos y polluelos inmovilizados y helados... Podría coger un ejemplar de recuerdo para decorar su alcoba.

Por supuesto que la granja estaba siendo cuidada por el servicio y no existía ningún animal en estado de congelación; pero así era Sergey, un muchacho voluble de ideas perturbadoras que asustaba a los demás. Por eso, ni siquiera su propio padre lo consideraba digno de ser el zarévich.

Tatiana buscó la mirada cómplice de Anastasia ante el espectáculo que su hermano menor estaba protagonizando. Sin embargo, la bella princesa de pelo rojo y abrigo de color burdeos se mostró indiferente.

—Debe ser muy incómodo para ti, Anastasia —comentó Tanya, intentando llegar al corazón de su hermana del algún modo. Para ella, Anastasia seguía convencida de que los asesinos de su marido eran los revolucionarios. Y estaba convencida de que debía sentirse terriblemente incómoda con la presencia de Damien en el palacio. Por supuesto, ella ignoraba por completo que la piadosa princesa traída del convento fuera una de las estrategias más temibles del palacio y que estuviera eliminando a los artífices del complot poco a poco. Las únicas personas que conocían cómo era Anastasia verdaderamente eran Nicolás y Damien—. No me imagino por lo que estarás pasando al tener que vivir bajo el mismo techo que el hombre que asesinó a tu esposo. Sabes que puedes confiar en mí si necesitas consuelo.

Anastasia no podía creer lo hipócrita que era Tatiana. ¿Cómo se atrevía a continuar con el engaño? ¿Confiar en ella para consolarse? ¡Por favor! ¡Si la abandonó en el banquete a sabiendas de que iban a matarla! ¿Cómo podía ofrecerse como su confidente? ¡Era asqueroso! Fueran cuales fueran los motivos de su hermana para sacar a relucir el asunto, le pareció insultante. Hay heridas que no llegan a cerrarse nunca y vuelven a sangrar bajo la menor mención. Por eso, sintió las palabras de su hermana como una ofensa más que como un intento infructuoso de acercarse a ella. Había esperado mucho de su relación con Tanya al llegar a palacio, buscando una amiga en ella. Pero solo encontró a una traidora.

—Te lo agradezco —mintió, esbozando una mueca plañidera de lo más artificial—. Pero Dios es suficiente consuelo para mí —aseguró, deshaciéndose de ella con elegancia.

Tenía que ocuparse de su hermana tarde o temprano. No merecía vivir por ser tan increíblemente falsa y por haber sido cómplice de una de las matanzas más sanguinarias de la historia. Jamás olvidaría el cuerpo agonizante de Mijaíl entre sus brazos ni los rostros de las niñas inocentes que murieron acompañándola el día de su boda. Merecían justicia. No habría compasión para los traidores. Ni siquiera para los traidores remilgados.

Ese cometido, no obstante, debía esperar. Había otro asunto que ocupaba su mente durante los días posteriores al hundimiento de Ekaterina: la reacción de Nicolás.

Desconocía cuáles eran las verdaderas intenciones de la serpiente para convertir a la araña en su amante. Pero dudaba mucho de que fuera por amor, Nicolás era incapaz de amar a nadie que no fuera a sí mismo. Estaba convencida de que Ekaterina formaba parte de alguna de las maquinaciones despiadadas del consejero real y tarde o temprano habría represalias.

Ella fue el artífice de la estrategia, pero fueron Sergey y Damien los que la pusieron en marca. Sergey se encargó de sobornar a algunos de los lacayos para que fabricaran pruebas inculpatorias y Damien mintió en su testimonio cuando confesó, accidentalmente, que Ekaterina lo había ayudado. ¿Sobre quién de ellos tres recaería el mortífero castigo de Nicolás? Debía estar preparada para cuando eso ocurriera, porque iba a ocurrir.



Los pasos de Nicolás en los pasillos de la prisión de Butyrka eran silenciosos. Se escurrió entre las sombras hasta llegar a la celda de Ekaterina en el más absoluto mutismo y la más dilatada templanza.

—¿Quién es? —preguntó la araña, con el pelo revuelto y el vestido manchado al percibir una presencia familiar—. ¿Eres tú? —dijo, sabiendo la respuesta—. Ha sido ella, ¿verdad? —inquirió, empapando su voz con la bilis y haciendo brillar sus ojos verdes de la rabia.

—Estamos frente a un poderoso enemigo, Ekaterina —siseó Nicolás, saliendo de la oscuridad para mostrarse frente a la prisionera—. Solo hay una forma de que sobrevivas.

—¿Cómo? Sabes que la voluntad del zar es incuestionable. Él es la ley y es imposible convencerlo de su error. Estoy condenada —ultimó en un suspiro—. Siempre supe a lo que me exponía cuando decidí retarme contra los Románov —sinceró—. Mi padre por fin podrá respirar tranquilo sin tener que vivir con la vergüenza de una hija trepadora.

—Un hijo —dijo la serpiente, fría y antipática—. Es todo cuanto necesitamos para seguir con nuestro plan.

—Siento decepcionarte, Nicolás... —lamentó ella, pasando las manos a través de las rejas para coger las del único hombre que había amado francamente—. Pero no estoy embarazada. Y aunque lo estuviera... Eso no restauraría mi postura en el palacio. La decisión de Alejandro es firme.

—Un matrimonio puede anularse, pero no un hijo. Necesitamos que te quedes embarazada antes del juicio.

—¿Juicio? —se burló Ekaterina—. No habrá ningún juicio. Vivimos en un país absolutista.

—Lo habrá. He convencido al zar para que eso ocurra. Moveré los hilos necesarios para que te examinen y entonces... Alejandro no tendrá más remedio que dejarte vivir —explicó, obviando el resto de la aseveración para sus propios fines.

—Siento que tienes demasiada confianza, querido mío. Olvidas que Alejandro tiene otro hijo, uno legítimo e incuestionable. El que le dio la respetable y venerable Anya —dijo con ironía—. ¿Por qué querría perder el tiempo con un vástago al que no desea?

—Porque pronto no le quedará otra opción —ultimó él, esbozando una sonrisa perversa y abriendo la celda de Ekaterina para colarse en su interior—. Busquemos a nuestro heredero.

—Sí, Nicolás. Hagámoslo. Sabía que no me abandonarías... sabía que encontrarías el modo de salvarme. Algún día llegaremos a ser los emperadores de Rusia... Tú y yo. Acabaremos con los Románov, acabaremos con el patético y lamentable Alejandro y después liquidaremos a sus indeseables hijos... mataremos a la zorra de Anastasia —respondió ella, malvada y ruin antes de correr a los brazos de su amante.

Nicolás no la respondió, tampoco la besó ni la acarició. La arrinconó contra la pared de la prisión y la penetró levantándole la falda. Ekaterina sintió la picadura de la serpiente hasta el fondo de su interior y se deshizo en el placer de los embistes masculinos hasta que el príncipe prusiano eyaculó en su interior. Lo hizo con fuerza, con determinación y con un claro objetivo: vencer.



Capítulo 19

La locura de la hiena

El día había amanecido fresco y sereno. Había dejado de nevar y Sergey se levantó de la cama con el propósito de practicar con su nuevo fusil Ferguson, una pieza única conseguida en el ejército.

Sergey era delgado y esbelto como un cuchillo afilado. Sus ojos eran de un gris tan claro que casi parecían blancos y siempre los llevaba bien abiertos como un signo de su locura. Miró a la mujer que yacía en su cama, era la condesa a la que había vapuleado el día anterior y a la que, prácticamente, había obligado a satisfacerlo sexualmente.

—Ordenaré a las doncellas que te laven. Hueles a granja y quiero que estés preparada para mí cuando regrese. ¿No te gustan los regalos que te hice ayer? —preguntó él con una sonrisa, esa mañana estaba de buen humor—. Espero que no desprecies mis atenciones —Señaló a los polluelos que había mandado a congelar y a guardar en arcones de vidrio. —De esto, ni una palabra a mi padre, ¿entendido? —amenazó, rozándole los pechos y pellizcándole un pezón hasta retorcérselo.

—Entendido, Alteza —respondió la bella mujer de pelo negro y ojos marrones tan grandes como expresivos con expresión dócil y voz atemorizada.

—Perfecto, todo está saliendo perfecto —canturreó el muchacho de apenas dieciocho años, dedicándole una sonrisa a su nueva conquista y cogiendo el fusil con extraordinaria destreza.

La hiena abandonó sus vastos aposentos imperiales decorados con columnas de oro y mármol blanco y se dirigió al jardín, quería llegar al bosque y poner a prueba su arma con las aves. El sol estaba despuntando y brillaba con debilidad sobre la cabellera castaña y larga del príncipe heredero. Entusiasmado y embobado con sus propias excentricidades no se dio cuenta de que la guardia imperial no estaba custodiando el lugar. Por lo que estaba solo, completamente solo. Y en peligro.

—Sergey, ¿a dónde vas? —lo detuvo Anastasia, tapada con un manto blanco de lana y unos guantes blancos de piel de topo. Se notaba a la legua que se había vestido a toda prisa, quizás movida por la preocupación de ver a su hermano sin compañía y en mitad del jardín solitario cubierto de nieve—. ¿No tienes frío? El cielo está despejado, pero hay hielo y nieve por todos lados. —Lo examinó con dureza de arriba a abajo. El muchacho no llevaba más que una camisa y

unos pantalones de cuero.

—¿A qué viene tu repentina preocupación por mí, Tassia?

—Te he visto desde mi alcoba, no es seguro que el zarévich vague por los jardines a horas tan tempranas. ¿No te has dado cuenta? La guardia imperial no está en sus puestos y el frío corta como un cuchillo. ¿Qué pretendes? ¡No puedes actuar como si no tuvieras responsabilidades!

—¿Has dicho que no puedo? —Sergey levantó la cabeza y la miró con prepotencia. —Cuidado, hermanita. No te extralimites en tus funciones.

—Está bien, Sergey. No cargaré en mi conciencia este día, yo ya te he avisado —dijo Anastasia con voz apática—. Vayámonos, Natasha —imperó a su doncella, dando media vuelta para regresar a la calidez del palacio.

Sergey la miró con hostilidad hasta que desapareció de su vista. ¿Quién se creía que era esa muchacha para darle órdenes? Era su hermana, pero apenas la consideraba como tal. Habían crecido separados y cuando tuvo la ocasión de conocerla fue con el fin de matarla. Por algún extraño capricho del destino, Anastasia había sobrevivido a la matanza de su boda. Y sí, la consideraba una aliada e incluso había empezado a acostumbrarse a su presencia, pero no por eso iba a consentir que le dijera lo que tenía que hacer. Nadie podía decirle lo qué hacer. ¡Él era el zarévich! ¡El hijo del zar! Había nacido para ser el heredero del imperio ruso y en sus venas corría la sangre de los vencedores.

—¿Por qué intenta salvarlo de mi letalidad? —inquirió Nicolás desde las tinieblas en cuanto Anastasia puso un pie en el palacio con el ceño fruncido—. ¿Acaso cree que ese niño puede ser su aliado? ¿Su camino hacia el trono? Pensé que actuaba por venganza y no por ambición. ¿O me equivocaba?

—¿Por qué no me ha delatado frente al zar? Ahora no tiene nada que esconder. ¿O me equivoco? —le devolvió la pregunta mientras le hacía una seña a Natasha para que se retirara.

Nicolás von Wittelsbach salió de la oscuridad que lo protegía y clavó sus ojos verdes sobre Anastasia. Llevaba un traje negro de piel de bisonte que ensalzaba su masculinidad. Alto, regio y esbelto se acercó a la princesa y la dejó sin aliento.

—Está agotando mi paciencia, zarevna —siseó, haciendo brillar su pelo corto y negro bajo las velas.

—Tengo mucha curiosidad. ¿Por qué se empeña en espíarme desde que llegué a San Petersburgo? ¿Acaso me teme? —lo retó con la mirada durante largos segundos de silencio espeso y abrumador.

—Por hoy se acabaron las preguntas —concluyó él—, creo que hemos abusado suficiente de la curiosidad —Insinuó apenas una sonrisa enmarcada por una barba corta y de aspecto reluciente.

Anastasia suspiró y miró a través de la ventana como Sergey entraba en el bosque sin escolta ni protección. La alianza con su hermano había sido efímera, pero fructífera. Gracias a él y a su influencia como príncipe heredero, había podido incriminar a Ekaterina por el secuestro de Klaus y liberarse ella misma de cualquier posible acusación. Había matado a dos pájaros de un tiro: se había lavado las manos manchadas por el secuestro y se había desecho de la molesta araña. Si Sergey moría, su padre se quedaría sin herederos varones y sin la posibilidad de engendrarlos a corto plazo. Nicolás se había quedado sin un heredero con el que jugar y ella también. ¿Era un empate? ¿Qué haría Alejandro ante el vacío de descendientes? ¿Modificaría la ley impuesta por Pablo I y permitiría que una mujer fuera la emperatriz de Rusia? En ese caso, ¿sería Tatiana la próxima en ocupar el trono? Pero ¿cómo verían los consejeros que la próxima emperatriz se casara con el rey prusiano? Era un enigma.

Hubiera preferido que Sergey viviera un poco más para utilizarlo a su antojo. Pero la idea de

que muriera tampoco le afectaba particularmente; al final de cuentas, Sergey era uno de los que estaban en su lista negra y tarde temprano hubiera muerto.

—Pensé que habíamos terminado de hablar —comentó, girándose de nuevo hacia Nicolás.

—Hemos terminado de hablar sobre trabajo. Ahora quiero saber si ha soñado conmigo alguna noche desde que la besé.

Le dio un vuelco el corazón. Anastasia alzó ambas cejas con el corazón retorcido y preguntándose si la serpiente tenía el poder de leer la mente humana. ¿Cómo sabía que había soñado con él? ¡Desgraciado impertinente! Sintió que el color de la vergüenza se apoderaba de su rostro, incapaz de ocultar el sofoco. ¡Maldición! ¿Por qué tenía que sucederle justamente eso a ella? No perdía la compostura frente a nadie excepto frente a él. ¡Su peor enemigo! ¡Era una estúpida! Y se odiaba a sí misma por arder en deseos de volver a ser besada por él. La rabia se sumó al bochorno y, terriblemente ofendida, giró la cabeza y el cuerpo dispuesta a marcharse sin responder absolutamente nada.

Sin embargo, uno de los brazos largos de Nicolás la cogió por la cintura y la atrajo hacia él, apretándola. Él buscaba su mirada, pero ella se mostraba esquiva. No quería mirarlo, porque sabía que si lo hacía podía recaer en su embrujo hipnotizante y ser envenenada con fines perversos.

—Si está buscando un reemplazo para su amante, será mejor que busque en otra parte —dijo ella, con la mirada baja—. Haga el favor de soltarme o gritaré, poniéndolo en evidencia.

—¿Por qué no deja de negarse el placer de sucumbir a lo prohibido? Se odia por desearme, lo sé. Sé que me considera lo más asqueroso y abominable de este palacio... y que no comprende cómo puede estar soñando conmigo noche tras noche. Lo sé todo sobre usted, Anastasia —siseó en su oreja, apartándole un mechón rojo del rostro con una caricia ardiente—. ¿Por qué cubre nuestra conexión con la enemistad?

—No sabe nada de mí, Nicolás. Absolutamente nada —trató de sobreponerse y de coger el aire que le faltaba—. No sé qué clase de ideas absurdas se habrá hecho, pero solo siento un profundo desprecio hacia usted. Creo habérselo hecho saber en más de una ocasión.

—A cada minuto.

—Entonces, suélteme —Trató de zafarse de la constricción de la serpiente.

—Con una excepción, el día en que cayó rendida en mis brazos —La apretó un poco más y le levantó la barbilla. La besó. La besó de nuevo, por segunda vez. Tomó sus voluptuosos labios entre sus colmillos y la devoró con ansias. Esas mismas ansias que habían sido contenidas desde que la besó por primera vez.

El beso fue apasionado, ardiente y necesitado con los abundantes pechos de Anastasia removiéndose contra el torso de Nicolás por la acelerada respiración y la excitación del cuerpo.

—Deténgase —suplicó ella.

—Dígame una cosa, ¿cómo lo hace para que su cabello parezca un manto de fuego? —Coló sus largos dedos en el interior de su cuero cabelludo y los deslizó hasta donde el largo de su brazo le permitió—. Es infinito —susurró, observando la cabellera que le caía hasta más allá de las rodillas—. Me gustaría verlo esparcido sobre mi lecho.

Aquella declaración le metió el corazón en un puño y la mano le corrió hasta el rostro de Nicolás, dándole una sonora y dolorosa cachetada (la segunda). Después, con la rodilla le dio un golpe en la entrepierna y se liberó de él de una vez por todas. Gracias a Dios, no se le habían olvidado las clases de Izabella por mucho que se intoxicara con el aroma del príncipe.

—Había olvidado que ha sido usted entrenada por una cosaca —lamentó Nicolás, llevándose las manos sobre las partes nobles con un ligero gesto de dolor.

—Procure no olvidarlo en el futuro. Olvídese de lo que sea que pretenda conmigo, Alteza. No soy una pieza más de su tablero.

Dio media vuelta, cogió el largo de su manto de lana y se marchó dispuesta a encerrarse en su alcoba hasta que se le pasaran el aturdimiento y el sofoco.



A Sergey no le daba miedo el bosque ni las bestias que en él pudieran refugiarse. Era veterano en las expediciones solitarias y en la cacería, nada le preocupaba. Ni siquiera la extensa arboleda que se alzaba imponente frente a sus ojos. Andaba con seguridad y con el rifle Ferguson en las manos. Era una mañana perfecta.

Hasta que sintió un soplido de viento frío con el que el aire adoptó un matiz aterrador. Detuvo su paso con el vello erizado y miró a su alrededor.

—¿Quién anda ahí? —preguntó a la nada, cargando el fusil.

No hubo respuesta, tan solo el resoplido del viento glacial. Aun así, Sergey supo que estaba en peligro, lo sintió en lo más profundo de su ser y recordó las palabras de Anastasia: *"no cargaré en mi conciencia este día"*.

Se dispuso a deshacer el camino con agilidad, respirando con fuerza y mirando hacia todos aquellos lados que sus ojos fueran capaces de atisbar. Pero se olvidó de mirar hacia las copas de los árboles, desde donde cayó un hombre encapuchado tres veces más grande que él, cortándole el camino. La capucha ensombrecía el rostro del desconocido, pero atisbó el brillo amenazante de sus ojos.

Durante unos instantes no se atrevió ni a respirar.

—¡Alto! ¡Soy el príncipe heredero! —vociferó el muchacho finalmente, apuntando a la bestia con su fusil Ferguson.

Disparó un par de veces sobre el pecho del gigante con las manos temblorosas y, sintiéndose victorioso, buscó en su adversario signos de abatimiento. El desconocido, al contrario, se abalanzó sobre él con un rugido y lo cogió por la garganta, ahogándolo.

Sergey trató de deshacerse del asfixiante agarre de la bestia, pero le fue imposible. Es más, ni siquiera tocaba de pies al suelo. El gigante lo había alzado dos metros sobre el suelo y lo estaba estrangulando.

Inevitablemente, la hiena murió ahogada.

El zarévich había muerto.

Capítulo 20

Donde empieza todo

Alejandro Pávlovich Románov, emperador y autócrata de todas las Rusias y Rey de Polonia, llevaba veinte años en el trono y aunque todavía se mostraba regio e imponente los signos de la fatiga empezaban a reflejarse en su rostro.

—¡Por Dios! ¡Que alguien haga callar a esos perros! —imperó Alejandro, alzando su voz grave y autoritaria mientras rezaba en la capilla familiar.

—Sí, Alteza Imperial —reverenció Máksim, el mayordomo que había servido durante toda su vida en el palacio de invierno—. Es extraño el proceder de la jauría. No suele agitarse sin ningún motivo —reflexionó en voz alta el empleado mientras hacía una seña a los lacayos para que acallaran los insistentes ladridos.

Era la costumbre del zar dedicar parte de la mañana a sus oraciones. Por haber vencido a Napoleón estaba convencido de que su vida estaba imbuida por una misión divina. No solo había liberado a Francia del opresor, sino que había liberado a Europa del turbador de la paz. Pasaría a la historia como un defensor de los derechos sagrados de la humanidad.

Sin embargo, su papel como líder se veía empañado por las intrigas y los sacrificios del alma. Él era un hombre de decisiones firmes y educado que creció bajo las faldas de Catalina La Grande. Su abuela lo instruyó y lo influyó con sus ideas liberales y progresistas. No en vano, Catalina había sido una de las gobernantes más cultas y reformistas de Rusia.

Entre él y su abuela se estableció un vínculo especial y estrecho, dejando de lado a su padre, Pablo a quien consideraban débil y arcaico. Se rumoreó en esos tiempos que el verdadero sucesor de Catalina debía ser su nieto y no su hijo. Pero Catalina fue incapaz de dejar de lado a su primogénito. Cuando ella murió por un derrame cerebral Pablo I ascendió al trono.

Su reinado fue corto y marcado por el miedo y la paranoia. Pablo, convencido de que querían matarlo, mandó a construir un fuerte en el que recluirse. Pero eso no lo salvó, sino que aceleró el golpe de estado que lo llevó a la muerte.

Alejandro jamás olvidaría esa noche del año 1801 cuando lo despertaron y le dijeron que era el nuevo emperador. Su padre, en esos instantes, yacía muerto por un golpe en la cabeza en el suelo de la habitación de al lado. Al principio renegó de su cargo, incapaz de procesar que su progenitor hubiera sido asesinado. Pero su madre, Sofia Dorothea de Wurtemberg, lo ayudó a restablecerse y pocas horas después aceptó su destino sin mirar atrás.

Al principio, reinó con honor y disciplina rodeándose de las mentes más ilustres del país, incluido Mijaíl Speranski al que llegó a considerar su verdadero amigo. Jamás fue un hombre intrigante; es más, odiaba las intrigas. Pero con el tiempo se dio cuenta de que sin ellas era imposible mantenerse en el poder. Pronto los amigos se convirtieron en enemigos y personas por las que hubiera dado la vida, lo traicionaron. Era morir o vivir y, por supuesto, decidió vivir. No era un buen conspirador, pero había conseguido mantener a raya a los usurpadores y a las amenazas potenciales. Así como la ambición lo corrompió y lo convirtió en un hombre de confabulaciones y asesinatos a sangre fría.

Sus ideas de cariz progresista fueron cambiando con el tiempo, en cuanto comprendió que ese camino iba a destruir la dinastía de los Románov. Por eso, cuando Mijaíl Speranski le presentó la nueva constitución en la que se liberaban a los esclavos campesinos; la aprobó, pero jamás la

firmó. Fue duro para él tener que deshacerse de su buen amigo y, dicho de paso, también fue duro atentar contra la vida de su propia hija.

Ahora, tenía la sensación de que todos sus sacrificios habían sido en vanos. Los reformistas habían vuelto a la corte y tarde o temprano exigirían sus derechos. Unos derechos que algún día llevarían al sistema autocrático a la destrucción. El zar ya no ostentaría el poder absoluto y figuraría como un mero objeto de decoración al que sacar a relucir cuando el país lo solicitara.

—¡Alteza! —Entró uno de los miembros del alto servicio con el rostro descompuesto y la mandíbula prácticamente desencajada haciendo repicar sus botas repletas de nieve en la capilla.

—¿Cómo te atreves a entrar aquí con esas botas? —acusó Alejandro.

—Está nevando, Alteza —se disculpó el pobre hombrecillo con un bigote que le cubría prácticamente todo el rostro—. Está nevando —repitió, nervioso.

—Se trata de su hijo, emperador —aclaró una de las marquesas que vivían en el palacio, entrando tras el sujeto inicial con apariencia temerosa y alicaída.

«¡Por Dios Misericordioso!»

«Siento informarle que ha ocurrido una desgracia.»

«¡Su hijo!»

«El zarévich ha muerto.»

Alejandro cruzó el jardín con esas voces en su cabeza. Acababan de informarle que Sergey había sido hallado sin vida en la pista de patinaje, el lago congelado. Pero él se negaba a creerlo hasta que no lo viera con sus propios ojos. Sin ropa de abrigo y con pasos firmes llegó hasta el lugar en el que estaban sacando el cuerpo inerte de su hijo de las profundidades del agua helada. Se quedó algunos metros rezagado, observando en silencio el trabajo de los hombres que tiraban de las cuerdas que se hundían en el amplio orificio del hielo.

«*Este no es mi hijo*», pensó al ver el esfuerzo de los hombres para sacar el cuerpo del agua. ¿Cómo podía pesar tanto? Si Sergey era delgado, pequeño... poca cosa.

O así lo recordaba hasta que lo vio. ¡Cuánto había crecido! ¿Cuándo se había hecho tan mayor su hijo? ¿En qué momento de su fatigada vida había dejado de mirar a sus hijos? Al verlo, la primera imagen que invadió su mente fue la de su difunta esposa Anya y agradeció para sus adentros que ya no estuviera presente. ¡Con qué felicidad recibieron a ese ansiado varón! ¡Y qué forma tan lamentable de perderlo!

—¡Alteza! —exclamó uno de los hombres al percatarse de su presencia, abriéndole paso.

El resto de los palafreneros lo imitaron y le hicieron una reverencia al mismo tiempo que se apartaban, dejándole un camino hasta el cuerpo de Sergey que descansaba sobre el hielo. Pasó entre ellos con el gesto imperturbable. Su larga barba rubia se cubrió de canas al hacerlo y sus ojos de color aceituna se apagaron definitivamente, dando paso a un anciano gastado y exhausto que cayó de rodillas al lado del zarévich. Sin emitir ni una sola lágrima, el padre cogió entre sus brazos a su hijo y lo abrazó en el más absoluto silencio.

—Creemos que el hielo se resquebrajó —musitó uno de los guardias, cabizbajo—. Y se hundió.

Alejandro observó las marcas de estrangulamiento que tenía Sergey en el cuello y esbozó una mueca de incredulidad. Su hijo se había labrado la fama de cruel y sanguinario, era un muchacho desquiciado al que todos temían. No era de extrañar que alguien hubiera querido cobrarse alguna de sus afrentas o que, simplemente, se tratara de una jugada maestra por parte de alguno de los intrigantes del palacio. ¡Qué hartó estaba de esa vida! La corona le pesaba tanto como Rusia. Ojalá su padre no hubiera muerto esa noche, ojalá no hubiera tenido que aceptar esa tediosa responsabilidad durante veinte largos y penosos años. Él jamás había deseado el poder. Se lo

habían impuesto.



El entierro fue digno del príncipe heredero y una gran multitud de personalidades acudió a presentar sus respetos al zar. Los consejeros reales propusieron abrir una investigación de la muerte del zarévich y Alejandro aprobó la propuesta sin demasiadas esperanzas ni deseos de encontrar la verdad.

—También deberíamos considerar la posibilidad de abolir la ley que impuso su padre —comentó Ser Lancel, sentado en una de las ocho sillas que configuraban el consejo real. Ser Lancel había servido con honestidad al imperio desde que tenía uso de razón, miembro de una de las familias más importantes y un caballero ante todo, se mostraba seriamente preocupado por la dinastía de los Románov tras sus envejecidos ojos marrones.

—¿Deberíamos permitir que una mujer acceda al trono imperial? —inquirió Ser Maximus Turbin, el padre del difunto Víktor Turbin con una mueca de repugnancia y cierta hostilidad. Sentado a la izquierda del emperador, imponía por su altura y su pelo rubio siempre resplandeciente.

—No debemos olvidarnos del gran ejemplo de Catalina La Grande —añadió Ser Aron, el más joven del grupo. Él había estudiado en las mejores universidades de Rusia y era considerado un hombre de palabra y de razonamientos lógicos.

Los siete miembros del consejo miraron a Nicolás, sentado a la derecha del emperador, en busca de la valorada y estimada apreciación del asesor personal. Era irónico pensar que en realidad ese hombre con el que tanto confiaban era el asesino de Sergey (él había pagado a la bestia para que liquidara al zarévich).

—A mi juicio no deberíamos abolir dicha ley, sino que deberíamos hacer una concesión especial con el fin de que Tatiana pudiera heredar el trono. Ella es la única mujer válida y capacitada para semejante encomienda. No podemos permitir que el poder recaiga sobre damas volubles y poco cualificadas como la Gran Duquesa Anastasia. Si abriéramos esa brecha, nos debilitaríamos. ¿Os imagináis siendo gobernados por una muchacha que lo único que ha estudiado son los versículos de la biblia? —Los hombres presentes rieron ante la descabellada idea, todos menos el zar que se mostraba apático a todo cuanto lo rodeaba. — Dejemos que las mujeres recen por nuestras almas y limitémonos a ser realistas. Voto por nombrar a la Gran Duquesa Tatiana Aleksandróvna Románova como la digna y única sucesora del zar Alejandro I de Rusia.

Una reverberación de "síes" recorrió la sala del consejo con el ánimo parcialmente recuperado tras la aparente derrota.

—Parece que ha olvidado, muy casualmente, que la Gran Duquesa Tatiana está prometida con su hermano, el rey de Prusia —intervino Damien Obolénski, entrando en la sala en ese preciso instante con una manzana en la mano a medio comer y con actitud vacilante—. Siento el retraso —esbozó una sonrisa cínica hacia el resto de los consejeros—. Pero no me llegó la notificación de la reunión. Es la quinta vez que a alguien se le olvida enviármela —Miró al secretario significativamente y tomó asiento en la octava silla alrededor de la alargada y rectangular mesa de negociaciones. —Yo voto por abolir la ley que prohíbe a una mujer ser la emperatriz de Rusia y dar la oportunidad a ambas hijas del zar de heredar el trono en el futuro.

—Es un tanto punzante que hable de Anastasia Románova como si no hubiera intentado

matarla el día de su boda —inclinó Ser Thonas, el asesor encargado de la política internacional. Era extremadamente bajo, rozando el enanismo y su cabeza brillaba por ser completamente calvo.

—Verá, Ser Thonas, que siga malgastando sus esfuerzos en inculparme por crímenes que todos los aquí presentes saben que no cometí, me halaga. Eso significa que me teme —Esbozó la sonrisa cínica que le caracterizaba y le dio un mordisco a la manzana mientras estiraba las piernas de forma tosca y algo vulgar.

Damien Obolénski era de mediana estatura, hombros anchos y media melena recogida con una *semicoleta*. Sus ojos eran pequeños, pero brillaban como dos luceros azules bajo unas cejas pobladas de color negro, una de ellas partida por una pequeña cicatriz propia de los hombres que han batallado con los puños. Tenía los cuarenta y tres años cumplidos y su barba era corta y dura en consonancia con su prominente nariz romana y sus labios finos. No era un hombre alto ni excesivamente corpulento, pero había algo en su carismática personalidad que intimidaba.

—Señores, por favor —calmó Ser Lancel, movido por el temple propio de su avanzada edad—. Dejemos las disputas del pasado en el pasado y preocúpense por el asunto que nos atañe hoy. Por extraño que parezca, estoy de acuerdo con Ser Obolénski —concedió, señalando con sus manos arrugadas y manchadas por el paso del tiempo al reformista—. La Gran Duquesa Tatiana se casará pronto con el rey de Prusia y es nuestra obligación sopesar las ventajas y los inconvenientes de dicha unión en el caso de que la nombremos nuestra emperatriz.

Nicolás removió sus ojos de serpiente sobre Damien Obolénski, quien lo ignoró por completo con otro feroz bocado a su ya extinta manzana.

—Siempre podemos redactar un acuerdo matrimonial en el que se establezca que Klaus von Wittelsbach no tendrá protestad sobre el imperio ruso. En nuestra corte tan solo será reconocido como el esposo de la emperatriz; no será valorado como consorte ni como igual. No sería la primera ni última vez que se establece un pacto de esta índole. Una boda de tan alta alcurnia requiere largos y cuidadosos preparativos, capitulaciones, detalles respecto a la dote...

—Hay tiempo para las negociaciones. Propongo que meditemos y reflexionemos sobre el asunto y pospongamos la votación para nuestra siguiente reunión. En ella deberemos invitar a los altos cargos de la iglesia y a los demás mandatarios del país. Estamos hablando del futuro del imperio —determinó Ser Makari, ancho como un tonel y sin barba.

Los ilustres señores estuvieron de acuerdo con las palabras de Ser Makari y se retiraron con el beneplácito del zar junto a sus legajos con aspecto meditabundo.

—Quiero viajar a Crimea —dijo Alejandro con Nicolás y Damien como únicos testigos de sus palabras.

—¿A Crimea, Alteza? —preguntó Nicolás, extrañado.

—Hace años que no viajo. Después de la votación acerca de quién me sucederá a mi muerte, partiré —expresó, pasándose la mano por su barba canosa y entrecerrando sus ojos pequeños.

—No se olvide de que hay un juicio por celebrar, Alteza. Será dentro de menos de un mes.

—Estoy convencido de que podrás ocuparte tú mismo del juicio en mi ausencia. Ekaterina no es de mi interés, hoy mismo ha llegado la anulación papal de nuestro matrimonio. No quiero volver a ver a esa mujer. Solo quiero salir de este palacio. Solo eso... —Se levantó, obligando a sus dos consejeros a hacer lo mismo por respeto hasta que salió del salón.

—El viejo está cansado —comentó Damien, tirando los restos de la manzana por la ventana y limpiándose las manos con un pañuelo de seda blanco—. No le culpo, no debe ser fácil vivir rodeado de serpientes, arañas y zorros.

—¿Y usted? ¿Qué clase de animal es? —inquirió Nicolás, alejándose de la mesa de

negociaciones.

Nicolás era un hombre alto, de treinta y pocos años con el pelo negro brillante y cejas perfiladas como su rostro embellecido por una suave y recortada barba. Sus ojos eran verdes grisáceos con las pupilas verticales y su voz siseaba como la de una serpiente.

—Siento decepcionarle, Alteza —reverenció el reformista con sarcasmo—. No soy ningún animal, soy un ser humano —Lo enfrentó. —Un ser humano con todas las cualidades de un hombre que no se tuerce ni se deja vencer por alimañas —amenazó, quedando dos cabezas por debajo del príncipe.

—Es un hombre duro —se burló la serpiente—. Lo admiro, pero con el tiempo he aprendido que la dureza se queda corta frente a la letalidad.

—¿Y qué me dice si la dureza se une con la astucia?

Una sombra oscura pasó a través de los ojos de Nicolás, dilatando sus pupilas y sus fosas nasales. Una punzada desagradable se clavó en su corazón de reptil y se quedó en silencio con la desagradable visión de Anastasia y Damien juntos, aliados. No era que no supiera que ambos se habían aliado desde hacía mucho tiempo, pero vivirlo y verlo le causaba una sensación tan desagradable que juraría que se estaba intoxicando con su propio veneno.

—Entiendo —rió Damien, encendiéndose un puro de tamaño medio que olía a tabaco y a humedad—. Ha habido guerras por el amor de una mujer.

—No me ofenda con palabras tan bajas —se recuperó Nicolás, irguiendo la espalda—. Todo lo que hago tiene su razón de ser. Las inclinaciones sentimentales de una niña no son de mi interés, puede estar convencido de ello, aunque el solo hecho de tener que aclararlo ya me resulte insultante.

—¿Y las inclinaciones mandatarias? Amor y muerte van de la mano, serpiente. Quizás debería ceder en algunos aspectos si pretende vivir una vida plena y longeva.

—¿No pretenderá darme lecciones de mansedumbre? Puede que sea el líder del movimiento reformista y que tenga diez años más de vagancia en esta tierra que yo. Pero no es más que un peón, Damien. Un don nadie que debe ser aplastado. No importa los motivos que tenga, cualquier persona que se atreva a desafiar el poder gobernante debe ser aniquilado sin piedad. Todo es cuestión de tiempo.

—Adoro los peones. Soy un peón orgulloso. Ahora, si me disculpa... Alteza —Soltó una bocanada de humo. —Necesito acicalarme, tengo una cita con la futura emperatriz.

—Es usted muy optimista.

—Príncipe prusiano, si todavía no ha entendido que Anastasia Románova será la próxima emperatriz de todas las Rusias es que no ha estado prestando atención y he sobrevalorado sus cualidades —zanjó la conversación Damien, abandonando la sala con una reverencia burlona.



Capítulo 21

Cuantas más personas amas, más débil eres

Las hermanas Románova, Tatiana y Anastasia, estaban sentadas en la biblioteca del palacio, cerca de la gran chimenea de estilo gótico que presidía tan magnánima sala repleta de escaleras de madera y de bustos altivos. Vestidas de luto por la reciente muerte del zarévich, su hermano menor, tejían y bordaban rodeadas por un millar de libros que olían a maravillas por descubrir.

Anastasia observaba las flores bordadas de su bastidor con una disimulada mueca de aburrimiento mientras daba puntadas firmes y precisas.

—Tendrás que disculparme por mi falta de tacto con respecto a la muerte de nuestros seres queridos, Anastasia. Pero tengo la escabrosa sensación de que jamás nos liberaremos del luto —comentó Tatiana con cierto tono de hastío—. Apenas empezábamos con el medio luto y mis vestidos lucían más claros: azules, morados, grises... cuando ahora debo volver al negro más absoluto. Y no solo eso, sino que he tenido que renovar el armario con vestidos de crepé negro porque estaría muy mal visto que llevara la misma ropa que usé para el duelo de madre.

Anastasia no respondió nada, pero observó el atuendo negro de su hermana: una falda con volantes, una camisa con hombros abultados, un cuello alto decorado con encaje y un pequeño velo atado a una diadema de azabaches corrido hacia atrás con el fin de llevar el rostro descubierto y ser capaz de enhebrar la aguja.

Por si el aspecto de Tatiana no fuera lo suficientemente lamentable había que añadirle al cuadro escénico las ventanas con las cortinas cerradas, los sirvientes vestidos de negro, los relojes parados, etc.

Nadie sentía ni padecía la muerte de Sergey, absolutamente nadie a excepción del zar. Pero las normas protocolares eran estrictas y debían cumplirse. O, al menos, debían cumplirse en gran medida. Anastasia, por su parte, llevaba un hermoso vestido de tafetán oscuro con escote cuadrado y un diminuto velo con calado floral. Era un atuendo apropiado y a la vez hermoso.

—Su Majestad, el rey de Prusia, Klaus von Wittelsbach —anunció uno de los mayordomos reales a las princesas—. Y la reina madre, Luisa de Prusia.

Tanya se apresuró en cubrirse con el velo mortuario y se incorporó inmediatamente ante la presencia de su prometido, ¿estaba nerviosa?

Anastasia, en cambio, dejó tranquilamente su bordado sobre la mesa auxiliar y se puso de pie

para recibir a los extranjeros con estudiada lentitud y elegancia.

—Querida —saludó Klaus a Tanya con un beso sobre el dorso de su mano—. Gran Duquesa Anastasia —reverenció.

—No se incline, por favor —pidió Anastasia—. Usted no es inferior a nosotras, es el rey de Prusia.

Klaus esbozó una sonrisa protocolar ante la cortesía de la princesa y dejó pasar a su madre.

—Reina madre —dijeron Tatiana y Anastasia al unísono.

—Sentimos mucho vuestra pérdida; sin duda, este debe haber sido un año muy complicado para vosotras... De hecho, lo ha sido para todos —comentó Luisa envuelta de crepé negro; ofreciendo un corto, pero afable abrazo a las dos muchachas.

—¿Podemos acompañarlas? —preguntó Klaus, mirando a Tanya con una sonrisa bobalicona.

Anastasia había tenido pocas oportunidades de coincidir con la madre de los prusianos y le dio la sensación de que, entre todas las sabandijas de la corte, esa mujer era diferente. Sus ojos eran cálidos y familiares, lejos de los ojos imponentes e inhumanos de sus hijos. Era cierto que Nicolás tenía la mirada de una serpiente, pero la mirada de Klaus tampoco se quedaba atrás: era completamente transparente, gélida, terrorífica... En cambio, Luisa era entrañable además de ser alta, de pelo rubio canoso y facciones hermosas, aunque arrugadas.

Los mayordomos apartaron dos sillas para ayudar a los reyes a sentarse y luego las princesas los imitaron.

—Primero, la muerte de vuestra madre... Después, la de mi esposo y ahora, la del pobre zarévich. Era tan joven... Tenía toda una vida por delante —lamentó Luisa.

—Ha sido una verdadera sucesión de desgracias —coincidió Tatiana, apretando el pañuelo de seda que llevaba entre las manos y evitando la mirada del rey.

Anastasia reparó en que su hermana estaba algo inquieta. Y aunque no se creía su papel de dama melindrosa, estaba convencida de que sentía algo por su prometido. El temblor de sus manos enguantadas la delataba.

—No obstante, tengo una buena noticia entre tantos infortunios —dijo Klaus—. Nuestro enlace no se verá postergado, querida Tanya —informó—. Vuestro padre no está interesado en prolongar más nuestro compromiso. Se celebrará dentro de dos meses.

—¡Gracias a Dios! —se complació la prometida, dejando que el rey tomara su mano por unos instantes—. Por un momento creí que nos veríamos con la obligación de cambiar el día.

—En Prusia estamos deseosos de coronar a nuestra nueva reina —manifestó Luisa con una sonrisa.

—Son admirables los derechos que se proporcionan a las reinas en Prusia —dijo Anastasia con un hilo de voz inocente y removiendo sus pestañas rojizas con extremada ingenuidad—. Es una lástima lo que pretenden hacer aquí con los consortes... ¿No es cierto, Tanya? —inquirió, llevándose la mano sobre el guardapelo que llevaba colgando de su escote y que contenía un mechón de Mijaíl Speranski, al que todos habían olvidado...menos ella.

Su hermana la miró con desaprobación, pero ella fingió no entenderla y prosiguió ante la mirada confusa de los prusianos. —La humillación a vuestro futuro esposo ya está empezando a calar en el pueblo —continuó Anastasia—. El otro día llegó a mis oídos una canción satírica... la escuchó Natasha cuando salió a comprar las hierbas que necesito para dormir. Decía algo así... *"Tatiana y Klaus gobernarán en vano, pues gobernará la dama y no el prusiano. Igual que con Catalina, la vida del futuro esposo pronto termina."*

—¡Es suficiente! —imperó el rey—. ¿A qué se debe esta burla? —Se levantó de la silla, ofendido. Y obligó a las mujeres a hacer lo mismo.

—Lo he dicho para que se hagan cargo de la triste situación que vivimos en este país —se disculpó el zorro, aparentando pesadumbre.

—No me refiero a sus palabras, Gran Duquesa. Comprendo que es usted muy joven para comprender el verdadero alcance de esa canción popular. —Dio media vuelta y salió de la biblioteca enfurecido, dando zancadas largas y atronadoras.

—¿Desea bordar con nosotras? —preguntó Anastasia a Luisa, como si no hubiera ocurrido nada. Haciendo brillar sus ojos azules y gélidos con una mueca de incompreensión fingida.

—Agradezco el ofrecimiento, pero será mejor que siga los pasos de mi hijo. Necesito descansar.

—Oh, por supuesto.

—No te preocupes, querida Tanya —ultimó la reina madre, cogiendo las manos temblorosas de la joven—. Los hombres hacen y deshacen a su antojo. Un matrimonio de esta índole está envuelto por un sinfín de negociaciones que no deben empañar tu felicidad.

—Agradezco sus palabras.

Luisa abandonó la estancia seguida por su séquito personal de doncellas.

—¿Por qué lo has dicho? —reclamó Tanya en cuanto tuvo la seguridad de que ningún prusiano podría oírla.

—¿Acaso he dicho alguna mentira? ¿No es cierto que pretenden convertirte en la heredera del trono ruso y hacer del rey prusiano un mero objeto de decoración en este país?

—Son las negociaciones de nuestros consejeros. No hay nada definitivo aún. No tenías por qué decirlo —se molestó.

—Solo he expresado mi humilde opinión ante un hecho. ¿Por qué quieres mentir a tu prometido?

—No lo estaba mintiendo... Solo estaba esperando a que el asesor de padre, Nicolás, hablara con su hermano y le explicara la situación una vez fuera una certeza y no una mera posibilidad. Además, son asuntos que nosotras no deberíamos tratar. No es de nuestra competencia meternos en las negociaciones de los hombres.

—Entonces, querida. Si no son de nuestra competencia, ¿por qué insistes en hablar sobre ellos? Ya has oído al rey extranjero, yo tan solo soy una joven que no distingue el bien del mal. No me culpes a mí por mi inexperiencia y mi ingenuidad. Si hay algo de escabroso en todo este asunto lo desconozco por completo. ¿Por qué te enfadas? Deja que los hombres lo solucionen, nosotras limitémonos a bordar —Anastasia volvió a sentarse y retomó el bordado que había dejado a medias ante la mirada dolida de Tatiana, que no tuvo más remedio que guardar silencio. Anastasia era demasiado hábil como para competir con su dialéctica y salir inmune de ella.



Klaus von Wittelsbach anduvo hasta la sala del trono acompañado por sus fieles consejeros prusianos y no esperó a ser anunciado para entrar en ella.

—Klaus... —nombró Alejandro al verlo, sorprendido y cansado—. Pensé que lo habíamos hablado todo —comentó, rodeado por sus ocho asesores—. Acabamos de reunirnos y ahora...

—¡Disculpe, Alteza Imperial! —dijo el rey de Prusia, acercándose al emperador—. Siento interrumpir su ajetreada mañana. Pero han llegado a mis oídos noticias muy poco alentadoras. Esta mañana, cuando hemos confirmado la fecha en la que se unirán nuestros países, se le ha

olvidado mencionarme que pretende convertir a mi prometida en la emperatriz de Rusia y dejarme a mí de lado. Como hombre, esto es una ofensa. ¿Cómo puedo vivir a la sombra de mi esposa? Su hija Tatiana será tratada con todos los honores en Prusia, creo que merezco el mismo respeto — explicó, molesto—. Me siento ignorado, despreciado.

—¿Quién te ha relatado lo ocurrido? —preguntó Alejandro—. A lo mejor te han dado a entender una mala intención que no he tenido. No hay nada decidido, las negociaciones todavía están en curso.

—Hermano —intervino Nicolás, dando un paso al frente—. Pensaba informarte sobre el asunto en cuanto la decisión de coronar a la Gran Duquesa Tatiana como la futura emperatriz de todas las Rusias fuera una decisión unánime del consejo. Las negociaciones de vuestro matrimonio no están concluidas —señaló, dedicando una mirada rápida a los nobles que acompañaban a Klaus y que se mostraban tan contrariados como su rey.

—¡Son migajas! Todo cuanto nos estáis diciendo no son más que palabras vacías —inculcó Ser Johan, amigo íntimo de Klaus—. Sea como fuere, la decepción de nuestro rey se le hace insoportable. Hasta el punto de poder convertirse en un problema de estado. No estamos hablando de aumentar la dote o de las exigencias políticas habituales... Estamos hablando del futuro de un imperio en manos de una joven que pretende convertirse en nuestra reina.

—Mi hija no pretende nada, señor —corrigió el zar con voz pesada y apático—. Como tendrá a bien comprender su rey, hemos estado muy ocupados enterrando a nuestros seres queridos. Ahora, hay un vacío de poder... de linaje. Y solo puede solventarse aboliendo la ley que impuso mi padre en la que se prohíbe a una mujer ascender al trono. Tan solo estábamos comentando las posibilidades entorno a esta desagradable tesitura. En ningún momento hemos pretendido ofender a nuestro país vecino, con el que llevábamos siglos de paz y buena armonía. Somos una familia.

—Y en una familia no debería haber secretos —añadió Klaus, mirando significativamente a su hermano—. No negaré que sospeché la posibilidad de que mi prometida se convirtiera en Zarina tras la lamentable muerte del zarévich. He de admitir que he ignorado tan evidente hecho obcecado con desposarla. Sin embargo, ahora que esta suposición se ha convertido en una realidad, exijo estar presente en las negociaciones que atañan a la Gran Duquesa Tatiana.

—No tengo ningún inconveniente —permitió Alejandro.



A Anastasia le fascinaba recorrer los pasillos del palacio, incluso había conseguido acceder a las partes prohibidas gracias a la ayuda de Máksim. Sentía que en todos y cada uno de sus paseos descubría algo nuevo e interesante. Se nutría de las pinturas y de los objetos de gran valor, estudiando sus trazos y su arquitectura con el fin de memorizar la belleza del imperio ruso.

Damien Obolénski la informaba sobre todo cuanto se decía en las reuniones. Al parecer, pretendían convertir a Tatiana en la sucesora al trono en lugar de abolir la ley que prohibía a una mujer gobernar. Aquello le resultaba molesto, terriblemente molesto. No podía permitir que la ningunearan. Es más, no podía permitir que Nicolás se saliera con la suya. Por algún motivo, la serpiente era el defensor más férreo de dicha propuesta. Y estaba convencida de que era a causa de alguno de sus motivos egoístas. Si pudiera hacer que Izabella lo matara de una vez por todas, lo haría. Pero era demasiado arriesgado.

¿Qué pretendía Nicolás al ayudar a Tatiana? ¿Convertir a su hermano en el poder gobernante

de Prusia y Rusia? Lo dudaba mucho. También dudaba de que su padre permitiera que el país vecino metiera sus narices en el imperio. Había algo en la ecuación que sobraba y, sin duda alguna, era Klaus. Se acercó a la chimenea con el mosaico romano que un día la llevó a descubrir el amorío entre Nicolás y Ekaterina con la esperanza de oír alguna pista en el conducto del humo.

El más absoluto silencio la abordó, confirmando sus sospechas acerca de su estupidez momentánea. ¿Acaso esa chimenea era un oráculo? Dio media vuelta y se coló por una puerta secreta de la que había conseguido la llave seduciendo a Máksim. Esa puerta daba paso a unos túneles secretos que recorrían el palacio. Eran un tanto oscuros y misteriosos, pero los disfrutaba sobremanera.

Cuando se adentró en ellos ayudada por un candil, no imaginó que oiría la voz de Tatiana parlamentando en uno de los pasillos lejanos. El corazón se le aceleró. ¡No podía ser cierto! ¡No podía ser verdad que la verdad llegara a ella una vez más!

—Las cosas se están complicando —dijo Tatiana.

—Es de vital importancia que acabe con la vida de Klaus una vez esté casada con él. No podemos permitir que, ahora que serás coronada como emperatriz, acceda al trono ruso. El objetivo es conquistar Prusia desde las sombras, no ser conquistados.

—No se preocupe, Nicolás, lo haré. Lo haré y después usted eliminará a mi padre, al zar. No puedo perdonarlo después de lo que le hizo a mi madre... Y de lo que trató de hacerle a Anastasia. Tampoco puedo perdonarlo por obligarme a casarme con Klaus para matarlo. Yo no soy así, no soy así... Solo quiero vivir una vida. Tener mi vida... Y solo lo conseguiré cuando acabe con la ambición y el despotismo de mi padre. He amado a mi familia, pero llega un punto en el que hay que tomar decisiones para sobrevivir.

—Silencio —ordenó la serpiente—. Hay alguien...

Anastasia, con el corazón en la garganta, deshizo el camino corriendo. La situación le recordó el día en que hizo lo mismo y se topó con Mijail, por eso no se olvidó de mirar hacia delante esa vez. Veloz como un zorro consiguió escapar. Ahogada por el esfuerzo, el miedo y la emoción se apoyó en una de las columnas de oro que había en la sala dorada en cuanto supo que estaba a salvo.

Acababa de confirmar que Tatiana siempre lo supo todo acerca del complot en contra de su vida. No le importaba que se arrepintiera, si ella estuviera muerta... ¿De qué valdría su arrepentimiento? Además, Tanya era una pieza clave en el entramado de Nicolás. Nicolás pretendía hacerse con el trono de Prusia y, seguramente, una vez eliminado el zar con el trono de Rusia. ¿Casándose con Tanya, la próxima emperatriz?

No iba a permitirlo.

"Una vez más me veía con la obligación de decidir entre mi compasión y mis obligaciones. Tatiana pudo haberme avisado de que iba a morir en el día de mi boda... pero no lo hizo. Ya fuera por falta de valor o por haber sido coaccionada... no era justificación alguna. Tampoco entraba en mis planes que mi hermana se hiciera con el poder de dos países ayudada por la serpiente, quien gobernaría verdaderamente. Debía hacer algo para acabar con ella." Pensamientos de Anastasia.

Capítulo 22

La rueda gira

Un buen estratega no podía depender de un único plan. Nicolás von Wittelsbach había grabado a fuego esa frase en su mente durante toda su vida y se había proclamado siempre el vencedor gracias a ella. Por eso, para alcanzar sus metas siempre trazaba varios caminos para llegar hasta ellas. ¿Qué estúpido se jugaría su futuro en una única carta?

No mantenía ningún tipo de relación sentimental con Tatiana. Eso era imposible, tanto por parte de la princesa como por su parte. Simplemente, entre ellos no se había establecido ese tipo de conexión. Estaban aliados con el único fin de vencer al zar, Alejandro. Y, en su caso particular, con el fin de ostentar el poder en Rusia y Prusia.

Tatiana quería matar a su padre para liberarse de su yugo y para vengarse de todas sus atrocidades cometidas. La princesa amaba a Alejandro genuinamente, pero era demasiado doloroso para ella ver en qué se había convertido. Para Tanya era imperdonable que hubiera intentado matar a Anastasia y tampoco podía perdonarlo para obligarla a casarse con Klaus con el objetivo de matarlo. Bien, la princesa iba a cumplir las órdenes de su padre, como siempre. Pero esa vez por otro motivo que iba más allá del miedo y de la sumisión. Tatiana estaba cansada de las intrigas y de las muertes, solo quería ser libre. Y vivir una vida tranquila. ¿Era mucho pedir?

Tatiana era una de las puertas al trono ruso para Nicolás. Con ella se aseguraba de que su hermano no se casara con otra mujer que pudiera ofrecerle un heredero y desbancarlo a él en la línea de sucesión. Si ella mataba a Klaus a tiempo, renunciaría al gobierno y se lo ofrecería a él que, por otro lado, sería muy bien recibido en la corte prusiana por razones obvias. A cambio, solo tenía que darle a la princesa lo que tanto anhelaba: la muerte del zar.

Lo que Tatiana ignoraba por completo era que cuando llegara dicho momento, no la desposaría con el objetivo de ser el emperador consorte. Sino que presentaría al hijo heredero de Ekaterina como el legítimo sucesor (por ser varón) y se proclamaría como su tutor y, por ende, como emperador hasta que el joven tuviera la edad suficiente de reinar. Que, para ese entonces, podían pasar muchas cosas a su favor. De esa forma, gobernaría solo y de forma independiente. Sin dar explicaciones ni rendir cuentas a nadie. Por fin, de una vez por todas, ejercería el dominio absoluto sobre un vasto imperio.

Se visualizaba a sí mismo como el emperador de todas las Rusias, rey de Prusia y rey de Polonia. Sometería con mano dura a los reformistas e iniciaría una nueva era en la que los von Wittelsbach derrocarían a los Románov para siempre. La dinastía Románov desaparecería.

Sin embargo, ante sus maravillosos planes se cernía una sombra amenazante y con la que no había contado al principio: la hija menor del zar, Anastasia Románova. Aquella joven que había sido criada en un convento y que, teóricamente, tendría que haber muerto en su boda con Mijaíl Speranski, se había convertido en su peor pesadilla.

Anastasia no solo le hacía la competencia en el tablero, sino que se había vuelto en su mayor obsesión. Desde que la había besado, quería hacerla suya. Lo necesitaba, necesitaba devorarla para saciar su instinto de depredador y así olvidarse de ella de una vez por todas. Pero sabía que el pequeño zorro no se metería en su lecho fácilmente.

¿Sería virgen? Se rumoreaba que no. Sobre todo, las mujeres más envidiosas habían empezado a apodarla "la hechicera" en lugar de "la piadosa". Eran tantos y tantos los hombres que caían

rendidos a sus pies que las malas lenguas aseguraban que les ofrecía algo más que una sonrisa para vapulearlos a su antojo. Nunca le había importado yacer con mujeres faltas de pureza, pero le daba cierta rabia que Anastasia no estuviera intacta. Le hubiera gustado saborearla él primero... ¿Estaría Damien Obolénski con ella? El líder de los revolucionarios era su mayor aliado en la corte, sabía que la informaba de todo cuanto hablaban en el consejo y el maldito rufián siempre votaba en favor de ella. ¡Parecía enamorado! ¡Patético! A su edad... enamorado de una niña caprichosa y lujuriosa.

Pensándolo bien, no sería nada desaprovechoso imitar a Damien y seducir a la zarevna Anastasia para sus propios fines tal y como había hecho con Ekaterina y con Tatiana, aunque con esta última no hubiera compartido jamás el lecho. Las fichas se movían rápido, y quizás el zorro se colocara en una posición aventajada de la que él podría aprovecharse en el futuro. Claro, siempre y cuando él se lo permitiera. Pero no era estúpido. Enamorar a Anastasia era prácticamente imposible, esa mujer actuaba de forma independiente, en solitario.

Como él. Muy similar a él. Quizás demasiado...

¿O solo estaba buscando excusas para acercarse a ella? ¿Sería una excusa válida pensar que podía usarla en el futuro si la seducía? ¿O solo se estaba engañando a sí mismo?

Fuera como fuera, sabía que algún día debería terminar con ella. No era un hombre de compartir nada y mucho menos la propiedad de un territorio.

Por primera vez en su vida se sintió ligeramente incómodo con la idea de liquidar a un enemigo. Anastasia era tan única... que el mundo se quedaría muy vacío sin ella. Se había acostumbrado a su astuta presencia, a sus conversaciones inteligentes y a sus jugadas. Era magnífica, pero no era mejor que él. Y su ambición era superior a cualquier sentimiento.

Con esos pensamientos llegó a la celda de Ekaterina, había pasado prácticamente un mes desde que la visitaba para engendrar un heredero. Y pronto se celebraría el juicio en el que, si todo salía según lo previsto, se anunciaría su embarazo. Esa era su arma secreta, la que nadie conocía ni podía conocer.

—Nicolás —musitó la araña al verlo, desesperada—. No soporto estar más tiempo aquí. Necesito salir.

—Paciencia, querida. En unos días se celebrará tu juicio. Para ese entonces, serás liberada —mintió descaradamente.



Día de la votación y capitulaciones finales.

Los grandes y principales mandatarios de la Rusia Imperial se habían reunido en la amplia sala del consejo. Alrededor de la mesa principal estaban sentados los 8 consejeros del zar y en las sillas tapizadas de terciopelo rojo estaban sentados los obispos, aristócratas y ministros de mayor relevancia. Dispuestos en filas ordenadas que delimitaban la sala.

Nicolás von Wittelsbach removía sus ojos de serpiente bajo sus tupidas pestañas negras sentado a la derecha del emperador. Tenía los ojos de su hermano, Klaus de Prusia, clavados sobre él. Desde que se había enterado de que no iba a gobernar en Rusia en el caso de que su prometida, Tatiana, fuera coronada emperatriz, se había distanciado. Ya no confiaba en él y no lo culpaba por ello. Es más, se deleitaba con el miedo de su hermano. Al lado de Klaus, estaba sentada su madre: Luisa. Ella, siempre tan cálida, le dedicó una sonrisa afable desde su asiento en

cuanto sus miradas se cruzaron.

—Dados los últimos acontecimientos y a fin de garantizar el porvenir de la dinastía Románov, el emperador, Alejandro I de Rusia, ha tenido a bien aprobar una votación simbólica en la que todos debemos participar con la responsabilidad que nos atañe —inició la sesión Ser Lancel, el miembro más anciano del consejo—. Habiendo deliberado durante un largo y laborioso período tiempo exponemos la siguiente reforma: *"A la muerte del Glorioso y Excelentísimo Emperador, Alejandro I Pavlovich Románov, le sucederá su hija: la Gran Duquesa Tatiana Aleksandróvna Románova. Siendo considerada como la nueva emperatriz en ese preciso instante y siendo coronada tres meses después tal y como exige el protocolo. Este privilegio tan solo recaerá sobre dicha princesa habiendo valorado previamente sus aptitudes y su legitimidad. En ningún caso será el indicativo de que la ley aprobada por Pablo I de Rusia sea derogada. Las mujeres seguirán teniendo vetado el acceso al trono."*

Se hizo un silencio roto por algunas murmuraciones y la votación empezó. La mayoría de los votos fueron positivos menos los de Damien Obolénski y otros miembros que consideraban que la ley que prohibía a las mujeres reinar debía ser abolida. Sin embargo, Nicolás von Wittelsbach era poderoso e influyente y una vez más se salía con la suya. Él quería que Tatiana fuera la próxima portavoz de Rusia para aprovecharse de su beneplácito. De ningún modo podía permitir que existiera la mínima posibilidad de que Anastasia ascendiera al trono, eso sería su fin.

—Alteza Imperial, la votación del consejo a favor de la reforma es mayoritaria. Pero la última palabra la tiene su Excelencia puesto que el poder absoluto del imperio recae sobre su persona. ¿Ratifica la votación? —expresó Ser Aron.

Alejandro, que había aprobado la reforma junto a sus consejeros antes de la reunión final, se quedó mudo. Sentado en una silla de madera de olmo con respaldo abalaustrado y patas torneadas no miró a nadie ni a nada. Como si no le importara lo más mínimo lo que pensara aquella multitud de él. Tras el engaño de Ekaterina y la muerte de su hijo Sergey, había envejecido rápidamente. Su pelo era blanco, su barba canosa y sus ojos estaban cubiertos por unos párpados gruesos y pesados.

Ser Aron buscó la mirada de Ser Lancel, quien a su vez buscó la mirada de Ser Turbin y así sucesivamente hasta crear una ola general de desconcierto. Los caballeros se miraron entre sí, incluso los obispos empezaron a murmurar mientras Klaus, el rey de Prusia, esperaba la decisión del emperador con impaciencia. Si Tatiana era coronada como emperatriz, él sería el emperador de Rusia. Por mucho que en las capitulaciones se estableciera que él no tenía ni voz ni voto en el imperio de su esposa, estaba seguro de hallar la manera de controlar a Tanya a su antojo. La amaba, pero él era un hombre y debía actuar como tal. ¿Qué hombre se quedaría a la sombra de su reina? Le haría un favor si la ayudaba en tan ardua encomienda. ¿Cómo podría su prometida dirigir un imperio? Era imposible. La muerte de Sergey lo iba a convertir en rey de Prusia y emperador. ¡Qué gran oportunidad!

—Alteza —murmuró Nicolás sin perder la compostura. ¿Qué le pasaba a Alejandro? ¡Estaba todo hablado y acordado! ¡Aquello no era más que un teatro para contentar a las masas y hacerles creer que habían participado en la decisión! En realidad, solo él había propiciado esa reforma y solo él había conseguido que saliera adelante con la ayuda de Ser Maximus Turbin y sus demás aliados fieles a la causa. Todos esperaban que él fuera el próximo emperador algún día, todo aquello no eran más que rodeos en el mismo camino. Un camino trazado por él y bien marcado.

Alejandro no respondió nada. Estaba recordando el día en que su padre fue asesinado. Él había formado parte del grupo de conspiradores y los había apoyado sin saber que pretendían asesinar a su propio padre. Fue vapuleado, engañado por los intrigantes. Y jamás había podido

abandonar la culpa por haber sido tan ingenuo. Desde entonces, había intentado ser igual o peor que ellos. Sacrificando su alma. ¿Qué destino le deparaba después de la muerte? Esos buitres hablaban de su funeral como si ya estuviera muerto. Pero ¿quién se preocupaba verdaderamente por su vida? ¡Nadie! Si pudieran lo asesinarían para acelerar el proceso.

Sabía que ya no confiaban en él. Ya no era el poderoso emperador que derrotó a Napoleón, era un viejo cascarrabias que se había dejado enredar por una vulgar trepadora como lo era Ekaterina. Ya no era lo que una vez fue e incluso había obligado a su hija Tatiana a ser como él. La había obligado a enamorarse a un hombre para después matarlo con el fin de obtener poder. ¿Y Anastasia? Esa hija olvidada a la que había encerrado en un convento durante años y a la que había utilizado a su conveniencia lanzándola a una muerte segura. Sin embargo, de sus dos hijas, Anastasia era la que más le recordaba a su querida abuela Catalina.

No era tan estúpido como para no ver que su hija pequeña era mucho más de lo que quería aparentar. Sus ojos inhumanos, azules como el hielo del ártico, la delataban. Esa frialdad no era propia de una dama piadosa en apuros. Sino que era más propia de una emperatriz... le recordaba mucho a Catalina.

¿Qué diría su abuela Catalina si levantara la cabeza de su tumba? Si viera que las mujeres estaban vetadas y ninguneadas seguramente se escandalizaría. Ella, que había sido la precursora de las primeras escuelas femeninas del país. Quizás era el momento de empezar a actuar como siempre quiso hacerlo. Quizás Dios le estaba dando la oportunidad de redimir sus pecados, de enmendar el dolor causado a su propia familia. Y no iba a desaprovechar la oportunidad.

—Por la memoria de mi difunta abuela Catalina I la Grande debo rechazar la reforma —dijo al fin, haciendo estallar la tensión del ambiente en mil pedazos y descomponiendo los rostros de aquellos que veían en Tatiana un pase al poder garantizado. Un corrillo de voces se alzó y no se detuvo hasta que el emperador levantó una mano para que guardaran silencio—. Mi hija Tatiana será considerada desde este preciso instante como mi legítima heredera. Sin embargo, no será la excepción. Cualquiera mujer que lleve el apellido Románov podrá ser coronada emperatriz de Rusia tras mi muerte.

—¡Emperador! —se indignó Nicolás, tratando de ocultar su irritación—. Eso implicaría que, si la Gran Duquesa Tatiana muriera, Anastasia sería su sucesora por derecho legítimo. Puesto que es ella la siguiente en la línea de sucesión si se considera a cualquier mujer válida para el cargo.

—Y estoy seguro, estimado consejero, que si Anastasia llega algún día al poder se comportará como una auténtica Románova.

—¡No es más que una niña! ¡Una viuda que no sabe nada! —exclamó Ser Turbin, levantándose de la silla y expresando su descontento con una mueca de desaprobación.

—¡Es mi hija! —dijo un golpe de voz Alejandro, duro y firme como los que había dado antaño y de los que ya no hacía uso por vagancia y dejadez. La sala enmudeció por completo ante la voz del zar y Ser Turbin volvió a sentarse con las orejas gachas.

—El emperador ha decidido —dijo Damien Obolénski con una sonrisa triunfal, ganándose una mirada venenosa por parte de Nicolás.

—Y la voluntad del zar es incuestionable —zanjó el asunto Ser Thonas, modificando el documento emitido inicialmente y firmando en él para luego pasarlo a sus compañeros y sellar la nueva sentencia.



Tatiana Románova daba vueltas en su recámara, estaba nerviosa. Sus piernas largas y delgadas temblaban y su pelo rubio amenazaba con descomponerse de tanto que se lo tocaba. Si votaban a favor de la reforma ella sería la próxima emperatriz de Rusia. Y no solo eso, sino que sería la reina de Prusia en cuanto matara a Klaus.

Esa era su obligación, ¿cierto? Debía matar a su prometido para ayudar a Nicolás a ascender al trono. Se había comprometido a ayudar a la serpiente a cambio de que la liberara de su padre. Un padre que había cambiado, que ya no era el mismo y que no le importaba sacrificar a sus propios hijos para sus intereses. Se había pasado la vida obedeciéndolo y, por primera vez, iba a obedecerlo con el corazón: asesinaría a su esposo. Pero no sería por los motivos que él creía...sería para derrotarlo.

Unos toques sobre su puerta la sobresaltaron. —Ágata, abre la puerta —pidió a su doncella, dirigiendo la mirada a su séquito de doncellas que esperaban tan ansiosas como ella el veredicto de los hombres.

Ser Lancel entró acompañado de los siete consejeros y de los obispos. Con una dramática reverencia y besándole la mano, le anunciaron que ella era la legítima heredera del trono imperial. Contuvo el aliento al oír aquellas palabras.

—Ahora, Alteza... Su padre la está esperando en la sala del trono —ultimó Ser Thanos después de formular un discurso solemne.

Cruzó el palacio rodeada por la guardia imperial y seguida por su séquito de doncellas. Los palaciegos le hacían una reverencia a su paso y la supremacía empezaba a hacer efecto en su persona. Ya no la miraban del mismo modo, ya no la hablaban igual. Ahora, ella era la futura emperatriz. Al llegar al final del pasillo, se encontró con Anastasia. Que también se dirigía a la sala del trono rodeada por la guardia imperial y sus doncellas. Se miraron, cruzaron sus miradas azules pero distintas y, en el más absoluto silencio, anduvieron juntas hasta la puerta del salón imperial. Aquel que gozaba de unas columnas de oro tan altas como los elefantes y que tenía una larga escalinata de mármol que llevaba a un sillón con molduras de oro y tapizado de seda roja con el águila bicéfala del imperio coronando los pomos del respaldo.

—¡La Gran Duquesa Tatiana y la Gran Duquesa Anastasia! —anunció Máksim al verlas.

Entraron solas, tras ellas las puertas que se alzaban hasta el cielo, se cerraron. Solo estaban ellas y el zar, su padre. Tatiana iba vestida con un traje de color negro mientras que Anastasia llevaba uno de color malva. Ambas llevaban las tiaras de diamantes y zafiros que les correspondían como princesas. Pero ambas joyas idénticas brillaban de forma distinta. El pelo rojo de Anastasia proporcionaba a los zafiros un brillo rojizo, ardiente. Mientras que el pelo rubio de Tatiana le daba a los zafiros un resplandor azul, manso.

—Nadie amaba a Sergey —dijo el zar, haciendo una seña a sus hijas para que se acercaran a los escalones del trono—. Era un demente, un desquiciado sanguinario sin las habilidades que se requieren en un zarévich. Era imprudente, osado y malvado. No hacía uso de la razón, era un pésimo estratega y un futuro problema para el imperio. Todos lo odiaban. Y acabó muerto.

Anastasia recordó ese día con cierta amargura. Vio a su hermano desde la ventana de su habitación y al no ver la guardia imperial sospechó que algo iba mal. Que la serpiente quería vengarse por haber metido a Ekaterina en la cárcel. Por eso, corrió a advertirlo. Pero Sergey la despreció. Y no solo vio con sus propios ojos como Sergey se dirigía a la muerte, sino que Nicolás aprovechó la ocasión para besarla. Desde entonces, no habían vuelto a hablar. Pero seguía soñando con él...Con sus manos, con sus ojos y con su aroma masculino. A veces, en lo más sucio de su alma, consideraba el hecho de entregarse a él. De sucumbir al pecado, al deseo más oscuro y asqueroso... pero placentero. Quizás podría conquistarlo... Después se recordaba a sí

misma quién era Nicolás y borraba esos pensamientos de su cabeza. Sería imposible dominar a la serpiente.

—Pero yo sí lo amaba. Y creo que era el único que lo hacía —siguió Alejandro—. Me avergonzaba de él, no lo quería cerca de mí. Sin embargo, lo amaba. Y lo descubrí cuando vi su cuerpo inerte sobre el hielo. Es así como un padre ama a sus hijos. Pueden ser unos monstruos para el mundo, pero siguen siendo tuyos —Se levantó del trono y bajó las escaleras hasta llegar a Tatiana y Anastasia. —He cometido muchos errores durante mi reinado. Errores imperdonables — Colocó la mano derecha sobre el hombro de Tanya y la mano izquierda sobre el hombro de Tassia. —No espero que me perdonéis. Pero espero que lo hagáis mejor que yo. Ambas estáis incluidas en la línea de sucesión, por orden de nacimiento.

Anastasia abrió los ojos, haciendo chocar sus pestañas rojas con la piel que se esconde entre las cejas y el ojo. Cuando la llamaron para reunirse con su padre no la informaron del motivo. Sabía que el consejo se había reunido para votar la reforma definitivamente. Pero no creía estar incluida en ella porque Damien la tenía informada sobre todo cuanto se hablaba en las reuniones y sabía que la habían ninguneado, una vez más. ¿Qué había cambiado?

—Padre, es un gran honor —reverenció Tatiana con su voz melindrosa de hipócrita.

—Quería informaros personalmente de que mañana parto hacia Crimea.

—¿A Crimea, padre? Pensé que pronto se celebraría el juicio de Ekaterina —comentó la hipócrita—. Crimea está muy lejos... Y de aquí nada será mi boda con Klaus —se preocupó, pensando en cómo podría la serpiente matar a su padre si se marchaba de palacio. ¿De qué le servía matar a su esposo si Nicolás no podía cumplir su parte del trato?

—Espero poder estar de regreso para tu boda; y aunque no lo esté... —comentó en un susurro, apartando las manos de sus hijas y mirando a un punto cualquiera en la nada—. Tu boda se celebrará de igual modo. Es un asunto de estado. No debes preocuparte por nada. —Sonrió sin fuerza, sin ganas. —Anastasia, no olvides que la voluntad del zar es incuestionable. ¿Y sabes qué es la voluntad? —se dirigió hacia su hija pequeña, mirándola fijamente a los ojos.

—Es la fuerza —respondió ella, sin apartar la mirada de los ojos aceitunados y viejos de su padre.

—Exacto, es la fuerza que nos hace caer débiles y no hace levantar invencibles. Como he dicho, no espero que me perdones... por haberte apartado de mí durante tantos años... por todo el dolor que te he causado. Pero espero grandes cosas de ti. ¿Recuerdas lo que hablamos ese día en la sala del reloj? ¿El día de tu compromiso con Mijail?

—Sí, padre.

—No lo olvides. Eres mi hija, Anastasia. No importan los años que hayas estado lejos de mí.

—No lo olvidaré —prometió la zarevna algo impresionada por los actos y las palabras de su padre. ¿Estaba arrepentido? ¿Era una jugada más? ¿A qué venía ese derroche de sentimentalismo? ¿Era sincero?

—¿Puedes dejarnos a solas? Tengo unos asuntos importantes de los que hablar con tu hermana.

—Sí, padre —obedeció, saliendo del salón del trono con el corazón acelerado.

—Sé que te he hecho mucho daño, Tanya —dijo Alejandro una vez Anastasia hubo abandonado la sala—. Sé que lo que le hice a tu madre es imperdonable... Y sé que tampoco me perdonarás nunca por haber intentado matar a tu hermana. Recuerdo perfectamente como me suplicaste que no lo hiciera y yo te ignoré...

—Padre...

—Déjame hablar —Levantó su mano repleta de anillos. —Te libero de tu encomienda — pronunció, provocando que un rayo partiera el alma de su hija mayor—. No mates a tu esposo. He

visto en los ojos de ese muchacho que te ama. ¡El amor! —expresó de forma irónica—. Aunque no lo creas...yo también llegué a amar a tu madre.

—Padre, no lo comprendo. ¿A qué se deben todos estos cambios? —inquirió Tanya, cogiendo las manos de Alejandro y mirándolo con preocupación—. De repente se arrepiente y pide perdón por todo el daño que ha causado... De repente me dice que ya no quiere el poder sobre Prusia y que se va de viaje a Crimea... ¿Qué sucede? ¿Se trata de alguna estrategia? Si es así, le ruego que me diga la verdad. Yo lo he apoyado hasta el final.

—No hay más verdad que la de que este viejo está cansado, Tanya. Estoy cansado de sacrificar mi alma por este imperio. Yo jamás pedí el trono. Me lo impusieron y he hecho lo que he podido hasta el día de hoy... Me he convertido en alguien que he odiado. Y solo quiero acabar mis días como un simple ser humano. Te toca a ti, hija. Es tu momento. El mío ya ha pasado. Haz lo que creas conveniente con Klaus von Wittelsbach, debes saber que cuando te coronen emperatriz... Por mucho que él te ame y a pesar de las capitulaciones que le prohíben reinar en Rusia, intentará hacerse con el poder. Su ego masculino y la impetuosidad propia de su juventud lo obligarán a ello. Será entonces cuando este magnífico amor de juventud empezará a marchitarse... Porque el poder todo lo destruye, hija. Puedes matarlo y liberarte de él, reinar tú sola en Prusia y Rusia. O puedes permitir que viva y se haga con el imperio...

—¿No te importa que un prusiano se haga con nuestro dominio?

—Hija... ¿Te importa a ti? Porque siempre puedes renunciar y vivir una vida llena de amor, sin intrigas, sin podredumbre. Puedes renunciar a ser la emperatriz y ser solo la esposa de Klaus, la reina de Prusia. Lo dejo en tus manos. Como he dicho, es tu turno.



Capítulo 23

Conversaciones de lo prohibido

La sonrisa cínica de Nicolás se había esfumado. Erguido como una serpiente enfadada, se movía con pasos nerviosos y agresivos por su despacho personal ante la mirada de sus aliados más fieles: Ser Turbin (el impoluto rubio), Ser Thonas (el enano) y el obispo de San Petersburgo (gordo como un tonel).

—De Alejandro Románov se podían esperar muchas cosas, pero no que fuera idiota. ¡Permitir que cualquier mujer ascienda al trono imperial! Incluida la monja lujuriosa de su hija menor —escupió Ser Thonas—. ¡Es inaudito! ¿Os imagináis estar al servicio de una niña caprichosa? La idea era acabar con los Románov, no seguir siendo los títeres de sus caprichos.

—Nicolás, no maté al idiota de mi hijo para que todos nuestros planes se vean arruinados —dijo Ser Turbin—. ¿Cómo has podido permitir que el zar cambie de opinión? ¿En qué momento ha sucedido? La idea era que Tatiana, una vez liquidara a Klaus, renunciara al poder a nuestro favor. ¡Ese era el pacto! Todo lo que hemos hecho... Matar a Mijaíl, manipular a Tatiana, las intrigas... ¡No han servido para nada! La idea era clara: eliminar a los poderes reinantes y coronarte a ti como el único mandatario de Rusia y Prusia. Ahora... no hay heredero al que regentar porque Ekaterina está en la cárcel y aunque lo hubiera... ¡Anastasia sería la próxima emperatriz en el caso de que su hermana mayor renunciara!

—Hace años que el zar no es el mismo... es un estorbo —comentó el obispo con las manos juntadas sobre su prominente barriga.

—¡No necesito sermones! —vociferó Nicolás, clavando sus ojos de serpiente sobre sus partidarios. Estaba irritado, sentía su sangre fría correr de forma desagradable por sus venas y tenía ganas de atacar—. He ordenado que se le realice un examen a Ekaterina antes del juicio. Un examen hecho por un cirujano de confianza.

—¿Con qué propósito?

—Es el protocolo, ¿qué pasaría si Ekaterina estuviera embarazada? Apenas ha pasado un mes desde que Alejandro la encerró en la cárcel. ¿Por qué no podría tener en su vientre a un posible heredero?

—¿Pretendes fingir un embarazo? Es demasiado arriesgado.

—No me estás escuchando, Ser Thonas. Estoy hablando de un embarazo real. ¿Acaso

Ekaterina no yació con el emperador antes de ser encerrada? Desde entonces ningún médico la ha revisado. ¿Quién podría negar con absoluta firmeza que no lleva en sus entrañas a un varón?

—Estás confiando en la voluntad divina —dijo Ser Turbin con tono sarcástico, esbozando una mueca de incredulidad—. Y aunque la araña estuviera embarazada de un varón fuerte y sano, Anastasia Románova seguiría estando por delante de él en la línea de sucesión. ¡No podrías ser regente! Lo único que puedes ser es el rey de Prusia... cuando Tanya mate a tu hermano. Y eso, estimada serpiente, a mí no me satisface. ¡No es lo que quería! ¡Yo quiero el imperio! ¡Quiero derrocar a la dinastía de los Románov de una vez por todas!

—¡Un coloso no se derrota con impaciencia! Ruego que esperéis hasta el juicio de Ekaterina. Tengo esperanzas de que la rueda gire otra vez a nuestro favor. Cuando Alejandro conozca la existencia de un posible heredero varón, lo convenceré para que rectifique en su sentencia.

—¡Esperanzas! ¡Posibilidades! Ninguna certeza —Se levantó Ser Turbin. —He invertido dinero, tiempo y sangre por ti, Nicolás. Y estás perdiendo facultades. Lo que tienes que hacer es acabar con Anastasia. ¿Acaso no está lo suficientemente claro? ¡Debiste matarla en el día de su boda! ¿A qué estás esperando? Esa niña es un peón muy molesto... ¡Enamoró a mi hijo! Lo convirtió en un hombre débil, voluble y de poca confianza que podía llevarnos a todos a la ruina... Si él le hubiera contado la verdad a Anastasia: que todos nosotros estamos implicados en el complot... ¡Podría haber sido un desastre a nivel internacional! No estamos hablando de matar a cualquiera... ¡Matamos al líder de los reformistas! A un hombre de bien. Y pretendimos matar a su esposa, ¡la princesa de Rusia! Si Anastasia sabe algo sobre nosotros, por mínimo que sea, es una amenaza. Y a las amenazas hay que cortarlas de raíz.

—Esperaremos al juicio —contestó Nicolás, sentándose en su silla de madera maciza.

—¿No me harás pensar que esa niña también te ha hechizado a ti? Corren rumores por los pasillos. Dicen que no es la jovencita piadosa que todos esperaban. Seduce a los hombres y los hace caer rendidos a sus pies. Los manipula y los usa a su antojo... ¿Qué puedo decir al respecto? Solo hay que recordar a Víktor. ¡No es más que una dama lujuriosa! Me niego a estar a sus órdenes. ¡Jamás! Mi familia ha tolerado a los Románov por demasiados años.

—Como bien has dicho antes, no estamos hablando de matar a cualquiera. Estamos hablando de matar a una princesa de Rusia —dijo Nicolás, tranquilamente e imperturbable ante las acusaciones de Ser Turbin—. En ocasiones, no es malo depender de la intervención divina. Esperaremos. Esperaremos pacientemente a que Ekaterina esté embarazada y a que Tatiana ascienda al poder tras matar a mi hermano. Para ese entonces, mataremos al zar y su preciosa hija mayor nos cederá todo el poder de dos reinos. A cambio, solo tenemos que dejarla tranquila en una preciosa propiedad en el sur de Italia. Eso es lo que nos pidió y eso es lo que haremos. Cuando llegue el momento apropiado, veremos la forma más inteligente de apartar a Anastasia de nuestro camino. No es más que un peón, ¿verdad?

—Estoy de acuerdo con el príncipe —dijo el obispo—. La paciencia puede ser un arma muy efectiva. Y como portavoz de la iglesia debo confiar en los designios de Dios. Rezaré para que Ekaterina lleve en su vientre a nuestro príncipe heredero. Es nuestra única opción... Esa y que Tatiana no nos falle.

—También existe la posibilidad de que Nicolás despose a una de las dos princesas —comentó Ser Thonas—. Si Tanya es tan voluble como aparenta, una vez quede viuda... ¿Quién podría culparte por casarte con ella, Nicolás?

—¿Casarme con la viuda de mi hermano? ¿Acaso me has tomado por una especie de prostituta? ¡Es suficiente por hoy! —Dio un golpe sobre la mesa, enfurecido ante las impertinencias de sus aliados. —No estoy de humor para más insensateces.

—Será mejor que nos retiremos —concluyó el obispo, seguido de Ser Turbin y de Ser Thonas.

Todo cuanto había encima del escritorio de Nicolás terminó en el suelo en cuanto se quedó solo. Tiró con rabia y furia los papeles, los bustos decorativos y las plumas. ¡Todo se estaba torciendo! ¡Sus planes ideados durante años! ¡Todo su esfuerzo y sacrificio! ¡Absolutamente todo! Y solo había una culpable: Anastasia.

¿Quién había delatado a Ekaterina cuándo quedó embarazada por primera vez? Anastasia. ¿Quién manipuló a su amigo Víktor y lo convirtió en una amenaza para sus planes? Anastasia. ¿Quién había mandado a Ekaterina a la cárcel? Anastasia. ¿Quién había reinstaurado a los reformistas en la Corte? Anastasia.

Ella, ella y solo ella era la culpable de todas sus desgracias e infortunios. Era una pieza muy molesta del tablero. Si ella no existiera... Si ella hubiera muerto en el día de su boda todo seguiría igual: Ekaterina estaría embarazada y aparentando felicidad junto al zar hasta su fin, Víktor seguiría guardándole las espaldas, los reformistas ya estarían fusilados... ¡Todo habría salido como él lo había planeado!

¡Dichosa niña estúpida! ¡Maldita princesa con alma de zorro! ¡Debía liquidarla!

Y aun así... solo buscaba excusas y más excusas para retrasar lo que debería haber hecho desde el principio: matarla.



La bella princesa de pelo rojo e infinito dormía en su lecho plácidamente cuando de pronto notó el aroma de la serpiente. Era de noche, la luna brillaba con fuerza y los palaciegos descansaban en sus alcobas permitiendo que sus vasallos hicieran lo mismo.

—¿No puede dormir? —preguntó Anastasia, abriendo los ojos lentamente y observando la figura esbelta y alargada de su acechador—. Demasiados remordimientos —se contestó ella misma, recordando la conversación que había oído entre Nicolás y Tatiana. ¿Matar a su propio hermano por poder? ¡Qué perfidia más repulsiva! En su caso, era diferente. Ella quería matar a su hermana y a su padre por justicia. No por ambición.

Aunque su padre pareciera arrepentido... Su arrepentimiento no devolvería la vida a las criaturas inocentes que murieron por su culpa. Era incapaz de perdonarlo y, dicho de paso, de creerlo. No creía la repentina benevolencia de Alejandro, era incapaz de confiar con un hombre que mandaba a su propia hija a matar a su esposo.

—¿Qué le ocurre? ¿Se ha quedado sin amantes a las que usar a su antojo? —insistió ante el mutismo del príncipe prusiano.

—No es a mí al que acusan de seductor —siseó Nicolás, acercándose al lecho de Anastasia y mostrando su rostro bajo la luz de la luna.

—Los rumores suelen ser llevados por envidiosos. ¿Es eso lo que siente? ¿Envidia?

—¿De qué? ¿De su astucia? ¿De su belleza? ¿O del roce de su vestido sobre su piel?

Anastasia tragó saliva, sentándose y apoyando la espalda sobre una almohada para no tener la sensación de estar completamente desprotegida. Miró los ojos de Nicolás, no parecían los mismos. Transmitían demasiado para ser los suyos. Pero era imposible saber qué transmitían. La serpiente seguía siendo un misterio en sus momentos más traslúcidos.

—Supongo que no le habrá hecho ninguna gracia saber que soy la segunda en la línea de sucesión —comentó ella, dejando que el hielo de sus pupilas brillara con confianza—. El cambio

de opinión de mi padre habrá estropeado muchos de sus planes.

—¿Qué sabe sobre mis planes, zarevna? ¿Qué sabe sobre mí? No debería escuchar a escondidas en los pasillos secretos —Esbozó una mueca cercana a la sonrisa y la miró con fingido hastío.

—¿Es así como consigue llegar a mi alcoba? ¿A través de unos pasillos secretos? —preguntó ella, haciéndose la inocente—. Desconozco por completo la existencia de esos pasillos, Alteza. No escuché ninguna de sus conversaciones conspiratorias.

Nicolás dejó ir una risa corta, estudiada, irónica y casi divertida. Anastasia abrió los ojos, sorprendida. ¿La serpiente riendo? Aunque fuera una risa fría y malévol, no dejaba de ser la expresión de algo diferente a lo que había visto hasta entonces en el príncipe.

—Acabemos con esto. Con lo que sea esto que no impide continuar con nuestros planes. Entreguémonos al deseo de nuestros cuerpos y luego continuemos jugando la partida como si no nos conociéramos. Como si no supiera que es usted la mujer más inteligente, bella y única que he conocido jamás. Como si usted no supiera que soy su mayor debilidad, el hombre prohibido, la maldad que desea más que nada en este mundo. Quiero acabar con esta conexión cediendo a ella, solo así seremos capaces de competir con el raciocinio y no con la lujuria.

—Lo que quiere decir es que todavía no me ha matado porque tiene la esperanza de que me entregue a usted. Como buena serpiente, quiere devorarme antes de liquidarme. Parece que se le olvida el resultado de su último intento de conquista —Frunció el ceño.

—Un puntapié certero no hará que olvide mis deseos de poseerla. Poseerla y no de conquistarla. No pretendo conquistarla, zarevna. No quiero que se sienta mía ni llegar a su corazón. Solo deseo saborearla. Y sé que usted quiere lo mismo. No amenace con gritar para delatarme frente a su padre, su padre se ha ido de viaje. Y yo soy el encargado de su seguridad, ¿recuerda?

—Sí, memorables aquellos días en los que creía que podía manipularme.

Nicolás esbozó otra de sus sonrisas insolentes que parecían muecas de autosuficiencia y se abalanzó sobre Anastasia para besarla, por tercera vez. Cogió su mentón y lo tiró hacia arriba para luego inclinarse y darle un beso corto, sentido y ardiente. Le mordió el labio, como a él le gustaba hacer. Y luego se introdujo en su cavidad bucal con la lengua y jugueteó con los pliegues interiores de su presa.

Anastasia tembló ante la invasión íntima y se dejó besar. Quería que la besara. Sí, estaba mal. Sí, él era el representante del infierno. Su mayor enemigo y uno de sus mayores obstáculos para llegar a ser la emperatriz. Sin embargo, se sentía demasiado bien en la constricción de la serpiente como para renunciar a ese placer.

Lo prohibido siempre será más tentador.

Lo prohibido tiene un sabor especial.

Así es el ser humano, un fanático de lo imposible, de lo ilegal.

Y solo ellos dos sabían la falta que se hacían.

—Prométame que después de esto nos olvidaremos el uno del otro —susurró Anastasia, cogiendo aire después del beso.

—Se lo prometo, después de que sucumbamos al hechizo que mantiene a nuestros cuerpos unidos... La magia desaparecerá y volveremos a ser dos enemigos más, dos reyes en el tablero luchando por el poder. Esta fiebre nos está dominando y solo la calmaremos entregándonos a una noche de placer sin más compromiso que el de olvidarnos.

Nicolás se cernió sobre ella, se tumbó sobre su cuerpo sujetándose con los brazos contra el

lecho y la besó durante largos y fogosos minutos.

Anastasia sabía que ya no habría vuelta atrás cuando se entregara a Nicolás. Sabía que era poco inteligente y que era lo más apasionante que había hecho jamás. Pero al fin y al cabo ella era una mujer viuda, nadie podría recriminarle su falta de pureza en el futuro si necesitaba hacer uso de ella (aunque sus horas de casada hubieron sido escasas). Y tal y como le había dicho la serpiente solo quería entregarse a ese deseo que la torturaba desde hacía meses sin ataduras ni compromisos. Solo quería romper esa magia para ser capaz de matar a Nicolás cuando fuera el momento. El deseo la estaba dominando sin querer, nublando su juicio. Era mejor descubrir qué había detrás de ese anhelo y, una vez llegado a él, normalizarlo y arrancarlo de su vida. No eran dos muchachos descubriendo la sexualidad, eran dos adultos con objetivos claros. Fríos e inhumanos que solo querían ganar poder. Aquello no era más que un pequeño desliz por parte de ambos. Por eso no hacía falta esperar más para que sucediera lo inevitable.

"Sentir el cuerpo de Nicolás sobre el mío era lo más arriesgado, apasionante y emocionante que había hecho jamás. Ambos estábamos de acuerdo con que aquello era el principio del fin. Que sucumbir a la pasión carnal era solo el paso definitivo a la muerte. Porque ninguno de los compartiría el dominio de la Rusia Imperial y ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a sus objetivos. Solo era una noche, una noche en la que la luna brillaba fervientemente y la carne exigía placer. Él era único, misterioso, atrayente, inteligente y terriblemente atractivo. Solo quería sentirme suya por una vez. Saber lo que era la pasión y el amor en una ilusoria noche de amor fingido." Pensamientos de Anastasia.

Capítulo 24

El caos crea oportunidades

Deseaba tanto a ese hombre que era enfermizo. Anastasia respiraba agonizante entre los besos apasionados de Nicolás. Los abrazos, los besos... la envolvieron en una corriente de calor insoportable que la obligaba a sudar. Estaba roja, los ojos le lagrimeaban y el corazón le palpitaba con urgencia.

Sumidos en el silencio más erótico de todos, Nicolás hundió sus largos dedos en la cabellera espesa y abundante de Anastasia mientras la besaba sin compasión. Los labios carnosos de Anastasia estaban irritados, adoloridos por la presión constante sobre ellos. Pero era un dolor satisfactorio para ella. Jamás había sentido algo parecido, jamás. Y aunque se sentía culpable por ello, anhelaba sentirse viva por una vez en su vida. De pronto, su amplio lecho le pareció pequeño. Tumbada bajo el cuerpo del príncipe solo deseaba una sola cosa: placer.

Ahogada en su propio apetito apartó las sábanas con las que se había cubierto antes de dormir y sintió como las manos de Nicolás abandonaban su pelo para colarse en su camisón de algodón blanco. Lo había invitado a tocarla y él no se hizo de rogar. Le desabrochó los botones en busca de sus pechos y los dejó desnudos, vio como él los contemplaba y fue consciente de su voluptuosidad a través de los ojos de su amante. Iluminados por la luz de la luna, la serpiente le mordió el cuello provocándole un jadeo.

Lo oía respirar con dificultad, y se oía a sí misma jadeando mientras la lengua bífida de Nicolás jugueteaba con su cuerpo.

—Sabe a leche endulzada —susurró él con un tono gutural. Anastasia pensó que oír su voz acabaría con su excitación, pero ocurrió todo lo contrario. En un acto impulsivo, lo empujó y se colocó a horcajadas encima de él mientras lo obligaba a tumbarse. Le deshizo la camisa negra y descubrió su torso viril y magnífico. Colocó las manos encima de él y lo besó, esta vez ella era la que dominaba. Y a la serpiente no le gustó o, simplemente, le gustó tanto que no pudo contener la tentación de posicionarse sobre ella de nuevo y de retomar las riendas de la situación. Batallaron por el dominio del lecho entre besos, mordiscos, caricias y apretones. Cuerpo contra cuerpo, sudor contra sudor. Hasta que Nicolás decidió que era hora de desnudarla por completo. Ya no soportaba el tacto del algodón, quería saber qué se escondía debajo de su ropa más allá de esos pechos que lo enloquecían, más allá de esos labios que lo obsesionaban, más allá de ese pelo que lo quemaba.

Poseída por aquella mezcla de emociones destructoras se estiró sobre las sábanas de seda blancas y permitió que Nicolás la desnudara. Él le deslizó el camisón lentamente en un acto de sensualidad repentina, permitiendo que el aire fresco de la habitación chocara contra su piel ardiente, húmeda y enrojecida.

—No me mire así —suplicó ella al ver las pupilas dilatadas de Nicolás bailando sobre su cuerpo completamente desnudo. Pero esa fue la única muestra de vergüenza que Anastasia mostró, no se cubrió con las manos ni buscó la seguridad de las sábanas. Ni siquiera apartó la mirada. Se dejó ver entera, femenina y segura de sí misma.

—Es inevitable que la mire así —contestó él, esbozando una sonrisa rápida, cínica y complacida—. Es usted perfecta —sinceró, abalanzándose sobre ella con lujuria, apoderándose de su boca, mordiéndole el lóbulo de la oreja izquierda, tirándole del pelo, besándola y

acariciándola. Era delirante.

Ella le devolvió sus fieras caricias con la misma ansia desmedida, arañándole la espalda, clavándole las uñas sobre los pectorales y buscando algo desconocido entre las extremidades inferiores de Nicolás. Sabía que existía, sabía cómo era... Pero jamás había tocado uno. El miembro masculino seguía siendo un misterio para ella y se asustó ligeramente al notar la dureza vital y enorme que se escondía bajo el pantalón oscuro del príncipe. Abandonó el camino de la curiosidad y se dejó llevar por el dominio masculino. Por la constricción de la serpiente.

Jadeó con voz aguda e intensa cuando los dedos de Nicolás cruzaron sus muslos torneados y se abrieron paso en su feminidad. Sin quererlo ni pretenderlo, empezó a temblar bajo ese roce tan privado. Tembló como una hoja de otoño al viento entre los brazos de Nicolás.

¿Desde cuándo se podía sentir tanto placer? Cualquier sueño, imaginación o narración se quedaba pequeña al lado de esa sensación que la envolvía y que la hacía olvidar todo cuanto hubiera vivido antes.

Se estaba volviendo loca. Loca, sorda, muda y completamente inútil. Observó las venas hinchadas de los brazos de Nicolás, lo oyó respirar con profundidad y se permitió el lujo de mirarlo a los ojos. Se sorprendió al darse cuenta de que él hacía rato que la estaba mirando fijamente a la cara y, por un solo instante, conectaron. Fue un instante fugaz, casi inverosímil, en el que ambos quebraron sus barreras y se entregaron el uno al otro sin restricciones.

Estaba empapada, las sábanas estaban empapadas. Movida por el instinto y esa curiosidad innata... volvió a descender las manos por la espalda de Nicolás y luego le rodeó la pelvis hasta llegar de nuevo en esa parte de su cuerpo misteriosa y punzante.

Él se detuvo en seco al notarla sobre su virilidad y respondió con un siseo candente, mordiéndose su propio labio mientras cerraba los ojos y dejaba que sus pestañas negras cubrieran parte de su rostro de diamante.

¿Se envenenaría a sí mismo si se mordía de ese modo los labios?, pensó Anastasia.

—Te siento en mis huesos —confesó él, abriendo los ojos con el verde de sus pupilas oscurecido—. Estoy hambriento... no puedo más —La cogió por la cintura, le levantó las caderas y la atrajo hacia él.

La penetró rompiendo la barrera que separaba su intimidad del mundo ordinario, sangrando en el proceso y sintiendo una leve punzada de dolor, ella se retorció a la espera de más embistes y su consiguiente placer, pero Nicolás abrió los ojos de par en par y detuvo su movimiento.

—¿Es usted...? —preguntó en un susurro, mirándola a los ojos fijamente, sin separarse de ella, abrazándola.

—¿Creía lo contrario? ¿Por qué se detiene? ¿En qué cambia esto nuestros planes? Terminemos, entreguémonos al placer y olvidémonos el uno del otro, para siempre —imperó Anastasia, aferrándose a la espalda masculina y dedicándole una mirada inhumana que pretendía mostrarse osada, aunque fue toda una demostración de vulnerabilidad.

Nicolás cerró los ojos y la obedeció. Se movió dentro de la intimidad estrecha de Anastasia, lo hizo con más suavidad y menos impetuosidad. Sintió como las entrañas femeninas de la princesa se abrían paso a su invasión y a cada penetración la sentía más suya. Más única. Le dio la sensación de que su sangre fría de réptil estaba hirviendo al apoderarse del zorro... y jamás había vivido esa experiencia.

Era ella, ella y su dulce aroma de leche. Su cuerpo voluptuoso, sedoso y apetitoso. Su pelo infinito que se extendía sobre las sábanas blancas como fuego. Su intimidad estrecha e ímpolita... Solo ella.

A cada penetración Anastasia gimoteaba más, tenía ganas de llorar, de retorcerse y de jadear

sin consuelo. El placer era exquisito, después de la inicial punzada de dolor, solo había sentido deleite, fruición. Se notaba resbaladiza, femenina. Le sudaba la frente, el cuello, las manos. Absolutamente todo.

Con las piernas temblorosas, envolvió a Nicolás, obligándolo a entrar más fondo. Él respondió con un pequeño grito de placer y abandonó el respeto para embestirla con más fuerza. Anastasia gritaba cada vez más y más hasta que alcanzó el clímax. Pero él no se detuvo, continuó dándole más de aquello a lo que podría volverse adicta y, finalmente, salió y esparció su semilla sobre su vientre, mojándola por completo con un líquido blanco.

Nicolás la miró aturdido y se tumbó a su lado.

“¿Cómo podría olvidarla? ¿Cómo podría arrancarla de su cabeza ahora que sabía que nadie más aparte de él la había tocado?”

Era suya. Completamente suya. Ella se había entregado a él y solo a él... habiéndolo podido hacerlo mucho antes con otros hombres. ¿Por qué? Abrió su ojo izquierdo de serpiente y la miró de reojo. La vio dormida cerca de él, frágil, femenina, humana... Le dieron ganas de abrazarla, pero no se permitiría hacer tal cosa una vez terminada la cópula. ¿O sí? Quizás... si tan solo la acercara un poco más... podría poner un brazo por debajo de su cuerpo y arrullarla en su regazo.” Pensamientos de Nicolás.

Movió la mano hacia ella y tiró de su cuerpo, despertándola sin querer.

Anastasia clavó sus ojos azules, inhumanos y fríos de siempre sobre él. Ya no había rastro de la vulnerabilidad que había visto en ellos pocos minutos antes.

—No quiero sonar descortés, pero creo que en nuestro acuerdo no figuraba la idea de que se quedara a dormir —dijo Anastasia, imperturbable—. Váyase, hemos saciado nuestro deseo. Ahora nada nos une y no quiero volver a verlo cerca de mí. Continuemos con la partida como los dos extraños que debemos ser... La magia se ha roto, nuestros cuerpos ya se conocen y he podido arrancarlo de mis necesidades. Estoy segura de que, a partir de ahora, nada se interpondrá en nuestros respectivos planes. Que gane el mejor, Alteza —lo despidió, cubriéndose con la sábana y dándole la espalda.

—Que gane el mejor...sí —replicó él, levantándose con la sensación de marcharse peor de lo que había llegado.

Anastasia guardó silencio hasta asegurarse de que Nicolás se había ido. Después, dejó ir un fuerte suspiro. ¿Por qué tenían que odiarse? ¿Por qué no podrían haberse conocido en otro mundo y otras circunstancias? Ahora, se odiaba a sí misma. Se había entregado a él y se sentía sucia por ello. Al menos, había podido saciar su curiosidad. Ahora, solo tenía que concentrarse en sus objetivos. No había llegado hasta allí para nada. Miró el vestido manchado de sangre que estaba al lado del espejo de pie y recordó la muerte de Mijaíl. Después, miró a la luna y recordó la muerte de Ser Víktor Turbin.

No tendría compasión.



Día del juicio de Ekaterina, principios del año 1821.

Era una sala redonda con balcones desde los que cualquier miembro de la alta sociedad podía observar. En un extremo había un podio de madera en el que se erguía la mesa imponente del juez.

A la derecha se extendía la mesa de la acusación y a la izquierda la mesa de la defensa. Y el resto eran banquetas para que los testigos o familiares directos de los implicados pudieran sentarse.

Anastasia decidió quedarse en los balcones, al lado de Natasha. Le gustaba verlo todo con perspectiva. Primero, vio entrar al juez. Un hombre bajito, gordo y de lentes anchas que se hacía llamar Pushkin. Iba acompañado de algunos magistrados y letrados que formaban parte de la acusación. La defensa estaba vacía.

—Está claro que es un juicio pagado —se atrevió a susurrar Natasha—. No es nada más que una mera formalidad. Su padre, el zar, la condenó a muerte en el momento que descubrió que ella había ayudado a los rebeldes a secuestrar al rey de Prusia.

—Ambas sabemos la verdad. Ekaterina no es culpable de haber secuestrado al rey de Prusia —contestó Anastasia con un hilo de voz, llevándose el abanico negro sobre los labios—. Pero sigue siendo culpable de traición... ¡Le era infiel a mi padre con Nicolás von Wittelsbach!

—Y no solo eso, es una trepadora. Una araña que se aprovechó de la enfermedad de Anya de Rusia para llegar hasta el emperador. No merece seguir viva. Mire, su hermana Tatiana.

Anastasia observó a Tanya entrar en el salón, lo hizo seguida por sus doncellas y se sentó en la primera fila. Como futura emperatriz, los miembros de la sala la adularon hasta la saciedad hasta que entraron los prusianos: Klaus y Nicolás von Wittelsbach. Klaus saludó a su prometida y se sentó a su lado acompañado de su hermano menor.

—Y pensar que ambos prusianos fueron vapuleados por unas simples cortesanas —ironizó Natasha—. ¡Hombres! Quizás deberían juzgarlos a ellos también por ser tan estúpidos —dejó correr su lengua la doncella, que cada día que pasaba cogía más confianza con su señora y no se preocupaba tanto de las formas.

—Tienes toda la razón —concedió Anastasia, mirando a Nicolás. ¡Qué vergüenza! ¿Cómo podría mirarlo a la cara después de lo sucedido? Como si Nicolás le leyera la mente, alzó la cabeza y la miró. Ella, orgullosa, no apartó la mirada hasta que él lo hizo y allí obtuvo la respuesta de su propia pregunta: seguiría mirándolo como siempre, como a un enemigo.

Los últimos en entrar fueron los consejeros, entre ellos Damien Obolénski, que testificaría en contra de Ekaterina. Acusándola de ser la persona que lo ayudó y lo instó a secuestrar a Klaus. Él estaba perdonado por intereses políticos, pero ella no. Ella era la esposa del zar y no tenía ningún papel en la política, así que debía ser ajusticiada.

—Qué lástima que su padre no esté presente —lamentó Natasha—. ¿Cómo ha podido marcharse?

Anastasia recordó la última vez que había visto a su padre en el salón del trono, cuando la llamó junto a Tanya para anunciarles que eran sus sucesoras. Se había mostrado arrepentido y algo afectuoso... Pero ¿era cierto? Sea como sea, él fue el principal culpable de la matanza en su boda. Por eso, Izabella lo esperaba en Crimea.

Sabían donde se alojaría, conocían sus manías y por donde podrían atacarlo. Así que su fiel aliada mataría al zar en cuanto tuviera la más mínima oportunidad. Entonces, el poder recaería sobre Tatiana. A la que también tendría que liquidar de algún modo, pero eso sería más tarde. Paso a paso. Le iba de perlas que Alejandro hubiera abandonado el palacio, ahora era un blanco fácil para ella. En el palacio solo tenía a Damien y estaba vigilado permanente, por lo que no podía hacer nada indebido. Fuera, Izabella pondría su plan en marcha. ¡Por fin!

¿Remordimientos? Unos pocos. Al fin y al cabo, era su padre. Y existía la vaga posibilidad de que se hubiera arrepentido de verdad y que por eso la hubiera incluido en la línea de sucesión... pero su arrepentimiento no devolvería la vida a Mijaíl ni a ninguno de los que murieron. Sin piedad, debía avanzar y acabar con él.

—¡Empieza la sesión! ¡Que pase la acusada! —Pushkin picó con el mazo sobre la mesa y entró Ekaterina.

Estaba irreconocible, tenía el pelo alborotado, estaba sucia y apenas quedaban algunos vestigios de esa mujer hermosa, alta y atractiva que un día fue. Con cierto hastío por conocer el final de ese juicio, Anastasia tomó asiento mientras se abanicaba con autosuficiencia. Ella había acabado con Ekaterina: primero, hizo que Sergey matara a su perro; segundo, informó sobre su embarazo ilegal a la iglesia y, tercero, la había mandado a la cárcel inculpándola por haber ayudado a los rebeldes cuando en realidad había sido ella. ¡Había sido un plan maestro! Y ahora tan solo quedaba recoger el fruto de su trabajo. El juez dictaminaría sentencia y sería fusilada en cuestión de horas. Pobre araña... ¡Y pensar que había intentado ningunearla desde que llegó! ¡Ekaterina la había subestimado y ahora pagaría las consecuencias de su insensatez!

No fue un juicio largo ni ceremonioso, sino más bien un teatrillo rápido y resolutivo al que Pushkin iba a dar por finalizado antes de que el cirujano de la corte entrara sudoroso y nervioso a toda prisa.

—¿Qué le pasa a ese hombrecillo de bien? —inquirió Natasha, refiriéndose al médico que se acercó al juez con la frente sudada y un documento entre sus manos.

—No lo sé —negó Anastasia, poniendo su mano enguantada sobre la baranda del balcón y cerrando su abanico para agudizar el oído. De golpe, el hastío se había evaporado. Aquello no lo tenía previsto.

—¡Señores! ¡Señores! —rogó el juez ante el desconcierto general—. Según el informe que el cirujano de la corte acaba de presentar es imposible fusilar a la acusada de forma inminente.

—¿Cómo puede ser?! —exigió Klaus von Wittelsbach, poniéndose de pie indignado.

—Alteza, podemos condenar a la mujer por sus delitos. Pero no podemos condenar a una criatura inocente por ellos.

—¿Qué?

—Quiero decir que la acusada está en cinta.

Una oleada de sorpresa, indignación y perturbación corrió entre los asistentes que no creían lo que acababan de oír.

—¡Hay que informar al zar de inmediato! —dijo Ser Thonas, el enano, emocionado ante la gran noticia.

—Sin duda —comentó el obispo.

—¡No podemos sentenciarla! —agregó Ser Maximus Turbin, dedicándole una mirada de aprobación a Nicolás que respondió con un leve asentimiento de cabeza.

A Anastasia no le pasó desapercibido ese intercambio de miradas entre los tres consejeros y Nicolás. ¡Lo habían preparado! Siempre se preguntó quiénes eran los aliados de la serpiente más allá de los Turbin y acababa de saberlo.

Pero ¿qué interés tenían en el embarazo de Ekaterina?

—Señoría, hay que informar al zar de inmediato. Puede que esta mujer lleve a un varón en su vientre y que, por ende, estemos frente a un nuevo cambio en la línea de sucesión. Estoy convencido de que Alejandro querrá dejar su imperio a un zarévich —expuso Nicolás, alzándose de su banqueta ante la mirada indignada de su hermano que no podía creer que estuviera hablando en contra de su prometida y, dicho de paso, a favor de la mujer que lo secuestró.

—Por supuesto —concordó Pushkin—. Es imposible emitir un veredicto ante estas circunstancias. ¡Se cancela la sesión hasta nueva orden! —dictaminó, dando un golpe de maza fuerte y contundente que no silenció el coro de dudas y murmullos que había en la sala.

—Corre —gritó en un susurro Anastasia, apartándose de los palaciegos y buscando un rincón

seguro en el que hablar con Natasha—. Corre tanto como puedas y ponte en contacto con Izabella. Ya sabes cómo comunicarte con ella.

—¿Y qué le digo, Alteza? Esto es un caos —preguntó Natasha, nerviosa.

—El caos crea oportunidades. Mantén la mente fría —la calmó—. El zar debe morir antes de que conozca la existencia de un posible heredero varón. No podemos permitirnos el lujo de que cambie su última palabra y me aparte del trono. Dile a Izabella que no espere a que mi padre llegue a Crimea, que lo liquide por el camino. Como sea.

—Sí, Alteza. Ahora mismo...

Natasha salió corriendo como alma que lleva el diablo bajo la mirada de Anastasia.

—Hermana —oyó a sus espaldas.

—Tatiana.

—Puede que tengamos a un hermano en camino... Hace apenas un mes que Ekaterina fue encarcelada y padre y ella yacieron juntos por ese entonces.

Anastasia recordó la conversación de su hermana con Nicolás en los pasillos. Aquella en la que ella juraba ayudarlo con matar a Klaus a cambio de que él matara a su padre. ¿Qué ocurriría en cuanto supiera que su padre ya estaba muerto? Seguramente ya no tendría motivos para ayudar a Nicolás y la rueda volvería a girar. ¡Debía acabar con el zar inmediatamente! ¡Antes de que la serpiente llegara a él!

Capítulo 25

La fiesta del hombre sin respiración

Las ruedas barnizadas del carruaje imperial giraban a toda velocidad en dirección a Crimea. En su interior, Alejandro I de Rusia observaba el paisaje con el semblante relajado. El clima suave del Mar Negro empezaba a notarse y ordenó al cochero que parara. Ese lugar le traía recuerdos de su juventud, cuando solo era un príncipe recién casado y no tenía otra preocupación que la de saborear el viaje de novios.

Descendió del vehículo con muchos más años, canas y quilos que los de la última vez que estuvo ahí. Un bosque verde y frondoso embellecía el lugar. El viento soplaba con moderación, cálido y suave y se dejó acariciar por él mientras cerraba los ojos y respiraba profundamente.

"¡Alejandro! Este lugar es magnífico.", recordó las palabras de Anya como si pudiera escucharla a su lado.

Abrió los ojos y visualizó a una joven princesa de pelo rubio y mejillas sonrojadas corriendo hacia el lago para refrescarse, su esposa.

La amó genuinamente pese a todo.

—Voy a bañarme —informó al séquito que lo acompañaba, señalando el lago que estaba escondido entre los árboles.

—Alteza, ¿no será un poco arriesgado? —se preocupó Máksim—. Estamos en mitad del camino y es usted muy reconocible.

—¿Arriesgado? He visto a damiselas más valientes que tú, Máksim —se burló el zar, sacándose el chaqué y dejándolo en manos del mayordomo—. Que unos cuantos guardias me acompañen si eso te tranquiliza.

—Sí, Alteza. ¿Quiere que lo acompañe yo también? Necesitará ayuda con la ropa.

—Estoy seguro de que seré muy capaz de quitarme la camisa y los pantalones yo mismo —expresó, algo aburrido de tantas atenciones—. Espérame aquí, no tardaré.

Bajó la colina acompañado por cuatro guardias que lo seguían muy de cerca y llegó al esplendoroso lago azul. Una extraña sensación de soledad lo embargó, dándose cuenta de lo mucho que echaba de menos a su difunta esposa. ¡Si al menos ella estuviera viva! El pelo rubio de Anya le vino a la mente como una visión y le pareció oler su perfume de jazmín. Si ella hubiera estado allí, hubiera querido bañarse... como la última vez.

—¡Daros la vuelta! —imperó a sus guardias—. Voy a bañarme. No es preciso que os quedéis cerca, vigilad la zona.

—Sí, Alteza Imperial —dijeron al unísono los guardias, dándole intimidad al zar y apartándose del lugar sin arriesgar demasiado.

Se desnudó, sintiéndose libre después de veinte años y se adentró en el agua, sintiendo el frío en sus piernas, en su espalda y, finalmente, en su cabeza. Nadó, respiró y se dejó llevar por el momento. Lo necesitaba, necesitaba ese momento consigo mismo. Había pasado veinte años rodeado de gente, de problemas y de responsabilidades. Su tiempo había pasado.

Los libros de historia lo recordarían como el hombre que derrotó a Napoleón.

El viento cambió y el movimiento del agua también, nada parecía tan apacible como al principio. Por un fugaz instante pensó que era su esposa nadando detrás de él, pero rápidamente se dio cuenta de que lo que se movía en el agua no era Anya sino su muerte. No se asustó ni siquiera

se inquietó, estaba agotado de la vida y esperaba su final con estoicismo y conformidad mientras su barba blanca flotaba sobre el agua.

—Izabella —nombró, al ver a la cosaca de pelo canoso y rasgos turcos con una cicatriz que le cruzaba el rostro, había llegado nadando hasta él. Vestida con una camisa blanca.

Izabella Mazepa, la hija bastarda de su padre y, por ende, su medio hermana. Izabella había nacido de la unión entre Pablo I y una cosaca turca de belleza exótica. La contrató años atrás para que se encargara de la educación de Anastasia, sobre todo para que la enseñara a defenderse con las armas y la instruyera en el arte de la estrategia. Izabella no era una mujer cualquiera, había sido educada por los mejores maestros pese a no ser reconocida por el imperio y siempre gozó de su favor, aunque hacía más de una década que no la veía. La cosaca había llevado una vida discreta, decente y prudente. Jamás le había pedido nada ni le había causado problemas. De hecho, la gran mayor parte del tiempo ni siquiera se acordaba de ella.

—Hermano —Sonrió su hermana con una mueca sarcástica—. ¿Te acuerdas de esta cicatriz? —preguntó, mirándolo con los mismos ojos de color aceituna que él tenía.

—No éramos más que unos niños jugando con espadas. ¿No pretenderás hacerme creer que vienes a matarme por un juego infantil que acabó mal? Siempre he pensado que esta cicatriz te da un aire personal y único —rió, contento de verla en mitad de la ironía de la muerte—. Te veo mejor que yo... Cualquiera diría que tú eres la menor de los dos cuando fui yo el que nació después de ti.

—Supongo que la corte no te ha tratado bien, tuve suerte de liberarme de ella —contestó, dedicando una mirada rápida a su derecha, hacia los hombres que la acompañaban—. Aunque las intrigas me persiguen igual que a ti.

—Anastasia —comprendió Alejandro, cerrando los ojos y recordando a su hija menor—. Lo sabe supongo —comentó, poniéndose serio mientras flotaba en el agua y se veía rodeado por un grupo de cosacos que nadaban sigilosamente hacia él. Hubiera podido gritar y llamar la atención de los guardias que le habían dado la espalda para ofrecerle intimidación, pero hubiera sido en vano porque estaba muy lejos de la orilla. Además, tampoco quería hacerlo, si iba a morir lo haría con dignidad.

—Lo sabe todo.

—¿Tiene algún mensaje?

Izabella asintió y habló por Anastasia:

Me ha enseñado bien, padre. No olvidaré jamás sus palabras, aquellas que hablaban del sacrificio de los Románov por un bien común. Un día me tocó a mí, hoy le toca a usted. Debe sacrificarse por el bien del imperio. La voluntad es la fuerza que nos hace caer débiles y que nos hace levantar invencibles. Que mueras es mi voluntad. La voluntad de la futura emperatriz de todas las Rusias y, como bien sabes, la voluntad del zar es incuestionable.

—Jamás había estado tan orgulloso de uno de mis hijos —dijo el zar—. Ayúdala, Izabella. Es una digna Románova —meditó en voz alta—. Me imagino que ella es la que está detrás del asesinato de las monjas, del encarcelamiento de Ekaterina... Entiendo, ahora lo entiendo todo —concluyó—. Solo espero que algún día encuentre la felicidad; una felicidad que no existe en este maldito trono. Esta es la maldición de nuestra familia... debemos escoger entre la felicidad o el poder.

—Adiós, hermano —ultimó Izabella después de escucharlo e hizo una seña a sus compañeros.

Los cosacos lo cogieron y lo hundieron debajo del agua. Él no se resistió ni hizo ruido alguno, murió en silencio con una sola imagen en su mente: la de Anastasia sentada en el trono imperial.

—¡Alteza! ¡Alteza! —Apareció Máksim unos minutos después, fatigado por correr desde el camino hasta el lago acompañado por un emisario. —Hay algo que debe saber. Se trata de Ekaterina. ¿Alteza? —preguntó, llamando la atención de los guardias—. ¡Por la misericordia de Dios! ¡Emperador! —Se tiró al agua al ver el cuerpo de Alejandro flotando sin vida.

Los guardias lo siguieron frente a un emisario conmocionado. El zar había muerto antes de saber que tenía a un posible heredero en camino y ahora la emperatriz era Tatiana Aleksandróvna Románova.

—¡El zar ha muerto! —gritó Máksim—. ¡El zar ha muerto!



La noticia tardó en llegar al palacio lo que tardó el emisario en regresar.

—¡Otra vez! ¡Otra vez se truncan nuestros planes! —gritó Ser Turbin, dando pasos nerviosos en el despacho de Nicolás.

El protocolo establecido por la muerte del zar se había puesto en marcha y pronto estarían enterrando el cuerpo de Alejandro en la Catedral de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo.

—¡No hemos tenido tiempo para que Alejandro cambiara la ley! ¡Ese niño es el tercero en la línea de sucesión! —se desesperó Ser Thonas, de pie junto a la chimenea—. ¿De qué modo puedes convertirte en regente? ¡Ni siquiera podemos esperar a que Tanya mate a Klaus! Todo está perdido... Absolutamente todo. Nos hemos quedado en el mismo lugar, no hemos avanzado nada.

—Hay una mano negra detrás de todo esto —reflexionó el obispo en voz alta—. No puede ser que cada paso que demos sea en dirección hacia un nuevo obstáculo. Alguien conoce nuestros planes, alguien nos estudia y ese mismo alguien es quien nos está haciendo la zancadilla.

—Solo hay dos personas a las que no les interesaba que el zar siguiera vivo... Tatiana y Anastasia —pensó en voz alta Ser Turbin mientras Nicolás lo miraba con calma sentado en el sillón del escritorio—. Según tú, Tatiana era fiel a nuestros planes. Ella solo quería vivir en paz a cambio de algunos favores... Así que solo nos queda una persona: Anastasia. O es así... o la nueva emperatriz nos la ha jugado con todo ese sueño de la propiedad en Italia. ¡Hay que averiguar cuál de ellas dos ha sido! No puedes fiarte de un Románov.

Nicolás sabía perfectamente quién había sido. Tatiana era incapaz de matar a su propio padre, por eso le había pedido el favor a él a cambio de que ella matara a Klaus. Una vez más, Anastasia había tumbado todas sus fichas. En primer lugar, la idea de que la ley fuera reformada se había evaporado. Y, en segundo lugar, cabía la posibilidad de que Tanya no quisiera seguir adelante con el acuerdo ahora que no había "*papi malo*" al que asesinar.

—Obligaremos a Tatiana a abdicar en favor del heredero varón —expuso Nicolás.

—¿Y qué sentido tiene que una emperatriz adulta abdique en favor de un infante que necesita a un regente? Ningún consejero apoyará esa propuesta —contradijo Ser Thonas—. Además, olvidas que Ekaterina no es del agrado de nadie. Y que su hijo puede ser considerado un estorbo sin el apoyo de su padre... ¡El que está muerto!

—Puede tener sentido si hacemos ver al mundo que ni Tatiana ni Anastasia son válidas. Primeramente, convenceremos a los otros consejeros de que no podemos permitir que mi hermano gobierne en Prusia y en Rusia a la vez, que es lo que sucederá por mucho que las capitulaciones se lo prohíban. Después, por evidentes razones desestimaremos la idea de que Anastasia ascienda al poder. ¿Quién no querría a un hombre experimentado al frente? ¿Quién quiere a una mujer dócil y

manipulable? Nadie, y mucho menos ahora que la corriente reformista vuelve a coger fuerza. Nuestra baza es proteger la autocracia con una mano firme, masculina. Solo tenemos que saber jugar bien nuestras cartas. De momento... vayamos a rendirle honores a la nueva emperatriz. No ganamos nada quedándonos encerrados aquí mientras perdemos los papeles —Se incorporó del sillón sin perder la compostura y sin mirar a nadie.

—¿Pero no pretendías hacerte con el trono prusiano también? Me confundes, serpiente.

—Luego, querido obispo, luego... Cuando Tanya ya no sea la emperatriz. Encontraré otra forma de acabar con Klaus y, si es necesario, con ella. Si ya no me sirve, no la necesito viva. ¿No es la paciencia una virtud?

—¡Paciencia! ¡Paciencia! Demasiadas muertes —se quejó Ser Turbin—. Nos pueden descubrir.

—¿Y de qué tienes miedo? Nadie se atrevería a retarse con nosotros. Tenemos a un heredero, no os preocupéis.

—Esperemos que sea varón —suspiró Ser Thonas.

—Recemos por ello —concluyó el obispo, saliendo del despacho.

Recorrieron los pasillos en silencio y se reunieron en la sala del trono junto al resto de los palaciegos y consejeros. Estaban esperando la llegada de Tatiana.



Envuelta de crepé negro y cubierta por un velo del mismo color, la emperatriz de Rusia lloraba y reía a la misma vez en el interior de su alcoba.

—Alteza, debe salir a recibir a los nobles. Es el protocolo que sea reconocida como emperatriz de inmediato —insistió Agatha por tercera vez ante el mutismo de Tanya, que se había quedado en blanco en cuanto le dieron la noticia.

¡Su padre! ¡Muerto! Jamás pensó que la idea de no volver a verlo pudiera dolerle tanto. De pequeña, lo idolatraba: era afectuoso, valiente y divertido. Cambió con los años y ella también. Su relación se volvió una maraña de mentiras, intereses y confabulaciones. Se sentía aliviada porque ya no tendría que matarlo, ya no tendría que hacer justicia por su madre ni por su hermana ni liberar a nadie de su yugo. Dios se había encargado de que muriera ahogado en un lago de camino a Crimea.

"No mates a tu esposo. He visto en los ojos de ese muchacho que te ama. ¡El amor! Haz lo que creas conveniente con Klaus von Wittelsbach, debes saber que cuando te coronen emperatriz... Por mucho que él te ame y a pesar de las capitulaciones que le prohíben reinar en Rusia, intentará hacerse con el poder. Su ego masculino y la impetuosidad propia de su juventud lo obligarán a ello. Será entonces cuando este magnífico amor de juventud empezará a marchitarse... Porque el poder todo lo destruye, hija. Puedes matarlo y liberarte de él, reinar tú sola en Prusia y Rusia. O puedes permitir que viva y se haga con el imperio...", recordó las últimas palabras de su padre.

Ya nada la obligaba a matar a su prometido. Absolutamente nada. Solo su propia decisión: ¿quedarse con el poder de Rusia y Prusia o renunciar a ellos y vivir una vida feliz junto a su esposo? Seguramente Klaus se enfadaría con ella por renunciar al trono imperial, pero en el futuro se lo agradecería. ¿Verdad? Un Románov no podía soñar con el poder y la felicidad, debía

escoger.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—Soy yo, Anastasia. Necesito hablar contigo —Entró su hermana, engalanada con un magnífico traje de satén azul marino y con los ojos secos. —Es hora de que aclaremos algunas cosas.

—¡Ahora es imposible! —se indignó la doncella—. Ella es la emperatriz y debe salir para el besamanos oficial.

—Agatha, déjanos solas —dijo Tatiana, tirando su velo hacia atrás para descubrir su rostro inundando en lágrimas—. Por favor —insistió, poniéndose de pie.

—Sí, Alteza —obedeció la sirvienta, dedicándole una mirada poco amistosa a Anastasia mientras salía.

—Hermana —La abrazó. —Como ves, mis presentimientos eran certeros. No nos libraremos del luto.

—Deja de fingir. Conozco tus planes con Nicolás, os escuché el otro día...

La nueva zarina se apartó de su hermana, asustada. —¿Eras tú la que nos estaba escuchando el otro día en los pasillos?

—Sí, era yo. Lo sé todo... Sé que formaste parte del complot que trató de asesinarme y sé que estabas tramando la muerte de nuestro padre —acusó Anastasia, mirándola con frialdad.



Capítulo 26

Cada vez más cerca

Unos días antes de la muerte de Alejandro. Jardines del Palacio de Invierno, San Petersburgo.

Cuando Tatiana abrió los ojos y no vio a Klaus, rio para sus adentros. Había contado pacientemente hasta cincuenta con el fin de que su prometido tuviera tiempo de esconderse.

—¡El rey de Prusia jugando al escondite! —se indignó su tía Masha, la hermana de su difunta madre que había venido expresamente desde Moscú para ayudarla con los preparativos de la boda.

Apenas faltaba un mes para el enlace y las mujeres de la familia se habían reunido en los jardines para comentar los detalles más relevantes del evento. Klaus se había unido a ellas poco después para convencer a Tatiana de que jugara con él. ¡Como si volvieran a ser dos niños! ¡Qué ocurrencias! Al principio se había negado en rotundo, abochornada. Pero después no tuvo más remedio que acceder si no quería parecer demasiado dura con el rey.

—Déjelos —concedió Luisa de Prusia mientras paseaba a su perro con una sonrisa bobalicona—. Estos son los momentos más bonitos de una pareja.

Tatiana sonrió quedamente y se adentró en el bosque mirando atentamente hacia la derecha y hacia la izquierda, dejando atrás las voces femeninas de la familia. Hacía frío, pero no tanto como en diciembre. Su abrigo de piel negro y su gorro de ante eran suficientes para no sufrir pese a tener las mejillas enrojecidas a causa del viento gélido que acariciaba su rostro.

—Klaus... —nombró a la nada, siguiendo el rastro del perfume masculino que había en el ambiente.

No se oía nada más que el murmullo de las hojas bailando al son del viento. ¿Dónde estaba ese hombre? ¿Por qué era tan insistente con esas niñerías? Empezaba a ponerse de mal humor cuando notó unos brazos fuertes y varoniles alrededor de su cintura que la obligaron a sonreír.

—¡Te pillé! —exclamó Klaus, atrayéndola hacia él.

—¡No estábamos jugando al pilla pilla! ¡Estábamos jugando al escondite! Siempre has hecho trampas, no sé de qué me sorprende —se quejó ella, dando la vuelta dentro de la diminuta circunferencia que su captor había dibujado con los brazos y quedando frente a él.

—Recuerdo que cuando eras una niña ponías la misma cara cuando perdías. Eres una mala perdedora.

—No he perdido, has hecho trampas —repitió—. ¡Y ya no soy una niña! ¡Ni tú eres un niño! ¡Por Dios! Me has abochornado delante de nuestra familia. Tú eres el rey de Prusia y puede que yo me convierta en la futura emperatriz de Rusia. ¿Cómo se te ocurre? Tenemos la responsabilidad de inspirar respeto.

—Oh, perdone Su Majestad —se burló el rey—. Olvidaba que es usted la heredera del trono imperial. ¡Qué escándalo que malgaste su tiempo con juegos de niños!

—No te burles de mí —replicó, fingiendo un puchero lastimero con una media sonrisa contenida. Quería enfadarse con él, como siempre. Pero le era imposible.

—Deja de refunfuñar —Klaus subió las manos por su espalda y la apretó un poco más. —¿No te has dado cuenta? Todo esto solo era una excusa para vernos a solas, lejos de las miradas impertinentes de esas señoras.

—Entre esas señoras están tu madre y mi tía así que no hables así de ellas. Están aquí para ayudarnos con los preparativos de la boda.

—Está bien, está bien... ¡Hoy estás especialmente gruñona!

Tatiana guardó silencio y recordó la conversación que había tenido con su padre. ¡Ya no tenía que matarlo! ¡Nada la obligaba a arrebatarle la vida a Klaus! Excepto su pacto con Nicolás y su necesidad de justicia, si ella no acababa con él... Nicolás no acabaría con su padre. ¿Qué debía hacer? La incertidumbre la estaba atormentando y llevaba varias noches sin poder dormir. Quizás por eso "*estaba más gruñona de lo normal*" y era incapaz de ocultar su irritación. Respiró hondo y miró los ojos azules de su prometido, que la miraban fijamente. Los ojos de Klaus eran prácticamente traslúcidos y estaban rodeados por una fina línea negra que veteaba sus pupilas. ¡Era un caballero muy apuesto! Ya no lo veía del mismo modo desde que la besó por primera vez. De hecho, era completamente incapaz de dejar de pensar en él.

Recordando ese beso robado, bajó su mirada y la depositó sobre los labios masculinos dándole permiso a su prometido para hacer lo que estaba deseando hacer desde el principio: besarla.

Klaus se apropió de sus labios femeninos, sedosos y rosados con vehemencia y pasión para abrirse paso hasta el interior de su boca. Allí se permitió descubrir qué escondía la princesa acariciándole la lengua con la suya propia. El rey esperó a que Tatiana se indignara y lo empujara con un merecido bofetón, pero nada de eso ocurrió, sino que para su complacencia se sintió correspondido. Ella le devolvió el beso con cierta torpeza característica de las mujeres inexpertas, pero con tanta perfección que solo podía amarla todavía más.

Al principio, ella había sido su compañera de juegos de la infancia. Después, durante la adolescencia empezó a verla como algo más. Y ahora, iba a hacerla su esposa. Ambos reinos siempre habían gozado de una estrecha relación. Por eso, él y Tatiana se las ingeniaban para escaparse y jugar a sus juegos favoritos. Con los años aquello cambió, pero él seguía queriendo escaparse con ella... a dónde fuera, porque era magnífica y preciosa. Sí, era cierto que él era un hombre lujurioso y casquivano, pero Tanya tenía su corazón.

—Klaus, no deberíamos... —comentó ella, separándose con los ojos llorosos y los labios enrojecidos—. No está bien.

—Vas a ser mi esposa, solo queda un mes. Llevo toda la vida esperando este momento, solo déjame besarte —insistió, volviendo a adueñarse de sus labios.

Tanya se sentía como en una nube idílica en la que no existían las intrigas ni los asesinatos. No tenía ni idea de si sentía amor o curiosidad, pero solo sabía que sus piernas temblaban y su

corazón latía con fuerza entre los brazos de Klaus. Tatiana apoyó una mano sobre el pecho masculino y cerró los ojos. Él continuó besándola, cada vez más fuerte y luego enloquecido la empujó contra un árbol. El frío había desaparecido dando paso a un calor abrasador que los unió durante largos minutos hasta que decidieron detenerse y regresar a los jardines.

—Últimamente he notado a mi hermano algo cambiado —le comentó Klaus cuando se unieron con el resto de las mujeres a modo de confidencia—. Apenas quiso comentarme nada acerca de tu ascenso al trono —añadió, molesto—. Debiste informarme. Además, está todo este asunto de las capitulaciones matrimoniales en las que he tenido que ceder a la mayoría de ellas si quería desposarte. Pero comprenderás que, como hombre, me parecen insultantes. Te amo Tatiana, pero no sé si podré soportar la idea de que me apartes de tu imperio.

La magia que se había creado en el bosque había desaparecido por completo dando paso a una incómoda conversación sobre el poder. Poder o felicidad, debía escoger.



Día del besamanos de Tatiana Aleksandróvna Románova. Habitación de la emperatriz.

—Deja de fingir. Conozco tus planes con Nicolás, os escuché el otro día... Sé que formaste parte del complot que trató de asesinarme y sé que estabas tramando la muerte de nuestro padre —acusó Anastasia, mirándola con frialdad.

Tatiana perdió el color de sus mejillas y el miedo se instauró en su rostro. Trató de negarlo, pero vio tanta seguridad y firmeza en los ojos de su hermana que supo que sería inútil. Cogió aire con fuerza y se acercó a la ventana para no tener que enfrentarse al duro escrutinio de Anastasia.

—Si nos escuchaste, también debiste escuchar la parte en que dije que fui obligada a formar parte de ese repugnante plan. Jamás quise tu muerte —confesó Tanya, volviendo a mirarla—. Sabes que después de nuestra madre yo he sido la que más te ha amado en esta familia.

—Interesante modo de demostrar tu amor al dejarme sola en el banquete de mi boda a merced de un grupo de asesinos. Si Mijaíl no me hubiera defendido estaría muerta. ¿Lo entiendes? —reclamó Anastasia, recordando aquel fatídico día—. Perdóname si dudo de tu amor.

—Puedes dudar de mi amor, Anastasia. Pero no puedes dudar de mi arrepentimiento. Si escuchaste la conversación que mantuve con Nicolás debes saber que pretendía vengarme de padre por todo el daño que nos ha causado... No solo a ti y a mí sino también a nuestra querida madre.

—Sí, he entendido perfectamente que debías matar a tu propio esposo para alcanzar tus metas, quien sabe si para librarte de ese cometido has urdido un plan independiente con el que matar a nuestro padre sin tener que pasar por el chantaje de la serpiente —dijo Anastasia, mirándola con fingida desaprobación.

—¿Me estás acusando del asesinato de padre? —se indignó Tatiana.

—Te estoy acusando de ser una intrigante, una confabuladora y una asesina —dijo Anastasia, imperturbable y fría como un bloque de hielo—. De nada me sirven tus excusas. ¿Recuerdas esa noche que vine a hablar contigo? Justamente fue en esta habitación... Apenas acababa de llegar a este palacio y quedaban pocos días para mi boda. Pudiste sincerarte conmigo. Avisarme de algún modo... pero decidiste callar. Te consideraba mi amiga... No me importa que no fueras más que una mera espectadora, fuiste cómplice y eso te convierte en culpable. Y no solo arruinaste mi vida, sino que arruinaste la vida de un gran hombre como lo era Mijaíl.

—Anastasia...

—¡Silencio! No puedes decir nada que me convenza de lo contrario. Tu silencio te convierte en uno de ellos... en uno de mis enemigos.

—¡No soy tu enemiga!

—Sí, sí lo eres. Has actuado según tu conveniencia, ¿has pensado en aquellos pobres hombres que mandaron a la cárcel? Damien Obolénski fue a punto de ser fusilado por un crimen que no cometió. ¿Te importó? ¿Te importó su vida? ¿Te importó la justicia? ¡No! —gritó Anastasia con un golpe de voz contundente y controlado—. Escogiste seguir siendo la niña de papá, la princesa consentida rodeada de joyas y riquezas —Anduvo la zarevna por la recámara, señalando con la mirada la cantidad ingente de joyeros que Tanya coleccionaba sobre la cómoda. —No eres más que una hipócrita jugando a ser emperatriz.

—¿Emperatriz? Entiendo tu rencor, Anastasia. Pero te estás excediendo en tus acusaciones. Jamás quise el trono. Si insinúas que he matado a padre para hacerme con el poder, estás muy equivocada. ¡No sería capaz de hacer tal cosa! Y mucho menos por motivos tan triviales. Dame la oportunidad de demostrarte que puedo ser una buena hermana. Madre no hubiera querido que...

—Haz el favor de dejar de usar la memoria de nuestra madre para escudarte —la cortó—. ¿Piensas que estoy siendo injusta con mis acusaciones? ¿Piensas que me estoy dejando llevar por el rencor propio de una hermana marginada? Bien, entonces dejemos que alguien más imparcial opine sobre el asunto... —concedió Anastasia, esbozando una sonrisa que no tenía nada que ver con el acto de sonreír sino más bien con el acto de intimidar. La zarevna abrió la puerta de la habitación y dejó pasar al líder de los reformistas, Damien Obolénski.

—¡No puede entrar aquí! —se indignó Tanya al verlo—. Primeramente, es usted un hombre y, segundo, no es bienvenido. ¡Anastasia! Este hombre quiere derrocarlos a todos. ¿Cómo le permites la entrada a mis aposentos? ¡Secuestró a Klaus!

—Qué ironía que te preocupes tanto por tu prometido a estas alturas —se burló Anastasia, cerrando la puerta—. Damien está aquí para que entiendas que todo esto no se trata de un arranque de celos por parte de una hermana carente de afecto. Debes entender que eres culpable del asesinato de Mijaíl Speranski, de conspirar en contra del rey de Prusia... tu querido Klaus y del posible asesinato del zar, Alejandro I de Rusia.

—Tengo contactos influyentes en el extranjero que podrían iniciar un juicio en su contra, Alteza —habló Damien, serio—. Si Ekaterina no me hubiera ayudado —mintió—, seguramente mis restos estarían tirados en una fosa común en estos momentos. No imagino la gracia que esto haría a nuestros amigos franceses o ingleses. ¡Un atentado contra la libertad! ¡Quién sabe si pretenden extender su mano negra hasta tierras extranjeras! ¿Acaso cree que está jugando con una casa de muñecas? Sus actos tienen repercusión nacional e internacional. ¿Sabe cómo se agitarán las masas al descubrir que su nueva emperatriz mató a su líder? O mejor dicho... A sus líderes. Ayudó a matar a Mijaíl... y posiblemente haya matado a Alejandro. ¡Dos líderes! ¿Quién querría a una asesina en el trono? Es más, ¿qué cree que hará su prometido en cuanto descubra que tenía intenciones de matarlo?

Tatiana no dijo nada: tan sólo guardó silencio y se miró de reojo en el espejo de la cómoda. El negro la envolvía, pero su rostro era todavía joven y hermoso. ¿De verdad quería vivir en medio de ese caos? Podría demostrar su inocencia si se lo proponía... pero ¿era necesario? Estaba cansada antes de reinar. ¿Cómo podría coronarse? Si sentía que la corona y el cetro ya pesaban sobre su cuerpo sin ni siquiera haber sido investida. Fue educada bajo la posibilidad de que algún día tuviera que gobernar, pero su naturaleza innata no había sido moldeada para ese fin.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó al fin, dejando ir el aire que había contenido en sus

pulmones y peinándose un mechón rubio que le caía fuera del velo.

—Que renuncie a ser la emperatriz de todas las Rusias —dijo Damien sin titubear.

—Renuncia a mi favor, Tanya. Cásate con Klaus y vete de este país para no regresar. Si de verdad quieres una vida pacífica, te estoy dando la oportunidad de que la tengas. Vete y olvidaré tus crímenes.

—¿Serías capaz de perdonarme?

—Nadie ha hablado de perdón —dijo Anastasia, seca y realista.

Tatiana miró atentamente a su hermana menor. No era que se hubiera creído su papel de dama piadosa y consagrada a Dios. Siempre supo que Tassia escondía su verdadera personalidad, pero nunca imaginó que fuera tan astuta. Sospechaba que había sido ella la que había matado a su padre, así como empezaba a sospechar que había sido ella la que había ayudado a Damien Obolénski a regresar a la corte. Pero no iba a entrar en aquel juego de acusaciones. Sus padres habían muerto en vida por regentar ese país, ella no quería vivir ni sufrir lo mismo. No quería que Klaus cambiara cuando ascendiera al trono ni quería verse inmersa en una batalla por defender su inocencia frente a un jurado que, en el fondo, tenía razón. Su mutismo ante los crímenes cometidos la había convertido en culpable.

—¿Y quién me defenderá de la serpiente una vez le dé la espalda? —preguntó Tanya, recordando su pacto con Nicolás.

—Si querías aprender a volar como un águila, no tendrías que haberte aliado con alimañas. Deberás correr el riesgo tú sola. Lo único que puedo garantizarte es que ni yo ni Damien te acusaremos de traición. Es todo cuanto puedo hacer por ti... dadas las circunstancias —ultimó Anastasia, haciendo brillar sus ojos azules con seguridad y esbozando una mueca autocomplaciente—. Debes pensar que el hecho de que te cases con Klaus y te marches ya es un logro para ti.

—¿Y si me quedara?

—Entonces tendrías que preocuparte más por la ferocidad del zorro que por la letalidad de la serpiente.

Capítulo 27

La nueva emperatriz

La sala imperial de trono, cubierta por una alfombra roja y decorada con columnas de oro imponentes, estaba repleta de nobles y palaciegos que esperaban inquietos la llegada de la nueva emperatriz: Tatiana Románova. Debían rendirle los honores protocolares, entre ellos, besarle la mano. Y después de tres meses, cuando Alejandro I ya estuviera enterrado y el luto en el país se levantara, la coronarían en el Kremlin de Moscú tal y como dictaba la tradición.

La aglomeración de asistentes formó dos grupos: uno a la derecha y otro a la izquierda. De forma que en medio quedó un pasillo amplio que iba desde la puerta hasta el trono. Un trono que se erguía arriba de unas escaleras de mármol y que tenía por pomos a dos águilas bicéfalas hechas de oro.

Lo que no sabían era que, al otro lado del pasillo, más allá de los muros de esa fastuosa sala, Anastasia Aleksandróvna Románova se preparaba a para ser recibida como la única y verdadera zarina de Rusia. Tatiana se había comprometido a renunciar públicamente de su cargo antes de ser reconocida por regidores y consejeros como la nueva monarca. Por lo que, inmediatamente, ella sería la única y legítima sucesora según la última voluntad de su padre.

Consciente del día histórico que iba a protagonizar, Anastasia se había vestido con un elegante y regio vestido de color azul marino. Si por ella fuera, hubiera usado un color más alegre, pero era conocedora de los estrictos protocolos que existían en palacio en cuanto al luto y no sería prudente provocar a los sectores más conservadores cuando el cuerpo de su padre viajaba desde Crimea hasta San Petersburgo para recibir pronta sepultura. Aun así y como ya era bien conocido, no existía dama en la corte que le sentara tan bien el luto como a ella. Su piel pálida resaltaba por encima del escote en forma de barco y su cuello liso y perfecto brillaba bajo un pequeño velo de rejilla negra que ocultaba parcialmente sus ojos azules e inhumanos.

Había llegado el momento de la verdad, ese momento por el que había luchado desde que murió Mijaíl en sus brazos: venganza. Poco a poco había ido acabando con sus enemigos, aunque algunos habían caído por sí solos. La muerte de su padre pesaría sobre sus manos manchadas de sangre para el resto de su vida, pero sabía que había hecho lo correcto y , sobre todo, lo más justo.

—¿Qué le preocupa? —preguntó Anastasia a Damien Obolénski.

Ambos esperaban a que Tatiana abandonara sus aposentos seguida de su séquito personal para ir tras ella hasta la sala del trono. Estaban solos y cada vez les importaba menos que los vieran juntos. Al principio era impensable que se viera a Anastasia con el supuesto asesino de su esposo, pero poco a poco los rebeldes iban ganando fuerza dentro del palacio y ya nada parecía tan escandaloso. Mucho menos después de que el rumor del complot fuera cada vez más fuerte. ¿Seguro que Damien y sus hombres habían matado a Mijaíl? Era la pregunta que se hacían muchos... convirtiendo esa duda en una verdad a gritos: solo los Románov mataron a Mijaíl. ¡Pobre princesa Anastasia! Fue una víctima más. Y eso la había convertido en una figura amada por el pueblo, como un ejemplo de supervivencia y de fortaleza. Una nueva líder.

—Nicolás von Wittelsbach, ¿cómo reaccionará en cuánto la vea en el poder?

—La serpiente deberá entenderlo. Él no es más que un consejero... Aunque pretendo cambiarlo en cuanto me coronen. Pretendo convertirlo a usted en mi consejero real, Damien. Los

dos hemos luchado para que llegara este momento. Firmaré la nueva constitución y liberaré a los esclavos campesinos.

—El pueblo la adora, eso es un hecho. ¡La querida esposa del difunto Mijaíl! ¡Un símbolo de lucha! —reverenció el reformista—. Pero Nicolás no es un hombre al que debemos subestimar. No creo que lo entienda fácilmente; es más, buscará cualquier medio para acabar con usted.

—Entonces aprenderá algo muy importante: él podrá mandar en Prusia si lo desea, pero quien manda en Rusia soy yo —determinó Anastasia con los ojos llenos de seguridad en sí misma y confianza absoluta en sus palabras.



30 de enero de 1821.

Tatiana Románova se posicionó frente a la puerta de la sala imperial del trono con el corazón en la garganta y la respiración acelerada. Ataviada con el negro más absoluto sus piernas le temblaban bajo la falda y sus ojos azules y exentos de maldad lagrimeaban por la presión.

Cogió aire profundamente bajo su velo y asintió levemente con la cabeza para que cuatro mayordomos reales con fajines negros le abrieran la puerta. Tras ella, la multitud se giró para verla. Vio a Klaus al final, cerca del trono, esperándola con una sonrisa al lado de su madre, Luisa de Prusia. Ellos estaban en el grupo de la derecha. Pero el grupo de la izquierda estaba liderado por Nicolás von Wittelsbach junto a sus tres aliados: Ser Turbin, Ser Thonas y el obispo.

Por un momento pensó en detenerse y echar a correr lejos de allí, pero los pasos decididos de Anastasia tras ella se lo impidieron. Su hermana iba a ser la nueva emperatriz. Y ella solo deseaba casarse con Klaus y huir de ese infierno de una vez por todas. Ahora que su padre había sido muerto o, seguramente asesinado por Anastasia, no había nada que la atara a ese lugar ni a la promesa que le hizo a Nicolás. Solo había una cosa que la unía a Nicolás en ese momento: el miedo. ¿Cómo reaccionaría en cuanto supiera que renunciaba al poder? ¿En cuánto supiera que no pensaba matar a Klaus? Solo había una persona que podía ayudarla y esa era Anastasia.

Si ella era tan fuerte y astuta como lo había demostrado hasta el momento, era la única que podía salvarla de la letalidad de la serpiente. Pero ¿querría su hermana salvarle la vida después de todo lo que le hizo?

Atravesó el salón con pasos débiles, pisando la moqueta roja y observando los rostros que la rodeaban. Familiares, amigos y nobles a los que conocía de toda la vida. No quería seguir en esa rueda, quería salir de ella. Y debía ser fuerte; por una vez, debía luchar por lo que verdaderamente deseaba: la felicidad.

—Ser Lancel y Ser Aaron, ¿juráis por Dios que el zar Alejandro I de Rusia ha fallecido y que estuvisteis allí para saberlo?

—Juro por Dios —pronunció el viejo consejero solemnemente después de haber viajado a Crimea para ver como un cirujano de prestigio limpiaba el cuerpo del emperador.

—Juro por Dios —corroboró Ser Aaron, fiel a la corona y a sus principios.

—¿Dejó el emperador escrito alguno que fijara el legítimo heredero que gobernase en este imperio? —siguió preguntando el regidor.

—Juramos que existe documento firmado y sellado por todos los miembros del consejo en el que se especifica que es Tatiana Aleksandrónva Románova, la hija del difunto zar, la legítima sucesora.

—Apelo al derecho de Tatiana Románova a ser coronada como emperatriz según las capitulaciones y pactos del día 12 de enero de 1821 —continuó el regidor, dirigiéndose a la sala—. Y puesto que aquí se halla su alteza, aquí debe ser proclamada zarina tal y como dictan las leyes de estas tierras. ¿Alguien se opone a ello?

Un silencio aplastante se hizo en la sala, nadie tenía objeción alguna a que la princesa Tanya fuera la nueva emperatriz. Era una mujer educada en la corte que pronto se casaría con el rey de Prusia y que, estaban seguros, de que gobernaría siguiendo los pasos de su difunto padre.

—Yo —dijo Tanya con voz alta y clara, provocando una oleada de confusión entre los asistentes.

Anastasia, que se había quedado en un segundo plano cerca de las escaleras del trono, miró de reojo a Nicolás. Lo vio con el rostro rígido y las manos llenas de venas hinchadas. A primera vista, parecía inmune a lo que acababa de escuchar. Pero un buen observador vería que se estaba consumiendo por dentro al igual que sus tres perritos falderos.

—Disculpe, Alteza... ¿He oído bien? —preguntó el regidor, titubeante.

—Sí, Ser Makari —Se levantó el velo y mostró su rostro a la sala. —Agradezco enormemente el honor que mi padre me concedió, pero debo renunciar al trono.

Klaus dio un paso al frente, mirándola con perplejidad y cierto enfado. Pero Tanya lo ignoró.

—Hoy, día 30 de enero de 1821 —prosiguió la princesa—, renuncio a mi derecho al trono ruso en favor de mi hermana, Anastasia Aleksandrónva Románova. La siguiente y legítima sucesora en la línea de sucesión según la ley reformada por mi difunto padre, Alejandro I de Rusia, en la que cualquier mujer que ostente el apellido Románov puede ser coronada emperatriz.

—Por fin va a tener su corona —susurró Damien al lado de una Anastasia que apenas sostenía la respiración mientras hacía bailar sus pupilas alrededor de la sala que había depositado su completa atención sobre ella con cierto recelo y sorpresa. Ella no era del agrado de la gran mayoría de los palaciegos, sobre todo no era del agrado de las mujeres.

Anastasia ya no era la piadosa princesa que había regresado del convento para convertirse en una dramática viuda. Anastasia se había convertido en un referente para el pueblo como libertadora, en una mujer astuta que era capaz de poner a altos cargos en su lugar con solo una mirada y en una dama algo caprichosa que vapuleaba a los hombres del palacio a su antojo labrándose una inmerecida fama de hechicera.

—¡Es solo una niña! —gritó en un susurro Ser Maximus Turbin, impotente ante la caída de todos y cada uno de sus planes y viendo claramente a la culpable de todas sus desgracias como si de una visión se tratara.

Las máscaras se habían caído. Anastasia iba a ser la nueva emperatriz y el reino ya no la veía con los mismos ojos. Nicolás observó al zorro al lado de Damien o, mejor dicho, a Damien al lado del zorro. ¡Se la habían jugado! Una vez más. Dios sabría cómo habían conseguido que Tanya renunciara al poder, pero estaba seguro de que la habían amenazado con destapar todo el asunto del complot y la inútil de Tanya se había doblegado con su estúpida idea de la felicidad y el sol de Italia.

—Y ambos vamos a obtener nuestra venganza —respondió en un susurro Anastasia a su fiel aliado de hombros anchos y mirada calculadora.

—Con su consentimiento y el vuestro —inició el regidor dirigiéndose a la zarevna Anastasia, que había dado un paso al frente y había descubierto su bello rostro frente al mundo. Era la mujer más bella de Europa, sin duda—. ¿Jura por Dios guardar y proteger a sus súbditos?

—Sí, lo juro por Dios —habló por primera vez en voz alta la nueva emperatriz, Anastasia. Lo hizo con voz firme, muy diferente a la de su hermana. Su voz era fuerte, imponente y femenina.

Llena de autocontrol y se imponía sobre las de los demás.

—¿Jura por Dios mirar por el bien común de Rusia con el fin de hallar la paz y la armonía en sus tierras?

—Sí, lo juro por Dios —respondió de nuevo, acallando el murmullo de los palaciegos y provocándole una irritación incurable a Nicolás, que tenía el cuello rojo y los ojos a punto de salirle de las órbitas. Sus pupilas verticales apenas eran una línea fina y, por un momento, Anastasia creyó que la atacaría y la mordería con sus colmillos.

No habían vuelto a hablar desde su encuentro íntimo en la alcoba. Había pensado mucho en él desde entonces, pero sus objetivos y su sed de venganza, así como de justicia y poder, eran más fuertes que cualquier sentimiento que pudiera albergar hacia Nicolás. Sus caricias todavía se sentían vivas sobre su piel.

—¿Y vosotros, nobles, caballeros y clérigos juráis servir a Anastasia como vuestra emperatriz? —preguntó el regidor a los asesores y obispos principales del país que estaban reunidos entorno a Anastasia mientras Tatiana se hacía a un lado junto a sus doncellas.

Otra vez ese silencio aplastante invadió la sala. Nadie había previsto ese cambio ni ese giro de la rueda. Si alguien había sospechado alguna vez que Anastasia no era lo que aparentaba, acababa de confirmar sus sospechas. Si alguien la odió, ahora la odiaba más.

Sin embargo, Ser Lancel, el más viejo y honorable consejero, fue el primero en arrodillarse ante el mutismo general. Luego, lo siguieron Ser Aaron y algunos nobles más. Ser Turbin, Ser Thonas, el obispo y Nicolás fueron los últimos en hacerlo. Y lo hicieron como si los estuvieran despedazando y torturando vivos: con el rostro desencajado, los ojos inyectados en sangre y el cuerpo adolorido.

—Juro por Dios —dijeron al unísono los nobles caballeros sin más remedio.

—Que así sea —ultimó el regidor, poco convencido de sus propias palabras y prácticamente obligado por las circunstancias a cumplir con su obligación.

Tatiana hubiera sido fácil de manipular, una autócrata con ideas similares a las de su padre sin aliados en las fronteras reformistas. Pero Anastasia era impredecible, era una niña y se codeaba con Damien como si fuera su mejor amigo o su amante (según las malas lenguas). Pocos eran los que creían que Damien fuera el asesino de Mijaíl y solo faltaba que Anastasia iniciara un juicio para investigar el complot que hubo en el día de su boda para acabar con muchos de ellos. Muchos tragaron saliva, otros escupieron fuego por la nariz y muchos otros, simplemente, obedecieron.

Anastasia extendió su mano enguantada con terciopelo azul y enjoyada con anillos de zafiros y diamantes para que el besamanos empezara. Lo hizo con el semblante frío, impenetrable y con cierta arrogancia, aunque no con soberbia. Sin querer, se acordó de Mijaíl y de la promesa que le hizo: que iba a ser feliz. Supo que había roto su promesa, que no iba a ser feliz. Pero también supo que estaba vengándolo. A él, a las niñas, y a la vida que le arrebataron.

La habían subestimado y ahora estaban pagando las consecuencias.

Damien Obolénski fue uno de los primeros en besar su mano con una sonrisa. Después lo siguieron muchos reformistas y algunos consejeros, así como nobles y caballeros. Nicolás fue uno de los últimos tras Ser Turbin, Ser Thonas y el obispo.

—Disfrute de su momento, Alteza. No le durará mucho —susurró Nicolás después de depositar un beso corto y rápido sobre su mano, amenazándola a través de su mirada de reptil. Siseó tan flojo que solo ella pudo escucharlo, pero no le tenía miedo, ignoró su amenaza y se limitó a seguir con el protocolo como si nada pudiera intimidarla.

—Es hora de salir al balcón, Alteza Imperial —la informó Ser Lancel, cubierto por una barba

blanca y espesa—. El pueblo quiere recibir a su nuevo monarca.

Sabía que la multitud esperaba a Tanya, era lo que se había anunciado por las calles. ¿Qué reacción tendrían al verla a ella en lugar de a su hermana? Se dirigió al balcón con más miedo del que había entrado en la sala del trono. Y se quedó petrificada en cuanto el pueblo se sumió en un mutismo general al reconocerla.

—¡La nueva emperatriz, Anastasia I de Rusia! —anunció uno de los regidores a los presentes en mitad del silencio.

Finalmente, para la tranquilidad de la nueva emperatriz, los aplausos y los vítores aparecieron con fuerza y exaltación.

—¡Es la viuda de Mijaíl! —susurró uno de los pueblerinos mientras aplaudía entusiasmado.

—¡Ella nos ayudará! Se comenta que es amiga de Damien y que todo el asunto de su boda fue un complot para asesinarla... ¡Es mejor que su hermana! —susurró otra mujer en la plaza.

—¡Viva la nueva emperatriz! —gritaron muchos—. ¡Viva Anastasia I de Rusia! ¡Viva Rusia!

Anastasia saludó con cierta alegría a su gente, a su nación al sentirse amada y correspondida. Lo hizo moviendo la mano con gracia y elegancia hasta que se le ocurrió la idea de hablar.

—¿Puede dejarme esto? —Se acercó a uno de los regidores, señalando la corneta que servía para amplificar la voz. —Quiero decir unas palabras.

—Excelencia... ¿Esto? —Se sorprendió el buen hombre, extendiendo el artefacto ante el asombro general. Anastasia acababa de romper con el protocolo. —Por supuesto.

—Alteza, ningún emperador ha hablado jamás con el pueblo de este modo —la avisó Ser Aaron, algo nervioso y preocupado.

—Por si no lo ha visto, Ser Aaron, no soy un emperador. Soy una emperatriz —dijo Anastasia, cogiendo la corneta con arrojo y llevándosela sobre los labios—. ¡Ciudadanos del pueblo ruso! —empezó a hablar con su voz imponente—, hoy no me presento frente a vosotros solamente como vuestra emperatriz, sino como vuestra compañera en la lucha por los derechos y reformas necesarias de esta gran nación que es Rusia. Vengo a recuperar el legado de mi bisabuela Catalina la Grande y espero estar a la altura de vuestras esperanzas y sueños —concluyó, causando una algarabía de voces ensordecedora que llegó a todos los rincones de palacio a modo de adoración y fervor hacia Anastasia.

—Se acaba usted de ganar el corazón de un millón de personas —comentó Ser Aaron, asombrado.

—Este país necesita cambios, consejero. Y yo soy el cambio —ultimó ella, devolviendo la corneta a su dueño y dando media vuelta para regresar a la sala del trono y deshacer el pasillo enmoquetado entre los nobles. Al hacerlo, se topó con Nicolás que estaba a punto de una catarsis demoníaca frente a la puerta del balcón, bloqueándole el paso.

—Deje pasar a la emperatriz —exigió Damien a Nicolás, contundente y masculino.

Nicolás miró con inquina a Damien y se apartó, no era el momento de ajustar cuentas ni de hacer una escena de celos. Pero todo llegaría.

Tiempo al tiempo, pensó la serpiente.

Estaba ahogada en su propio veneno y en la rabia que sentía por ver a Anastasia ocupando el poder al lado de ese imbécil de Damien. ¡Debería haber matado a esa mujer al principio! Pero ¿cómo? Saber que era suya... Saber que él y ningún otro hombre más la había poseído en el lecho... Y verla allí, tan fría y distante como si no lo conociera, poniéndolo en entredicho frente a sus aliados y convirtiéndolo en el hazmerreír de los palaciegos que lo habían apoyado... ¡Qué rabia! ¡No podía mostrarse compasivo!

La zarina pasó dedicándole una mirada gélida a Nicolás llena de indiferencia y regresó a la

sala del trono donde fue recibida con honores.

"La verdad tarde o temprano sale a luz. Y mi verdad había sido desvelada. Ya no había caretas, ya no tenía que seguir fingiendo. Me había movido entre las sombras y había alcanzado el poder. Sabía que lo difícil no era obtener el trono, sino mantenerlo. Conocía los peligros de ser la nueva emperatriz y esperaba con paciencia y firmeza el gran golpe de Nicolás. Mi mayor enemigo, que no era otro que mi propio corazón, me decía que lo perdonara y lo amara. Pero sabía que perdonar a la serpiente era condenarme a mí misma a una muerte segura. Mi mayor aliado era Damien, era mi fuerza contra el grupo de conservadores que no tardarían en querer hacerme a un lado. Él y sus hombres eran mi apoyo. Debía firmar la nueva constitución una vez fuera coronada e impulsar el cambio en mi país. Convertirme en la libertadora de un pueblo sometido durante siglos y atrasado en leyes. No sería un camino fácil, pero estaba dispuesta a recorrerlo." Pensamientos de Anastasia.

Capítulo 28

Herederos de sangre

Unas horas después del besamanos.

—Debió esperar a ser elegida emperatriz por la junta —dijo Ser Lancel en la sala del consejo—. ¡Habría sido elegida emperatriz en ella! ¡Os lo juro! Y hubiera sido un modo de proceder más sensato.

—En Rusia no hay nada seguro —comentó Damien Obolénski, sentado a la derecha de Anastasia—. La emperatriz ha actuado con rapidez frente al vacío de poder.

—No dude de la palabra de Ser Lancel, Damien —corrigió Anastasia a su mano derecha, aunque todavía no lo había nombrado consejero real—. Pero si es verdad que iba a ser elegida emperatriz en esa junta, no he hecho otra cosa que evitar que perdáis el tiempo. Tan solo estoy cumpliendo con lo pactado con mi padre el 12 de enero de 1821. Soy la legítima sucesora.

Las palabras certeras de Anastasia acallaron a los miembros del consejo presente, que la miraron con sorpresa. ¿Era esa la niña a lo que todos habían subestimado? ¿Era esa la princesa que tuvo que morir en su banquete de boda y no lo hizo? Su porte, sus palabras, su mirada... No tenían nada que ver con lo que habían visto de ella hasta entonces. Muchos entendieron que Anastasia había jugado desde las sombras y que, para nada, era una mujer a la que desvalorar. Era inteligente, culta y astuta. Y, además, la legítima emperatriz tal y como dispuso el difunto Alejandro a falta de hijo varón.

—Entonces, Alteza Imperial, no le importará que empecemos con el orden del día —accedió Ser Makari, con una papada abundante y los ojos rebosantes de bondad.

—En absoluto, lo estoy deseando —sonrió Anastasia, aunque era una sonrisa tan estudiada como lo eran sus miradas—. ¿Y los que faltan? —preguntó, al ver las sillas vacías de Nicolás y Ser Thonas.

—Alteza, tendrán sus motivos para...—inició un Ser Aaron algo angustiado por la ausencia de los miembros del consejo.

—No es necesario —lo cortó Anastasia—. Entiendo perfectamente cuáles han podido ser sus motivos para ausentarse. Prosigamos.

Era un insulto hacia su persona que Nicolás y Ser Thonas no estuvieran presentes en su primera reunión con el consejo. Pero se tragó la afrenta, al fin y al cabo, no eran más que los últimos bandazos de una serpiente moribunda.



—¡Es solo una niña! ¡Estamos siendo burlados por una niña! —gritó Ser Turbin, nervioso—. ¡Ha sido ella! Durante todo este tiempo... ¡Manipuló a mi hijo! ¡Liberó a los rebeldes! ¡Secuestró a tu hermano! ¡Y luego inculpó a Ekaterina! ¡Nos la ha estado jugando! Y no me digas... No me digas —repitió, riendo a causa del nerviosismo—. Que tú no sabías nada. Estabas a cargo de todo esto.

—No perdamos la calma —dijo Nicolás, imperturbable como siempre.

—¿Qué no perdamos la calma? —inquirió el obispo—. ¡Hay que acabar con ella antes de que sea coronada! ¡Sea como sea! Y si no te encargas tú, lo haré yo mismo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ponerle veneno en la comida? —se burló la serpiente—. No podemos asesinarla sin más, ha sido reconocida públicamente como la nueva emperatriz. Su repentina muerte levantaría sospechas. Debemos buscar apoyos... Apoyos que respalden nuestra postura. ¡No podemos permitir que una mujer reine en Rusia! Estoy seguro de que al papa tampoco le hará gracia esta situación por muy buenas relaciones que mantenga con Anastasia. Obispo, ponte en contacto con tus compañeros de oficio y promulga una junta en contra de Anastasia. Ser Turbin, reúne a los regidores más conservadores del país y uníos a los miembros que consiga reunir el obispo. Ser Thonas y yo nos encargaremos de hallar ayuda internacional.

—¿Y Ekaterina?

—Ekaterina está instalada en una de las dependencias del palacio. Recemos para que engendre un hijo varón al que podamos apoyar.

—¿Pero ese niño nacerá después de la coronación! —evidenció Ser Turbin—. La coronación tiene lugar dentro de tres meses y Ekaterina tan solo tiene un mes y medio de preñez.

—Nos encargaremos de retrasar la coronación. Nada es definitivo, Ser Turbin. Esto es un juego de poder. Y nadie está arriba del todo sin que tenga la posibilidad de caer. Como bien has dicho, Anastasia no es más que una niña y tarde o temprano... caerá.

—Eso espero —dijo Ser Turbin—. Porque tendrías que haber acabado con ella el día de su boda. Y no lo hiciste. Si ella no estuviera viva, nada de todo esto habría ocurrido. Espero que no me mientas cuando me dices que ella no significa nada para ti. Porque si no tuve piedad con mi propio hijo...

—¿Me estás amenazando?

—No es una amenaza, es una realidad —ultimó el rubio entrecano, saliendo del despacho dispuesto a buscar apoyos que estuvieran tan en contra de que una mujer ascendiera al trono como él.

—Anastasia es muy astuta —convino el obispo en cuanto Ser Turbin hubo abandonado el despacho de Nicolás—. Se ha ganado el amor del pueblo hoy. ¿Cómo podemos convencer a la población?

—Si hay algo fácil de manipular, obispo, es la población. Tan solo hay que encender la llama de los rumores. Habla con tus informantes para que empiecen a difundir que fue Anastasia quién mató a su padre y a su hermano. Que es una asesina y que, en realidad, no quiere otra cosa que el poder. No le importan los derechos del pueblo ni pretende aliarse con Damien, al que solo usa como amante... Añade todo aquello que puedas en contra de Anastasia.

—Está bien —Se levantó el tonel y abandonó el despacho junto al enano, dejando a Nicolás solo con sus pensamientos.

Con el impacto de ver a Anastasia siendo investida como emperatriz, apenas habían hablado de Tatiana y de su traición. La hermana mayor de los Románov había decidido echarse atrás después de la muerte de su padre. Ya no tenía intenciones de matar a Klaus ni de hacerse con el poder para ayudarlos. ¿Qué esperaba? Al fin y al cabo, era una Románov y nadie podía fiarse de ellos. Pero Tanya no se libraría de las consecuencias por traicionarlo. Sus planes no iban a ser destruidos tan fácilmente. Tarde o temprano la mariposa pagaría por su traición.



—¿Cómo has podido tomar una decisión así sin consultármelo? —reclamó Klaus a Tatiana en una de las salas solitarias del palacio.

El rey prusiano estaba enfadado. En cuanto tuvo la oportunidad de reunirse con su prometida soltó toda su rabia e indignación mientras Tatiana soportaba la reprimenda con las manos cogidas por encima de su falda y el rostro sereno. Jamás se había sentido tan liberada como en esos instantes. Por mucho que Klaus se irritara y pusiera el grito en el cielo, sentía que, por primera vez en su vida, había actuado según los deseos de su corazón. Y aquella sensación no hubiera podido ser enturbiada ni con una guerra.

—Te lo he dicho, Klaus —repitió ella, pacientemente—. No deseo ser la emperatriz de Rusia.

—Pero ¿por qué? —preguntó él, clavando sus ojos azules como el agua de un río en los de ella—. ¿Por qué? Dame una explicación lógica de por qué me has apartado a mí de una decisión tan importante. Y dicho de paso, explícame por qué has condenado a tus hijos, nuestros posibles hijos, a una vida lejos del trono imperial.

—Porque te amo —confesó por primera vez, entornando sus pestañas femeninas y mirándolo con infinito amor—. Te amo y amo a mis futuros hijos. No deseo para ti ni para mi familia esta vida. ¿Tienes idea de lo que supone ostentar el poder de este imperio? Es un mundo lleno de intrigas, amenazas, muertes y violencia. Entiende que solo quiero ser tu esposa, tu reina en Prusia. No quiero nada de mi país, absolutamente nada. —Soltó el aire que había contenido durante la explicación. —He escogido ser feliz. —ultimó, con más confianza en sí misma que nunca.

Klaus bajó las manos que había mantenido en alto durante su enfado y suavizó su mirada. Miró de arriba a abajo a la princesa de pelo rubio y ojos azules como el mar y pensó que se veía más hermosa que antes, más mujer. Como si el haber tomado esa decisión por su propia cuenta la hubiera convertido en una especie de alma libre.

—¿Ya no me amas? ¿Tu amor por mí se ha evaporado en cuanto has sabido que no voy a ser la emperatriz? —preguntó Tatiana, arrugando su pequeña y aterciopelada frente.

—Te pedí matrimonio antes de saber que eras la heredera al trono, ¿acaso lo has olvidado? —negó Klaus, acercándose a ella y recuperando el aire que había perdido en la sala del trono en cuanto Tanya renunció a su cargo.

—Entonces, querido mío, ¿en qué afecta mi decisión a nuestra relación? Lo que he hecho, lo he hecho por nosotros. Créeme cuando digo que ese trono hubiera destruido nuestras vidas —Tanya recordó las palabras de Nicolás, la promesa que había roto y tembló de miedo al imaginarse las posibles consecuencias. No podía confesarle a su prometido que pretendía matarlo... ¡Era una locura! La única que podía ayudarla era su hermana. Ella lo sabía todo y ostentaba el poder necesario para detener la venganza de la serpiente. Pero ¿querría ayudarla?

—¿Por qué tiembles? —La cogió Klaus entre sus brazos masculinos y anchos. —¿Tienes miedo? —se preocupó él, frunciendo el ceño.

—No —negó Tanya, obligándose a sonreír—. Son tan solo los estragos de un día agitado.

Klaus la besó en los labios. —No debes destemplan tus ánimos, mi mariposa.

—¿Mariposa? —preguntó ella, algo azorada tras el beso y ante el cumplido.

—Sí, eres mi mariposa. Una belleza grácil y delicada que revolotea en busca de la felicidad. ¿No es así? Me ofende que pienses que voy a abandonarte. Te amo, Tanya. Y creo que te lo he demostrado desde que éramos unos niños. No sé si podré perdonarte fácilmente el que hayas actuado por ti misma y no me hayas consultado algo tan importante... Pero quizás con el tiempo consiga aplacar mi descontento.

—Si te he ofendido, te pido disculpas —musitó ella, deseando que el enfado de su prometido pasara al olvido lo antes posible.

—¡Hijo! ¡Te estaba buscando! —Entró Luisa de Prusia con una corriente de aire fresco. —No me importa que seas el rey, Klaus. Un hombre no debería estar a solas con su prometida antes de la boda —lo regañó su madre con una cálida sonrisa—. Vamos, Tatiana. Te necesitamos para escoger la carroza real que te llevará al altar.

—Sí, reina madre —accedió la princesa, apartándose de Klaus con el color de la grana en sus mejillas—. Si me disculpas —reverenció hacia su prometido.

—No hay nada que disculpar. Mi madre es implacable cuando se lo propone —sonrió el rey, cogiéndose las manos por detrás de la espalda y despidiendo a su futura esposa con una mirada indulgente.



Esa misma noche.

Anastasia Románova seguía de pie después de un día largo y agotador. Pero como si su fortaleza no tuviera límites, apenas mostraba signos de cansancio a su interlocutor, Damien Obolénski. Ambos se habían quedado a solas en el salón del trono. Parlamentaban acerca de los siguientes movimientos a realizar.

—Debemos pensar qué hacer con Ekaterina ahora que Tanya va a casarse y va a abandonar Rusia —propuso Damien—. Los sectores más conservadores no tardarán en levantarse en su contra mientras exista la posibilidad de que un varón reine.

—Pero la voluntad de mi padre fue que mi hermana y yo fuéramos incluidas en la línea de sucesión.

—Y gracias a eso es usted la emperatriz, pero no hay nada seguro en Rusia hasta que no la coronen en el Kremlin de Moscú. Y ni siquiera cuando ostente la corona, podrá sentirse cien por cien segura. Como ya debe saber, lo difícil no es ganar el poder sino mantenerlo.

—Lo primero que ordenaré es que Ekaterina sea trasladada al Palacio de Pávlovsk y sea custodiada por guardias de mi confianza. Pediré al mayordomo real, a Máksim, que busque a los mejores y que aisle a la araña por completo. No quiero que la visiten.

—¿Será una especie de cárcel de lujo?

—Exactamente. Nadie podrá recriminarme nada por alejar de mí a la mujer que traicionó a mi padre, ¿cierto? No puedo devolverla a la prisión de Butyrka en su estado, pero no tengo por qué soportarla en mi residencia. Aunque en verano me gustaría trasladarme al Palacio de Catalina, me han dicho que tiene unos jardines y unas salas memorables.

—¿No ha estado nunca?

—No —Dejó ir un suspiro. —Sorprendente, ¿verdad? —Cruzó un destello de pena a través de sus ojos inhumanos. —Debo ser la única Románov de la historia que desconoce por completo su legado. Por eso quiero recuperar el tiempo que perdí en el convento.

—No perdió su tiempo. Su vida en el convento la ha convertido, en gran parte, en lo que es ahora—contrapuso Damien, colocándole una mano sobre el codo y mirándola con una expresión difícil de definir.

Anastasia lo miró fijamente por primera vez en meses. Se dio cuenta de que, pese a su edad, Damien era muy atractivo. No era alto ni gozaba de una belleza usual, pero tenía algo en su forma de mirar y en su proceder que era atrayente. Era muy masculino, quizás era ese el mejor adjetivo para describirlo.

—¿Cómo se hizo esta cicatriz? —preguntó ella, señalando con la mirada el corte que tenía en la ceja.

—De la única manera que un hombre puede hacerse una cicatriz como esta, Alteza —se burló—. En una pelea.

—Me lo imagino —Cerró los ojos por unos segundos, algo molesta por la burla. —Pero ¿qué tipo de pelea? ¿Por qué? ¿Dónde?

—Cosas de juventud, no quisiera aburrirla.

—Usted lo sabe prácticamente todo sobre mí, no es justo que yo no lo sepa sobre su persona —insistió, curiosa e interesada por la vida de ese hombre que la había ayudado a llegar hasta allí y que había sido el mejor amigo de su difunto esposo.

—Me enamoré de una esclava campesina —dijo al fin Damien, soltándola y mirando hacia la nada—. Pero obviamente las leyes me prohibían casarme con ella. Mis padres lo intentaron todo para separarnos, incluso mandaron a un par de matones para llevarse a la chica lejos de mí. Me defendí y defendí a esa mujer de esos hombres, pero cuando le propuse la idea de fugarnos... ella no quiso, tenía miedo. Estaba aterrada por las posibles represalias que pudieran recaer sobre su familia. No tuve más remedio que aceptar su decisión y dejar que regresara con sus padres. Pocos años después se casó con un campesino... eso es todo.

—Damien —se compadeció Anastasia, colocándole una mano sobre el hombro—. Nuestras historias se parecen, a ambos nos robaron la felicidad y la posibilidad de un futuro lejos de la amargura y la violencia.

Damien la miró de reojo, serio. Y pensó que no existía sobre la tierra mujer más hermosa que Anastasia Románova, aunque disimuló ese pensamiento muy bien.

—Siento interrumpir —se oyó un siseo desde la puerta, un siseo frío y cortante que chocó contra la nuca de Anastasia y que la obligó a girarse inmediatamente.

—Nicolás Von Wittelsbach —nombró ella, apartándose de Damien y enfrentándolo—. Le he echado de menos en mi primera junta como emperatriz —dijo sin rodeos, mirándolo con frialdad.

—Le pido disculpas, Alteza Imperial —repuso él con un ligero tono sarcástico en su voz que no pasó desapercibido por Anastasia—. Por eso he venido —Sonrió la serpiente. —Para pedirle disculpas por mi completa falta del decoro al no recibirla con honores en el salón del consejo. He estado muy ocupado —explicó, colocando sus manos tras la espalda y dando dos pasos hacia ella—. Como habrá podido imaginar, un cambio de esta envergadura implica mucho trabajo para el consejero real —Dedicó una mirada maliciosa a Damien que respondió con una amplia sonrisa pícara.

—¿Puede dejarnos un momento a solas, Ser Obolénski? —pidió Anastasia.

—¿Está segura? No me importa quedarme —dijo Damien, retando con la mirada a Nicolás, que lo respondió alzando una ceja y estrechando sus pupilas verticales.

—No se preocupe. Puede retirarse —concedió la emperatriz, inflexible.

El rebelde obedeció, pero no dejó de mirar a Nicolás, que tampoco apartó la mirada.

—¿Pretende sustituirme por ese? —inquirió la serpiente en cuanto Damien salió.

—No es nada personal, pero una emperatriz tiene derecho a escoger a sus consejeros.

—¿Y cree que ese camorrista de barrio puede asesorarla mejor que yo?

—No lo creo, pero estoy convencida de que "*ese camorrista de barrio*" no tratará de clavarme un puñal por la espalda en cuanto me dé la vuelta. Él es mi aliado y usted mi enemigo —declaró Anastasia, haciendo vibrar sus pestañas largas y rojizas.

—Su enemigo —Se acercó a ella. Se acercó tanto que sus alientos se entremezclaron. —La otra noche no parecíamos enemigos —Acercó su mano enguantada por el cuero negro de Moscú y

trató de acariciar el rostro metálico de Anastasia, pero ella se apartó y lo miró con estudiada indiferencia.

—Le recuerdo que en nuestro pacto se estipulaba claramente olvidarnos de cualquier asunto relacionado con nuestra intimidad una vez saciado nuestro deseo.

Nicolás retiró la mano y la escondió tras su espalda de nuevo, apretando el puño. Se acordaba perfectamente de ese pacto, pero no esperó que el deseo por Anastasia aumentara en lugar de disminuir. Después de saciar su apetito carnal, esperó poder olvidarse de ella y de su belleza. Pero sus necesidades se habían visto multiplicadas por cien y solo pensaba en el día en que pudiera volver a tenerla entre sus brazos. Pese a todo, pese a que era su peor enemiga, pese a que lo estaba dejando en ridículo frente a sus aliados... Moriría por un segundo con ella en el lecho. O eso pensó durante unos instantes hasta que vio el trono de Rusia detrás de Anastasia y se recompuso rápidamente.

—Supongo que ya tiene otros entretenimientos —espetó él.

—¿Se refiere a Damien? —Esbozó una sonrisa burlona. —¿Está celoso? No lo tenía por un hombre temperamental —comentó Anastasia como si nada, apartándose un mechón rojo de su rostro con coquetería inconsciente. Ella no era coqueta adrede, aunque sí presumida.

—Puede hacer lo que quiera, Gran Duquesa —dijo él, obviando expresamente el hecho de que ya no era una princesa sino una reina—. Pero yo siempre seré el primero. Y eso no lo olvidará nunca.

—Lo importante no es quién es el primero, Alteza. Sino quién es el último. De todos modos, no creo que haya cruzado el palacio para hablar sobre sus celos.

—No estoy celoso —negó con rotundidad—. Solo expongo lo evidente. Y no, no he venido para hablar sobre su promiscuidad —insultó en vano, porque a Anastasia no le afectaban esa clase de insultos en los que se despreciaba a una mujer por ser libre con su cuerpo. Además, ella sabía perfectamente que el único hombre que había yacido en su cama era Nicolás, pero no tenía por qué aclarárselo. No, a esas alturas. El príncipe prusiano estaba celoso y no tenía ninguna responsabilidad por ello. Lo único que lamentaba era seguir temblando ante su presencia como si fuera una mozuela enamorada. Sentía su corazón en la boca y, como siempre, veía a Nicolás más guapo que nunca. Ojalá no existiera una lucha por el poder, ojalá fuera una cualquiera y él un hombre común. Pero no, ambos tenían metas y posiciones que no podían comprometer.

—¿A qué ha venido? —preguntó al fin, alejándose del aroma venenoso de la serpiente y cogiendo aire para calmar su ansiedad.

—A decirle que ha cometido el peor error de su vida. Se ha precipitado, Anastasia. No debió obligar a su hermana a tomar una decisión tan aventurada, Tatiana pagará cara su traición —Anastasia lo miró con completa indiferencia, no le importaba lo más mínimo lo que ocurriera con Tanya, lo que quería de ella ya lo había obtenido. Los asuntos pendientes de Tanya con la serpiente eran problema suyo; al fin y al cabo, ella no la ayudó nunca, ¿por qué debería preocuparle su bienestar? —. No descansaré hasta recuperar lo que me pertenece.

—¿Pertenerle? —rió Anastasia, subiendo las escaleras que conducían hasta el trono cubiertas por una moqueta roja. Lo hizo removiendo sus caderas con suma elegancia y sensualidad mientras sostenía con una mano el largo de su vestido azul marino, color que contrarrestaba con su piel pálida e impoluta—. La única Románova viva y reinante soy yo —dijo con el mentón alto al llegar arriba de las escaleras—. Viviré y moriré como lo hizo mi padre, plantando cara a mis enemigos. Puede usted hacer lo que le plazca en Prusia, pero Rusia es mía. Todo lo que hago, lo hago por el bien de este reino y de mis súbditos.

—¿No es por venganza y crueldad?

—¿Pueden dos sentimientos tan mezquinos perdurar en la posteridad? Puede que sí, que al principio actuara por venganza y crueldad. Y sigo queriendo venganza, no lo negaré... —Se sentó en el trono por primera vez. —Pero ahora Rusia me necesita —Acarició los brazos del trono y aspiró el olor del oro que la rodeaba. —Solo yo puedo ayudarla a cambiar. Mi padre ha muerto.

—Asesinado por usted.

—Ha muerto —continuó—. Mi hermana es débil y no hay ningún otro Románov capaz de reinar.

—Se olvida del hijo de Ekaterina.

—Se olvida de que no es más que un trozo de carne en el vientre de una araña sin reconocimiento válido por parte de su padre ya difunto.

—¿Sería capaz de matar a su propio hermano?

—Soy capaz de cualquier cosa. Pero no pretendo matar a una criatura inocente, no soy como usted. Dejaré que nazca y veré que hago con él o... ella. Ese bebé no es más que quimera, la realidad es que yo soy el poder —Lo encaró. —Y hará bien en no olvidarlo, ahora me debe sumisión.

—No le debo nada, Gran Duquesa. Como usted bien ha dicho, por el momento no hay más que quimeras en el aire. Disfrute del tacto del trono imperial. Una reina no es una reina sin una corona y un apellido no prevalece sobre el esfuerzo y la letalidad—amenazó, dándose la vuelta para salir de allí.

Anastasia observó a Nicolás abandonar la sala. Le hubiera gustado sucumbir a sus encantos masculinos, sentir de nuevo ese placer que le proporcionó en la última noche. Su respiración seguía acelerada y su pulso latía con desenfreno. Él era su mayor debilidad, su talón de Aquiles. Había intentado tocarla, acariciarla... Y le había costado horrores apartarse de él. Soñaba con compartir el lecho de nuevo con la serpiente, pero necesitaba concentrarse en sus objetivos. Ahora, era la emperatriz.



Capítulo 29

Pactos entre potencias

Día de la boda de Tatiana Románova y Klaus von Wittelsbach, alcoba de la novia.

—Es una gran suerte que la trepadora de Ekaterina haya sido enviada al Palacio de Pávlovsk —comentó Agatha mientras colocaba la tiara de diamantes sobre la cabeza de Tanya, la novia—. No soportaba su presencia.

—Mi hermana ha hecho lo correcto —concedió Tatiana, mirándose en el espejo. Se veía radiante, llena de vida y su piel blanquecina había adquirido una tonalidad rosácea muy favorecedora después de su terapia en las lagunas. Era una tradición que las princesas eslavas se bañaran en aguas templadas y relajantes pocos días antes de su boda.

—Usted lo habría hecho mejor —replicó la doncella con la confianza suficiente como para expresar su opinión libremente—. Todavía no comprendo por qué ha renunciado al trono, Gran Duquesa. Usted era la legítima heredera y querida por todos. Siento decirlo, pero su hermana no es más que una niña y la gran mayoría de los palaciegos están en contra de su ascenso al trono. Veremos si no nos enfrentamos a un vacío de poder y a una revolución si Anastasia no consigue dominar la situación. Podría suponer el fin de los Románov. ¡Si su padre levantara la cabeza pondría el grito en el cielo!

—Mi padre fue enterrado en la catedral de San pablo y San pedro hace días, Agatha. Es una fortuna que mi hermana no haya prohibido mi enlace con Klaus, eso es todo lo que me importa.

—¡Por supuesto que no ha prohibido su enlace! Le interesa que se vaya cuánto antes de aquí. Y ya sabe lo que se rumorea... ¿Verdad? Que fue ella quien mató a su padre...

—No me interesa —la cortó Tanya—. No me interesa lo que hiciera mi hermana ni me interesan las intrigas de este palacio.

—Le advertí que corría el peligro de enamorarse de Klaus. ¡Es tan apuesto!

—Sí, descubrí que sentía por él mucho más de lo que quería reconocer. En cuanto mi padre me liberó de mi responsabilidad de matarlo supe que ya no podría hacerlo, ni siquiera por miedo a Nicolás. He decidido ser feliz y eso es suficiente para mí —ultimó en un susurro, viendo como el resto de su séquito entraba en la recámara para ayudarla. Doncellas, miembros del alto servicio, su tía y hasta su suegra la ayudaron a vestirse y a prepararse para su gran día.

Una algarabía de voces femeninas se había formado en la alcoba de la novia hasta que el

silencio se impuso de golpe. Tanya buscó la causa de ese mutismo repentino y vio a su hermana en la puerta. La mayoría de las mujeres presentes no soportaban a Anastasia, pero se vieron con la obligación de hacerle una reverencia en cuanto la vieron. Fuera como fuera, era la nueva emperatriz de Rusia.

—¿Pueden dejarnos a solas un momento? —pidió Tatiana, levantándose de la silla para hacerle una reverencia a Anastasia.

—Por supuesto, querida —concedió Luisa de Prusia—. Alteza Imperial —reverenció la agradable señora de ojos marrones antes de abandonar el lugar seguida por el resto de las mujeres, incluidas las doncellas.

—Pensé que no vendrías —confesó Tanya, acercándose a su hermana con una sonrisa—. Soy muy feliz de verte aquí y no solamente en los espacios públicos.

—Todo esto me recuerda al día de mi boda —contestó Anastasia, paseándose con el mentón alto por la recámara y acariciando las joyas y los complementos de la novia con cierta melancolía impropia de ella.

Tanya tragó saliva al oír aquello y palideció al instante. ¡Ojalá la hubiera avisado! ¡Había sido una cobarde! ¡La había traicionado! Estaba segura de que su madre, Anya, no estaría orgullosa de ella. Debió haber alertado a Anastasia sobre el complot. Calló por miedo, por egoísmo. Y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Lo siento.

—Por muchas veces que me pidas perdón, no voy a perdonarte —aclaró Anastasia, mirando a Tatiana con severidad—. Pero espero que puedas encontrar la felicidad que tanto deseas —dijo al fin, dejando los objetos de la boda atrás y acercándose a la novia—. Te dejo marchar, Tanya. Aprovecha la oportunidad, no habrá otra.

—En cuanto a eso... —Se arrodilló Tanya en un impulso, sorprendiendo a Anastasia. —Te suplico que me ayudes —dijo—. Sé que no merezco tu compasión ni tu favor, pero Nicolás no perderá la oportunidad de vengarse por mi traición. He tratado de hablar con él, pero se niega a recibirme. Sé que tarde o temprano intentará algo en mi contra y en contra de mi prometido. Necesito que nos salves —suplicó, con la cabeza hundida y de rodillas al suelo.

Anastasia observó a su hermana completamente humillada frente a ella. ¡Qué ironía! Ahora era Tatiana quién le pedía salvación cuando ella ni siquiera fue capaz de apoyarla cuando más la necesitó. Tanya la mandó a una muerte segura, pero ahora le pedía que la salvara de la letalidad de la serpiente.

¿Qué debía hacer? ¿Compasión o debilidad? Recordó el día en que ayudó a escapar a Ser Turbin de Nicolás y de nada sirvió. ¿Ayudarla o dejarla que se enfrentara a su destino?

Máksim, el mayordomo real, era uno de sus mayores aliados dentro de la corte. También lo eran Damien y los reformistas, así como gran parte del consejo. El pueblo la amaba, aunque ciertos rumores empezaban a mermar su popularidad. Rumores infundados y difundidos por sus enemigos. Sabía que los obispos se estaban reuniendo junto a los regidores más conservadores para ir en su contra. Aun así, tenía el poder necesario, si ella quería... de ayudar a Tanya. Ahora ya no era una princesa en las sombras ni un zorro vestido de inocencia. No, ahora era la emperatriz. Y como tal, tenía ciertos privilegios, como el de ordenar el traslado de Ekaterina a donde le complaciera.

—Entiendo que quieras mi muerte —continuó Tatiana, ahogada en lágrimas, desesperada. Estaba atemorizada porque sabía de lo que era capaz Nicolás—. Entiendo que estés gozando de mi sufrimiento...

—Tu sufrimiento no me satisface para nada —dijo Anastasia con voz fría—. Si deseara tu

muerte, hace tiempo que no estarías aquí. Si he sido dura contigo es porque no me dejaste otra opción. Cuando vine aquí después de tantos años lejos de mi familia, no esperé que me usarais como cebo —explicó, truncando su voz y llenando sus ojos de lágrimas—. Me obligasteis a convertirme en lo que soy ahora. Accedí a casarme con quien padre escogió para mí, me había resignado a una vida al lado de un hombre que ni me atraía ni era de mí misma edad. Incluso había soñado una vida con él, encontrándole encantos e imaginando una vida feliz, libre de traiciones, muertes y violencia. Él me prometió que viviríamos en su casa de campo, que allí educaríamos a nuestros hijos... Era eso todo cuanto anhelaba: una familia. Y me lo arrebatasteis a pesar de haberos demostrado mi obediencia y sumisión. ¿Qué esperabais? ¿Qué me vistiera de negro y me encerrara en mi alcoba a llorar hasta que encontrarais a otro hombre con el que utilizarme?

—Lo comprendo, lo comprendo —repitió Tanya, cogiéndole las manos a Anastasia mientras seguía arrodillada, vestida de novia y con el semblante empapado por el llanto—. Y me arrepiento mucho por todo ello, te lo juro por Dios.

—¿Te arrepientes? ¿O solo quieres utilizarme? —Se separó la Emperatriz de su hermana, dándole la espalda. —Eres una interesada, eso es todo. Ahora te interesa actuar como una víctima, cuando la única víctima de toda esta historia soy yo.

—Las dos lo somos, Tassia —Se levantó del suelo Tanya. —Hemos sido víctimas de nuestro padre, de nuestra familia y de nuestro apellido. Si no quieres ayudarme... lo entenderé —se resignó al fin—. Solo quiero que sepas que te quiero, de verdad. Y es para mí un honor verte reinando, sé que lo harás mejor que yo.

—Dime una cosa, ¿Klaus sabía lo del complot?

—Sí.

—¿Y se ha mostrado alguna vez arrepentido?

—No lo sé...

Anastasia no respondió nada ni dijo nada más, hubiera ayudado al rey si hubiera sido inocente, pero no era nada más que otro villano cruel y déspota. Con el rostro impertérrito salió de la alcoba de la novia, dejándola sola y desamparada.



La ceremonia fue sencilla, dentro de lo que se entiende por sencilla en una boda real, por respeto a la reciente muerte del zar. Ya se celebrarían las nupcias con más intensidad y rimbombancia en Prusia, cuando Tanya llegara como esposa del rey.

Los invitados llevaban ropas oscuras o lazos negros sobre sus atuendos. Y aunque se trató de amenizar el evento, en el ambiente reinaba un estado de decadencia general. No hubo desfile por San Petersburgo ni fuegos artificiales ni baile. Solo un fastuoso banquete presidido por la emperatriz, que era incapaz de olvidar lo sucedido en su propia boda. El trauma sufrido no podía borrarse de su mente ni de su cuerpo fácilmente.

Observó a los invitados entregados al placer de la comida y a las delicadezas de una buena conversación. Vio como su hermana reía con su recién esposo, feliz pese a todo. Y cerca de la mesa nupcial, estaban Luisa de Prusia y Nicolás von Wittelsbach sentados. Reparó en la mirada de la serpiente sobre su hermana y supo que tenía algo planeado. Miró rápidamente hacia la puerta, temiendo que entrara un grupo de hombres armados. Pero luego se rio de sí misma. ¡No iba a ocurrir lo mismo! Además, esa vez nadie había abandonado la sala y estaban en el Palacio de

Invierno, donde la guardia imperial respondía solamente a ella.

—Debería ayudarla —oyó a su derecha, era Damien. Inusualmente vestido de gala y con su media melena recogida con una coleta masculina.

—¿Por qué debería hacerlo? —replicó.

—Porque luego se arrepentirá —contestó el rebelde, mirándola significativamente.

—No sirve de nada interponerse en el camino de la serpiente cuando se propone liquidar a alguien. Todavía recuerdo a Víktor y su trágico destino.

—¿Y se ha olvidado de Izabella? Consiguió rescatarla.

Anastasia soltó el aire que había retenido en sus pulmones desde que había empezado la ceremonia nupcial y miró a Damien con más franqueza de la que hubiera deseado.

—Está bien —accedió—. Esté pendiente de los movimientos de Nicolás y de sus secuaces, haga servir la guardia imperial si es necesario. Trataré de pactar con Nicolás... eso es lo único que sirve con él: pactar.

—Es un experto intrigante, zarina. Por eso ama los pactos, son su forma de ascender, manipular y vapulear a su antojo. Cuide sus palabras cuando llegue a un acuerdo con la serpiente, aprovechará cualquier vacío en la conversación a su conveniencia.

La emperatriz escuchó atentamente el consejo de Damien y recordó, no sin cierta vergüenza, el pacto al que había llegado con la serpiente sobre su intimidad y sus deseos. ¿Buscaría Nicolás algún hueco en su acuerdo secreto para volver a yacer con ella?



—Buenas noches, Gran Duquesa —reverenció la serpiente en mitad de la sala vacía del trono —¿Por qué me ha mandado a llamar? ¿Precisa de mis consejos? ¿Ya se ha cansado del *camorrista de barrio*? Parecía muy unida a él durante el banquete, debería cuidar su prestigio. Hay rumores, rumores nada convenientes para una reina viuda.

—Olvídese de mi hermana —dijo Anastasia, sentada en el trono con su bello pelo rojo medio suelto y un hermoso traje de color malva con escote de barco.

—Pensé que le era indiferente —sonrió Nicolás, malvado.

—Quiero que se vaya a Prusia y viva una vida tranquila, eso es todo. Esa es mi voluntad y la voluntad del zar es incuestionable.

—Pero usted no es el zar, es un proyecto de zarina —se burló Nicolás, paseándose por la sala con una sonrisa impertinente.

—¿Qué quiere?

—¿Va a pactar?

—Por el momento. Hasta que termine con mi paciencia y lo mate de una vez por todas.

—No hará tal cosa, sería demasiado sospechoso y ya recaen muchas sospechas sobre su persona. La muerte de su padre, por ejemplo, recae sobre usted. ¡Una asesina sentada en el trono!

—No son nada más que habladurías.

—Quiero que no se corone hasta que nazca el hijo de Ekaterina. Solo así dejaré a su hermana en paz. Quiero tiempo, eso es todo —pidió Nicolás, mirándola de frente y subiendo un par de escalones en su dirección.

—¿Eso es todo? —rió Anastasia, llenando la sala con su voz intensa y femenina, calando hasta los huesos de Nicolás—. Creo que ha sobrevalorado el amor que siento por Tatiana. No voy a retrasar mi coronación, tiempo es lo que necesitáis los conservadores para apartarme del poder y

eso es lo que no os voy a dar. Pida otra cosa —últimó, sería—. Lo que sea.

—Que se entregue otra vez a mí, ahora mismo.

Anastasia abrió los ojos desmesuradamente y paró de reír, empapando el ambiente con un silencio tenso. ¿Había oído bien? ¿Nicolás le estaba pidiendo una segunda noche? ¿Una noche de placer a cambio de salvar a su hermana?

—¿Acaso me confunde con una de sus cortesanas? —se indignó, llenando su rostro de rabia y de vergüenza mientras se levantaba del trono y bajaba dos escalones con cierta agresividad—. ¿Cómo se atreve a pedir semejante barbaridad a la emperatriz de Rusia?

Nicolás tragó saliva. Si era sincero consigo mismo, tampoco sabía por qué había dicho aquello. No era el momento de pensar en su propia complacencia. Necesitaba avanzar en el tablero y no perderse en las faldas de una mujer que podía destruirlo.

—Solo la estaba poniendo a prueba —reculó—. Me han comentado que usted entrega favores sexuales a cambio de favores políticos...

—Estoy harta de sus insultos, Alteza —Anastasia descendió la escalinata hasta posicionarse frente a Nicolás, a escasos centímetros de él. —No se atreva a volver a dirigirse a mí en ese tono, los palaciegos pueden decir lo que quieran a mis espaldas, pero que no se atrevan a decírmelo directamente. Insultarme a mí es insultar a Rusia y eso no voy a permitirlo. Sé que no estáis preparados para ver a una mujer con tanto poder y vuestros insultos suelen parecerme halagos porque es un signo de que lo estoy haciendo bien. Pero no se atreva a pedir que entregue mi cuerpo a cambio de un asunto político. No vuelva a hacerlo, se lo advierto.

—Si quiere que deje a su hermana en paz, deberá redactar una cláusula en las capitulaciones de su coronación en la que está dispuesta a tener en cuenta al hijo de Ekaterina en cuanto este nazca —cambió de tema Nicolás, algo indispuerto por la cercanía de Anastasia y su personalidad fuerte y atrayente.

—¿A tenerlo en cuenta?

—Sí, a reconocerlo en la línea de sucesión.

—¿Para después matarme y proclamarse usted como el tutor del heredero? —comprendió Anastasia rápidamente.

—No debería temer nada, ¿no es cierto? ¿No dijo que ese niño no era más que un trozo de carne en el vientre de una araña? ¿Una quimera en el aire? Esa cláusula solo me daría una pequeña ventaja. Ínfima ventaja —repitió, absorbiendo el aroma mujeril de la emperatriz, que seguía a un palmo de él—. A cambio, permitiré que su hermana siga viva.

Anastasia cogió aire. ¿Por qué debía sacrificarse por Tanya? ¿Por qué arriesgar su futuro por una mujer que la abandonó cuándo más la necesitaba? Como siempre, su corazón era su mayor enemigo. No quería que su hermana fuera asesinada, pero tampoco quería ser débil.

—Esa cláusula es más cara, Alteza —dijo al fin—. No solo perdonará la vida de Tatiana, sino que prescindirá de su aliado, Ser Maximus Turbin.

—¿Prescindir de él? ¿Qué insinúa? ¿Cómo puedo prescindir de uno de los consejeros del reino? Ser Turbin es el representante de una familia muy poderosa.

—No es más que un estorbo, permitió que mataras a su propio hijo. ¿Qué se puede esperar de una persona así? Acabe con él y firmaré esa cláusula.

Nicolás meditó la propuesta. De hecho, estaba un poco harto de Ser Turbin. Estaba harto de sus impertinencias y de la presión que ejercía sobre él. Como si fuera poco, lo había amenazado. No era de fiar, eso era cierto. Pero era un aliado poderoso capaz de reunir a los sectores más influyentes del país a su favor. Perderlo sería perder un alfil de su tablero.

—Está bien —cedió—. No mataré a su hermana y la ayudaré a acabar con Ser Turbin. A

cambio, no me destituirá de mi cargo como consejero real y firmará la cláusula en la que se compromete a reconocer al hijo de Ekaterina, pase lo que pase.

Anastasia pensó que sería muy conveniente sacar de en medio a Ser Turbin. Era uno de los líderes de la oposición, capitaneaba al grupo de conservadores y se dedicaba a difamarla con la intención firme de destruirla. La cláusula que Nicolás pedía era una estupidez. Porque podía ser que esa criatura naciera muerta, niña o débil. Sus peticiones eran sobre algo seguro, las de Nicolás sobre una quimera. Porque, aunque no lo destituyera de su cargo como consejero real, ella seguiría confiando solamente con Damien. Quizás a Damien no le hiciera gracia ese cambio de planes, pero buscaría la manera de convencerlo. O, quizás, simplemente no le diría nada hasta que fuera necesario.

—Espero que cumpla con su palabra —selló el pacto Anastasia—. Puede retirarse.

Nicolás vio como la emperatriz le daba la espalda y no pudo evitar perderse en su aroma femenino y en el movimiento de sus anchas caderas. La cogió por el brazo con un impulso y la obligó a girarse de nuevo hacia él.

—¿Ha olvidado nuestro pacto? —trató de defenderse Anastasia, siendo poco a poco engullida por la constricción de la serpiente—. Puedo llamar a la guardia real que está al otro lado de la puerta y hacerlo encarcelar por esto.

—He estado reflexionando sobre nuestro pacto secreto y creo que no era válido —siseó él, depositando un beso sobre su cuello, un poco más arriba de su collar de diamantes.

—No trate de manipularme. Ya no hay deseo al que sucumbir, solo objetivos que cumplir. No somos amigos y lo sabe.

—Pero no sabía que usted era virgen —susurró Nicolás en su oreja, poniendo su piel de gallina—. No pude disfrutar de la noche como es debido por miedo a hacerle daño. Creo que merezco una repetición. Y esto no tiene nada que ver con la política —La apretó contra él. —Solo tiene que ver con mis ansias devoradoras.

Capítulo 30

El drama llega a palacio

Anastasia se preguntó cómo se las había arreglado para sobrevivir sin el contacto de Nicolás durante esos días. Sin esa profunda lujuria que la poseía cada vez que él la retenía entre sus brazos y la besaba. Todavía no la había besado, él solo estaba jugueteando con su cuello y con su cuerpo, pero deseaba que lo hiciera. Deseaba que se apoderara de sus labios de nuevo. Sabía que era una estupidez, una debilidad y, dicho de paso, una locura. Pero el deseo que sentía por la serpiente era superior a sus fuerzas.

—¿Me obligará a entregarme a usted en contra de mi voluntad? No sea tan pretencioso —negó ella, empujándolo inútilmente con las manos puestas sobre su pecho masculino.

—¿Sería en contra de su voluntad? —inquirió él, sujetándola con fuerza por la cintura y enarcando una ceja mientras sonreía maliciosamente, sabedor de la influencia que ejercía sobre ella y mostrándose asquerosamente orgulloso de ello.

Nicolás ladeó la cabeza con sus pupilas verticales clavadas sobre los labios femeninos y chocó su boca contra la de ella en un sonoro beso cargado de pasión y de ansiedad contenida. Anastasia correspondió a su fiereza clavando las uñas en su nuca y enterrando las yemas de los dedos en su sedoso y espeso pelo negro.

Allí, en mitad de las escaleras que conducían al trono imperial, se entregaron el uno al otro con fervor, abrazados, asfixiados y ávidos de placer. Ambos se habían quedado en blanco, perdidos en aquella atracción fatal. Se abandonaron al beso, jugueteando con sus lenguas y ardiendo de dolorosa necesidad.

Anastasia se separó jadeando con fuerza. No quería mirarlo a los ojos, sabía que si lo hacía no habría marcha atrás. Dio media vuelta, dispuesta a escapar de allí. Pero él la retuvo una vez más y la obligó a mirarlo. Le cogió el mentón y lo tiró hacia arriba con contundencia.

—Míreme —dijo él, casi sin aliento—. Quiero ver qué se esconde detrás de esos ojos inhumanos, fríos y calculadores. Quiero saber qué hay detrás de Anastasia Románova, la mujer que ha puesto en jaque a medio imperio.

Ella alzó la mirada, cubriéndola parcialmente por sus largas pestañas rojas, y lo enfrentó. No supo lo que Nicolás vio en ellos, pero supo que fuera lo que fuera lo enloqueció. Se abalanzó sobre su cuerpo, sentándola en un escalón enmoquetado por el rojo de Rusia y la besó. La besó en los labios, en las mejillas, en el cuello, en el escote y hasta en los hombros. La estaba devorando y ella solamente era capaz de gemir y de respirar, dos grandes logros ante la avalancha de emociones que se había precipitado sobre ella.

Enloquecida, le desabrochó la camisa a Nicolás o, más bien, se la arrancó de un tirón. Le encantaba su torso masculino, bien definido con un ligero vello oscuro que dibujaba su pecho. Lo acarició y lo besó mientras él la correspondía agarrándola del pelo. El frío del suelo no era nada comparado con el ardor que recorría sus cuerpos.

Nicolás deslizó una mano por su escote, acariciando su inmaculada piel. Después, le deshizo el vestido con extraordinaria habilidad y coló una mano en el interior de su corsé para liberarle los pechos. Anastasia jadeó ante aquella atrevida acción que la había dejado con los pechos desnudos por encima de su ropa interior.

—Esto no debería estar pasando —gimoteó Anastasia—. Esto debió acabarse después de

haber cumplido con el pacto.

—Ya le he dicho que ese pacto quedó anulado en cuanto me ocultó información relevante para su adecuado cumplimiento —siseó la serpiente, acariciándole y masajeándole los pechos con sus diestras manos para después capturarlos con su boca y regarla de besos en esas partes que jamás habían visto el sol. Ella se apoyó sobre el suelo del escalón y arqueó ligeramente la espalda, dejándose llevar por ese odioso placer. Era el dilema eterno con Nicolás, odiarlo por ser su peor enemigo y a la vez desearlo por ser el hombre más canalla, atractivo y único que había conocido nunca—. Me debe, me lo debe... —ultimó él antes de colar una mano por debajo de su falda de color malva y acariciarle los muslos que empezaban a estar humedecidos por el sudor y por el ardor.

Anastasia se retorció en cuanto los hábiles y largos dedos de Nicolás se colaron por debajo de sus enaguas y le acariciaron la intimidad. No se había dado cuenta de lo débil que estaba hasta ese instante en el que él se lo hizo notar con una mueca de orgullo y de complacencia. Él muy cretino confiaba tanto en sí mismo que era incapaz de ocultar su satisfacción al verla completamente dispuesta a entregarse a él, de nuevo.

Aquello la sacudió violentamente. Fue la sacudida que necesitó para apartar la mano de Nicolás con un gesto violento y levantarse del suelo con el vestido descompuesto y el pelo alborotado.

—Váyase —imperó con una voz seca, dura y fría que nada tenía que ver con sus ojos humedecidos, su piel ardiente y sus pechos desnudos, que corrió a cubrir.

Nicolás se incorporó lentamente del suelo sin perder la dignidad mientras esbozaba una sonrisa, aunque Anastasia entendió que no era una sonrisa burlona sino una que él se impuso a sí mismo para defender su masculinidad ofendida.

—Váyase con una de sus cortesanas o con Ekaterina, su amante —escupió, bajando las escaleras definitivamente y acercándose a la puerta de salida rápidamente.

—¿Ahora es usted la celosa? No la tenía por una mujer insegura. No puede ni debe romper un acuerdo tan fácilmente, Gran Duquesa. Tarde o temprano cobraré lo que me debe —La miró con esa seguridad que tanto la irritaba.

—Es usted un intrigante. No le debo nada, el hecho de que yo... —se calló, dándose cuenta de lo vergonzosa que era esa conversación—. En nada cambia que usted fuera el primero —dijo al fin, imponiéndose.

—¿Ha habido más hombres después de mí? —Se acercó Nicolás a ella, abrochándose la camisa con los pocos botones que quedaban en ella después del tirón sufrido.

—Piense lo que quiera, pero márchese inmediatamente —Señaló la puerta con determinación.

—¿Sabe qué pienso? —siseó él, llegando a su altura rápidamente a causa de sus largas piernas y las grandes zancadas que estas dibujaban sobre el suelo—. Pienso que yo soy el único en su vida, que se muere por la maldad que hay en mí, por el placer que sabe que puedo darle... Pienso que puedo convertirme en su debilidad y no sería una mala estrategia.

—¿Está hablando por mí o por usted? —Sonrió Anastasia, cubriendo sus ojos con hielo y escarcha. —¿Sabe qué pienso? Que no puede resistirse a mí, que acabará rendido a mis pies y entonces podré aplastar su cabeza de serpiente —Cogió aire. —Dejémonos de juegos, espero que cumpla con lo acordado.

—No mataré a su hermana —dijo Nicolás, completamente erguido y recompuesto como si nada hubiera ocurrido—. Y nos desharemos de Ser Turbin.

—Exactamente; a cambio, yo firmaré esa cláusula y no lo destituiré de su cargo como consejero real.

Nicolás clavó su mirada de reptil sobre ella y le extendió la mano, esa misma mano que había tocado su intimidad pocos minutos antes. Se la estrechó, quemándose con el contacto y esperó a que saliera del salón del trono. Cuando lo hizo, le dio la sensación de que todo el oxígeno de la tierra volvía a estar disponible. ¡Por Dios! ¿En qué estaría pensando? ¡Él era demasiado peligroso como para dejarse tentar!

"*Aquello no podía repetirse.*", se dijo a sí misma, horrorizada y con las manos sobre sus pechos. Le dolían por el ardor que todavía sentía sobre ellos.



Al día siguiente.

Nicolás miraba con cierto hastío los abundantes pechos de la cortesana que saltaba sobre él. Se había buscado a la mejor de las mejores, una belleza rubia con cuerpo exuberante y habilidosa en la cama. Nada que ver con la inexperiencia de Anastasia y su estúpida honorabilidad femenina.

Pero ni siquiera la habilidad de Leila conseguía hacerle olvidar lo que sentía cuando estaba cerca de esa odiosa niña. Lo cierto era que había buscado excusas para volver a estar con ella, que había manipulado el pacto inicial a su conveniencia para poseerla de nuevo. Estaba obsesionado con su aroma de leche dulce y con su cuerpo virginal. Quería descubrirla y quería que ella descubriera los placeres de la carne con él. ¡Pero la muy engreída lo había rechazado! Estaba de mal humor y los pechos de Leila, saltarines y cuantiosos, no hacían otra cosa que recordarle su frustración. Era incapaz de borrar de su mente los pechos de Anastasia, pálidos, suaves, sedosos y coronados por cimas anaranjadas.

—Nicolás —oyó la voz de Ser Turbin al otro lado de la puerta de su alcoba tras unos golpes contundentes, salvándolo de la inapetencia. Prefería mil veces una conversación con ese intrigante que seguir buscando placeres donde no los había.

—Vístete —ordenó a Leila, apartándola de él y cubriéndose con la bata para recibir a su aliado.

Estaba harto de Ser Turbin. El muy bobo se había atrevido a amenazarlo e iba a pagarlo caro. Nadie lo amenazaba y salía impune de ello. Nadie excepto Anastasia, por supuesto.

¡Por Dios! ¿Por qué no podía sacársela de la cabeza? Dejar de pensar en ella sería un gran alivio.

—Ser Turbin —nombró al abrir la puerta, ocultando su mal humor.

El noble caballero que había matado a su propio hijo, Víktor Turbin, a favor de sus intereses entró en la alcoba ignorando a la cortesana que se vestía en un rincón.

—Me han dicho que querías verme, me extraña que sea aquí y no en tu despacho —expresó, tirante y desconfiado.

Ese hombre se había convertido en un estorbo. No hacía otra cosa que cuestionarlo por todo y presionarlo. No lo soportaba, no soportaba la forma en que se dirigía a él y, dicho de paso, no soportaba que se creyera con el derecho de darle órdenes. Era cierto que Ser Turbin era el cabeza de una familia importante en Rusia y que le era muy útil, pero estaba seguro de que podría seguir escalando sin su ayuda. Ya se había aprovechado de su influencia y ya no le era tan necesario como antaño, gracias a él había forjado alianzas con los conservadores y estos seguirían apoyándolo con o sin su tediosa presencia. Además, corría el riesgo de que Ser Turbin lo traicionara tarde o temprano por su propia conveniencia.

—Hay asuntos que prefiero tratar entre tú y yo, Maximus —le quitó importancia Nicolás, sirviendo una copa de hidromiel a su invitado y sirviéndose una él mismo—. He descubierto el modo de terminar con Anastasia —dijo, después de que Leila abandonara la estancia—. Siéntate, por favor —Señaló un butacón antes de sentarse él en otro.

—¡Ya era hora!

—Sí —respondió sin más, haciendo vibrar sus pestañas negras sobre sus ojos singulares—. Esta misma tarde ella saldrá de incógnito para encontrarse con uno de sus amantes en el Palacio de Mármol. No sería nada extraño que algún pueblerino descontento tratara de atacarla al descubrirla y, en consecuencia, saliera herida de muerte. Necesito a tus hombres para que se encarguen de ello. Los míos no están entrenados para un atentado en mitad de la ciudad, ya sabes que suelen actuar desde las sombras.

—Todo sea por acabar con esa niña de una vez por todas. Pondré a mis hombres a tu disposición. Ya buscaremos a algún pueblerino al que encarcelar y fusilar por el atentado. ¡Por fin tienes una buena idea! Por un momento pensé que habías acabado como mi hijo: hechizado por la bruja de Anastasia. Es increíble como una muchacha tan joven nos ha puesto en jaque... Pero esta misma tarde, esta pesadilla se habrá terminado.

—Por el fin —Sonrió Nicolás con malicia, alzando su copa.

—Por el fin —Brindó Maximus Turbin.



Anastasia Románova subió a un carruaje preparado por su mayordomo de confianza, Máksim. Se trataba del carruaje de incógnito que los zares solían usar para moverse por la ciudad. A su lado, se subió Natasha.

—¿Está segura, Alteza Imperial? —preguntó Natasha, algo nerviosa y sabedora de los planes de su señora. La doncella se había ganado, con el tiempo, la plena confianza de Anastasia (con límites, por supuesto)—. Dicen que Nicolás von Wittelsbach no es de fiar —comentó, mirando por la ventanilla con miedo en cuanto los caballos iniciaron la marcha.

—Máksim se ha asegurado de que la guardia imperial nos siga de cerca, no soy tan estúpida como para poner mi vida en manos de la serpiente. No te preocupes, solo era cuestión de que Maximus Turbin nos viera salir del palacio.

Natasha respiró hondo y confió en la emperatriz. Había demostrado ser una mujer astuta y una gran estratega así que debía confiar en que ninguna bomba caería sobre su vehículo. Pasaron por diferentes calles, teóricamente debían llegar al Palacio de Mármol, pero Anastasia ordenó al cochero que detuviera la marcha frente a una tienda de moda. Allí, la emperatriz, aunque no tenía ninguna necesidad porque tenía su propia modista en el palacio, descendió del vehículo junto a su doncella y entró en la tienda.

—¿Qué hacen? —preguntó Rico, uno de los hombres de Ser Turbin que espiaba a Anastasia —. ¿Por qué se detienen?

—Seguramente la muy puta está comprando ropa para satisfacer a su amante —masculló su compañero, mirando con desdén a Anastasia desde la retaguardia.

La habían seguido desde que salió del palacio bajo las órdenes estrictas de su señor. Debían acabar con ella cerca del río Slavyanka, justo antes de llegar al palacio de Pablo.

—Mira, allí está. Ya ha terminado —Señaló Rico. —Vamos.

Corrieron tras el carruaje con sus caballos y justo cuando iban a cruzar el puente del río Slavyanka, saltaron de sus monturas y tiraron una bomba sobre el carruaje de incógnito que albergaba a la emperatriz. El estruendo paralizó la ciudad y los pueblerinos se acercaron al lugar con un nudo en la garganta. ¿Quién estaba ahí dentro? ¿Quién había muerto? ¿Por qué? Eran las preguntas que se hacían los unos a los otros sin comprender nada hasta que la guardia imperial apareció y capturó a dos hombrecillos de mal aspecto con el pelo rubio. ¿La emperatriz había sido asesinada? Ante el aparente vacío de poder, San Petersburgo se sumió en el caos.

—Se veía a venir —dijo el panadero—. Corría el rumor de que Anastasia no era querida por los palaciegos y que había asesinado a su propio padre.

—¡La sangre se paga con sangre! —replicó la carnicera, alzando su cuchillo—. Si fue capaz de asesinar a su propio padre, se lo tenía bien merecido.

—¿Merecido? ¿Acaso no sabéis que fue víctima de un complot en contra de ella y de Mijaíl? ¡Ella era nuestra esperanza! ¡Una aliada de los reformistas que iba a firmar la nueva constitución! —contrapuso la verdulera, preocupada.

—¿Y ahora quién nos gobernará? Al menos conocíamos a la familia Románov... Lo que esté por venir no lo conocemos —meditó en voz alta el bibliotecario—. Si es verdad que el príncipe prusiano tiene intenciones de hacerse con el poder... Puede que nos unamos con Prusia y expandamos nuestro imperio.

—¡A mí que importa la expansión del imperio! —escupió el herrero—. ¡Yo quiero derechos! ¿Ese príncipe prusiano puede dármelos? Quizás sea hora de implementar una república, como la que hay en Francia.

El drama había llegado a palacio, Anastasia había sido asesinada en un atentado y la guardia imperial había arrestado a dos hombres de pelo rubio y de aspecto turbio. ¿Qué había ocurrido? ¿Quién iba a ser el sucesor ahora? ¿Qué tipo de gobierno se formaría? Esas fueron las primeras preguntas que se hicieron los habitantes de la ciudad y algunos palaciegos. Nadie estaba preparado para un cambio drástico.

Capítulo 31

Una digna sucesora

El palacio se sumió en el drama más absoluto ante la noticia del atentado. Las malas noticias corrían como la pólvora y antes de que la guardia imperial apareciera con los dos hombres arrestados, los palaciegos empezaron a elucubrar posibles conspiraciones entorno al asesinato de Anastasia. Muchos, sobre todo los conservadores, se alegraron de saber que ya no tendrían que soportar a esa niña lujuriosa y caprichosa nunca más. Pero otros, sobre todo los que la apreciaban y veían en ella a una gran monarca, se lamentaron.

Los consejeros no tardaron en reunirse en la sala del consejo sin dar tiempo a intrigas ni a maquinaciones ante el vacío de poder. Sin Anastasia Románova, no quedaba ningún Románov vivo capaz de liderarlos. Y pronto empezaría una lucha encarnizada por el dominio de Rusia que podría acabar en una república si los rebeldes, entre ellos Damien, se lo proponían. La lucha estaría reñida entre Nicolás, el conservador y príncipe, y Damien, el progresista y portavoz del pueblo.

Ser Turbin sonrió a Nicolás con una mirada de complicidad en cuanto se encontraron en el salón del consejo mientras Ser Thonas y el obispo se miraban entre sí confundidos. ¡Solo quedaba que Ekaterina diera a luz un varón para asegurarse el ascenso al trono!

—Creo que merezco una explicación —susurró el obispo, que al igual que Ser Thonas, no había sido informado del plan entre Nicolás von Wittelsbach y Ser Turbin.

—Por supuesto, obispo —concedió un orgulloso Ser Turbin—. Pero primero atendamos al consejo si no quiere que nos acusen de intrigantes.

—Nos acaban de informar que la emperatriz ha sido asesinada —habló un Ser Lancel nervioso y preocupado—. Por primera vez en siglos nos enfrentamos a un vacío de poder sin ningún Románov capaz de reinar.

—Quizás podríamos hablar con la Gran Duquesa Tatiana —comentó Ser Aaron.

—Es una posibilidad —accedió Ser Lancel, sin tomar asiento y moviéndose por la recámara con ansiedad—. Pero ahora no podemos hablar con ella, he sabido que está abatida por la noticia y su esposo está tratando de consolarla antes de partir a Prusia. Debemos recordar que Tatiana ya no nos pertenece, en el momento que renunció a ser la emperatriz de Rusia y se casó con Klaus von Wittelsbach dejó de ser una candidata apta para nosotros.

—Siempre podríamos optar por un hombre. Un hombre fuerte y experimentado que ha trabajado para nosotros y con nosotros para hacer de este imperio una potencia mundial. Necesitamos una mano dura que nos gobierne y no a una mujer que no fue capaz de asumir sus responsabilidades cuando le fueron entregadas. Quizás sea la hora de empezar una nueva era, siempre recordaremos a los Románov... Con gran orgullo y entereza quedarán para siempre en nuestra historia. Sin embargo, propongo valorar a Nicolás von Wittelsbach como el nuevo monarca de este imperio. Al fin y al cabo, comparte sangre con los Románov, es un príncipe de sangre regia y de valores firmes que necesitamos para mantener la autocracia —explicó, señalando a Nicolás, que estaba de pie al lado de la puerta con el semblante imperturbable ante la aprobación mayoritaria del salón.

—¡Antes muertos! —se alteró Arseni, el compañero de Damien—. ¡Si es tiempo de cambios, es tiempo de una república! ¡Voto por una cámara electiva presidida por Damien Obolénski!

Un tumulto de voces se alzó entre consejeros, regidores, obispos y nobles de alto rango. Hasta que las puertas del salón se abrieron y se vieron obligados a guardar silencio ante la aparición de una mujer con tiara de diamantes y vestido de color azul marino.

—¡Alteza Imperial! —exclamó Ser Lancel al ver a Anastasia, haciendo una reverencia tan exagerada que clavó la rodilla en el suelo y se quedó en esa posición durante algunos segundos mientras los presentes hacían lo mismo sorprendidos e impresionados.

Anastasia entró en el salón del consejo con el mentón alto seguida por la guardia imperial y por una mujer de rasgos turcos que tenía una enorme cicatriz en la cara. Cuatro de los guardias llevaban a dos hombres maniatados y encapuchados, eran los presuntos autores del atentado.

—¡Emperatriz! —alabó Ser Aaron, feliz por verla sana y salva.

Damien la recibió con una pequeña reverencia al lado de Nicolás, que no tuvo más remedio que hacer lo mismo. Ser Turbin, en cambio, se había quedado de piedra con el rostro descompuesto. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía seguir viva esa maldita niña? ¡Malditos Románov! Y lo peor de todo era que aquellos hombres que llevaban maniatados eran los suyos. Uno de ellos, era su sobrino. ¡Por Dios! ¡Qué desastre! Miró a Nicolás en busca de su ayuda, pero este lo ignoró estoicamente como si no lo conociera. Entonces, lo comprendió: era una trampa. Estaba acabado. El príncipe prusiano se la había jugado, pero ¿por qué?

—Señores —dijo Anastasia con voz firme y femenina al llegar al centro del salón—. Para ninguno de los aquí presentes son indiferentes los rumores que corren sobre el complot que hubo el día de mi boda y que trató de asesinarme —inició, haciendo tragar saliva a mucho de los nobles—. Hoy, se confirman mis sospechas, existen traidores en esta junta. Por favor —Hizo una seña a los guardias imperiales para que descubrieran los rostros de los asaltantes.

Una oleada indignación algo hipócrita recorrió la sala al identificar al sobrino de Ser Turbin.

—Ser Turbin —Se giró Anastasia hacia el consejero, que había perdido el color de las mejillas. —Siento mucho informarle de que las pasajeras del vehículo que sus hombres han hecho estallar no eran otras que su mujer y su hija —dijo sin rodeos, mirándolo fijamente a los ojos y demostrándole cuán equivocado había estado al intentar derrotarla—. Las invité a subir a mi carruaje en cuanto las vi en la tienda de modas. Mis guardias se encargaron de traerme de vuelta al palacio sana y salva. Solo quería ser amable con ellas, pero desgraciadamente mi amabilidad las llevó a una muerte segura, una muerte impuesta por usted —acusó—. Aunque supongo que, si usted es hábil haciendo planes, Dios lo es mucho más y por eso ha decidido castigarlo... Por intentar matarme dos veces: el día de mi boda y hoy.

Maximus Turbin abrió los ojos y se llevó las manos a la cabeza al oír aquello. ¡Había matado a su propia esposa y a su hija! ¡Dios lo estaba castigando por haber matado a su hijo! Estaba seguro de ello, pero también estaba convencido de que Nicolás y Anastasia habían unido fuerzas en contra de él. Miró a Nicolás, pero este lo miraba sin un ápice de sentimiento. Se había equivocado, se había equivocado al ir en contra de Anastasia y en confiar en el príncipe. Pero ya no había vuelta atrás y no podía hacer para salir indemne de esa. Pensó en delatar a sus aliados, pero supo que sería un burdo intento de morir matando y un Turbin no debía desprestigiarse de ese modo.

—Arrestadlo —ordenó Anastasia—. Y a partir de hoy levanto una comisión de investigación sobre el complot que hubo en contra de mi persona y de mi difunto esposo, Mijaíl Speranski —informó a la junta, que tembló al oír aquellas palabras—. Ningún traidor quedará impune, absolutamente ninguno —amenazó tranquilamente mientras Ser Maximus Turbin era arrastrado fuera del salón junto a sus hombres—. Y antes de que se me olvide, les presento a Izabella Mazepa, a partir de ahora ella capitaneará a mi escolta personal. Algunos ya la conocéis, es mi tía

y una gran maestra de las armas.

Izabella asintió con la cabeza, llevaba el pelo canoso recogido en una coleta firme y su cuerpo se mostraba fuerte e inamovible detrás del de Anastasia a pesar de su avanzada edad.

Nadie se atrevió a contrariarla ni a hacer objeción alguna después de ver el final de uno de los nobles más influyentes del país. Aceptaron las decisiones de la soberana con completa sumisión por el momento y decidieron postergar las posibles negociaciones.

Los tres traidores fueron fusilados en el patio del palacio frente a los palaciegos por orden expresa de Anastasia y nadie más se atrevió a hablar sobre el asunto. El zorro era feroz cuando se lo proponía y no era conveniente enfrentarse a él sin la fuerza necesaria para ello. Pocos eran los que podían plantarle cara a un Románov y salir indemnes de su osadía. Quizás con Tatiana fuera la excepción de esa norma, pero con Anastasia se habían conjurado todos los males y ventajitas de la dinastía Románov.



—No dijimos nada acerca de una comisión de investigación —reclamó Nicolás en cuanto se quedó a solas con Anastasia—. No estoy dispuesto a perder a más aliados —advirtió, algo molesto.

—Era lo mínimo que podía hacer para contentar a Damien después de decirle que no iba a ser investido como mi consejero real, ¿no cree?

—Creo que ha jugado conmigo junto a su perrito faldero y no me gusta. A ese *camorrista de barrio* poco le importan los honores de ser el consejero real, solo quiere destruirme y esa comisión acabará con personas que necesito a mi lado.

—No se arrestará ni se fusilará a nadie sin mi permiso —trató de calmarlo—. Se lo aseguro, no es nada más que una mera formalidad. El pacto sigue siendo el mismo, ha cumplido con su parte, Alteza. Me ha ayudado a acabar con Ser Turbin y a darle un buen escarmiento.

—Lo de su mujer y su hija ha sido idea suya, yo no quería escarmentarlo —la cortó, serio.

—Bien, dejémoslo en que me ha ayudado a terminar con él. A cambio, aquí está... en una audiencia privada con la emperatriz por ser el único consejero real con todos los derechos que eso le otorga. Solo usted puede moverse a mi alrededor con libertad y ocuparse de asuntos de estado que otros no pueden.

—Empiezo a dudar de su palabra, Gran Duquesa —se burló de ella—. Está intentando vapulearme a su antojo. Sé que no le interesan para nada mis consejos y no me ha gustado la decisión unilateral que ha tomado después de cumplir con mi parte del trato.

—Lo comprendo, pero ya le he dicho que no debe preocuparse por esa nimiedad.

—¿Nimiedades? ¿Es así como considera su falta de sinceridad en los acuerdos? —Enarcó una ceja, mirándola significativamente y recordándole lo que habían dejado a medias la noche anterior.

—Bien, solo queda que deje marchar a mi hermana sana y salva y yo firmaré la cláusula en la que me comprometo a considerar al hijo de Ekaterina como un digno sucesor de mi padre —ultimó, levantándose de la silla que presidía la mesa del consejo, antes de que la serpiente la envenenara—. Pero, dígame —Se detuvo y lo encaró, movida por la curiosidad que llevaba consumiéndola desde hacía algunos días. —¿Por qué tiene tanto interés en ese niño? No será su hijo, ¿verdad? —rió Anastasia—. Sé que la araña era su amante, no me extrañaría que...

—Si sabe tantas cosas, debería saber que cualquier relación entre Ekaterina y yo se dio por

concluida semanas antes de su boda con Alejandro —la cortó Nicolás, levantándose también de la silla y poniéndose frente a Anastasia—. Hace tiempo que solo soy capaz de pensar en una sola mujer —confesó en mitad de la mentira.

—No debería cerrarse a la oportunidad de encontrar complacencia en otros cuerpos.

—¿Es eso lo que hace usted? ¿Buscar complacencia en otros hombres? Me he fijado en cómo la mira Damien.

Anastasia lo ignoró y salió de la sala del consejo antes de perder la compostura. En realidad, Damien no le había pedido nada por no haberlo nombrado consejero real todavía. De hecho, ni siquiera había informado al rebelde del acuerdo que había llegado con la serpiente porque tenía la intención de investirlo como su consejero real tarde o temprano. Quizás sería la primera emperatriz de la historia que tuviera a dos consejeros reales en lugar de solo a uno. Sería una buena forma de unir la parte conservadora con la progresista, una buena estrategia política a ojos de la población que estaba tan dividida.

—Máksim, haz saber a San Petersburgo lo que ha sucedido hoy —imperó al llegar a las alcobas imperiales, donde se había trasladado desde hacía unos días—. Hazles saber que sigo viva y quien fue el autor del atentado.

—Sí, Alteza Imperial. ¿Algo más?

—Ayude a mi hermana con los preparativos necesarios para su partida a Prusia, la quiero fuera de este palacio cuanto antes.

—Por supuesto.

La idea de la comisión de investigación había sido solo idea suya. Quería dejar a Nicolás solo, sin aliados. Y esa era la vía. Sabía que no sería fácil contener a la serpiente si lo enfrentaba directamente, pero al menos iba a molestarla un poco y a cumplir con su plan de venganza. Miró por la ventana, desde la que se veía el patio donde Ser Turbin había sido fusilado junto a sus secuaces. ¡Se lo merecía! ¡Había hecho justicia! No solo por ella, sino por Víktor.

Poco a poco todo estaba saliendo como ella quería, porque ella era la emperatriz, la zarina. Y su voluntad era incuestionable. Por mucho que otros intentaran igualarla o desmerecerla.

Dos días después salió al balcón para saludar a los pueblerinos que la recibieron con más entusiasmo que nunca al verla viva. En el fondo, nadie quería cambiar el sistema de forma tan abrupta. Los cambios daban miedo y Anastasia era un símbolo de tradición y una promesa de futuro. Era su emperatriz, una Románova. ¿Por qué no darle una oportunidad? Esperaban que fuera coronada y que firmara la nueva constitución, eso era todo cuanto anhelaba Rusia en esos instantes.



Capítulo 32

La justicia de la emperatriz

Cinco días después de la muerte de Maximus Turbin.

Los Turbin eran una familia importante en Rusia. Habían servido al imperio durante siglos y se vanagloriaban de su prestigio. Maximus Turbin tenía cuatro hijos, dos varones y dos hijas. Uno de ellos, el mayor, había sido asesinado por su propio padre al considerarlo un traidor. Los demás eran obedientes y se valían de la fuerza familiar para conseguir sus propósitos.

Anastasia Románova no era tan necia como para fusilar a Maximus Turbin sin asegurarse de que no habría consecuencias ni intentos de venganza por ello. Por eso, se había valido de una buena aliada para arrancarlos de su vida y de la corte para siempre: Svetlana Turbin, la esposa del traidor.

—Déjala pasar —ordenó la emperatriz a Izabella en cuanto se oyeron unos golpes sutiles sobre una de las puertas secretas de su recámara.

—Alteza Imperial —reverenció Svetlana al entrar en los aposentos imperiales acompañada por su hija, una joven de pelo rubio que no destacaba por nada más que por ser medianamente aceptable a la vista.

—Señora Turbin —asintió Anastasia, de pie y con las manos cogidas por delante de su falda.

Ambas habían acordado encontrarse en la tienda de modas pocos minutos antes del atentado para despistar a los conspiradores. En realidad, en mitad del camino, las carrozas habían sido intercambiadas sin que los secuaces de Maximus se dieran cuenta. Svetlana y su hija estaban sanas y salvas, pero solo con una condición: que abandonaran el país junto al único hijo varón que quedaba con vida.

—Debo agradecerle su misericordia —honró la mujer, que llevaba el pelo recogido en un moño bajo y tenía la mirada triste—. En cuanto supe que mi propio esposo había asesinado a mi hijo... Mi querido hijo Viktor... —se lamentó—. No pude quedarme de brazos cruzados, no pudimos ignorar que estábamos conviviendo con un auténtico monstruo. Ni yo ni mi hija mayor estábamos dispuestas a perdonarlo. Sé que él formó parte del complot que asesinó a su esposo y que por poco la mata... Pero debe creerme cuando le digo que nosotras no sabíamos nada sobre ese asunto. Jamás podré agradecerle tanta confianza depositada sobre mi persona. Y aunque no

podré volver a ser la misma sin mi esposo, espero que Dios entienda la justicia que hemos impartido. Un padre que mata a su propio vástago no merece seguir respirando.

—Ha cumplido con su deber, señora Turbin —dijo Anastasia, mirándola con compasión—. Me ayudó a acabar con el traidor de su marido y me ha ayudado a ganarme la fama de cruel. Ahora mis enemigos me temen más que nunca... pero debe marcharse de inmediato. Vivirá con todas las comodidades a las que está acostumbrada en España. Uno de mis hombres se encargará de que así sea. Lo único que le pido a cambio de mi misericordia es que jamás vuelva a Rusia ni permita que su hijo varón regrese. No quiero venganzas...

—¿Venganza? Mi hijo menor apenas tiene diecisiete años, no es más que un muchacho, Alteza. Me encargaré de que comprenda los motivos de nuestro exilio y me aseguraré de que los primos y hombres de mi esposo se olviden de las posibles represalias que pudieran impartir.

—Que así sea, marchaos —Anastasia hizo una seña a uno de sus hombres para que se acercara, un cosaco que trabajaba para Izabella. —Él es Liosha, os acompañará hasta España. Podéis confiar en él.

—Gracias emperatriz, miles de gracias —reverenció una y otra vez Svetlana, segura de que tendría una vida mejor en otro país. Quería apartarse de la corte y quería que sus hijos fueran felices lejos de las intrigas que habían perseguido a su familia durante generaciones.

Anastasia, cuando Svetlana y su hija se fueron, se acercó a su cómoda y sacó de ella el espejo de luna que un día Víktor le regaló. Se miró en él y luego miró a Izabella.

—¿Crees que soy débil? —le preguntó a su maestra. Su mayor aliada, su tía. Lo más cercano a una madre que había tenido en su vida a falta de la cercanía de Anya.

—Creo que eres una gran emperatriz. La crueldad sin sentido es propia de la locura, es bueno que tus enemigos crean que tienes ese punto de locura que puede destruirlos en cualquier momento. Pero también es bueno que, de puertas para adentro, te muestres compasiva con quienes lo merecen. Esas mujeres no merecían un castigo después de haber sufrido tanto por la muerte de su hijo y hermano y al ayudarlas, has ganado dos grandes aliadas que mantendrán a raya a una potencial amenaza. Sin ellas, te arriesgabas a represalias y a inconvenientes innecesarios.

—Echaba de menos tus consejos. Me alegro mucho de que estés aquí —Sonrió sinceramente la emperatriz, acercándose a Izabella. —Por fin he podido traerte sin ser cuestionada por ello.

—Jamás he vivido en la corte ni me considero parte de ella. Mi vida está fuera de estos muros y amo la libertad, pero por ti estoy dispuesta a sacrificarme —respondió la mujer con la cicatriz que le cruzaba la cara.

—Siento mucho que mi familia jamás te reconociera.

—Sé lo que soy, Anastasia. Y siempre lo he sabido. No pido reconocimiento, los Románov han sido bastante buenos conmigo considerando que soy una bastarda. Me han dado educación y solvencia económica para hacer y deshacer a mi gusto. Cuando tu padre me pidió que me encargara de tu educación, supe que mi relación contigo sería diferente y que tu destino albergaba grandes proezas. Estoy orgullosa de mi trabajo y no debes sentir nada. Estoy aquí para defenderte y servirte como tu guardiana personal, eso es todo.

—Y te lo agradezco —ultimó Anastasia, colocando una mano sobre el hombro de Izabella y dedicándole una sonrisa afectuosa, de aquellas que apenas le quedaban.



Una comitiva de despedida se reunió en la entrada principal del palacio de invierno para agasajar a los reyes de Prusia, Klaus y Tatiana von Wittelsbach. Ellos, junto a su séquito y junto a la reina madre, Luisa de Prusia, debían partir hacia su país donde continuarían con los festejos del enlace.

Tatiana estaba radiante y llena de vida ante un futuro esperanzador. Su hermana estaba viva, su esposo era complaciente y su suegra se mostraba afable. Todo estaba a su favor, aunque seguía temiendo la venganza de Nicolás. La serpiente se había negado a hablar con ella, no le había dado la oportunidad de explicarse ni de pedirle clemencia. Sin duda, su cuñado era un hombre perverso que le gustaba jugar con la vida de los demás. Nicolás sabía que ella tenía miedo y estaba disfrutando de la cacería. No lo habían apodado "la serpiente" tan solo por sus ojos, desde luego que no.

Muchas mujeres y amigas de su infancia le desearon lo mejor a las puertas de aquel hogar que abandonaba con la intención de no regresar. Quería irse sin mirar atrás. Y no solo porque Anastasia se lo hubiera ordenado, sino porque la mayoría de sus recuerdos eran malos. Lo único que anhelaba era tener una vida tranquila al lado de su esposo y formar una familia.

—¿Preparada para partir? —le preguntó Klaus con una sonrisa.

Cada vez que lo miraba su corazón se llenaba de dicha, su esposo era muy atractivo y cariñoso. Pero, a su vez, los remordimientos también la invadían. Se le había ocurrido la idea de contarle toda la verdad, pero sabía que si hacía eso... acabaría con todo. ¿Cómo podía decirle a ese hombre que había planeado matarlo? ¡Era un rey! Y si se había enfurecido con ella por no haberlo tenido en cuenta a la hora de renunciar al imperio ruso, no quería ni imaginar su ira si llegaba a descubrir que había conspirado en su contra.

La única que podía ayudarla era Anastasia, pero se había negado a hacerlo y no la culpaba por ello. Al fin y al cabo, ella pudo haber evitado la muerte de Mijaíl y no lo hizo.

—Un poco más —suplicó, mirando hacia la puerta por si Anastasia aparecía. Tenía la ilusión de poder despedirse de ella, pero la emperatriz no había hecho acto de presencia en su despedida. En su lugar, había mandado al secretario general para representarla.

De pronto, Tatiana sintió una oleada de desazón y de incomodidad. Era Nicolás, se había acercado a ellos para despedirse de su hermano y de su madre. Lo miró de reojo, temblorosa. Era la primera vez, desde la boda, que tenía tan cerca a la serpiente.

—Madre —lo oyó decir, aceptando el beso que Luisa de Prusia le depositaba sobre la frente como si todavía fuera un niño.

—Hijo, te echaremos de menos —dijo Luisa, abrazando a Nicolás—. Ya sabes que puedes venir cuando quieras.

—Sí, madre —contestó él con suavidad—. Hermano, que seas muy feliz —dijo después, dirigiéndose hacia Klaus con un apretón de manos y poco más.

Klaus no confiaba en su hermano menor desde que había apoyado a Ekaterina en el juicio. ¿Cómo podía su hermano apoyar a la mujer que lo secuestró? Estaba claro que Nicolás trabajaba por su cuenta y que, si algún día existió alguna alianza más allá de la consanguinidad que los unía, se había extinguido. El rey prusiano sabía que su hermano no lo había perdonado por todas las humillaciones y afrentas que le hizo padecer durante su juventud y aunque le había pedido perdón en varias ocasiones, él se negaba a aceptar sus disculpas.

—Nos vemos pronto —contestó Klaus con cortesía.

—Cuñada —Se acercó a ella con grandes y rápidas zancadas y depositó un beso sobre su mejilla, ella se estremeció con ese contacto frío y desagradable. Era como haber sido besada por la muerte. Trató de no mirarlo, pero se encontró con sus pupilas verticales y sus iris verdes

clavados sobre ella. Iba a matarla, lo supo en ese instante con completa seguridad.

—Hermana —oyó detrás de Nicolás. Era Anastasia, obligando a la serpiente a apartarse de su camino.

Ver a su hermosa y fuerte hermana le devolvió la vida que Nicolás le había quitado con una sola mirada. Le alegró mucho que saliera a despedirla y la correspondió con un afectuoso abrazo, aunque ella se quedara quieta y no le diera más que dos palmaditas sobre la espalda como toda muestra de afecto.

—Alteza —dijo Tanya—. Es un honor que haya salido a despedirse de mí.

—Debía hacerlo, los reyes de Prusia no merecen menos —halagó, mirando a Klaus con una sonrisa estudiada que le fue correspondida con una leve reverencia por parte del rey—. Espero que tenga un buen viaje, reina madre —agregó.

—Gracias, Alteza Imperial —agradeció Luisa.

—Creo que ya es hora de partir, querida. Nos esperan en Prusia —comentó Klaus, colocando una mano sobre la espalda de Tatiana, apremiándola para marchar.

Tanya sonrió con calidez, hizo una reverencia a su hermana y dio media vuelta para marcharse del brazo de su esposo. Pero Anastasia la detuvo por el hombro.

—Los Románov se destruyen entre ellos, pero no permiten que otros los destruyan —le susurró en la oreja, asegurándose de que solo ella pudiera escucharla.

Tatiana subió a la carroza real sin dejar de mirar a su hermana, ¿eso significaba que iba a protegerla?

Estaba segura de que sí, de que Anastasia había decidido ayudarla. Y eso la tranquilizó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Klaus, extrañado.

—Que me desea mucha felicidad —mintió, depositando un beso corto sobre los labios de su esposo.

—Hemos tenido suerte de que madre haya decidido viajar en el otro vehículo —comentó el rey con una mirada pícaro mientras corría las cortinas.

—¡Klaus! —se azoró la reina—. ¡Es de día!

—Mejor, así podré disfrutarte con la luz del sol —Señaló la trampilla del techo desde la que se veía un cielo azul y un sol resplandeciente. La cogió por la cintura y la sentó a horcajadas sobre él mientras la besaba y le deshacía el vestido, dejándola desnuda.

—Esto es muy bochornoso —se aquejó Tanya, llevándose las manos sobre los pechos y separándose de él. Jamás imaginó verse en esa tesitura dentro de un vehículo.

—Me encanta verte con las mejillas sonrojadas —La miró Klaus de arriba a abajo. —Este será el mejor viaje de nuestras vidas —declaró, cogiéndola por la nuca y acercándola a su boca de nuevo.

Se besaron, se acariciaron y se amaron. Hicieron el amor una vez y otra hasta que sus cuerpos quedaron rendidos y Tanya saboreó su ansiada felicidad por primera vez en la vida. Estaría agradecida para siempre con Anastasia por haberle brindado la oportunidad de vivir plenamente después de todo.



Ekaterina se acariciaba el vientre mientras daba vueltas en la recámara que había sido encarcelada. Anastasia la había encerrado en el Palacio de Pávlovsk y estaba permanentemente

vigilada por la guardia imperial. Pero lo peor de todo no era pasar los días encerrada entre cuatro paredes por un crimen que no había cometido, sino el hecho de que Nicolás no la había vuelto a visitar desde que supo que estaba embarazada.

No pedía noches desenfundadas de pasión ni lujuria sin fin, pero esperaba que el padre de su hijo y el hombre al que amaba la visitara y se preocupara por ella. Debía confiar en él, era el único que podía salvarla de esa penosa situación.

—¡Quiero ver a Nicolás von Wittelsbach! —gritaba cada mañana cuando una doncella entraba para asearla y traerle la comida—. ¡Decidle que quiero verlo! —imploraba, desesperada y sin medir las consecuencias de sus palabras.

—¿Por qué quieres ver a mi consejero real? —inquirió Anastasia una mañana cualquiera, entrando en su habitación acompañada por una mujer alta de rasgos turcos que llevaba un revólver colgado de la cintura.

Ekaterina observó a la bella joven que había aparecido ante sus ojos con una tirara de diamantes sobre su pelo rojo y un vestido imponente de color negro. ¡Era tan hermosa! ¡La odiaba! ¡Odiaba que ella se paseara como la nueva emperatriz robando las miradas de todos los palaciegos! Ella debería estar en su lugar, ella era la más bonita de la corte antes de que esa odiosa niña apareciera en su vida. Ahora, no era más que una sombra de lo que fue, consumida por el abandono y con la piel amarillenta por la falta de luz solar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espetó Ekaterina con rabia, torciendo su gesto y llenando sus ojos con lágrimas de impotencia.

—Te convendría recordar a quien te estás dirigiendo antes de usar ese tono —contestó la emperatriz, tranquilamente y con frialdad.

Capítulo 33

Atrapando a la araña

—A estas alturas poco me queda por recordar —dijo Ekaterina, haciendo repicar sus botines hasta la lumbre que había encendida en mitad de esa habitación oscura y exenta de lujos—. Tú me lo has arrebatado todo, absolutamente todo.

—No se puede arrebatarse lo que una persona nunca ha tenido —dijo Anastasia—. Te he hecho una pregunta: ¿por qué quieres ver a mi consejero real?

—Él fue mi único amigo en ese palacio repleto de petulantes caballeros y damas engreídas... me gustaría verlo, eso es todo —mintió la araña.

—Tus gritos parecían ir más allá de un simple interés amistoso.

—¿Estás celosa?

Izabella se acercó a Ekaterina con el gesto serio y algo amenazante.

—Debería hablarle con más respeto a la emperatriz de Rusia —amenazó la cosaca.

—Oh, disculpe... Excelencia —se burló Ekaterina—. ¿Está celosa, emperatriz?

Anastasia la miró fijamente. Los celos no entraban en su repertorio de sentimientos. No sentía celos y mucho menos de una mujer que, evidentemente, solo había sido utilizada por Nicolás. Más bien sentía una pizca de lástima porque ninguna mujer debería ser tan ciega como para dejarse utilizar de ese modo.

—Sí, Ekaterina —contestó Anastasia—. Estoy celosa. Muy celosa —repitió, acercándose a ella lentamente—. He descubierto que sois amantes y es algo que no puedo perdonar después de que Nicolás me jurara amor eterno. No pensé que estos últimos meses de relaciones carnales e íntimas se vieran truncados por tu sombra... Sin duda, estoy celosa —manipuló hábilmente, viendo como el rostro de la araña se descomponía y se recomponía en una mueca de rabia.

Los frágiles nervios de Ekaterina salieron a la luz. Anduvo de un lado para otro como si algo en su interior se estuviera desgarrando y Anastasia sabía que era cuestión de tiempo que esa pobre alma se vendiera al diablo, figuradamente hablando.

—No es posible —negó la araña, subiéndose por las paredes—. ¡No es posible! Él no... ¡Me lo imaginaba! ¡Me imaginé que tú estabas usurpando mi lugar! Me lo has arrebatado todo... ¡Yo debía ser la emperatriz! ¡Yo debía ser la esposa de tu padre! Y luego... ¡Yo amo a Nicolás! —habló sin razón ni lógica, enloquecida—. No eres más que una zorra.

Izabella le dio una fuerte bofetada a Ekaterina, no estaba dispuesta a tolerar semejantes agravios hacia su sobrina y señora. Pero Anastasia levantó la mano para que no la golpeará más, no quería que su hijo saliera perjudicado, al fin y al cabo, la criatura que llevaba en su vientre era inocente.

—¿A qué has venido? —inquirió de nuevo Ekaterina, con la mano sobre la mejilla adolorida y los ojos llorosos—. ¿Ha regodearte de mi desgracia? Eres cruel.

—He venido a proponerte un trato, Katy... Siéntate, por favor —indicó una silla mientras ella misma tomaba asiento.

Ekaterina se sentó con ciertos reparos, pero accedió.

—Sé que el hijo que llevas en tu vientre es de Nicolás —afirmó Anastasia sin titubear, con los ojos fijos sobre su presa. En realidad, no estaba segura de aquella afirmación, pero quería ver cómo reaccionaba Ekaterina ante aquello y si, por fortuna, ella le daba la razón—. Sé que os

veáis a escondidas. Pero también sé que tu amante, nuestro amante... No tiene ninguna intención de hacerse cargo de ti una vez nazca la criatura. Solo quiere utilizarte, Katy. ¿No lo ves? ¿Ha venido algún día a visitarte después de haber sabido que estabas en cinta? ¡Solo quiere un heredero al que custodiar cuando sea oportuno!

Anastasia observó como Ekaterina se removía inquieta en su silla, dubitativa. Ekaterina se estaba debatiendo entre darle la razón o seguir negándolo todo. Esa mujer había sido hábil a la hora de subir en el escalafón social a través de los hombres, pero no era una buena estratega. Además, estaba visiblemente afectada de salud por sus meses en cautiverio y por la manipulación de Nicolás. El amor ciego que sentía por la serpiente la había consumido y era una persona voluble.

—¿Y qué propones? —terminó preguntando la embarazada, dándole la razón.

¡Confirmándole que ese niño o niña que llevaba en su vientre era de Nicolás!

¡Maldita serpiente! ¿Hasta dónde era capaz de llegar para obtener el poder? Se odiaba a sí misma por desearlo. Se odiaba por soñar cada noche con él. Aunque sabía que Nicolás solo actuaba por estrategia, no dejaba de sentirse algo asqueada ante esa verdad: había buscado un hijo solo por interés. No era el primer hombre de la historia que engendraba a un varón para su propio beneficio y, en cierto modo, lo comprendía. Él era un estratega nato y no tenía escrúpulos, algo de lo que ella sí flaqueaba.

—Te sacaré de aquí —afirmó Anastasia, después de un largo silencio—. Te sacaré de aquí y te enviaré a una de las islas italianas. Allí tendrás una casa con todos los lujos a los que estás acostumbrada y serás libre —Señaló a su alrededor, indicando la mediocridad en la que estaba viviendo en esos instantes. —Si te quedas, terminarás siendo fusilada y lo sabes. En cuanto des a luz a tu hijo o hija... El juez dictaminará sentencia firme en contra de ti. Principalmente porque yo soy la emperatriz y así querré que sea haga justicia por tu traición hacia mi difunto padre.

—Yo no secuestré a Klaus.

—Pero te acostaste con su consejero real... ¿Has pensado que sucederá si esa criatura nace con los mismos ojos que la serpiente? ¿Has pensado cuál será tu destino? ¿Y cuál será el destino de ese ser inocente? Y aunque, por misericordia divina, el bebé naciera con unos ojos normales y siendo varón... Crecería sin ti. ¿Crees que Nicolás sería un padre afectuoso? Conocía a tu padre, Ekaterina. Y no me pareció el tipo de persona que te utilizaría para sus propios intereses. Es más, él se avergonzaba de tu interesado comportamiento. Os estoy dando la oportunidad, a ti y a tu hijo, de salvaros y llevar una vida plena. Piénsalo... —Se levantó Anastasia, dejando a Ekaterina hundida en sus propios pensamientos y elucubraciones. Algo le decía a la emperatriz que esa mujer, aunque loca y desalmada, amaba a su hijo y que suspesaría su oferta. —Dejaré un guardia a tu disposición para que puedas darle tu respuesta en cuanto la tengas. Él hará que me llegue.

Ekaterina asintió y Anastasia salió seguida por Izabella.

Fuera, el zorro se acercó al guardia encargado del pelotón que custodiaba a la araña.

—¿Han intentado visitarla? —le preguntó al hombre alto como una torre, que se cuadró al verla.

—Sí, Alteza Imperial. Trató de visitarla su Alteza el príncipe Nicolás. Pero le negamos la entrada. Estamos cumpliendo sus órdenes y no hemos dejado pasar a nadie salvo a usted, emperatriz —explicó el militar, orgulloso de su trabajo.

—Seguid así, que nadie entre en los aposentos de Ekaterina.

Aislar a Ekaterina era la única forma de controlarla. Sin el poder que Nicolás ejercía sobre ella, podía manipularla a su antojo. ¡Ese niño no era culpable! ¡Ojalá esa mujer diera su brazo a torcer y se marchara lejos de allí! Ella se encargaría de que ambos tuvieran una vida holgada y

segura lejos del veneno de la serpiente. Porque ella sí tenía escrúpulos.

Además, si el niño desaparecía... no tendría que firmar ninguna cláusula para reconocerlo. Y, en el caso de tener que hacerlo, sería completamente nula. Si Nicolás quería encontrar fisuras en su acuerdo... iba a perder porque nadie la igualaba en astucia. Absolutamente nadie.



Nicolás von Wittelsbach sospesaba sus siguientes movimientos sentado en la tranquilidad de su despacho. Anastasia le llevaba una ventaja considerable, se había dejado ganar por ella porque era incapaz de hacerle daño. Después de tantos años siendo una serpiente vil y pérfida, había dado con su talón de Aquiles. Si la hubiera matado cuando tuvo ocasión ahora estaría prácticamente en la cumbre de su carrera.

No obstante, se encontraba ante un vacío de posibilidades. El acceso a Ekaterina, la portadora del posible heredero, le había sido negado. La araña estaba custodiada y la emperatriz había dado órdenes estrictas de que nadie podía acercarse a ella y aquello podía terminar en fatales consecuencias. En cualquier momento, Ekaterina podía dar rienda suelta a sus frágiles nervios y traicionarlo. Debía actuar con rapidez si no quería ser delatado. Anastasia empezaba a sospechar y eso no era bueno.

—Alteza —Tocó la puerta uno de sus hombres más fieles, un plebeyo que se movía entre las sombras y que capitaneaba a sus secuaces.

—Pasa —permitió, aunque no le gustaba que Bronskin lo visitara en palacio—. Espero que sea algo importante —lo advirtió, algo molesto—. Ya sabes que no me gusta que te expongas en el palacio.

—Alteza —Se cuadró el hombre de pelo negro y bigote largo. —Si he venido hasta aquí es por un asunto de alta importancia. Como me dijo, he estado vigilando el palacio en el que Ekaterina está encerrada. Esta mañana la ha visitado la emperatriz.

—No es la emperatriz, todavía no ha sido coronada —corrigió Nicolás, sospesando las causas y las consecuencias de esa visita. Sin duda, no era algo bueno. Necesitaba llegar a la araña y para ello tendría que recurrir a métodos menos lícitos. —Prepárate Bronskin, tenemos una misión arriesgada...

—Sí, señor.



Algunos días después. Sala del trono.

La comisión de investigación del complot avanzaba lentamente. Eran pocos los que querían dar información relevante sobre el caso y aunque Anastasia tenía claros cuáles eran los principales autores del crimen no podía actuar de forma impulsiva y acusarlos directamente.

—Siento que esto vaya tan lento —expresó con sinceridad a Damien.

—No se preocupe, Alteza Imperial —dijo Damien—. Estamos avanzando mucho, aunque a veces no lo parezca. ¿Consiguió sacarle algo de información a Ekaterina?

—Sí, información muy útil —contestó sin precisar nada—. Tengo intenciones de exiliarla —

confesó algo dubitativa—. No quiero ser cruel con el niño que lleva en sus entrañas.

—Pero ella también es culpable de la matanza que hubo en su boda. En cuanto nazca la criatura...

—Debería acabar con ella, lo sé —resumió—. No es de fiar, es una persona cambiante. Y, como bien dices, ha hecho mucho daño a mi familia. Veré que hago con ella una vez haya dado a luz... De mientras, me gustaría que desapareciera.

—Alteza Imperial —Entró el mayordomo real, Máksim, seguido por unos cuantos guardias. — Me temo que no tenemos buenas noticias...

—¿Qué ha sucedido? —inquirió ella, imperturbable y sentada en el trono.

—Se trata de Ekaterina Anhalt, Alteza. Ha desaparecido.

Se hizo un silencio ensordecedor. —Hay que tener cuidado con lo que se desea, Alteza — comentó finalmente Damien, haciendo brillar sus ojos de un color azul intenso.

—Buscadla, buscadla debajo de las piedras si es necesario —imperó la emperatriz, mostrando su descontento—. Y sancionad a los irresponsables que han dejado que esto ocurriera.

—Sí, Excelencia —obedeció Máksim, saliendo presuroso para cumplir con el mandato.

—Me imagino quién puede estar detrás de todo esto.

—Yo también, Damien. Alguien a quien no le interesa que Ekaterina pierda el juicio y hable más de la cuenta... Nicolás prefiere deshacerse de la araña antes que morir con ella. Solo espero que no sea tan ruin como para matarla en su estado.

—Yo no esperaré nada, Alteza —concluyó el rebelde.

Damien sabía la verdad a medias. Anastasia confiaba plenamente en él, pero para ella confiar plenamente en alguien no consistía en contarle todo cuanto supiera. Por ejemplo, no le había dicho que el hijo de Katy era de Nicolás, aunque pudiera imaginarlo por sí mismo. Tampoco le había contado que a ella le interesaba que la araña desapareciera porque así, el acuerdo que había llegado con Nicolás quedaría anulado. No tenía por qué firmar esa dichosa cláusula con la que comprometía su reinado. Pero, entonces... ¿Cómo se vengaría la serpiente? La estaba arrinconando demasiado y sabía que en cualquier momento iba a morderla. No sabía por qué Nicolás todavía no le había infringido daño alguno, ella lo estaba pisoteando... y él no estaba reaccionando. ¿Por qué?



Ekaterina no veía nada. Había sido secuestrada en su alcoba y le habían tapado la cabeza con un saco. Lo único que oía eran las ruedas del carruaje que giraban a toda velocidad. ¿Iba a morir? ¿Anastasia había ordenado que la mataran? ¿O había sido Klaus von Wittelsbach como venganza? El miedo se apoderó de ella e, inexplicablemente, no tenía miedo por ella sino por su hijo. Sentía a ese ser en su interior y lo último que deseaba era que muriera por su culpa. Podía ser una mujer mezquina, una trepadora... pero no quería ser la asesina de su propio hijo.

De pronto, oyó como las ruedas chirriaban y que los caballos dejaban de trotar. Había llegado a algún punto clave de su secuestro. Ansiosa por saber su destino, supo inmediatamente quién era el autor de su secuestro en cuanto notó su perfume característico. Nicolás había abierto personalmente la puerta de su vehículo y se había acercado a ella para sacarle el saco de la cabeza. Le costó un poco adaptarse a la luz, pero pronto vio los ojos de la serpiente sobre ella y su hermoso rostro.

—¡Nicolás! —exclamó, aliviada al verlo—. ¡Por un momento pensé que esa zorra quería matarme! ¿Cómo has podido yacer con ella? —le recriminó, recordando las palabras de Anastasia—. ¡No pensé que caerías tan bajo! —escupió, algo nerviosa.

Nicolás la ignoró e hizo una seña a uno de sus hombres para que la sacara del vehículo.

—¿A dónde me llevas? ¿A dónde vamos? —preguntó Ekaterina ante el mutismo de su amante mientras era prácticamente arrastrada campo a través.

Nicolás había decidido deshacerse de esa mujer. Era un peligro. Anastasia la había cogido bajo su dominio y en cualquier momento podía delatarlo si es que no lo había hecho ya. No podía arriesgarse a ser acusado de traición. Y aunque perder a Ekaterina significaría empezar de nuevo, no tenía otra opción. Era eso o morir fusilado. Y la historia no la cuentan los héroes, sino los que tuvieron la suficiente inteligencia como para sobrevivir.

—¿De qué habló Anastasia contigo? —preguntó Nicolás.

—¿Es eso lo que te preocupa? —se molestó la mujer, llevándose las manos sobre el vientre—. ¿No quieres saber nada de tu hijo? ¡Claro! A ti solo te interesa saber qué ocurre con tu princesita... ¡Qué rápido te has olvidado de mí!

—Sabes muy bien el tipo de relación que nos unía, Ekaterina. No tengo culpa de que hayas confundido el cariz de nuestro compromiso. Solo debías serme útil para ascender al poder y, a cambio, yo te daría tu lugar. En lugar de eso, te dejaste atrapar por Anastasia. No has actuado con inteligencia y estoy harto de salvarte.

—Todo lo haces por interés.

—Exacto —contestó sin remordimientos—. Y ahora ya no me interesas. Te has convertido en un peligro para mí. Anastasia te ha dominado y no sé de qué eres capaz. Sé que te ha visitado recientemente, ¿qué te dijo?

La araña supo que tenía que mentir si quería tener una mínima posibilidad de sobrevivir. Su frágil estado mental no podía enmascarar esa verdad.

—Solo me preguntó si mi hijo era tuyo. Por supuesto que le dije que no —mintió—. Jamás te delataría. Por favor... Nicolás. Llevo en mi vientre a tu hijo, no lo hagas —suplicó, mirando a los hombres que iban armados y que estaban cerca de ella—. Si me consideras una amenaza, desapareceré, pero déjame vivir. Al menos, déjalo vivir a él... Después haz lo que quieras conmigo.

Nicolás la miró de arriba a abajo, percatándose del incipiente vientre que empezaba a relucir. Allí dentro estaba su simiente, sangre de su sangre. Sin decir nada más, se giró y se marchó, no sin antes hacer una señal a sus hombres.

—¡No! ¡Por favor! ¡No! ¡No lo mates! —gritó la araña, tratando de escapar sin éxito de las manos de los sicarios—. Eres un canalla, una vil serpiente, un monstruo. ¡Ojalá nunca llegues a reinar y ojalá, Anastasia te destruya! ¡Ella es mejor que tú! ¡Ella no hubiera matado a mi hijo! Ni siquiera sabiendo que no es su hermano.

Nicolás detuvo su paso y se giró hacia la mujer que acababa de confesar. ¡Anastasia sabía que ese vástago era suyo! Ekaterina lo había delatado. ¿Cómo habría reaccionado Anastasia al saberlo? ¿Qué estaría tramando el zorro ante esa novedad?

—Señor —dijo Bronskin, esperando órdenes.

—Llevala lejos de aquí, cuando mi hijo nazca... matadla.

—¡Gracias! ¡Nicolás! ¡Gracias por perdonarle la vida! ¡Nuestro hijo es inocente!

La serpiente observó como volvían a encerrar a Ekaterina en el carruaje y se la llevaban lejos de Rusia. Su primera intención fue la de acabar con su vida, no le importaba para nada esa criatura inútil que ya no le servía para nada. Pero si Anastasia sabía que esa criatura era suya...

¿Cómo podría explicarle luego que la había asesinado? Por algún extraño motivo, le importaba lo que Anastasia pudiera pensar de él si llegaba a descubrir que había sido capaz de asesinar a su propio hijo. No quería ser un monstruo ante ella, ante ella no.

Capítulo 34

La vida no perdona la debilidad

La serpiente reptaba inquieta de un lado a otro de su despacho. Se estaba volviendo débil, Anastasia lo estaba haciendo débil. Y no le gustaba esa idea. Todo empezó el día en el que la vio, supo que había algo en ella distinto. Y supo que no podría terminar con esa amenaza el día en que tuvo la oportunidad de matarla y no lo hizo. Debió matarla cuando la encontró sosteniendo el cuerpo de Mijaíl agonizante; en lugar de eso, solo fue capaz de mirarla. Observarla desde la distancia, como siempre. Ella era una criatura especial, más allá de su virginidad. Era una mujer diferente, más allá de su cuerpo.

Pero no podía permitir que aquello lo superara. No podía permitir que esos extraños sentimientos que jamás había sentido empezaran a derrotarlo. Él no era esa clase de hombres y no pretendía serlo. Estaba arrepentido de su debilidad. Acorralado.

Alejandro había sido asesinado por Anastasia. Ekaterina y su hijo estaban fuera del tablero por las argucias de Anastasia. Y Ser Turbin yacía en el fondo de una comuna por decisión de Anastasia. Ella, ella y solo ella. Y él se lo había permitido todo.

—Solo veo una salida plausible a todo esto —siguió comentando el tonel que se hacía llamar obispo, como si no le importara que Nicolás apenas lo mirara ni le prestara atención—. Los conservadores están dispuestos a apoyar a Anastasia si un hombre de prestigio y relevancia se desposa con ella. Puesto que no confían en las aptitudes de una mujer para el cargo por mucho que Catalina la Grande nos dejara su maravilloso ejemplo. Eso solo ocurre una vez en la historia y Anastasia es demasiado joven para reinar.

—Debes proponerle matrimonio a la emperatriz. A falta de heredero, ¿por qué no casarse con el actual monarca? —aclaró Ser Thonas, el enano, por si las explicaciones de su amigo "*el tonel*" no habían sido lo suficientemente claras—. Ya no tenemos opciones y esa sería una buena solución.

—Por no mencionar que la comisión de investigación que ha abierto Anastasia está causando muchas molestias innecesarias. Si un hombre de confianza se casara con ella... votaríamos para que se le hiciera más caso a él y, en consecuencia, nos liberara del escrutinio al que estamos siendo sometidos a diario. Cualquier día nosotros seremos los siguientes... Ya cayó Ser Turbin. Y si él cayó, ¿qué puede esperarse de nosotros? —se preocupó el obispo, sonriendo con tanta imbecilidad que irritó a Nicolás todavía más.

—Estoy seguro de que ambos seréis unos magníficos pretendientes —Sonrió Nicolás con malicia. —Pero yo aspiro a algo más que a convertirme en el esposo de una niña caprichosa que se hace llamar emperatriz sin más méritos que el de haberle usurpado el trono a su hermana, una hermana que tuvo que haber ayudarnos y que nos traicionó.

—Eso y que ha quitado de en medio a Ekaterina, ha matado a Alejandro y ha conseguido reinstaurar el poder reformista en la corte... —agregó Ser Thonas—. Dicen que es la mujer más guapa de Europa, no sería ningún esfuerzo yacer en su lecho. Después ya veremos qué hacemos con ella. Quizás la quitamos de en medio antes de que pueda seguir destruyendo nuestras ambiciones.

—Muy elocuente, Ser Thonas. Ahora, si me disculpan tengo más asuntos que atender —los despidió cínicamente, señalando la puerta con su largo brazo.

Sus aliados, que ya empezaban a verlo con otros ojos, se marcharon en silencio. ¿Quiénes se creían que eran para decirle que su única opción era la de casarse con su enemiga? La culpable de todos sus males. No quería compartir el poder ni convertirse en el títere de una mujer. Y la posibilidad de matarla una vez desposada se le hacía cada vez más inverosímil. Además... ¿querría ella casarse con él? La veía siempre acompañada por Damien. Los veía reír y hablar con una gran compenetración. Proponerle matrimonio a esa mujer sería rebajarse demasiado. Él era lo que era: una alimaña solitaria. Y eso no debía cambiar. No quería cambiar.

Ensimismado en sus propios pensamientos se sobresaltó ligeramente cuando oyó unos toques suaves, pero contundentes sobre la puerta de su despacho.

—Soy Anastasia —oyó su voz como un golpe invisible en su entrepierna.

¿Desde cuándo esa mujer iba en su búsqueda? Siempre había sido al revés. ¿Desde cuándo la emperatriz de Rusia cruzaba el palacio para ir a ver a su consejero real? Era un despropósito. Aquello era un indicativo de que Anastasia no estaba preparada para gobernar. No tenía ni idea de cómo funcionaban las cosas, ni siquiera sabía cómo debía comportarse.

Se acercó a la puerta y la abrió lentamente, como si no se fiara. Se encontró con Anastasia vestida con un traje de color rojo vino y un collar de rubíes. Lo miró a través de sus ojos azules, esos que tanto le costaba adivinar y que, por primera vez, le resultaban un misterio en comparación a los de los demás. Iba acompañada por su guardiana personal, esa tal Izabella que tantos quebraderos de cabeza le había dado desde el exterior. Además, su doncella y algunas personas más la seguían. Se había asegurado de que su visita no fuera malinterpretada, pero entró sola. Dejando a su séquito fuera.

—No debería estar aquí —dijo, iracundo y frío—. Si quiere hablar conmigo debe solicitar mi presencia en sus dependencias públicas o en la sala del trono.

—¿Qué ha hecho con ella? —preguntó Anastasia sin rodeos, con sus escrúpulos y su debilidad compasiva. Quería gobernar, quería ser emperatriz... pero era débil y no era capaz de matar si no tenía cien mil razones para ello. ¿Por qué tanto corazón? ¿Eran así los mamíferos? Él, como buena serpiente, se le escapaban esos juicios de moral y estaba harto de tener que aparentar algo que no era. Ya no sabía qué pensar y lo único seguro era continuar siendo fiel a su naturaleza.

Cerró la puerta y la miró con hastío, ocultando su confusión y su malestar. Por no hacerle daño, por no perjudicarla, por protegerla de sus propios instintos y de sus aliados... había cambiado sus planes una y otra vez. No era más que un imbécil disfrazado de intrigante. Aunque subestimarle sería un error. Estaba acorralado y en cualquier momento iba a morder, sería incapaz de controlar su veneno y su maldad innata. Él mismo sabía eso de él y por eso era mejor vivir solo. Él no podía amar a nadie. Ni siquiera era capaz de amar a su propia madre como era debido. Por eso sus hombres preparaban la muerte de Klaus, su hermano. Necesitaba poder, un poder que estaba perdiendo por momentos. Y quería el trono de Prusia, con él sería más fuerte.

—¿En qué momento hemos pactado que debíamos darnos explicaciones de nuestros movimientos? —inquirió a modo de respuesta, cerrando la puerta del despacho—. Preocúpese de nuestro pacto. Un pacto que ha roto —La miró, estrechando sus pupilas verticales y llevándose las manos dentro de los bolsillos.

—¿Qué yo he roto el pacto? ¡Sigue siendo mi consejero real! ¡Y voy a firmar esa dichosa cláusula para reconocer a su bastardo!

—¿Es eso? ¿Está celosa por qué he tenido un hijo con otra mujer?

—Por favor —su burló Anastasia—. Sabe perfectamente que lo último que tendría son celos de un monstruo como usted —espetó la emperatriz, enfrentándolo—. Más bien siento lástima por Ekaterina.

—Usted ha propiciado su desaparición. Le dije y le clarifiqué que quería a ese niño reconocido por usted en los documentos oficiales, pero como siempre... jugó con sus propias cartas y condenó a Ekaterina. No podía arriesgarme a ser traicionado.

—¿La ha matado? —La oyó tragar saliva, muerta de los remordimientos. —¿Ha matado a su propio hijo? Lo sé todo, sé que pretendía ser el tutor de ese supuesto heredero de mi padre... Ganarse el favor de los conservadores con ese varón, descalificándome por ser mujer y amiga de los reformistas.

—¿Usted no mató a un puñado de monjas por su propio interés? ¿No mató a su propio padre? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué es lo que quiere?

—¡Quiero que me muestre algo de compasión! —gritó Anastasia por primera vez desde que había llegado al Palacio de Invierno, acercándose a él y mirándolo con los ojos llorosos—. ¡Quiero pensar que...!

—¿Qué? —dijo la serpiente tranquilamente, pero con los ojos húmedos—. ¿Quiere pensar que se ha enamorado de un héroe? ¿Quiere limpiar su conciencia creyendo que hay algo bueno en mí? Pues siento mucho decepcionarla —Se cuadró, alejándose de ella. No iba a continuar cayendo en ese pozo. —Soy un monstruo, soy el monstruo del que todos hablan. Ekaterina está muerta y mi hijo también —mintió, decidido a echarse para atrás. A ganarse el odio de esa mujer que podía llevarlo a la ruina. No había cabida para más debilidad, ya no. ¿Era incoherente? Quizás sí, pero era de sabios rectificar. Y prefería ser incoherente que débil.

—Voy a acusarlo de traición —Lo señaló Anastasia, cogiendo aire con fuerza. Estaba tan hermosa cuando se enfadaba... que daban ganas de besarla.

—Hágalo —aparentó ignorarla—. No podrá hacer nada cuando sea coronado rey de Prusia.

—¿Qué? —se horrorizó Anastasia, pudo ver el vello rojo de sus brazos erizarse—. Me prometió que no haría daño alguno a mi hermana.

—Exacto, pero no le prometí que no haría daño alguno a Klaus. Así como nuestro pacto ha quedado anulado justo en el momento que usted decidió actuar a mis espaldas... y no solo una vez, sino dos. Primero con la comisión de investigación y después manipulando a Ekaterina a su favor. Si creía que la dejaría ganar esta vez, se equivocaba.

—¿Por qué?! —Se volvió a acercar el zorro a él, furioso. —¿Por qué no me mató cuándo tuvo la oportunidad?

—¿Por qué le importan tanto esas personas? ¿No formaban parte de ese complot? ¿No estaban Klaus y Tanya en su lista de personas a las que liquidar como venganza? Le recuerdo que ambos sabían que usted iba a morir y no hicieron nada para impedirlo.

—No juegue conmigo, no sabe nada de mí ni de mis intenciones.

—Me gusta jugar con mi presa, pero no se sienta segura. Sería un error por su parte, si la quisiera muerta ya lo estaría —Colocó las manos tras la espalda, conteniendo las ganas de cogerla y de besarla. —. Me ha derrotado, pero no estoy muerto. Y mientras siga vivo, seguiré siendo su peor pesadilla. Seré el emperador de Rusia, unificaré mi país con este y solo yo ostentaré el dominio del imperio más grande del mundo.

—¿Está insinuando que solo la muerte puede detenerlo?

—No lo estoy insinuando, se lo estoy diciendo.

—Entonces, está muerto. No tendré compasión.

—Permítame que dude de ello... Es usted débil, ya se lo dije un día —se burló Nicolás—. No es más que un zorrillo jugando a ser el rey. Pero una corona no determina su poder, se lo aseguro.

Anastasia lo miró. No parecía el mismo. Nicolás ya no parecía derretirse con su presencia, la evitaba y ni siquiera había intentado besarla como siempre que estaban a solas. Estaba a la

defensiva, frío. Incluso diría que la odiaba, que la odiaba genuinamente. Había cruzado el palacio en su búsqueda porque hacía muchos días que no lo veía y quería verlo. Quería verlo y preguntarle qué había hecho con esa criatura inocente. No quería sentir nada hacia un monstruo y sí él era peor que una alimaña... quería arrancarlo de su mente de una vez por todas. Quería olvidar sus besos, sus caricias y su ligera sensación de estar protegida cuando estaba a su lado.

—Ahora mismo mandaré una misiva a mi hermana alertándola —caviló en voz alta, dirigiéndose a la puerta con el corazón compungido. ¡No podía permitirse esos sentimientos! Demasiado humanos para su gusto, debía ser inhumana, indestructible y no dejarse afectar por el veneno de la serpiente.

—No es necesario que se moleste, a estas alturas ni su hermana ni mi hermano les queda mucho tiempo de vida.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo? —Se encolerizó, incapaz de controlarse. Tantas muertes, tanta violencia, tantas intrigas... desde que había llegado a ese maldito palacio solo había tenido que lidiar con la muerte. Y lo poco que había conocido del amor había sido destruido con crueldad, ya fuera con Mijaíl, con Víktor o con esa pasión desmedida que la unía a Nicolás. Harta y feroz se acercó a Nicolás y lo abofeteó con fuerza. Lo pegó con toda su furia y luego siguió pegándolo. Sabía que era una locura, que había perdido los nervios y que se estaba comportando como una desquiciada. Pero solo podía pensar en pegarlo, en desatar toda su frustración sobre ese hombre que la había condenado de por vida—. ¡Es mi hermana! ¡Una Románov! ¡Se había arrepentido de sus vilezas! ¡Merecía una segunda oportunidad! Es un monstruo... Un maldito monstruo. ¡Cómo se ha atrevido! Voy a matarlo, lo juro por Dios. Lo mataré con mis propias manos si es necesario —ultimó, roja de la furia y separándose de Nicolás—. ¿Por qué? ¿Por qué no podía dejar las cosas tal y como estaban? ¿Por qué me obliga a odiarlo? ¿Por qué no me ha pedido matrimonio? —escupió en mitad de su locura, más humana que nunca—. ¿Acaso no sabe que los idiotas de sus aliados proponen nuestro enlace? ¿Por qué no? ¿Por qué no arrepentirse y empezar de cero? ¿Por qué no vivir una vida en paz? ¿Por qué me obliga a hacer esto una y otra vez?

—No soy la clase de hombre que le pediría matrimonio —repuso Nicolás, inamovible pese a la avalancha de golpes que Anastasia le había propiciado en mitad de su arranque de ira—. Si le he dado esa impresión, lo lamento mucho.

—Qué gran error por mi parte pensar que podía haber algo diferente en usted. Pensé que había encontrado algo que los demás no veían en la serpiente. Pero ya veo que todos tenían razón... no se puede esperar nada de una alimaña fría y sin corazón —ultimó Anastasia, serenándose y recolocándose el vestido—. Encontraré la manera de acabar con usted, Nicolás. No me importa que sea el nuevo rey de Prusia —dijo, antes de salir y cerrar la puerta detrás de ella, para siempre.

Nicolás se quedó por largos minutos mirando la puerta que Anastasia había cerrado con determinación, una ligera humedad empañaba sus ojos.

—Adiós, Anastasia —susurró a la nada antes de volver a su trabajo.



Klaus von Wittelsbach y su preciosa y joven esposa, Tatiana, iban en su carruaje real hacia Dinamarca. Después de las celebraciones pertinentes de su enlace en Prusia, habían decidido darse un merecido descanso antes de empezar con sus obligaciones y responsabilidades.

—Jamás pensé que podría ser tan feliz —rio Tanya, cogiéndose del brazo de su esposo mientras miraba por la ventanilla—. Ha valido la pena... Todo ha valido la pena.

—Eso espero —La besó en los labios, mirándola con devoción. —Que todo haya valido la pena.

Sin embargo, el aire dulzón del ambiente pronto cambió a uno más frío y ácido. Klaus se irguió y miró por la ventanilla del carruaje. Vio a su guardia personal rodeándolos tal y como exigía el protocolo. ¿Por qué se sentía desprotegido de repente? Se llevó la mano sobre el arma que llevaba escondida en la cintura, pero fue tarde cuando vio que sus guardias no eran los mismos que él había asignado personalmente. Eran otros hombres... los hombres de Nicolás.

—No pensé que sería capaz —negó, desenfundando su revólver a toda prisa.

—¿Qué pasa? —se asustó Tatiana, con el corazón en la garganta—. ¿Qué ocurre? —Miró a su alrededor, pálida.

—Mi hermano. Me ha traicionado, ha decidido matarme sin importarle nuestra madre. Pensé que no sería capaz mientras ella viviera, pero ya veo que me equivocaba —dijo con sangre fría ese hombre de ojos transparentes—. Algo lo ha hecho atacar, se habrá visto acorralado y quiere mi poder.

—¡Pero eres el rey! Algo podrás hacer.

—Un rey no lo define su corona, esposa.

Esas fueron las últimas palabras de Klaus antes de que el carruaje se estampara contra unas rocas y saltara por los aires en mil pedazos. Los hombres de Nicolás habían provocado el accidente para asegurarse el éxito de su misión. El cochero y algunos lacayos habían muerto, pero rebuscaron entre los pedazos al rey y a la reina. Ambos todavía respiraban, aunque tenían los rostros ensangrentados y presentaban múltiples heridas.

—Matad al rey —imperó el cabecilla del grupo—. A la reina cogedla, la serpiente la quiere viva.

—Sí, señor.

Dispararon sobre la sien de Klaus, aniquilándolo al instante. Y después secuestraron a una Tatiana completamente inconsciente y malherida.

Capítulo final: El nacimiento de la emperatriz

Pocos días antes de la coronación oficial de Anastasia.

Los conservadores se habían alineado en torno a Nicolás, apoyándolo y proponiéndolo como la mejor opción para gobernar en Rusia. Pero las leyes y la mayoría de los consejeros apoyaban a Anastasia. Además, pronto el consejero real debería partir hacia Prusia para ser coronado como rey de dicho país y, por consiguiente, debería abandonar su puesto en la corte rusa.

Klaus von Wittelsbach había sido asesinado brutalmente por un grupo de asaltantes durante su viaje de novios. Y su esposa, Tatiana, había desaparecido. Anastasia estaba haciendo todo lo posible para encontrarla, pero no obtenía resultados. Ella sabía perfectamente quién estaba detrás de esa desgracia, pero el mundo creía que se trataba de otro atentado más por parte de los rebeldes e inconformistas que ya habían dado muestras de su odio hacia Klaus el día en que lo secuestraron.

Aquello había provocado que la aversión hacia Damien Obolénski —sospechoso sin pruebas concluyentes— en el palacio aumentara y que, por consiguiente, la popularidad de Anastasia disminuyera. Incluso corrían rumores malintencionados de que ella misma había sido la autora del crimen.

—Ha sido la serpiente —concluyó Damien sin que Anastasia se lo dijera.

El rebelde tenía un pie sobre uno de los escalones que conducían al trono y miraba a la emperatriz con seriedad a través de sus ojos pequeños, azules e intensos.

—Pero no podemos inculparlo. Tiene a media Rusia a su favor y pensarían que es un burdo intento para desprestigiarlo. Es más, hacer eso provocaría que las sospechas sobre nosotros se hicieran más fuertes.

—Usted es una Románov. Él es un extranjero, en eso debe apoyarse. Por muy letal que sea Nicolás no podemos dejar que su veneno nos intoxique.

—Hay muchos que preferirían unir a Prusia con Rusia antes que perder la autocracia y compartir el poder con el pueblo. Se niegan a dar la libertad a los esclavos. Iniciando el siglo XIX somos el único país en Occidente que esclaviza a su propio pueblo —se lamentó ella.

—Si el prusiano obtuviera el poder absoluto del imperio, impondría un reinado de medio y de políticas ultraconservadoras. No podemos ni debemos permitir semejante barbaridad.

—En absoluto —concordó Anastasia, recordando la última conversación con Nicolás. Había perdido los nervios con él, se había dejado llevar por la ira y se arrepentía por ello. Por haberlo abofeteado. Ella era una mujer fría, que debía mostrarse imperturbable obligatoriamente. Pero con Nicolás eso parecía imposible, conseguía sacar lo peor de su ser—. Cuando la serpiente parta hacia Prusia, te nombraré mi consejero real.

—¿Está segura? No necesito esa clase de reconocimientos. Me basta con que firme el acta de derechos que llevamos años presentando a su familia, la familia Románov. Temo que si me coloca en tan privilegiada posición eso pueda enfurecer todavía más a los conservadores. Si me lo permite, sería una jugada inteligente poner a uno de los aliados de la serpiente a su lado. Por ejemplo, a Ser Thonas.

—¿Al enano? Fue uno de los autores del complot. No puedo tenerlo a mi lado... pero comprendo lo que quiere decir. Lo meditaré —ultimó la emperatriz, pensativa.

Damien y Anastasia se quedaron en silencio durante largos minutos. El silencio entre ambos no era incómodo, se habían hecho amigos y se compenetraban a la perfección. No eran solamente

aliados, sino que eran un apoyo el uno para el otro dentro del Palacio de Invierno.

Anastasia se sentía ligeramente culpable por el destino incierto de su hermana. Sabía que ella, en parte, había propiciado que eso ocurriera. Había acorralado a Nicolás y este se había defendido a su modo: atacando. No debió ponerlo contra las cuerdas, pero en el fondo de su corazón no quería creer qué tipo de monstruo era el hombre con el que soñaba cada noche. Habría jurado que había algo diferente en él, que albergaba sentimientos hacia ella y que no le haría daño alguno. Pero una vez más se había equivocado. Como siempre, su mayor enemigo era su corazón. Demasiado humano para gobernar... O eso creía ella. Eran muchas las dudas que la asaltaban y con Nicolás se establecía el mismo dilema de siempre: ¿odio, venganza, pasión o amor?

—¿Interrumpo? —se oyó un siseo.

Era él.

Anastasia se tensó al instante, pero supo disimularlo.

Acababa de entrar, sigilosamente. Iba vestido de negro impoluto. Color que resaltaba su barba negra y sus ojos verdes y únicos. Por mucho que tratara de sobreponerse, él era superior a sus fuerzas. Él era su debilidad. Aunque después de lo ocurrido, no se permitiría demostrarlo. Suficiente había hecho yendo hasta su despacho para saber si estaba dispuesto a pedirle matrimonio tal y como algunos consejeros habían propuesto. Pero no, él no tenía ninguna intención de desposarla. Ni siquiera cuando lo tenía todo a su favor. Su ambición por el poder era superior a cualquier otra cosa. Y, en el fondo, no sabía si sentir lástima o rabia ante semejante bajeza.

—Ha solicitado una audiencia —convino Anastasia, haciendo repicar su voz contra los muros del salón del trono—. Y se la he concedido. Así que no, no interrumpes.

Damien hizo una pequeña reverencia y salió de sala, no sin antes dedicarle una mirada poco amistosa a Nicolás.

—Vengo a despedirme. No puedo retrasar más mi regreso a Prusia. Debo ser coronado como el nuevo rey y debo renunciar a mi cargo como consejero real.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó Anastasia, ignorándolo.

—He cumplido con mi parte del pacto, Gran Duquesa —dijo, todavía obviando el hecho de que ella era la emperatriz y tratándola como a una mera princesa—. No he matado a su hermana y he acabado con Ser Maximus Turbin —confesó, sonriendo de forma cínica e impertinente—. Pero lo he modificado un poco a mi gusto. He aprendido de usted, sin duda.

—No sabía que necesitaba aprender de una simple mujer como yo —replicó ella con sarcasmo, levantándose del trono y descendiendo la escalinata—. ¿Qué quiere a cambio de devolver a Tatiana sana y salva?

—Que desista en sus planes de coronarse como la emperatriz de Rusia —Colocó las manos tras la espalda y la miró con estudiada indiferencia. —Hasta ahora he permitido que hiciera y deshiciera según sus caprichos de mujer ignorante. Es hora de que yo coja las riendas de este imperio. Rusia necesita a un hombre capacitado que la dirija y no a una jovencita lujuriosa que coquetea con sus consejeros. ¿No tiene ocupaciones propias de su condición femenina? Retírese —amenazó—, está a tiempo. Esto le queda grande.

No podía creer la indiferencia con que Nicolás la estaba tratando. Ya no intentaba besarla ni siquiera intentaba acercarse a ella. Era como si jamás hubiera ocurrido algo entre ellos dos.

—Desde que nací tuve que luchar por mi vida, mi honor y mi dignidad —dijo con voz fría, sobreponiéndose—. Muchos hombres se han acercado a mí por interés y media Rusia me detesta porque no soy un hombre. No soportan ver a una mujer con tanto poder —Rio sin reír verdaderamente, su risa hubiera asustado a la persona más ingenua. —He hecho cosas de las que no estoy orgullosa. Y lo sabe... —sinceró—. Pero no pienso renunciar a lo que es mío por

derecho. Soy una Románov y usted es un extranjero en esta corte. Cuando ponga un pie fuera de este palacio, dejará de ser mi consejero real para convertirse en el rey de Prusia. No intente manipularme, no puede hacerlo.

—¿Manipularla? ¿Yo? Usted es la que se sirve de artimañas para alcanzar sus propósitos. Y como experta en el arte de la manipulación no debería hacer juicios precipitados ni tomar decisiones a la ligera. Podría arrepentirse. ¿No es cierto que todo su poder se basa en la manipulación?

—He manipulado a quien he querido a mi antojo con fines políticos. ¿Es eso un delito? Usted no se queda atrás —recriminó.

—Así que lo admite. Es usted una hechicera, una bruja —insultó él, despreciándola.

—Si por bruja se refiere a que los hombres no pueden pensar con claridad cuando están a mi lado, entonces sí. Soy culpable. Pero ¿qué culpa tengo yo de su debilidad, príncipe?

¿De qué estaban hablando en realidad? Anastasia estaba un poco confundida. Ya no sabía si hablaban del reino o de su relación, pero no iba a quedarse callada ni a dejarse ganar en esa batalla verbal.

—¿Y por qué será que yo la veo tan común? No entiendo qué ven los hombres en usted, Anastasia —la desafió, enarcando una ceja.

Aquello había sido un golpe bajo teniendo en cuenta que ese hombre había sido el único con el que había compartido el lecho. Pero no iba a desfallecer ni a debilitarse por un simple mal de amores. Su propósito en la vida no era el de enamorarse ni el de sufrir por amor. Ella era Rusia y Rusia era ella. Nada se interpondría en su camino, ni siquiera su propio corazón.

—¿A qué ha venido? —reclamó, harta de las divagaciones sinsentido. Lo miró con desdén y se acercó a él con pasos firmes y seguros. Unos pasos que, para desgracia, le parecieron muy sensuales a Nicolás—. ¿Por qué ha solicitado una audiencia con su mayor enemiga?

—Como ya le he dicho, he venido para pedirle que renuncie a ser la emperatriz de Rusia. No solo está en juego su vida, sino la de su hermana también.

—Si hubiera querido matar a mi hermana ya lo hubiera hecho. Es la única carta que le queda para llegar al poder del imperio ruso. Así que no me dejaré embaucar por un intrigante. Seré coronada en el Kremlin de Moscú frente a mi pueblo y ningún ser humano podrá impedirlo. Solo Dios podría hacer tal cosa. Y hasta donde yo sé, es usted más amigo del diablo que del Todopoderoso.

Se miraron durante largos segundos, sumidos en el más absoluto silencio y la más absoluta tensión.

—Estoy dispuesto a matarla, Gran Duquesa.

—Y yo a matarlo, príncipe.

—¿Quién cree que ganará? ¿El zorro o la serpiente? —preguntó Nicolás a modo de acertijo.

—El zorro —repuso Anastasia con rapidez, sacando una daga de su corsé y alzándola en contra de la serpiente con un movimiento rápido.

Aquella técnica se la había enseñado Izabella, su maestra de armas. Siempre iba armada y no lo pensó mucho cuando decidió clavarle el puñal al príncipe prusiano. Ya buscaría a alguien a quien inculpar, ya buscaría una solución... pero quería acabar con él. Quería arrancar la debilidad de su corazón y extirpar el mal de su vida de una vez por todas.

Sus intenciones se vieron arruinadas por un golpe seco de Nicolás. La paró y la inmovilizó, obligándola a tirar la daga al suelo.

—No sea tan simple. Ya le he dicho que soy inmune a sus hechizos, Anastasia.

Era la primera vez que oía su nombre en los labios de Nicolás. Y le pareció que jamás había

oído un sonido tan placentero. Estaba paralizada entre los brazos de ese hombre, inmóvil. Su perfume masculino entraba por sus fosas nasales y se apoderaba de sus entrañas con vileza mientras él la miraba fijamente, sin compasión.

“*Es tan hermosa y tan única*”, pensó él en contra de su voluntad. Era incapaz de no fijarse en el pestaño rojizo de Anastasia, en su cabellera hecha de fuego y en sus labios voluptuosos. Moriría por un beso suyo, un solo beso más. Pero no iba a hacerlo. Ya no. Había tomado la decisión de seguir siendo quien era: la serpiente. Se apartó de ella con cierta agresividad, como si se hubiera quemado.

Él debía irse y ser coronado como el nuevo rey de Prusia. Allí lo estaba esperando su madre, que estaba destrozada por la muerte de Klaus. Una muerte que él había provocado. Eso era él: un monstruo. Y no había cabida para otro tipo de sentimientos en su vida. Miró con intensidad a Anastasia, despidiéndose de ella mentalmente. Y se dio la vuelta, para marcharse definitivamente.

Anastasia se quedó de pie, quieta y sin respiración. No dejó de mirarlo hasta que abandonó el salón del trono. Apartándose de ella después de todo. Buscando ese poder que él tanto anhelaba y que los llevaría a destruirse mutuamente.

Anastasia era una mujer de extraordinaria inteligencia y Nicolás estaba a su altura en pasión y ambición. De todos los hombres, solo podía considerar a Nicolás como su igual. Juntos hubieran sido indestructibles.

¿Se hubiera casado con él? ¿Hubiera sido capaz de casarse con el asesino de Mijaíl? ¿Con su propio asesino? No era más que una estúpida. Cayó de rodillas sobre el suelo enmoquetado y lloró. No lloró porque Nicolás se hubiera ido. Lloró de impotencia, de rabia y de frustración. Impotencia por no poder olvidarse de él, de rabia por ser tan débil y de frustración por no poder amarlo. Lloró por sí misma, por esa vida que nunca tendría y por su hermana. Lloró por su madre, por Mijaíl, por Víktor, por su padre e incluso por Sergey. Estaba sola. Más sola que nunca.

Después, se levantó, se irguió y se limpió las lágrimas como si no hubiera ocurrido nada. Al fin y al cabo, la soledad era un regalo para las almas excelentes.



Día de la coronación de Anastasia I de Rusia. Kremlin de Moscú.

El conjunto de edificios civiles y religiosos situado en el centro de Moscú se había convertido en el punto neurálgico donde se celebraría la coronación de la nueva emperatriz. El Kremlin albergaba a miles y miles de nobles rusos y extranjeros a la espera del gran momento. Las calles periféricas estaban repletas de ciudadanos expectantes y la guardia imperial acordonaba la zona con serenidad y contundencia.

La carroza imperial decorada con molduras de oro y acabados de marfil empezó a desfilar por la antigua capital rusa con Anastasia en su interior. Iba sola tal y como dictaba el protocolo.

Su vestido había sido confeccionado con brocado plateado liso, cubierto de borlas y trencillas de plata y oro. Era majestuosamente grande, solamente la cola necesitaba a veinte pajes —cuyo atuendo era blanco guarnecido con trencilla de oro— para poder ser llevada. Encima, portaba el manto de la coronación, dorado y con el águila bicéfala bordada a lo largo del mismo. No saludó a nadie, todavía no. Debía ser proclamada emperatriz primero. Aun así, la población era un bullicio de vítores y cantos a su paso. El país estaba satisfecho con ella y esperaba grandes

proezas por su parte. Sobre todo, que lo liberara del yugo autócrata. Sabía que tenía un largo camino por recorrer y que aquello era tan solo el principio.

Al llegar a las puertas del Kremlin, descendió ayudada por los pajes y fue recibida por los altos cargos del imperio ruso con honores. Allí, desfiló a través de una alfombra roja rodeada por el ejército. Su pelo rojo estaba bien recogido en un moño y sus joyas brillaban bajo la tenue luz de la mañana. No llevaba tiara ni corona alguna puesto que debía ser el miembro preeminente del Santísimo Sínodo Gobernante quien le colocara la corona imperial rusa. Dicha corona, de un valor incalculable, pesaba cerca de dos kilos. Contaba con más de cuatro mil diamantes y estaba decorada con hojas de laurel que simbolizaban la gloria y el poder.

Cruzó la alfombra roja con seguridad, temple y decisión. Su espalda erguida y cruzada por una banda azul fue admirada por el pueblo que la observaba desde una distancia prudencial.

La ceremonia fue larga y el ritual sagrado se extendió frente a los asistentes con el fin de garantizar la legitimidad de Anastasia como la nueva emperatriz. Ella, de rodillas sobre una plataforma elevada en mitad de la catedral, recibió la corona de manos de la máxima autoridad religiosa del país.

“Me siento en una nube, como si todo fuera irreal”, pensó ella cuando notó el peso de la corona sobre su cabeza. Eran tantas las emociones que era imposible describirlas. Se sentía plétórica, orgullosa, victoriosa, temerosa y algo insegura. Pero no había duda alguna de que ella había nacido para reinar. Se levantó de la plataforma con honra y aceptó el cetro en su mano derecha y al orbe en su mano izquierda. La corona simbolizaba la soberanía, el cetro la autoridad y el orbe el poder de la iglesia.

Después, se giró hacia el público y se quedó unos minutos en esa posición, ensalzando su figura gobernante. Los caballeros, sin palabras, cayeron de rodillas rendidos ante la emperatriz.

Después del rito y de salir a saludar al pueblo con gran entusiasmo, en el Palacio de las Facetas tuvo lugar la comida Real.

La comida se desarrolló sin incidentes con Anastasia como centro de atención.

Por último, se celebró la recepción de embajadores y la emperatriz recibió las felicitaciones por parte de los regidores del gobierno.

Lo había logrado.

Era la emperatriz de Rusia.

Anastasia I de Rusia.

—Nicolás no ha acudido a la coronación —informó Damien Obolénski al final del día, cuando Anastasia estaba sentada en el trono del Kremlin. Un trono dorado y decorado con un gran sol hecho de oro.

—Supongo que esa es la respuesta al hecho de que yo no asistiera a la suya.

—Se trata de una declaración de intenciones. Esta guerra no ha acabado.

—Esta guerra acaba de empezar, amigo mío.

Izabella, de pie junto al trono, asintió ante la afirmación de Anastasia.

Por primera vez en cientos de años, el universo se había expandido.

Hechos históricos verídicos

- Pablo I de Rusia cambió la ley para que **ninguna mujer pudiera sentarse en el trono** de Rusia. Construyó el castillo de San Miguel para protegerse de los ataques de sus enemigos, obsesionado con que una conspiración quería acabar con él.
- En el **año 1801 le dieron un golpe mortal a Pablo I** de Rusia en una de las habitaciones del castillo de San Miguel y pocas horas después su hijo, Alejandro I de Rusia, lo sucedió.
- Alejandro I de Rusia venció a Napoleón.
- Alejandro I de Rusia tenía una buena relación con su abuela, Catalina la Grande, e intentó reformar el país en muchas ocasiones, pero sin éxito.
- **Alejandro I murió presuntamente durante un viaje a Crimea**, aunque circulaba el rumor de que se había retirado de la vida de la corte para vivir como un ermitaño. **Su tumba, abierta en 1926, fue encontrada vacía.**
- **Nicolás I** asciende al trono ruso en el año 1825. **Impuso un reinado de miedo**, ultraconservador y estricto. **Su propio hijo decía que tenía la mirada de una serpiente de cascabel.**
- **Mijaíl Speranski** fue un **reformista** y consejero de la corte rusa en el año 1802. Fue enterrado en el cementerio de Tijvin.
- La mayoría de las referencias del Palacio de Invierno son verídicas. Rastrelli fue el principal arquitecto y diseñador. La sala de los escudos, **el reloj del pavo, la chimenea con el mosaico romano...** son elementos que se pueden encontrar en la realidad.
- El manto dorado con el símbolo del águila bicéfala que se describe durante la coronación de Anastasia existe y fue usado en las distintas coronaciones de los emperadores.
- La prisión de Butyrka solía albergar a los rebeldes.
- El diamante Orlov se encuentra en la extensa colección de diamantes del Kremlin de Moscú.
- La corona imperial rusa se encuentra en el Kremlin de Moscú.

Fuentes de inspiración

- Anastasia está inspirada en la hija más joven del último zar de Rusia, Nicolás II.
- Aunque la Anastasia real y la Anastasia de mi novela no concuerdan en el tiempo, quise revivir su historia y darle una segunda oportunidad convirtiéndola en emperatriz.
- Se dice de Anastasia que era una niña vivaz de pelo rojizo. Era la responsable de la gran mayoría de las travesuras de la familia. Siempre intentaba engañar a los criados y poseía un ingenio tal que no sabía separar las horas de estudio con las horas libres. Su lengua era tan mordaz que solía dañar la sensibilidad de sus más allegados. Incluso, un día le tiró una bola de nieve a su hermana Tatiana y la dejó tendida en el suelo.
- Isabel I de Inglaterra para Anastasia.
- Isabel I de Castilla para Anastasia.
- Catalina la Grande para Anastasia.
- Grigori Potiomkin para Nicolás.
- Nicolás I de Rusia para Nicolás.
- La Reina Margot (película basada en la novela de Alejandro Dumas) para el capítulo “Bodas de sangre”.
- Charles Vane para Damien Obolénski.
- Tatiana Románova para Tatiana.

Datos curiosos

- Inicialmente Anastasia formaba parte de la Saga de Diarios Nobles. Después, al ver su potencial decidí escribir una trilogía propia de la protagonista.
- Anastasia era parte de mí desde hacía muchos años. Pero no me había atrevido a sacarla a la luz hasta ahora.
- Esta novela ha sido escrita durante mi primer embarazo y ha conllevado mucho esfuerzo y dedicación hasta, prácticamente, la última semana de gestación.

Sobre la autora

MaribelSolle es una escritora que tiene entre sus éxitos “La Saga Devonshire” y “El Diario de una Bastarda”. Próximamente publicará la trilogía “La Dinastía Románov”. Si quieres encontrar sus obras, solo tienes que buscarlas en Amazon.

También puedes seguirla en Instagram o Facebook para no perderte ninguna novedad.

Visita www.maribelsolle.com

Nota final de la autora

Os invito a dejarme una valoración súper positiva en Amazon o Goodreads. Es un acto sencillo, pero que me hará muy feliz. ¡Gracias!

[1] Hija del zar.

[2] Emperatriz de Rusia.

[3] Se refiere a grupos de formaciones sociales y militares.

[4] Heredero del trono ruso.

[5] Diminutivo cariñoso de Anastasia.